
ADOLFO RODRÍGUEZ
EL SECRETO DEL LAGO
Oriol Duarte #2

EL SECRETO DEL LAGO

ORIOL DUARTE #2

ADOLFO RODRÍGUEZ GÓMEZ

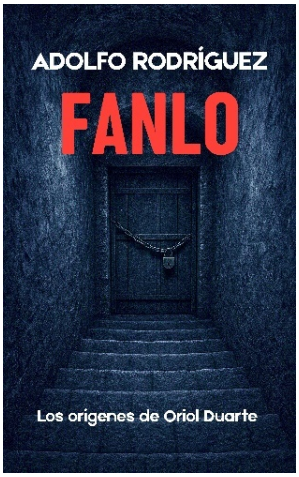
PARTE 1
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
PARTE 2
28

29
30
31
32
PARTE 3
33
34
AGRADECIMIENTOS
NOTA DEL AUTOR

Para Gloria Martínez y Khrystyna Savenchuk, que jamás se les olvide.

ANTES DE EMPEZAR. QUIERO REGALARTE UN LIBRO. PUEDES DESCARGAR FANLO (LA PRECUELA DE LA SERIE ORIOL DUARTE) GRATIS AQUÍ:





PARTE 1

ORIOL

Oriol Duarte despierta, ajeno al grave problema con el que se va a encontrar.

Siente angustia y una presión insoportable en la cabeza. Le cuesta abrir los ojos; le molesta la luz. No tiene ni idea de dónde está. Todo a su alrededor se funde en una masa borrosa, gris y amarillenta, atravesada por una luz débil que se filtra por el hueco de una cortina oscura.

Reconoce el olor a madera, pero nada más. Está sudando; puede que tenga fiebre y ese sea el problema.

Intenta moverse, pero un pinchazo agudo en la espalda lo obliga a soltar un gemido. Ahora se da cuenta de que está tumbado sobre una cama estrecha, con las sábanas revueltas y empapadas. No recuerda cómo ha llegado hasta allí. Perplejo, intenta ordenar sus pensamientos, pero se siente desubicado y se le acelera el pulso.

Parpadea varias veces hasta que la habitación empieza a tomar forma. Las paredes están formadas por tablones de madera. Hay una silla volcada junto a la puerta; una maleta abierta sobre el suelo; un ruido constante de algo eléctrico —quizá un viejo frigorífico— vibra en el fondo.

Traga saliva y se obliga a incorporarse. Cada movimiento le cuesta un esfuerzo descomunal. Siente la espalda rígida, como si hubiese dormido sobre cemento. Apoya los pies en el suelo y se queda un momento quieto, sentado en el borde de la cama, controlando el mareo e intentando recordar cómo ha llegado a ese lugar.

El vacío es total; no recuerda nada. Su mente está en blanco.

Se lleva las manos a la cara. La piel le arde. Al apartarlas, se queda mirando la sangre seca en los nudillos de su mano derecha. Son laceraciones pequeñas e irregulares, con costras abiertas. Las típicas heridas que se producen tras golpear algo —o a alguien— con el puño. Cierra la mano y el dolor se dispara por todo el brazo,

subiendo hasta la mandíbula. Contiene un grito y se encoge, jadeando.

Cuando logra recuperar el aliento, levanta la vista. El armario está abierto de par en par. Los cajones, arrancados de su sitio; ropa tirada por todas partes; papeles arrugados; libros con las cubiertas rotas; documentos desperdigados bajo la cama. Todo hecho un desastre.

Se queda mirando la escena con el estómago encogido. Él no haría algo así. Nunca. Es demasiado estricto con el orden como para considerarlo siquiera una posibilidad.

Alguien ha estado allí. Alguien buscaba algo. Pero ¿qué? ¿Y quién?

Consigue levantarse despacio, apoyándose en la pared. La cabeza le da vueltas y, por un instante, teme desplomarse. La lámpara de la mesilla está en el suelo, rota. El cable enrollado entre las patas de la cama. La aparta con el pie; el leve golpe del cristal contra la madera rompe el silencio. Todo en esa habitación parece fuera de lugar, incluido él. Solo entonces se da cuenta de que está vestido. Lleva unos vaqueros manchados de sangre, una camisa arrugada y las botas puestas.

No tiene sentido. Nada lo tiene.

Recuerda quién es. Recuerda su nombre y a qué se dedica. Pero nunca se había visto en una situación así. Jamás había perdido la memoria. Jamás.

El último recuerdo que logra rescatar se forma en su mente con cierta nitidez. Parece reciente: está cerrando la puerta de la cabaña donde reside en Denia, con el sonido de las cigarras colándose por la ventana y la luz del atardecer teñida de naranja. Después de eso, su mente es un vacío absoluto.

Mira a su alrededor. Esta cabaña no es la misma; de aquel lugar sí tiene un recuerdo claro.

Da unos pasos hacia la puerta de la habitación, la abre y una ráfaga de aire rancio le golpea la cara. Lo que ve al otro lado lo deja inmóvil.

La estancia es pequeña, apenas un salón con la cocina integrada.

Un lugar acogedor, salvo por el desorden que lo devora todo: cajones abiertos, vajilla rota, sillas volcadas…

Y por el cadáver que hay sobre el suelo.

1

Oriol se queda helado. Durante unos segundos no puede moverse ni respirar. El cuerpo está a apenas medio metro de él, inmóvil, con un tono azulado incompatible con la vida. Reacciona por puro instinto: su mirada recorre cada rincón de la cabaña, buscando movimiento, una sombra, cualquier indicio que sugiera que hay alguien más dentro.

Junto a la chimenea, donde aún se distinguen restos de brasas, hay un sofá y una mesa con un pisapapeles esférico. No tarda en darse cuenta de que está a solas con ese hombre.

Se aproxima despacio, intentando respirar hondo y mantener la calma. Se fija en su rostro. No lo ha visto antes, o al menos no lo recuerda. Podría haberlo conocido, pero su mente sigue llena de lagunas que lo desesperan. Se inclina un poco. La cara del desconocido está amoratada, los labios hinchados. No hay marcas visibles en el cuello ni sangre cerca del cuerpo. Tampoco aprecia heridas a simple vista.

El hombre se encuentra medio sentado, con la espalda apoyada contra el sofá. La ropa que lleva es cara: abrigo oscuro de buena marca, guantes de cuero, un reloj que brilla bajo la luz tenue que entra por la ventana. Oriol observa sin tocar nada. Analiza, memoriza. Puede haber perdido la memoria, pero no su capacidad para investigar. Por suerte, esa habilidad parece intacta.

Y debe usarla.

En este momento, eso es lo único que puede ayudarle. Por eso decide actuar. Corre hacia la habitación con determinación. De repente, el mareo y el dolor de su brazo han desaparecido. La adrenalina ha puesto de su parte.

El caos allí es aún mayor: cajones abiertos, ropa tirada por todas partes, papeles arrugados. Reconoce cada prenda. Son suyas. Todo lo que está desparramado le pertenece, lo que solo puede significar una cosa: está viviendo o se aloja temporalmente en esa cabaña.

Su mente se dispara, pero aún no consigue recordar. Piensa que no es momento de dejarse arrastrar por preguntas que no puede responder. Primero debe ocuparse del cadáver. Después, intentará averiguar cómo demonios ha terminado en medio de este desastre.

Rebusca entre el revoltijo, moviendo montones de ropa, abriendo bolsas y cajas medio vacías. El desorden lo desespera, pero no se rinde. Finalmente, lo encuentra. Su maletín de Spytool está justo debajo de la cama, intacto. Exhala con alivio, aunque estaba seguro de que lo habría traído; viaja con él allá donde va.

La persona que revolvió toda la casa no debía buscar dinero u objetos de valor, o tal vez no vio el maletín que, sin duda, es una de sus pertenencias más caras. Sea quien sea, tenía otro propósito.

Comprueba decepcionado que todos los objetos del maletín están en su sitio. Eso quiere decir que no ha colocado ninguna cámara de vigilancia o micrófono en esa cabaña. Es una actitud muy propia de él y tiene claro que, si no lo ha hecho, es porque no se sintió amenazado y no vio utilidad en ello.

Oriol se acerca ahora a la ventana y aparta con cuidado la cortina. El exterior lo deslumbra unos segundos. Frente a la cabaña se extiende un paisaje silencioso, hermoso y ajeno. A unos treinta metros, un lago de aguas quietas refleja el cielo gris. Los cipreses y las hayas lo rodean, alzándose como una muralla natural que protege aquel lugar de cualquier mirada indiscreta. No hay otras construcciones a la vista, solo árboles, tierra húmeda y el murmullo de un viento distante.

Observa el entorno durante unos segundos. Es un sitio que perfectamente podría haber elegido para vivir: aislado, tranquilo… Acorde a lo que siempre busca.

Solo que no recuerda haberlo hecho.

El aire más allá del cristal parece gélido, aunque dentro el ambiente está caldeado gracias a unos radiadores que alguien ha encendido.

Intenta ubicarse en el tiempo. Piensa en ese último recuerdo, el de la cabaña de Denia. Sabe que eso sucedió en febrero. Debe haber transcurrido poco tiempo desde entonces.

A través de la ventana, analiza la vegetación que rodea la cabaña: los árboles parcialmente desnudos, el suelo cubierto de hojas pardas. Norte de Europa, quizá. Países Bajos, Alemania, Dinamarca. Cualquiera de aquellos destinos donde lo habrían podido enviar por una colaboración de la Interpol. Eso cuadra. Pero nada le resulta familiar. No hay matrículas visibles ni carteles que indiquen el idioma local. Nada que le aporte una pista para saber dónde demonios está.

Corre de nuevo la cortina, decidido a concentrarse. Encuentra su abrigo tirado en el suelo. Sabe que en el bolsillo interior siempre guarda unos guantes de vinilo. Mete la mano dentro y allí los encuentra, como no podría ser de otra forma. Se los enfunda y se dirige hacia el cadáver. Es el momento de averiguar quién es ese hombre y por qué lo ha encontrado muerto a menos de cinco metros de la cama donde él dormía.

Se arrodilla despacio, levanta el grueso jersey de lana que viste el desconocido. Es claro, caro, sin manchas. No hay heridas visibles. Dedica varios minutos a examinarlo, palmo a palmo. No encuentra sangre ni signos evidentes de violencia.

El tono azulado del rostro plantea la asfixia como causa más probable de la muerte. Tal vez lo estrangularon, piensa Oriol, pero lo cierto es que el cuello no muestra marca alguna. El inspector Duarte levanta la mirada y repara en un cojín fuera del lugar sobre el que debería reposar en el sofá. Lo observa en silencio. Podría ser eso, pero con el desorden que hay en la cabaña, también podría no significar absolutamente nada.

Intenta imaginarse la escena: una persona intentando asfixiar a ese hombre con el cojín. Se fija entonces en las manos de ese hombre.

No le cuadra.

La víctima es relativamente grande y fuerte. Se hubiera resistido. Habría marcas en la piel, restos debajo de las uñas… Indicios de una pelea, pero no ve nada parecido.

Observa el entorno, encuentra un bolígrafo bajo la pierna derecha del hombre. Lo examina, no hay restos de sangre en él ni nada que llame su atención. Lo único extraño es su presencia allí.

Si estuviera investigando un caso oficial, habría llamado ya a la unidad científica. Ordenaría que analizaran cada cojín, cada fibra, cada rastro microscópico de ADN.

Sería todo mucho más fácil, claro. Por desgracia, no puede hacer nada de eso porque en este preciso instante el principal sospechoso del asesinato es él mismo.

Vuelve al cadáver y se inclina sobre él. Examina la piel con atención, buscando algo que confirme su sospecha. Tarda unos segundos, pero finalmente lo ve: pequeñas manchas rojas en torno a los ojos y el cuello. Son petequias. El rastro que sugiere una presión capaz de romper los capilares y dejar esas marcas.

No cree que fuera un accidente. Nada apunta a ello.

El hombre murió asesinado.

Y ahora solo le falta descubrir cómo.

Oriol se toma un momento para pensar. Cierra los ojos, apoya los codos en las rodillas y deja que el silencio lo envuelva. Intenta recordar. Al principio, solo encuentra oscuridad, un zumbido en su cabeza que no cede. Luego, poco a poco, empiezan a llegarle imágenes sueltas, destellos que se encienden y se apagan demasiado rápido como para atraparlos.

Un aeropuerto. El ruido de maletas rodando, voces en varios idiomas, el olor a café recién hecho. Una mujer se cruza en su camino. Mira hacia otro lado, distraída, y se choca con él. El vaso de cartón que sostiene se vuelca. El café cae, pero no los mancha. Solo se queda sin bebida. Ella se disculpa una y otra vez, con una sonrisa nerviosa, ofreciéndose a comprarle otro. Oriol niega con la cabeza. Le dice que no importa. Y el recuerdo se rompe, se desvanece, como si alguien apagara un interruptor.

Abre los ojos. El cuerpo de aquel hombre sigue ahí, imperturbable, ajeno a su confusión y al recuerdo inútil que su memoria acaba de evocar. Oriol suspira y se obliga a continuar. Se inclina hacia él y mete la mano en los bolsillos del abrigo. Toca algo metálico y lo extrae. Es un llavero con las llaves de un Mercedes y otras de casa. También encuentra una llave suelta que, por su tamaño y forma, podría ser la de esa cabaña. Oriol se levanta, da unos pasos

apresurados y comprueba que la puerta de la cabaña está abierta y que esa llave encaja en la cerradura.

Vuelve al cadáver y sigue rebuscando en los bolsillos. Encuentra un fajo de billetes sujetos con una goma. Los cuenta por encima. Billetes grandes, de cincuenta, cien y doscientos euros. Unos tres mil euros, quizá algo más. Demasiado dinero para llevarlo encima.

Rebusca un poco más y encuentra una cartera en el bolsillo interior. La abre con cuidado. Dentro, una tarjeta de identidad alemana. Andreas Winter. Ciudadano alemán de cuarenta y un años. Dirección en Stade. Oriol se queda mirando la foto unos segundos. Conoce esa ciudad, está cerca de Hamburgo. No ha estado nunca allí, pero leyó sobre su arquitectura y su casco antiguo en una revista de historia. Es un lugar muy llamativo visualmente.

También encuentra una tarjeta del colegio de abogados de Hamburgo donde aparece su rostro y un número de licencia.

El instinto de Oriol toma el control. Se pone de pie y busca su teléfono por toda la cabaña para tomar fotografías. Revuelve entre la ropa, las mantas, los cajones abiertos. Nada. La impaciencia le sube por el pecho hasta que, por fin, se da cuenta de que lo lleva encima. En el bolsillo del pantalón.

Al sacar el dispositivo, un pequeño recorte de papel se cae al suelo. Se apresura a recogerlo, lo abre y lo lee:

«Mara Schneider. 2006».

Está escrito con su propia letra, eso lo tiene claro; del resto no tiene ni idea. No sabe cuándo lo escribió ni por qué. No sabe quién es esa persona. Más tarde le prestará atención. Vuelve a guardar el papel en su bolsillo y presta ahora atención a su teléfono. Comprueba la batería: apenas un nueve por ciento. No importa; le bastará. Abre la cámara y empieza a registrar todo con precisión. Primero, la identificación y la dirección de Andreas Winter. Después, la habitación: los muebles, el desorden, los objetos desplazados. Por último, el cuerpo.

Registra el cadáver una vez más, contrariado porque aquel hombre no lleva consigo algo esencial y que necesita encontrar: su teléfono. Busca por todos lados, incluso debajo del sofá, pero allí no está.

Continúa tomando instantáneas de todos los rincones de la cabaña. Cada clic del obturador resuena con un eco seco y rompe el silencio. A Oriol no se le escapa que está documentando una escena de la que, tal vez, forme parte más de lo que imagina.

El inspector Duarte se acerca a la otra ventana y aparta la cortina con la misma cautela con la que tocaría una caja de explosivos. Desde allí no alcanza a ver el lago; los árboles forman un muro impenetrable, un manto denso verdinegro que se traga cualquier posibilidad de testigos. Ni un sendero, ni una huella fresca, solo el latido sordo del bosque. Está solo. Nadie mira, pero no se fía, vigila cada sombra como si fuera una amenaza.

Lo cierto es que no recuerda esa noche, por lo que no tiene coartada y, por si fuera poco, hay un cadáver a sus pies. Se imagina lo mucho que disfrutaría la prensa con esta historia. Seguiría copando titulares, pero esta vez no serían palabras de elogio.

No es tan tonto. Sabe perfectamente lo que debe hacer.

La idea de llamar a la policía le produce vértigo: no lo hará hasta que tenga claro lo que ha sucedido. Ahora mismo, no sería capaz de explicar nada, todo apuntaría a él y estaría perdido.

Da una vuelta más por la cabaña con los guantes puestos, atento a cualquier detalle que pueda haber pasado por alto. Revisa los cajones una vez más, abre la nevera con cuidado, echa un vistazo bajo la mesa. No tiene ni idea de qué busca exactamente, pero necesita hacer ese último registro para quedarse tranquilo.

La bolsa de basura está medio llena, repleta de envases de plástico y cáscaras de fruta. Nada interesante. Encuentra el cargador de su móvil enchufado en la pared junto a la mesita de noche. Lo desenchufa y lo guarda en el bolsillo de su abrigo. En el mueble de la entrada halla su cartera. La reconoce al instante y la coge junto a un juego de llaves que comprueba al instante; también abren la puerta de esa cabaña.

Hay otra llave más, la de un coche. Tiene una pegatina con una serie de números y letras que, como Oriol sabe, coincide con el formato de las matrículas de los coches de Alemania. Y esa debe ser la llave de un coche de alquiler. Por el logo, se trata de un Skoda.

Antes de salir, se cambia de ropa. Encuentra algo limpio que ponerse en el interior de la maleta abierta en la habitación. Luego va al baño y se limpia la sangre de los nudillos. Se mira en el espejo, buscando posibles heridas o marcas que no encuentra.

Cuando termina, se pone el abrigo, guarda las llaves del Mercedes y algunas de sus herramientas del maletín Spytool. Ya volverá a la cabaña si es necesario. Ahora, la prioridad es otra: debe encontrar el Mercedes y esconderlo. Será lo primero que la policía busque cuando se denuncie la desaparición de ese hombre. Si no encuentra el teléfono de Andreas Winter en el interior de su coche para poder encargarse de él, es muy posible que la investigación no tenga mucho recorrido. Estará perdido.

Baja todas las persianas y abandona la cabaña, cerrando la puerta con llave tras de sí. Rodea la cabaña fijándose en las ventanas; están bien cerradas. Encuentra varias macetas volcadas alrededor de la cabaña y las coloca correctamente. Oriol piensa con rapidez: suele esconder una llave de casa en algún punto cercano por si pierde su copia y esas macetas eran una buena opción. Es posible que el hombre que ahora yace muerto en el suelo de la cabaña encontrara esa llave; por eso la tenía suelta en su bolsillo.

El aire es helado. Es entonces cuando saca su móvil y repara en la fecha.

Son las 07:53 horas del domingo 27 de febrero de 2022.

Un recuerdo le viene a la mente. Es previo a que todo esto sucediera. Oriol estaba en Denia, en su cabaña. Fue el mismo día que se marchó al aeropuerto. Era el cumpleaños de Lefebvre, su jefe en la Interpol. Lo llamó para felicitarle el 12 de febrero.

Han pasado dos semanas desde entonces.

Y no tiene ni un solo recuerdo desde aquel día.

2

Oriol avanza despacio por el sendero cubierto de grava que parte desde la cabaña. Las ramas de los árboles se arquean sobre el camino y sus hojas se rozan entre sí, produciendo un murmullo leve que rompe el silencio del lugar. A pocos metros, un cuervo permanece inmóvil, con las patas firmes sobre el suelo, observándolo sin miedo. Tiene el plumaje brillante, negro como el azabache, y una mirada fija que parece desafiarle. Oriol se detiene. No sabe por qué, pero la presencia del ave le incomoda.

El paisaje, sin embargo, le parece de una belleza serena. La superficie del lago brilla al fondo, tranquila, apenas alterada por el viento. La calma del lugar tiene algo hipnótico. Adora ese tipo de hogares alejados del núcleo urbano; son siempre su primera opción a la hora de instalarse en una nueva ciudad. Puede imaginarlo con claridad: tardes enteras junto al fuego de la chimenea, un libro abierto sobre las rodillas, la cortina entreabierta para dejar la luz pasar y poder disfrutar de las vistas al lago.

El inspector Duarte da un paso más. Solo entonces el cuervo echa a volar, batiendo las alas con un sonido seco que le atraviesa los oídos. Lo sigue con la mirada hasta que desaparece entre los árboles. De pronto, un recuerdo se abre paso en su memoria, aunque no es de los últimos días. Se trata de un recuerdo antiguo, de su niñez. La primera vez que vio un pájaro fue mucho tiempo atrás, una paloma gris posada en el alféizar del centro de menores donde residía de pequeño. Llevaba semanas allí, en ese odioso lugar, intentando entender un mundo al que no pertenecía.

La visión de aquel pájaro le había parecido un milagro. Él venía de un sótano sin ventanas, donde toda luz procedía de una bombilla vieja que no siempre funcionaba y el aire que respiraba era denso y húmedo. Su padre los había mantenido a él y a su hermano encerrados durante años, tras enloquecer después de que su madre abandonase a los tres.

Pasaron casi una década recluidos en ese sótano, hasta que su hermano murió.

Esa es su carga; el motivo por el que el mundo será siempre un lugar hostil. Y la razón por la que su carácter es distante y desconfiado.

Oriol se detiene a mitad del camino. Aprieta la mandíbula, intentando apartar esa imagen de su mente. ¿Por qué no puede olvidar solo eso? Si la memoria decide borrarse por tramos, ¿por qué no borra también el horror vivido aquellos años? Su vida sería más sencilla sin ese peso. Con total seguridad, no tendría que recurrir a peleas clandestinas para desahogarse cada vez que su ansiedad amenaza con derrumbarle. Ya no sería necesario quedar con desconocidos en lugares recónditos de toda Europa para descargar su ira y poder así mantener el control.

Pero no. No funciona así. Esos recuerdos permanecen intactos, aferrados a él por mucha amnesia que sufra, recordándole cada uno de los días que vivió allí abajo, sin una infancia, sin amigos, sin felicidad.

Suspira, controlando las emociones derivadas de ese pensamiento. Más de veinte años después, todavía no logra mitigarlas y afloran cuando menos lo desea. Eso es lo que le obliga a llevar a cabo su catarsis a base de golpes en el club de la lucha del que forma parte sin que nadie lo sepa.

Mira de nuevo hacia la cabaña y reanuda el paso. Debe actuar con determinación. El lago, al fondo, parece observarlo con expectación. Como si hubiera sido testigo de lo que sucedió anoche y decidiera guardar silencio.

Oriol sigue el sendero que bordea el agua, rodeado de un bosque húmedo y silencioso. A su alrededor, los árboles se alzan altos y frondosos, cubiertos de líquenes y musgo.

A medida que avanza, nota cómo el terreno se vuelve menos denso. Los arbustos se separan, los troncos dejan espacio y, poco a poco, el bosque se abre. Frente a él aparece un claro, una especie de llanura irregular donde la hierba crece a los lados y el suelo parece más firme.

Al fondo, entre la maleza, destaca un coche negro. Un Mercedes. La pintura refleja un destello apagado del cielo nublado. Se queda quieto un instante; ha sido más fácil de lo que pensaba. Parece que ese lugar, que comunica con la carretera, es el único para estacionar el coche cerca del lago. Sin embargo, allí no hay ningún Skoda. Piensa que lo más lógico, teniendo en cuenta que la llave encontrada en la cabaña pertenece casi con total seguridad a un coche de alquiler, sería que el vehículo también estuviera allí acompañando al Mercedes en ese aparcamiento solitario. Pero no es así.

Se lleva la mano al bolsillo, saca el manojo de llaves que encontró en el bolsillo de Andreas Winter y pulsa el botón del mando. Los intermitentes del coche parpadean dos veces, rompiendo la quietud del lugar.

Lo ha encontrado.

Durante unos segundos, se limita a mirarlo. Luego levanta la vista hacia el bosque, midiendo las distancias, los caminos, los posibles escondites. No puede dejarlo ahí, tan cerca de la carretera. Necesita un lugar donde nadie lo encuentre, donde pase totalmente desapercibido. Al menos, hasta que consiga aclarar lo que está sucediendo.

Por instinto, Oriol analiza los postes de luz buscando posibles cámaras y sus ángulos antes de actuar. No ve nada. Piensa que conducir el coche hasta una carretera principal supone una temeridad absurda: no conoce la ciudad —o, al menos, no la recuerda—, no sabe por dónde circular para evitar puntos de vigilancia; ni siquiera sabe si es posible salir de allí sin que lo capten las cámaras.

No. Él no cometerá esos errores.

Siempre ha sido al revés. Es él quien ha ido tras la pista del sospechoso, destapando sus fallos y sus puntos débiles. Huir es una sensación nueva y angustiosa para el inspector Duarte. Más aún cuando ni siquiera sabe si debería hacerlo.

Decide que lo mejor es esconder el coche detrás de la cabaña. Recuerda un hueco entre dos árboles en el que se fijó cuando se asomó a la ventana y echó un vistazo a la parte trasera. Puede ser útil.

Antes de proceder, debe cerciorarse.

Accede a su teléfono móvil, abre la aplicación que muestra su ubicación en el mapa con un punto azul parpadeante y comprueba las casas que están cerca de la cabaña con la visión de satélite. No hay nada alrededor, solo el lago; es perfecto. Las construcciones más cercanas se ubican a medio kilómetro hacia el este, formando lo que parece un barrio residencial de la ciudad de Stade.

Se detiene unos segundos tratando de recordar qué le ha podido traer hasta Alemania, pero no consigue esclarecer nada en absoluto.

Amplía el mapa con el pulgar y confirma que el acceso a la cabaña se limita a ese sendero que acaba de recorrer. Definitivamente, ese hueco entre los árboles es su mejor opción.

Si nada ha cambiado durante la última noche misteriosa, su teléfono está configurado para no registrar los datos de actividad ni de geolocalización. Es algo que él mismo solicitó en la unidad de informática después del caso Némesis, cuando comprendió que también él podía convertirse en el objetivo de una mente perversa. Las herramientas de las que dispone como inspector de la Interpol le permiten gozar de una privacidad que aprecia en condiciones normales: emails que se borran automáticamente tras ser leídos, mensajes y llamadas que no dejarían un rastro visible en caso de extraviar el dispositivo y aplicaciones que no guardan su actividad. Justo todo lo que podría ayudarle a reconstruir sus últimos días.

Tendrá que apañárselas de otra manera, porque no dispone de nada de eso.

Comprueba una vez más que nadie lo observa antes de ajustarse los guantes de vinilo y abrir la puerta del coche. Sus movimientos son meticulosos y precisos. Consigue mantener la calma a pesar de lo irreal de la situación. El vehículo brilla bajo la luz gris del amanecer: un Mercedes EQS, nuevo, con un motor silencioso y un precio de compra excesivamente caro. Más de cien mil euros, calcula al verlo de cerca. Por la ropa de Andreas y por el reloj que llevaba en la muñeca, ya intuía que tenía dinero; el coche solo lo confirma.

Se sienta al volante y observa el interior del vehículo. En la bandeja central encuentra un teléfono. Lo agarra y comprueba,

aliviado, que está apagado. Hubiera sido un tremendo problema de no ser así.

Reza para que esa planicie tan cercana a la cabaña no fuera el lugar donde decidió apagarlo o donde se acabó la batería.

Enciende el motor. El zumbido eléctrico apenas se escucha. Avanza despacio por el sendero angosto, con la tensión marcada en los hombros. La tierra está húmeda y las ruedas se hunden un poco en una parte del camino, dejando un rastro que le preocupa y que tendrá que borrar. Pero eso lo hará después, ahora debe concentrarse. Si el coche se quedara atascado… Tendría un problema.

Ajusta la presión del acelerador, prueba su propio pulso. Cuando el camino se estrecha, el coche se balancea sobre un grupo de piedras que hacen patinar las ruedas. El morro roza la grava, pero consigue mantener el control.

Al fin, alcanza la cabaña. Conduce con el máximo sigilo hasta el hueco entre dos árboles de la parte trasera. El espacio es estrecho, pero suficiente para que quepa el vehículo. Las ramas bajas lo hacen apenas visible desde el claro. Lo aparca allí, oculto entre la vegetación. No es el escondite perfecto, pero por ahora es lo mejor que tiene.

Piensa en soluciones prácticas: ramas, lona, tierra. Se le cruza un pensamiento absurdo y breve —Marty McFly escondiendo el DeLorean en *Regreso al futuro* detrás de una valla publicitaria en el año 1955— y, por un segundo, le provoca una media sonrisa irónica que corta enseguida. Será provisional, se dice. Más tarde, si hace falta, se ocupará del coche.

Apaga el contacto y permanece unos segundos observando el interior del Mercedes. Ha tenido cuidado de no tocar el volante sin guantes. Todo lo que hace está calculado: no dejar cabellos, ni huellas, ni ADN. Cada movimiento es lento y preciso.

Abre la guantera. Dentro encuentra el manual del coche, un paquete de tabaco y un sobre blanco. Lo coge con cautela y lo abre.

En su interior encuentra unas fotografías que lo paralizan por un instante.

Porque es él quien aparece en ellas.

En la primera, camina por una calle por la que no recuerda haber paseado nunca. Sin embargo, no tiene dudas: esa arquitectura, los adoquines… Es la ciudad donde se encuentra: Stade. En la segunda fotografía, el inspector Duarte aparece sentado en una terraza aclimatada, con un café frente a él y la mirada fija en el móvil. Detrás, un cartel metálico con el nombre del local en letras negras: JS Bach. Tampoco lo recuerda.

El estómago se le encoge. Andreas lo había estado siguiendo. Pero ¿por qué? Si quería hacerle daño, ¿por qué no fue armado?

Guarda las fotos en el bolsillo interior del abrigo. Todavía no ha terminado. Conoce ese modelo de coche y sabe que puede esconder más secretos. Se gira hacia atrás y baja el bloque central de los asientos traseros. Del respaldo emerge un módulo con varios compartimentos. Una *tablet* encendida muestra las funciones del vehículo: climatización, confort, navegación. Oriol pulsa una pestaña de un saliente lateral.

Un pequeño clic resuena en el silencio del habitáculo. La placa de carga inalámbrica se levanta con suavidad, revelando un hueco oculto debajo.

Dentro, hay una pistola.

El corazón de Oriol late con fuerza. Ahora entiende que Andreas no era un hombre cualquiera. Pero algo no encaja. Olvidar una pistola en el coche no es el típico comportamiento de un asesino. Si hubiera querido matarle, habría llevado consigo el arma. Eso no cuadra con la principal sospecha de Oriol; la hipótesis de que Andreas quiso hacerle daño y él se defendió.

Hay algo más en esta historia. Y tiene que averiguar de qué se trata.

Agarra la pistola sin dudar. Con un movimiento rápido, retira el cargador y saca las balas una a una, con la destreza de quien ha hecho eso muchas veces antes. Por último, extrae la bala de la recámara y examina el cañón, acercándolo a la luz que entra por el parabrisas. Está limpio. Demasiado limpio. O no se ha usado nunca, o se ha usado poco. Mejor así.

Reintroduce el cargador en la pistola, la coloca de nuevo en su escondite y encaja la placa de carga en su sitio, asegurándose de

que todo quede exactamente igual que antes. Sale del coche y cierra la puerta con suavidad, procurando no dejar marcas.

Rodea el vehículo y abre el maletero. Solo encuentra los triángulos de seguridad, un par de guantes de cuero y una botella de agua medio vacía. Nada que le interese. Lo cierra sin hacer ruido y dirige la mirada hacia el bosque.

Camina entre los árboles húmedos hasta encontrar uno con una marca tenue en el tronco, una línea vertical casi borrada por el musgo. Allí se detiene y empieza a cavar un hoyo con las manos. La tierra cede con facilidad; está blanda por la lluvia. Cuando el agujero tiene la profundidad suficiente, deposita las balas dentro y las cubre con cuidado, apretando la capa superior con el pie.

Da un paso atrás, observa el terreno y se asegura de que nada delate el lugar. Luego se ajusta el abrigo, respira hondo y se aleja sin mirar atrás.

3

Oriol se ajusta el cuello de su abrigo hasta taparse la boca y comienza a caminar dejando el lago atrás. El aire cortante le hace lagrimear, y por un instante piensa en dar media vuelta, tomar un taxi y optar por el camino fácil. Pero no puede. Si realmente quiere entender qué está sucediendo, necesita despejarse y volver sobre sus propios pasos. Vaya donde vaya, tiene la costumbre de realizar paseos para ir a comprar, a comer o a cualquier actividad cotidiana que pueda realizarse a pie. Así que, si de verdad ha estado dos semanas residiendo en Stade y alojado en esa cabaña, habrá paseado por los aledaños en multitud de ocasiones.

Debe intentar recordar. Eso lo solucionaría todo.

Además, el Skoda debe estar aparcado en algún lugar próximo y, si lo encuentra, quizá halle alguna pista crucial en su interior.

Decide que su siguiente parada debe ser el JS Bach, esa cafetería en la que tomaba un café cuando alguien —probablemente Andreas — lo fotografió. Consulta su ubicación en el teléfono. Veinte minutos caminando a paso ligero.

Perfecto. Quizá así consiga poner algo de orden en su cabeza. Guarda el móvil en el bolsillo y observa con atención la primera calle que aparece ante él en un barrio que se alza a unos doscientos metros del lago. A su alrededor, los coches circulan dejando estelas de vapor en el aire.

Nunca había sufrido amnesia. Ni siquiera un lapsus. Siempre ha sido meticuloso y ordenado; capaz de recordar con precisión números de matrícula, direcciones, rostros… Cualquier dato útil para una investigación. Después de todo, ese es su trabajo. Pero ahora es distinto. Los recuerdos han desaparecido sin avisar, como si alguien hubiera pulsado un interruptor dentro de su cabeza. Es posible que sea algo temporal, piensa. Tal vez el cerebro necesite tiempo para recomponerse. Su principal problema es que no sabe de cuánto tiempo dispone. Porque en esa cabaña donde despertó sin entender

cómo había llegado hasta allí, hay un cadáver que comienza a pudrirse.

Trata de no pensar en ello, pero es imposible. La imagen vuelve una y otra vez: la forma del cuerpo, la piel pálida, el silencio absoluto. Todo parece salido de una pesadilla.

Él nunca ha matado a nadie. ¿Sería ese hombre el primero? ¿Se ha convertido en un asesino tras años intentando capturarlos? La duda lo corroe. Y comienza a sentir las punzadas que le atraviesan el pecho, las que advierten que algo va mal y que lo acompañan desde que era un niño, cuando su padre lo encerró junto a su hermano en un sótano húmedo.

Respira hondo. De momento, puede controlarlo.

Intenta pensar cómo podría recuperar información sobre su actividad los días anteriores. Todo lo que se le ocurre conlleva un rastro informático, una marca en el historial almacenado en algún servidor o en la propia memoria de su teléfono. Y eso es inútil, porque sabe perfectamente que no encontrará nada. Es su propio protocolo de seguridad, el mismo que ahora lo ha dejado a oscuras provocando un daño colateral: su teléfono, que podría ser una herramienta decisiva para reconstruir el pasado, ya no le sirve de nada.

Aprieta el paso. El frío le cala. Al llegar a la siguiente esquina, mira el reloj. Si no se detiene, llegará al JS Bach en quince minutos. Quizá allí, entre el murmullo de los clientes y el aroma del café, encuentre la primera pieza del rompecabezas. O tal vez descubra algo mucho peor. No tiene modo de saberlo.

Oriol avanza por una avenida tranquila con casas adosadas a ambos lados, luciendo fachadas de ladrillo rojizo y tejados inclinados cubiertos de una fina escarcha. Algunos de los jardines delanteros, perfectamente cuidados, muestran arbustos recortados y figuras de madera pintadas con motivos navideños, aunque la Navidad quedó atrás hace dos meses. A lo lejos, el lago Horst —ahora sabe que se llama así tras leerlo en el mapa— queda oculto tras una densa barrera de árboles.

Consulta de nuevo el teléfono para guiarse hasta el centro, donde se encuentra la cafetería. Después, amplía la vista para contemplar

la ciudad de Stade.

Se trata de una pequeña localidad del norte de Alemania, no muy lejos de Hamburgo, donde reina la calma y el orden meticuloso que tienen los pueblos alemanes: calles limpias, aceras despejadas y farolas con luz blanca que se alternan con frondosos árboles.

El termómetro del móvil marca un grado sobre cero. El aire le corta la piel y el vaho que sale de su boca se disuelve enseguida. Se encoge dentro del abrigo, guarda las manos en los bolsillos y sigue andando con paso firme. Algunos vecinos que pasean a sus perros o han salido a hacer deporte lo miran con una sonrisa educada. Oriol se limita a devolver el gesto con un leve movimiento de cabeza, preguntándose si se tratará de una mera cortesía o si alguno de ellos lo conocerá realmente. Tal vez se hayan saludado en otro momento que ahora no logra recordar.

El frío le ha adormecido los dedos cuando se detiene frente a un pequeño supermercado de fachada amarilla, con un cartel que anuncia «Nah & Frisch» sobre la puerta. Empuja el cristal y entra, agradeciendo el aire templado del interior. Un aroma tenue a pan recién hecho le llega nada más entrar. La cabeza le duele desde que despertó, un dolor sordo y constante que late detrás de los ojos.

Se dirige a la máquina de café del fondo y se sirve una taza grande. Quizá ya haya estado allí, se dice. Este sería un lugar lógico para comprar provisiones teniendo en cuenta su proximidad a la cabaña.

Decide probar suerte. Le clava la mirada al dependiente y finge una sonrisa amistosa, como si lo conociera de otras ocasiones y existiera complicidad entre ellos.

El joven, un chico de unos veinte años con el uniforme del establecimiento y ojeras marcadas, lo mira desconcertado. Tarda unos segundos en reaccionar, luego aparta la vista con una mueca incómoda.

No se conocen. Tendrá que seguir probando suerte.

El inspector Duarte habla alemán con soltura, con un acento que demuestra un gran dominio de la lengua. Siempre tuvo facilidad para los idiomas, lo que unido a su mente inquieta, le permite desenvolverse con fluidez.

El supermercado no le despierta ninguna sensación. Ningún recuerdo. Solo las ganas de salir de allí cuanto antes por el molesto rumor de los frigoríficos y el tintineo de la caja registradora. Sin embargo, el estómago se queja con fuerza. Tampoco recuerda cuándo fue la última vez que comió algo. Compra un sándwich envuelto en plástico y lo devora apoyado en una estantería sin preocuparse por las miradas ajenas. El pan está frío, pero le devuelve algo de fuerza.

Reemprende el camino al JS Bach. La cafetería se encuentra en la calle Hagedorn, una vía estrecha flanqueada por edificios de entramado de madera, con fachadas en tonos ocres y ventanas pequeñas que reflejan la luz gris del día. Las calles empedradas del centro de Stade aún conservan el aire antiguo de una ciudad que se resiste a las moderneces, un lugar donde cada esquina parece contener una historia. Oriol busca la suya cuando alza la vista hacia un cielo cargado de nubes grises; las primeras gotas de lluvia empiezan a caer y dibujan círculos en el pavimento.

Reconoce el lugar en cuanto lo ve; la misma terraza aclimatada que vio en la foto. No hay nadie. Las sillas de mimbre oscuro y las mesas metálicas aún conservan el orden riguroso de primera hora. Una gran estufa de gas proyecta un resplandor cálido sobre el espacio vacío. Oriol se acerca y se sienta junto a ella.

El calor le alcanza despacio, trepando por sus piernas entumecidas. Se frota las manos mientras le recorre un escalofrío. La calle también está vacía y se impone el silencio, solo se escucha el murmullo de la llovizna y el tintinear del agua al caer en las rejillas del suelo. La quietud del lugar resulta placentera a la par que inquietante.

Tras unos segundos, un camarero cruza el interior del local, lo ve a través del cristal y asiente antes de desaparecer tras la barra. Oriol aparta la vista y deja que el calor lo envuelva un poco más. Pedirá otro café; lo necesita. Algo fuerte y bien caliente que lo mantenga despierto y le ayude a pensar con claridad.

El camarero sale a la terraza. Es un joven rubio y delgado, con los pómulos marcados y una expresión que no invita a conversación.

—Buenos días —saluda con voz neutra.

—Buenos días —responde Oriol, frotándose las manos—. Un café caliente, por favor. ¿Se puede subir la temperatura de esto? —añade, señalando la estufa.

El camarero no contesta. Se agacha, abre una compuerta en la base metálica y gira la llave del gas. Las llamas se avivan, crepitan un instante antes de estabilizarse. Oriol siente el calor ascenderle por las piernas, un temblor breve de alivio lo recorre.

Cuando vuelve a quedarse solo, saca del bolsillo interior de su abrigo las fotografías encontradas en la guantera del Mercedes. Las observa con detenimiento. En una de ellas aparece la misma terraza en la que está sentado, con las sillas colocadas de la misma forma, la estufa en el mismo lugar y él en el centro de la imagen, con el mismo abrigo que lleva puesto ahora. Debió de ser tomada desde la esquina opuesta de la calle, allí donde una farmacia aún permanece cerrada.

Por mucho que intenta fijarse en los detalles, nada le evoca recuerdos. Y esa impotencia comienza a generarle ansiedad.

Levanta la vista hacia la calle. Al fondo, donde el empedrado termina, se abre una pequeña plazoleta. Un restaurante italiano, también cerrado, luce una fachada verde con las letras descoloridas.

Nada. Ni una chispa de familiaridad.

Se le ocurre algo que puede funcionar. Saca el teléfono. Es posible que pueda recuperar alguna pista. Piensa en su galería de fotos: suele guardar imágenes útiles de las investigaciones en curso. Instantáneas clave que más tarde podrían servirle para atar cabos. De hecho, es lo único que no se borra de manera automática.

Se apresura a abrir la galería de su teléfono con cierta tensión, pero no encuentra nada nuevo. La última foto es de un par de meses atrás: el rostro del sospechoso al que investigó en Portugal, un caso rutinario que Lefebvre, su jefe en la Interpol, le asignó para justificar su sueldo mientras seguía dando clases en la Universidad de Valencia. Un caso sin misterio, con pruebas contundentes desde el inicio, resuelto casi antes de empezar. Voló a Lisboa un lunes y regresó un martes con el trabajo finalizado. Uno de los casos más sencillos de su carrera.

Oriol deja el móvil sobre la mesa y se recuesta en la silla. La lluvia arrecia al otro lado del toldo. Piensa que, desde que cerró el caso de Némesis, no le habían asignado nada relevante.

De repente tiene una idea y se fustiga por no haber pensado antes en ello. Es como si su mente también estuviese adormilada, y eso sí que supone un problema, pues sabe de sobra que se trata de su mejor arma.

Tiene claro dónde buscar. Si realmente le asignaron un caso en Stade y ese es el motivo por el que se encuentra en Alemania, tiene que haber alguna noticia al respecto. Desde hace años, está acostumbrado a que cada una de sus investigaciones termine convertida en un espectáculo mediático, con titulares sensacionalistas y tertulias plagadas de expertos improvisados.

Es algo que le irrita profundamente. Odia que lo recuerden por su pasado, por aquella sombra que lo persigue desde su infancia en aquel sótano, y no por su trabajo como agente de la Interpol. Por eso nunca escribe su nombre en el buscador de internet: detesta tropezar con artículos o comentarios que inciten al recuerdo y que despierten su dolor.

Pero esta vez no tiene alternativa.

Teclea su nombre, respira hondo y pulsa la pantalla del teléfono. En cuestión de segundos, una avalancha de enlaces llena la pantalla. El listado parece interminable: entrevistas, teorías, recortes de prensa extranjera. Hace clic en la pestaña de Noticias y selecciona el filtro por fecha. La más reciente pertenece al diario Bild. El titular, en letras grandes y negras, lo deja inmóvil un instante:

«El infalible inspector Duarte acude a Stade para investigar el asesinato de Lukas Zimmermann».

Por fin tiene algo de lo que tirar, piensa.

Abre la noticia. Los dos primeros párrafos son un elogio innecesario a su figura. Hablan de su brillantez, de su talento para resolver crímenes imposibles, y vuelven a mencionar —cómo no— el caso Némesis, aquel que copó titulares en toda Europa meses atrás. A Oriol se le tensan los músculos del cuello. Le sorprende el poco tacto de la prensa con las víctimas.

El artículo continúa: explica que llegó a Stade el trece de febrero para investigar el asesinato de Lukas Zimmermann, un empresario local de setenta y ocho años, hallado muerto en su domicilio tras ser apuñalado repetidas veces en el tórax. Presentan a su mayordomo, Ben Otto, de cincuenta y tres años y empleado de la familia durante más de dos décadas, como el principal sospechoso.

Oriol pierde la mirada y se queda mirando su reflejo en el cristal de la cafetería. Ahora sabe que estaba investigando un asesinato, el de Lukas Zimmermann. Solo que sigue sin recordar nada de eso. No tiene la menor idea de quién es ese hombre.

El camarero regresa con el café, una taza blanca humeante que desprende un aroma intenso a mezcla recién molida. Oriol apaga el teléfono y lo observa con una expresión que hace vacilar al chico.

Sus miradas se cruzan durante un instante y Oriol dispara la pregunta sin filtrar.

—¿Me conoces? —pregunta cuando el camarero deja la taza sobre la mesa.

—¿Cómo? —responde él, sorprendido.

—Que si me conoces. ¿Me has visto alguna vez por aquí?

El joven se encoge de hombros, desconcertado.

—¿Hay algún problema con el café? ¿No era esto lo que quería?

Oriol niega lentamente con la cabeza. Su voz se suaviza.

—No, no es eso. Solo quiero saber si me recuerdas de algún otro día que haya venido por aquí.

—Lo siento, pero empecé a trabajar aquí ayer. Hoy es mi segundo día.

Oriol asiente, hace un leve gesto con la mano, una disculpa muda. El camarero se marcha sin entender del todo qué acaba de ocurrir, echándole una última mirada antes de perderse tras la puerta de cristal.

Oriol rodea la taza con ambas manos. El calor del café le devuelve una calma momentánea. Vuelve a encender el teléfono y continúa su búsqueda. Teclea el nombre de la víctima: Lukas Zimmermann.

Encuentra una entrada en Wikipedia. La versión alemana es más completa, así que la selecciona. El texto se despliega ante sus ojos con precisión biográfica. Lukas Zimmermann, empresario nacido en

Berlín, hijo de un futbolista que pasó sin pena ni gloria por la Bundesliga y de una enfermera. Se trasladó a Stade a comienzos de los años setenta. En 1974 fundó Bauwerk Nord GmbH, una empresa de construcción que, con el tiempo, se convirtió en una de las más prósperas del norte de Alemania, pasando de solo tres a casi mil empleados en un lustro. Tras su jubilación, la gestión de la empresa corrió a cargo de Niklas Brandt hasta el año 2019. En ese año es su hijo, Walton Zimmermann, quien adquiere el cargo de director ejecutivo, puesto que aún ostenta hoy día.

A medida que Oriol lee, una imagen empieza a tomar forma: proyectos de carreteras, puentes, viviendas sostenibles; colaboraciones con el ayuntamiento; donaciones a hospitales y asociaciones locales. Zimmermann aparece retratado como un pilar de la comunidad, un benefactor. El artículo menciona también su residencia: una mansión moderna a las afueras, premiada por la revista *Forbes* en 2015 por su diseño arquitectónico.

Oriol se detiene un momento. Observa la pantalla en silencio, el reflejo del fuego de la estufa danzando sobre el cristal del móvil.

Está a punto de introducir el nombre de Andreas Winter en el buscador cuando recibe un mensaje:

«Le recordamos que tiene cita con la doctora Krause a las 12:45 horas. Por favor, si no puede acudir, anule la cita en el siguiente enlace».

4

Oriol mantiene la mirada fija en la pantalla del móvil. Ha cambiado de idea y ha buscado información sobre esa doctora. El nombre de Olga Krause aparece junto a una lista interminable de publicaciones, conferencias y menciones en revistas científicas. Resaltan varias noticias que hablan de las terapias innovadoras impulsadas por la doctora Krause en el tratamiento de la depresión. Es una psiquiatra reconocida en Stade que se ha labrado una reputación intachable pese a su juventud. Un artículo hace alusión a ese aspecto; menciona que las terapias vanguardistas de la doctora Krause ofrecen un soplo de aire fresco a un campo que necesitaba actualizarse.

Sin duda, es el perfil profesional al que cualquiera acudiría en caso de necesitar ayuda.

Cualquiera, menos Oriol.

Guarda el teléfono en el bolsillo, intentando recordar cómo demonios ha terminado pidiendo cita con una psiquiatra. Se pregunta si tendrá que ver con su amnesia. No lo sabe. No lo recuerda. Lo único que tiene claro es que no ha acudido voluntariamente a un psiquiatra nunca, jamás. Ya tuvo bastante en el centro de menores donde vivió durante ocho años. Allí lo obligaban a hablar cada dos semanas con psicólogos que le hacían rellenar cuestionarios que él consideraba absurdos y dibujar su «árbol de la vida» o su «familia ideal». Aún puede ver la hoja en blanco y su mano temblando con el lápiz, sin saber qué hacer. Siempre ha pensado que nada de aquello le sirvió, que hubiera sido mucho más útil que le protegieran de los abusones, de los otros niños que se reían de él y le agredían física y verbalmente.

No, a él nunca le sirvió la terapia; aprendió a sobrellevar sus problemas por las malas.

Pronto comprobó que la rabia era más útil que la tristeza. La pena lo hacía débil; la ira, en cambio, lo mantenía en pie. Con los años, consiguió estudiar, trabajar, construirse una vida decente. A los ojos

de los demás, fue un ejemplo de superación al dejar atrás la espantosa vida de su niñez.

Solo él sabe la verdad.

Solo él sabe que se trata de un parche, que cuando el peso de su pasado se hace insoportable, busca los sótanos y los almacenes abandonados donde hombres como él se citan en secreto para pelearse a modo de catarsis. La sangre y el sudor son la única terapia que entiende y que le ha servido a lo largo de estos años.

Las peleas le devuelven el control. Cada golpe, cada respiración entrecortada, le permite seguir adelante unos días más, como si fuera una droga de la que ya ha obtenido su dosis. Pero también sabe que ese equilibrio no durará eternamente, que un día, uno solo, bastará para que algo dentro de él se rompa por completo.

Tal vez ese día ya haya tenido lugar.

Por ese motivo, no puede obviar la evidencia. Hace meses que leyó acerca de un caso en la provincia de Alicante. Su maldita costumbre de revisar todos los expedientes que llegan a sus manos —muchos, ya que trabaja en la Interpol— provocó que leyera acerca de una mujer joven que había estado recluida en un sótano durante casi una década. El caso se había resuelto de manera brillante por el inspector al mando y estaba cerrado, pero la foto que acompañaba al expediente le revolvió por dentro. El rostro de aquella mujer de ojos verdes y cabello rubio que algún día lució una belleza sin igual terminó de romperle. Las similitudes con su pasado, la privación de libertad y de felicidad le hicieron recordar. Por ello estuvo varias noches sin dormir; no podía quitarse la imagen de esa mujer de la cabeza.

Concertó tres peleas en una semana. Las ganó todas, como acostumbra. Pero no sirvió. No fue suficiente. Descargar su ira ya no bastaba, no logró sentir la paz mental que otras veces sí conseguía.

Necesitaba ayuda. Entonces se planteó acudir a un profesional. Fue un pensamiento efímero que desapareció de su mente como una estrella fugaz desaparece del cielo. Nunca llegó a dar un paso más y solicitar una cita con un profesional.

Frunce el ceño y vuelve a sacar el teléfono. ¿Por qué Krause? ¿Por qué alguien en Alemania, a miles de kilómetros de su vida real?

¿Acaso había decidido abandonar Denia e instalarse en Stade? Eso es plausible. Sabe que es algo que él podría hacer por las características de su estilo de vida nómada. Sin embargo, sobre la doctora Krause alberga más dudas. No recuerda haberla buscado, ni haber enviado ningún correo. Nada.

Aunque sabe lo que va a suceder, prueba suerte revisando el historial de búsqueda de su teléfono, pero sigue configurado como él mismo decidió: se borra de manera instantánea y, por eso, está vacío.

Se pasa una mano por la cara. La piel le arde. Tiene la sensación de haber perdido la paciencia además de la memoria. La situación le ofusca, parece que alguien hubiera tomado decisiones por él.

Decide que ha de seguir buscando información que le ayude a conectar las piezas.

Recuerda la nota que encontró en el bolsillo del pantalón. La vuelve a sacar con cuidado, como si temiera que se deshiciera entre sus dedos, y la alisa sobre la palma.

«Mara Schneider. 2006.»

No le dice absolutamente nada. Ni un destello de memoria. Ni una sensación vaga. Solo un nombre escrito con su letra y un año que tampoco consigue asociar a nada concreto. ¿Por qué apuntó aquello? ¿Cuándo lo hizo?

El nombre de Mara es el siguiente que escribe en el buscador. Los resultados aparecen enseguida: perfiles de redes sociales, cuentas dispersas por media Alemania… pero ninguno en Hamburgo ni en Stade. Se ubican en Berlín, Múnich, incluso una mujer de setenta y seis años que vive en Nueva York. Ninguna parece ser la persona que busca.

Frunce el ceño y acota la búsqueda introduciendo el año: 2006.

Esta vez, un enlace destaca entre los demás. Una noticia antigua en baja resolución. Se titula «Concedidos los premios académicos de Baja Sajonia». Oriol abre la imagen y observa la foto que la acompaña: un grupo de estudiantes sonrientes, cada uno sosteniendo un diploma. Los nombres aparecen ordenados de izquierda a derecha.

Los repasa uno a uno. Apellidos alemanes que no le suenan, carreras diferentes… Hasta que la ve.

Mara Schneider. La segunda chica que aparece por la izquierda. En tercer curso de Medicina.

En la imagen aparece una chica muy mona, de cabello pelirrojo y pecas repartidas por toda la nariz. Sostiene el diploma con timidez, la barbilla ligeramente inclinada hacia abajo, como si no le gustara posar.

Oriol amplía un poco más la fotografía, intentando encontrar algún detalle que despierte su memoria. Pero, una vez más, nada.

Continúa la búsqueda, pasa páginas y páginas, pero no da con ninguna otra pista. Ni un trabajo actual, ni más fotos, ni una presencia clara en redes. La única referencia sólida que encuentra sigue siendo esa imagen de 2006.

Y eso no hace más que abrir más preguntas. ¿Quién es Mara? ¿Y por qué su nombre terminó en su bolsillo?

Respira hondo, tratando de poner orden en su cabeza. Pero el día avanza sin darle tregua. Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Son demasiadas incógnitas.

Mira su reloj. Todavía tiene tiempo de sobra hasta la hora de la consulta a la que, por supuesto, piensa acudir. La clínica de la doctora Krause se encuentra cerca del JS Bach, y el paseo no debería llevarle más de diez minutos.

Se termina el café de un trago. Está amargo, ya casi helado. No puede seguir perdiendo el tiempo allí, por mucho que aún tenga que buscar información sobre el hombre que ha aparecido muerto en la cabaña: Andreas Winter.

Antes de levantarse, deja que su mirada se pierda unos segundos en el horizonte, más allá del ventanal empañado, donde los transeúntes avanzan encogidos bajo abrigos gruesos. Uno de ellos parece clavarle la mirada a lo lejos. Solo es un segundo, pero Oriol percibe algo extraño en aquel hombre que avanza con un gorro calado y envuelto en un grueso abrigo negro. No sabe si responde a su instinto afilado o a una simple sugestión. El tiempo sigue

corriendo y el cadáver continúa en la cabaña. Debe actuar ya y no perder más tiempo.

Toma una decisión arriesgada.

Se pone en pie y se dirige al interior del local para pagar.

La cafetería es un ejemplo de modernidad discreta: madera clara, paredes grises con marcos negros y una hilera de lámparas colgantes que proyectan una luz cálida sobre las mesas. El aroma del café tostado se mezcla con el de los *croissants* recién hechos. Todo es nuevo para Oriol. Siente que es la primera vez que ha estado en ese lugar, aunque la foto guardada en el bolsillo interior de su abrigo muestre lo contrario.

Tras la barra, el camarero rubio y poco hablador limpia vasos sin levantar la vista. Es joven, con los pómulos marcados y expresión distante. Parece ser el único empleado a esa hora. Oriol observa cómo el muchacho le entrega el cambio tras pagar, con una cortesía automática, sin interés alguno por su cliente. Nada en él, ni en el ambiente, le ayuda a ordenar las piezas que le faltan. Así que es el momento de marchar.

Al salir, el aire cortante lo golpea en la cara. Mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar por el centro de Stade.

Sabe a dónde se dirige.

Las calles, pulcras y tranquilas, parecen sacadas de una postal: fachadas de entramado de madera, escaparates decorados con ternura, bicicletas apoyadas junto a los portales. En la distancia, se oyen los motores de los coches mezclándose con el tintineo de una campana de iglesia. Un grupo de estudiantes atraviesa la acera riendo, sus mochilas balanceándose al ritmo de los pasos.

Oriol se mueve entre ellos con la sensación de que todo a su alrededor fluye a un ritmo que no le pertenece. Stade es una ciudad pequeña, ordenada y con un encanto singular. Comienza a entender por qué podría haber decidido instalarse allí.

Recuerda haber caminado junto a la comisaría de camino al JS Bach desde el lago Horst. No necesita consultar el mapa. Se planta en la Polizeiinspektion Stade en menos de cinco minutos. El edificio se alza en una esquina amplia, con un estilo de líneas rectas y fachada de ladrillo claro, sobrio pero impecable. Frente a la entrada

principal, dos coches patrulla permanecen aparcados, salpicados de gotas de lluvia. En el interior, se adivina movimiento: agentes uniformados entrando y saliendo, el reflejo azul de las luces intermitentes parpadeando en los ventanales.

Oriol se detiene un instante en la acera opuesta. Observa el edificio en silencio. Es una ciudad pequeña; tiene claro que esa debe ser la única comisaría de Stade. Si, como afirman los periódicos, aceptó el caso del asesinato de Lukas Zimmermann, sin duda ha estado allí antes. Es una cuestión pura de logística.

Decide no perder más tiempo. Cruza la calle con paso firme y entra en el edificio. El aire dentro es fresco y perfumado. En el control de acceso, un agente lo saluda con un leve movimiento de cabeza cuando él se dispone a pasar por el arco metálico. Luego le hace un gesto con la mano para que utilice la puerta lateral, la reservada al personal. Lo conoce. Eso es buena señal.

—Gracias —dice Oriol, mientras el otro asiente en silencio con una sonrisa cortés.

Avanza por el vestíbulo intentando orientarse. La comisaría no se parece a ninguna de las que conoce en España. Solo ha trabajado una vez en Alemania. Fue hace años en Berlín, y todavía recuerda aquella sensación de orden obsesivo: despachos amplios, pasillos luminosos y cristaleras transparentes en lugar de muros grises de hormigón. Todo aquí transmite control y eficiencia.

Durante unos segundos, Oriol se detiene sin saber a dónde dirigirse. Está valorando la posibilidad de preguntar en la recepción cuando una mujer se le acerca con una sonrisa abierta.

—Oriol. Me alegra verte de nuevo por aquí. ¿Qué necesitas?

Él busca sin éxito una placa o un distintivo en su chaqueta para averiguar su nombre. Luego le sostiene la mirada, intentando corresponder a su entusiasmo con una cortesía que no siente del todo.

—Necesito revisar los informes del caso Zimmermann —responde —. Es parte del procedimiento —miente.

La mujer arquea las cejas, sorprendida, pero no llega a replicar. Es joven, unos treinta y tantos, y Oriol se fija en las pequeñas marcas amoratadas que tiene sobre la frente. Las reconoce al instante, son

pinchazos de bótox. De repente aparece un agente pelirrojo con gesto apresurado. Tiene el rostro cubierto de pecas y el aire inseguro de quien acaba de salir de la academia.

—Disculpe la interrupción, inspectora Wolf. Se ha cancelado la reunión de las diez. ¿Desea que la reprograme para esta tarde?

Perfecto. Al menos ahora sabe su nombre, aunque no recuerde haberla visto antes.

La inspectora y el muchacho intercambian unas palabras acerca de esa reunión. Oriol aprovecha el momento para observarla con más atención. Cabello rubio recogido con precisión, ojos claros, voz firme. Ofrece la imagen de una mujer acostumbrada a mantener el control incluso en medio del caos.

Cuando el joven se aleja, Wolf vuelve a mirar a Oriol con amabilidad.

—De acuerdo. Puedes utilizar la sala de informes. Voy contigo.

Oriol alza una mano, intentando evitarlo.

—No será necesario, inspectora Wolf. No quiero robarle tiempo.

Ella deja escapar una risa breve y su tono cambia, volviéndose algo burlón.

—Me temo que, por protocolo, un agente de la comisaría debe acompañarle. Lo lamento. Está establecido así.

Oriol asiente despacio. Le gustaría poder estar solo ante el ordenador. De ese modo, podría introducir los nombres de Andreas Winter y de Mara Schneider y descubrir quiénes son. Sin embargo, tendrá que esperar; sabe que discutir no servirá de nada, por eso asiente y la sigue por un pasillo largo y silencioso. Las luces del techo, perfectamente alineadas, proyectan un brillo uniforme sobre el suelo pulido. Todo está tan limpio y ordenado que parece un escenario preparado para un concurso de organización.

A medida que avanzan, se cruza con varios agentes que lo saludan con una sonrisa o un gesto de reconocimiento. Ninguno parece sorprendido de verlo allí.

Nada de lo que observa logra despertarle un solo recuerdo. Ni los paneles de cristal con los nombres de los departamentos, ni los archivadores metálicos encajados milimétricamente junto a las paredes, ni el murmullo constante de teléfonos y pasos. Tampoco las

pizarras digitales con los turnos y avisos del día o el olor del café que alguien acaba de servirse en un vaso de cartón. Todo le resulta familiar y ajeno a la vez, como si hubiera soñado con ese lugar sin haber estado nunca en él.

Es una sensación muy extraña.

La inspectora Wolf se detiene frente a una puerta de cristal esmerilado y la abre con su tarjeta.

—Adelante, inspector Duarte —dice, cediéndole el paso.

La sala de informes es amplia y luminosa. Se encuentra vacía en estos instantes. En el centro, sobre una larga mesa de madera de roble, reposan varios ordenadores apagados, cada uno con su teclado y una etiqueta de identificación. A un lado, una pared de cristal deja ver el pasillo, y al otro, una hilera de archivadores con etiquetas impresas.

Wolf le indica con un gesto que tome asiento frente a uno de los equipos. Luego aproxima su tarjeta y la introduce en el lector del teclado. Un pitido confirma el acceso y, a continuación, ella teclea sus credenciales inclinándose ligeramente. Se sienta junto a Oriol y gira la pantalla hacia él.

—Tiene mala cara, inspector. ¿Se encuentra bien? —pregunta con tono amable.

—He dormido bastante mal. Sufro alergia, y hay noches en las que me cuesta conciliar el sueño.

—Ya veo… Quizá esa cabaña del lago donde se ha instalado no sea el mejor lugar para su alergia. Hay demasiados insectos por allí. Yo nunca corro por esa zona cuando hago ejercicio.

Oriol sonríe con cortesía.

—Sí, tal vez. Pero será algo temporal.

La inspectora Wolf suelta una breve carcajada.

—Eso dijo la última vez que le pregunté, y ya ha pasado una semana. —Ella lo observa con un brillo divertido en los ojos—. Creo que le está gustando Alemania, y ese es el verdadero motivo por el que sigue aquí.

—Siempre me ha gustado —contesta él—. Es un país increíble.

Wolf sonríe de nuevo y desvía la mirada al monitor. Su postura es relajada, el tono cercano. Oriol percibe un grado de familiaridad

entre ambos que no sabe cómo interpretar.

—¿De qué se trata, inspector? —pregunta al fin, alzando una ceja —. ¿Hemos hecho algo mal?

—Para nada —responde él, recuperando su tono profesional—. Tiene relación con un caso archivado que estoy revisando. Quiero comprobar unos datos por si existe algún tipo de conexión con otro expediente.

El rostro de Wolf cambia al instante. Se endereza en la silla, dejando atrás la sonrisa.

—¿En serio? —dice, sorprendida—. Creía que este era el caso más simple al que se había enfrentado jamás.

Oriol gira la cabeza hacia ella.

—Y si tan simple era, ¿por qué me enviaron a trabajar en él?

La inspectora parpadea, desconcertada. No sabe si está bromeando.

—Pues... porque… —balbucea, y luego frunce el ceño—. ¿Me lo pregunta en serio o está de broma? Ya me he perdido.

—Es una pregunta muy seria, inspectora.

Wolf se aclara la garganta y responde con cautela.

—Porque su jefe se lo ordenó, como ya sabe. La mansión de los Zimmermann está al otro lado del río Elba, justo en la frontera entre Baja Sajonia y Hamburgo. La primera llamada de emergencia que hizo la señora Zimmermann se desvió por error a la comisaría de Hamburgo, aunque el caso debía llevarlo nuestra unidad. Hubo una confusión de competencias. Durante unos días, el caso quedó en el limbo hasta que se consultó a la Interpol y se decidió que lo asumiera usted para evitar disputas. —Al terminar, se encoge de hombros con un gesto que denota cierta incomodidad—. Ya lo sabe, inspector.

Oriol mantiene la mirada fija en ella, sin decir nada durante unos segundos.

—Sí, inspectora, lo recuerdo perfectamente —miente al fin, con serenidad—. Quizá me haya expresado mal. Lo siento, a veces pienso en otro idioma cuando hablo alemán. Lo que quiero decir es que me parece un insulto para las instituciones alemanas. Son

tremendamente competentes y no tiene ningún sentido que recurrieran a mí para resolver un caso tan simple.

El recurso funciona. La inspectora Wolf lo mira con un gesto que mezcla aprobación y resignación antes de asentir despacio. A Oriol le basta esa reacción para sorprenderse al descubrir que es capaz de controlar la situación incluso sin tener ni idea de lo que ha sucedido durante estos días. O eso cree.

—No es la primera vez que pasa —dice Wolf, levantando las cejas —. Desde Hamburgo siempre muestran interés por nuestros casos cuando hay nombres con cierto peso. Si se trata de asuntos que no atraen titulares, ni se molestan. Es… curioso.

Oriol no responde. Prefiere no alimentar el comentario. Dirige la vista a la pantalla frente a él, donde ya tiene acceso al sistema de gestión de casos de la policía alemana. Conoce ese software. Lo ha utilizado antes y, por fortuna, su manejo no se encuentra entre las habilidades que su memoria ha decidido olvidar.

Mientras la inspectora esté delante, tendrá que conformarse con buscar aquello que pueda justificar.

Teclea el nombre de Lukas Zimmermann. El sistema tarda unos segundos en cargar, pero finalmente aparece la ficha del caso, junto con una larga lista de documentos e informes adjuntos. Oriol ajusta la silla, abre el archivo principal y comienza a leer.

No necesita mucho tiempo para entenderlo. Tenía razón, sin saberlo: el caso es ridículamente simple. Demasiado, incluso. No hay misterio, ni zonas grises, ni cabos sueltos. Todo apunta a que su presencia allí no es más que una maniobra de Lefebvre para marcar territorio, una forma elegante de recordar a las comisarías de Stade y Hamburgo quién tiene la última palabra. Oriol también sospecha que se trata de una reprimenda de su jefe en la Interpol, quien no soporta que complete sus horas de trabajo semanal con la docencia y suele insistir en tener a Oriol dedicado al trabajo de campo.

La historia es simple: Lukas Zimmermann, empresario, setenta y ocho años, asesinado en su propia casa. Autor confeso: Ben Otto, su mayordomo durante los últimos treinta años.

Oriol abre el vídeo obtenido de las cámaras de seguridad de su mansión. El archivo se reproduce a pantalla completa. La grabación,

que no tiene sonido, muestra un comedor desproporcionadamente grande, decorado con mármoles, lámparas de cristal y una mesa que podría acoger a una docena de comensales. Zimmermann aparece cenando junto a una mujer que debe de ser su esposa. Frente a ellos, Ben Otto permanece de pie, inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda.

El empresario gesticula con vehemencia. Se inclina hacia delante, señala algo en el plato y, de pronto, lanza el contenido al suelo con un movimiento brusco. La mujer intenta intervenir, pero él la ignora. Otto no reacciona, ni siquiera parpadea. Después se da media vuelta y sale del encuadre.

Treinta segundos más tarde vuelve a aparecer. Lleva un cuchillo de cocina en la mano derecha. Se aproxima despacio hasta colocarse tras su jefe. Entonces lo apuñala. Una, dos, tres veces. Zimmermann apenas tiene tiempo de levantarse. Su cuerpo cae hacia la mesa, volcando una copa de vino que se derrama sobre el mantel blanco.

Oriol pausa el vídeo. Observa la última imagen congelada en la pantalla: el rostro de la mujer, petrificado por el horror. No hay nada que investigar. Todo está ahí.

Oriol abre la transcripción de la confesión. El documento está fechado tres días después del asesinato. Ben Otto declara, en presencia de su abogado, que se arrepiente profundamente de lo que hizo. Afirma que su jefe era muy severo e injusto con él, que era algo con lo que convivía desde hacía muchos años pero que ese día se le cruzó un cable y perdió el control cuando Zimmermann comenzó a gritarle. «Le odiaba», dice. «Siempre le he odiado, pero mi autocontrol había sido suficiente… hasta que estallé».

En la cabecera del documento aparecen los nombres de los dos agentes presentes durante la declaración: Oriol Duarte y Elsa Wolf.

Oriol se queda inmóvil. Sus ojos recorren una y otra vez la línea con su nombre, como si eso fuera a cambiar algo. El cursor parpadea sobre la pantalla y el zumbido del ordenador llena el silencio. Intenta recordar. Una escena, una voz, una imagen… pero no consigue nada.

El silencio se alarga durante un largo minuto hasta que, de repente, le viene a la cabeza una imagen.

No sabe si ha sido por el tacto de las teclas, por la voz de Elsa Wolf o por ese perfume afrutado que impregna la estancia con su aroma, pero ahora percibe un recuerdo nítido y real de lo sucedido.

Tiene a Ben Otto delante. Suda profusamente, hasta el punto de que Oriol ve cómo caen las gotas. Tiene mal color. Su abogado es un hombre moreno. A juzgar por su gesto de indiferencia y por su traje barato, es de oficio. La sala de interrogatorios huele a rancio. El señor Otto lo mira como una presa a su depredador segundos antes de morir.

El recuerdo se detiene. Pero ha sido claro.

Por fin, piensa. Necesitaba sentir que lo que está viviendo es real.

—¿De qué va todo esto, Oriol? —pregunta la inspectora Wolf, rompiendo repentinamente el silencio.

Le sorprende el tono. La familiaridad repentina le descoloca.

Levanta la vista. Elsa Wolf lo observa con los brazos cruzados, el ceño apenas fruncido, estudiándolo con una mirada en apariencia divertida que mezcla curiosidad y desconfianza. Oriol intenta descifrar lo que pasa por su cabeza, pero su rostro no le ofrece ninguna pista.

—Como ya le he dicho, inspectora Wolf… —empieza, intentando mantener la distancia profesional.

—Déjate de tonterías, Oriol. ¿Por qué no me llamas Elsa ahora? —interrumpe ella, con un gesto impaciente—. Te estaba siguiendo el juego pensando que era una broma o algo parecido, pero… ¿De qué va esto? ¿Es así como intentas acercarte a mí?

Oriol parpadea, desconcertado. Se ha equivocado: el tono es irónico, no tiene nada de divertido.

—No, yo solo intentaba ser educado —responde controlando la voz.

Elsa niega despacio, sin apartar la mirada.

—Mira, a mí me gustan las personas sinceras. Cuando te propuse salir a tomar una copa después del trabajo, podrías haberme dicho que tenías pareja, en lugar de hacerme creer que…

Oriol siente que algo se contrae en su estómago.

—¿Cómo dices?

Ella apoya las manos sobre la mesa, inclinándose hacia él. Su expresión se vuelve seria.

—No te hagas el tonto.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando. Te lo aseguro.

—Por favor, Oriol… os vi besándoos en el restaurante. —Su voz tiembla de rabia contenida—. Sé que tú me viste a mí. ¿Me tomas el pelo?

Oriol se queda helado. Busca en su memoria un rastro, un fragmento que le permita entender lo que está escuchando, pero solo encuentra un vacío insoportable.

Ha llegado el momento de buscar una excusa para salir de esa comisaría.

5

La sala de espera de la doctora Krause parece más una galería de arte que una consulta médica. Las paredes, en tonos marfil, están adornadas con diplomas enmarcados, certificados de universidades alemanas, entre las que destaca la de Friburgo, y fotografías de la psiquiatra estrechando manos con figuras reconocibles del ámbito académico y político nacional. Las luces cálidas y los sillones de piel color coñac desprenden una elegancia medida, sin excesos. Una cafetera de cápsulas se ubica en una esquina, junto a un cuenco de almendras y galletas finas, todo dispuesto con meticulosidad.

La recepcionista lo ha recibido por su nombre nada más entrar. «Buenos días, señor Duarte», le ha dicho con una sonrisa ensayada, como si realmente lo conociera. Oriol ha respondido con un gesto cortés, aunque la duda le ha rondado desde entonces. No sabe si esa familiaridad forma parte de una estrategia comercial —una forma de hacer sentir especiales a los pacientes— o si realmente lo ha visto en otra ocasión. Pronto lo averiguará.

Tiene un plan.

Se sienta en uno de los sillones, el más alejado del ventanal, y cruza las manos sobre las rodillas. No hay más pacientes esperando. Solo él y el leve murmullo del reloj de pared, cuyo segundero desgarra el aire a cada movimiento.

La única manera de averiguar por qué demonios tiene una cita con una psiquiatra es presentarse en la consulta e indagar por su cuenta. La ley de protección de datos y el secreto profesional del médico son tajantes en estos casos. Y eso es precisamente lo que quiere utilizar en su favor.

Unos pasos interrumpen sus pensamientos. Tacones, firmes, precisos, avanzan por el pasillo de madera. La recepcionista se asoma al marco de la puerta. Su sonrisa es la misma de antes, impecable, aunque ahora tiene un aire de complicidad.

—Señor Duarte, la doctora está lista para recibirle.

Oriol asiente sin decir palabra. Se levanta despacio, ajusta el cuello de su abrigo y atraviesa el pasillo.

La puerta de la consulta está entreabierta. Dentro, el ambiente cambia. La luz es más tenue, filtrada por unas cortinas de lino. El despacho desprende un orden riguroso: una estantería repleta de volúmenes encuadernados en cuero, una mesa de cristal con un ordenador portátil y, en el centro, el inevitable diván de psicoanálisis frente a una butaca tapizada en gris perla. Oriol piensa que ese instrumento no es tan vanguardista como rezaba el titular de la revista científica que leyó hace unas horas, alabando las modernas terapias empleadas en esa clínica.

La doctora Krause lo espera de pie, junto a la ventana. Tiene el cabello recogido en un moño bajo y unas gafas rectangulares que acentúan su mirada analítica. Parece aún más joven de lo que es.

—Adelante —dice con voz serena, invitándolo a pasar—. Me alegra que nos volvamos a ver.

Oriol se queda inmóvil durante un segundo. Esa frase es reveladora. Al menos, ahora ya sabe que no es la primera vez que pisa esa consulta.

Oriol recorre la sala con la mirada. Cada detalle parece medido: los libros perfectamente alineados, el aroma tenue de jazmín que se desprende del difusor, el cuadro abstracto en tonos azulados que rompe la monotonía del beige. Todo transmite calma y orden, cualidades que se le deben presumir a un profesional de la salud mental.

Permanece de pie unos segundos, sin saber si debe sentarse o esperar indicaciones. La doctora Krause lo observa con esa sonrisa profesional que no revela nada.

—Buenos días, doctora Krause. Me alegra volver a verla. Tenía muchas ganas de hablar con usted.

La doctora esboza una leve sonrisa y toma asiento tras su escritorio con la mirada fija en el cuaderno de notas que reposa sobre él. Se toma un tiempo para repasar sus anotaciones hasta que vuelve a hablar.

Ese tipo de silencios, largos y tediosos, son lo que más desespera a Oriol de los psiquiatras.

—Tome asiento, señor Duarte, por favor —indica ella al finalizar la pausa, extendiendo una mano hacia el diván.

Oriol obedece. Se recuesta despacio, sin apartar los ojos del techo con vigas vistas. La posición le resulta extraña, vulnerable. No tenerla frente a frente lo desarma. Él necesita ver los gestos, analizar los matices en la voz, los movimientos del cuerpo. Se alimenta de esos detalles invisibles para la mayoría, pero cargados de significado para él. Ahora solo puede centrar su mirada en el techo y escuchar el sonido de su propia respiración.

Quizá de eso se trate la terapia.

—¿Qué tal ha ido esta semana? —pregunta la doctora.

Oriol siente un leve escalofrío.

—Diría que sin grandes cambios desde la última vez que nos vimos, doctora.

—¿Ha tomado el zolpidem según la dosis que le indiqué?

—Sí —responde tras una breve pausa, sin estar del todo seguro de si miente.

—¿Le ha ayudado a conciliar el sueño?

Oriol no tiene ni idea de qué contestar a eso. Quizá la respuesta es sí. De hecho, ese es el problema; su sueño parece haber sido demasiado profundo.

—No estoy seguro, doctora.

—¿Ha notado algún efecto secundario?

—¿A qué se refiere? ¿Qué tipo de efectos secundarios? —inquiere Oriol.

—Los más típicos son somnolencia, cefalea, descoordinación y amnesia.

Oriol frunce el ceño.

—¿Amnesia?

—Sí, pérdida de memoria. No es lo más habitual, pero se ha descrito en varios estudios. Sobre todo, cuando se mezcla con alcohol. Por eso insistí en que no tomara ninguna bebida alcohólica durante el tratamiento.

Se produce un silencio breve. Oriol nota un cosquilleo en la nuca. No sabe si es por la información o por lo que implica. Su mente

trabaja rápido, ordenando pensamientos, buscando una forma prudente de avanzar.

—Me sucedió algo curioso —dice al fin—. Tal vez usted pueda decirme si es un efecto secundario de la medicación.

—Por supuesto, dígame.

—Una noche me desperté en un lugar distinto a mi cama. No recuerdo cómo llegué allí.

La doctora tarda un par de segundos en responder.

—¿Se refiere a un lugar dentro de su casa? ¿O fuera de ella?

Oriol calcula su respuesta, incómodo.

—¿Por qué es importante?

—Porque, como le decía, hay casos documentados en pacientes diagnosticados de insomnio en tratamiento con zolpidem que presentan comportamientos automáticos durante el sueño. Se trata de personas que conducen sin ser conscientes de ello, que cocinan, que salen a pasear… —hace una pausa para aclararse la garganta—. En esos episodios el individuo actúa sin control, sumido en un estado de trance. Me gustaría saber si lo suyo podría tratarse de algo así. En ese caso estaríamos ante una situación peligrosa para usted.

Oriol alza las cejas, manteniendo la vista fija en las vigas del techo. Se toma unos segundos antes de responder.

Andarse con rodeos no le funcionará. Tiene que ser claro.

—De acuerdo. Sé que usted es una profesional respetable y confío en que mantendrá el secreto profesional. Entenderá que, por la naturaleza de mi trabajo, no quiero que lo que voy a contarle se sepa.

La doctora guarda silencio. Oriol percibe el leve crujido de la silla al otro lado del despacho; imagina que ella se ha inclinado hacia adelante, esperando que continúe.

—¿Está grabando la sesión? —pregunta Oriol de pronto.

—Sí. Se lo dije en nuestra primera visita. Grabo todas las sesiones por si necesito repasar algún dato posteriormente.

—Deténgala.

Un nuevo silencio. Luego, el clic seco de un botón que procede de algún lugar a su espalda.

—De acuerdo. He apagado la grabadora —responde ella.

Oriol exhala lentamente. Ahora, por primera vez, siente que la conversación está a punto de empezar de verdad. Esa mujer es la única que puede ayudarle en este momento. La necesita.

La doctora Krause permanece en silencio unos segundos. Oriol siente su respiración pausada y paciente tras él. Espera que ella hable, pero no lo hace. Al final, decide ser él quien hable primero. Ha conocido a muchos psiquiatras y está familiarizado con el uso de los silencios.

—¿Dice que grabó la primera sesión? —pregunta Oriol.

—Así es.

—¿Podría recuperar esa grabación, por favor?

—Lo lamento, señor Duarte, pero eso no es posible. No dispongo de espacio para almacenar todas las cintas, por lo que, al cabo de dos o tres días, salvo que haya algo que necesite guardar, reutilizo la cinta. Ya no dispongo de esa grabación.

Oriol hace una mueca con el labio que la doctora no puede ver al estar de espaldas sobre el diván.

Un nuevo silencio se alarga.

—Creo que quiere decirme algo, señor Duarte, pero no está seguro de hacerlo.

Finalmente, Oriol se decide a contárselo. Es su mejor opción.

—Esta mañana me he despertado en una cabaña donde, al parecer, me he instalado desde que estoy residiendo en Stade. Sin embargo, no recuerdo absolutamente nada de lo que ha sucedido desde que puse un pie en Alemania.

Hay un leve movimiento, como si la doctora se hubiera incorporado en su sillón. La respuesta tarda en llegar y, cuando lo hace, su tono es sereno, aunque deja entrever una inquietud contenida.

—¿No recuerda que estuvo aquí la semana pasada?

Oriol cierra los ojos un instante. La pregunta lo descoloca.

—No. Y la verdad… me gustaría saber el motivo por el que decidí acudir a usted.

Un leve roce de papel indica que Krause ha tomado el expediente que reposa sobre su mesa. Su voz se vuelve más firme, adoptando

ese tono clínico de quien repasa un informe.

—Decía tener problemas de insomnio. Le hice unas preguntas sobre su familia y su infancia, pero se negó a hablar de ello. Me dijo que sí, que un trauma del pasado era lo que le impedía dormir —explica con una precisión que incomoda a Oriol—. Pero que aún no era el momento de hablar de ello. Mostró una actitud reticente y desconfiada hacia mí cuando yo insistí en la necesidad de verbalizar los sentimientos, de poder trabajar ese asunto, pero usted no quiso. Comentó que lo único que deseaba era poder dormir, que ese era el primer paso y que, una vez solucionado, se plantearía hablarme de su pasado.

Hace una pausa, como si revisara una nota concreta en su cuaderno.

—Por eso le receté el zolpidem y quedamos en vernos en una semana —concluye la doctora.

Oriol traga saliva, tratando de ordenar la información. No recuerda nada de lo que ella acaba de decir. Ni su rostro, ni su voz, ni el momento en que cruzó esa puerta por primera vez. Todo suena a una vida que no es la suya.

—¿Dice que me negué a hablar de mi infancia?

—Así es —responde ella con calma—. Parecía muy alterado cuando lo mencioné.

Oriol se incorpora levemente en el diván. Su mente, entrenada para detectar inconsistencias, busca una explicación racional. Pero no la encuentra.

—Doctora, ¿le pareció que estaba bajo los efectos de alguna sustancia? ¿O… fuera de mí?

—No —responde ella sin titubear—. Estaba lúcido, aunque agotado.

Oriol se queda quieto. Su mirada se pierde una vez más en el techo mientras las palabras de Krause resuenan dentro de su cabeza.

—Necesito hacerle unas preguntas, señor Duarte —anuncia la doctora—. ¿Cuál es su último recuerdo?

—Recuerdo abandonar España. Cogí un avión que supongo me trajo a Alemania, pero a partir de ahí no recuerdo nada.

—¿Se ha dado algún golpe en la cabeza o ha tenido algún accidente?

—No lo sé. No tengo heridas en la cabeza —contesta Oriol.

—Me he fijado en que tiene heridas en los nudillos. ¿Se ha peleado? —inquiere la doctora.

—¿A qué viene todo esto, doctora? —increpa Oriol.

—El tratamiento con zolpidem puede ser el responsable de la amnesia y estoy de acuerdo en que es lo más probable, pero también podría deberse a otras causas y sería recomendable realizar una resonancia magnética cerebral para descartarlas. ¿Le duele la cabeza? ¿Tiene mareos?

—Sí. Me duele, pero creo que es por haber dormido mal. Estaba mareado al despertar. Ahora estoy bien.

—Voy a derivarle al hospital, señor Duarte. Es lo mejor para usted.

Oriol se incorpora y se gira para tener contacto visual con la doctora Krause.

—Doctora, no puedo ir al hospital en estos momentos. Le prometo que estoy bien. Si empeoro, volveré a hablar con usted. Ahora necesito que me ayude a entender algo.

Olga Krause suspira y levanta las cejas.

—Debo insistir, señor Duarte, en que…

—Doctora. Déjelo —interrumpe Oriol—. No voy a ir.

Ella aprieta los labios y Oriol se levanta del diván. Se planta de pie junto a su mesa.

—¿Cree que podrían haberme coaccionado para acudir a usted? —pregunta Oriol.

La doctora hace una mueca y niega con la cabeza.

—No encuentro una razón lógica que justifique esa posibilidad, señor Duarte.

—¿Vine solo? —pregunta Oriol.

—Así es, vino solo. En cualquier caso, permítame decirle que, en esta consulta, normalmente las preguntas las hago yo. Si quiere interrogarme por algún motivo, no será durante una sesión.

—¿Le dije que soy policía? —inquiere Oriol.

—Como bien sabe, su fama lo convierte en un rostro conocido y, sí, sé a qué se dedica. Como también he leído los comentarios de la

prensa sobre su pasado, que es lo que verdaderamente me importa y en lo que alguien como yo puede ayudarle. Me gustaría hacerlo si usted lo desea.

En ese momento, Oriol se levanta despacio ante la atenta mirada de la doctora Krause, que intenta mantener el rostro neutro.

—Pase un buen día, doctora. Gracias por su tiempo.

6

Oriol aparta el teléfono y se pasa una mano por el rostro. Necesita cargarlo o se apagará pronto. Lo que acaba de leer le resulta perturbador.

Zolpidem.

Ese nombre le da vueltas en la cabeza. Todo parece encajar a la perfección con respecto a sus efectos adversos y la situación en la que se encuentra.

Acaba de leer sobre los casos documentados en Estados Unidos de los que hablaba la doctora: personas que conducen sin rumbo, que mantienen relaciones sexuales, que cocinan, que limpian... y después no recuerdan nada. Autómatas en su propia piel.

Él siempre habría ridiculizado una excusa así si alguien se la hubiera soltado en una sala de interrogatorios. De hecho, puede imaginar su propia voz, fría y cortante, repitiendo: «¿Pretende que me crea eso?». Pero ahora no hay nadie a quien interrogar. Ni sospechoso. Ni víctima. Solo él y el cadáver de Andreas Winter pudriéndose en la cabaña.

La doctora Krause podría haber sido útil. Podría haberle ayudado a poner orden en su mente, pero no. Haciendo gala de su condición de psiquiatra, insiste en hablar del pasado, en escarbar donde no debe, en convertir su historia en un rompecabezas emocional. Oriol no entiende esa obsesión. Es muy consciente de que todos sus problemas provienen de ese sótano húmedo en el pequeño y remoto pueblo de Fanlo. De la muerte de su hermano; de los efectos que la locura de su padre tuvo sobre él. Pero se resiste a abrirse a alguien y a hacer terapia. Entiende que esa mujer quiera su dosis de atención; al fin y al cabo, su pasado es archiconocido por la prensa y, si un profesional lograra ahuyentar los fantasmas de su mente, su prestigio se dispararía.

Al menos, la visita a la psiquiatra ha aclarado algo: acudió a ella para tratar su insomnio. Esa parte es de lo poco que tiene sentido, es algo que ya se había planteado con anterioridad. Recuerda

noches interminables, las sábanas revueltas, la mente ardiendo en pensamientos que no llevaban a ningún sitio. Tal vez alguien le habló del zolpidem, le aseguró que era efectivo y él —agotado, con los nervios al límite— decidió probarlo. Para eso necesitaba una receta. Nada más lógico.

Con respecto al alcohol, nunca ha bebido en exceso. Una cerveza ocasional, un vino en alguna cena, nada fuera de lo común. ¿Podría una dosis tan mínima desencadenar algo tan devastador? No lo sabe. Es cierto que, en ocasiones, le gusta beberse un Jack Daniel's con un cubito de hielo. No suele tomar más de una copa. Quizá ambas circunstancias confluyeron: la medicación y el *whisky*. Nunca se ha tomado las indicaciones médicas al pie de la letra. Eso es algo que debe reconocer y que tal vez debería mejorar. Piensa que ha de estar atento a los síntomas que ha mencionado la doctora y, si empeora, acudir a una nueva valoración. Sería la postura más inteligente.

Su mente es ahora un torbellino de ideas. El ritmo del día está siendo vertiginoso. Se sienta en un banco húmedo que se sitúa enfrente de una tienda de flores, de cuyo interior sale un hombre con una sonrisa de oreja a oreja mientras sostiene una rosa. Le recuerda a Richard Gere en *¿Bailamos?*

De pronto, siente un dolor punzante y agudo que le traspasa el cráneo y se asienta en sus sienes. Se lleva la mano a la frente y cierra los ojos. Un recuerdo toma forma en su mente. Los contornos y los colores comienzan a dibujarse, creando una imagen difusa que va aumentando su nitidez. Se encuentra en un restaurante italiano; lo sabe por el mantel de cuadros rojos y blancos y por el olor a cocina mediterránea. Ha pedido pasta carbonara y se ha concedido uno de los placeres a los que recurre en ocasiones. Ha pedido una botella de vino.

La visualiza en su mente. La botella es cara, un Brunello di Montalcino. No es un lujo que suela concederse a menudo. En el recuerdo, de repente, alguien habla. No está solo, es una mujer. La voz le resulta cercana, hasta cierto punto familiar, pero no logra reconocerla. En su recuerdo, tiene a esa mujer delante. Ambos sonríen, hay complicidad y bienestar. Intenta recordar su rostro, su

nombre… lo que sea que le ayude a identificarla, pero no consigue formar su imagen en la memoria.

Solo la escucha sonreír. Una sonrisa que no le es desconocida por algún motivo que desconoce. Oriol ha dicho algo que le ha hecho gracia y él le devuelve la sonrisa. Se siente cómodo con ella. Seguramente ese es el motivo por el que ha pedido ese vino tan caro. No es una botella para dejar a medias, y si ese día también se tomó una pastilla de zolpidem… Podría ser eso lo que ha desencadenado su problema.

Eso cuadra.

Solo que no tiene ni idea de quién es esa mujer.

Oriol nunca ha tenido una relación estable. No sabe exactamente por qué le sorprende tanto esa sensación agradable que ha percibido en el recuerdo, sentado frente a una mesa en un restaurante italiano con una mujer que no conoce. Hay algo en la escena —la calma, la familiaridad del lugar, la copa de vino a medio llenar— que le resulta incómodamente natural, como si ese momento perteneciera a otra versión de sí mismo.

A lo largo de los años, ha tenido relaciones breves, encuentros efímeros y esporádicos. Algunas duraban unas semanas; otras, apenas unos días. Siempre había una excusa: su trabajo absorbente, su espíritu nómada, la incapacidad de comprometerse con nada que no pudiera controlar. No se engaña. Sabe que, en el fondo, era él quien marcaba el final en todos los casos.

Nunca sufrió por ninguna ruptura. Jamás. Ni una noche en vela, ni un recuerdo que pesara. Llegó a preguntarse si sería capaz alguna vez de forjar una relación fuerte y duradera. Pensó, incluso, que tal vez su mente guardaba rasgos que rozaban la psicopatía. Pero lo descartó enseguida. No podía serlo a tenor de su trabajo. Sus sentimientos siempre han sido claros, y él se preocupa de verdad por las víctimas. Siente su dolor como propio y se alegra cuando descubre la verdad y ofrece respuestas a las familias que otros han roto.

Es innegable que algo se quebró hace tiempo. Su pasado dejó una marca invisible, una que moldea la distancia con la que se relaciona con los demás. Todo el que intenta acercarse termina chocando con

un muro que él mismo levantó, sin saber muy bien cuándo ni por qué.

Oriol consigue abrir los ojos. El dolor de cabeza le da una tregua cuando el recuerdo se esfuma y alza la vista. Las nubes se abren en jirones grises y la lluvia, por fin, ha cesado, dejando diversos charcos como legado sobre la acera.

Respira hondo. Con la información sobre la medicación que la doctora Krause le ha proporcionado y que él mismo ha corroborado en internet, no puede permitirse distracciones. Se pregunta cuántas pastillas habrá tomado. No ha encontrado ningún blíster ni bote de pastillas.

Por otro lado, piensa en lo inevitable. Las heridas de los nudillos sugieren que ayer se peleó con alguien o golpeó algún objeto contundente.

Él sabe muy bien lo que suele hacer cuando su ansiedad crece y se apodera de sus decisiones. Tendrá que investigarlo y averiguar si ayer concertó una pelea.

Quizá ayer le dieron un mal golpe, de ahí el dolor de espalda y del brazo derecho esta mañana. ¿Y si los dolores de cabeza son una consecuencia de su lucha clandestina?

Tal vez debería hacerse esa resonancia magnética.

Son demasiados frentes que atender y el ritmo acelerado del día no permite abordarlos todos. Debe priorizar. Necesita centrarse, trazar un plan. Por un lado, debe descubrir quién es esa chica misteriosa con la que, según la inspectora Wolf, se besó en un restaurante y que debe ser la misma mujer del recuerdo del restaurante italiano. Por otro lado, debe hacer algo que aún no ha podido hacer por falta de tiempo: investigar a Andreas Winter. El muerto. La pieza que podría explicar todo lo demás.

Quizá los recuerdos regresen poco a poco, fragmentados, en forma de imágenes sueltas o de destellos fugaces que apenas logre sostener. Pero no importa. A falta de memoria, le queda su instinto. Y el suyo es bueno. Investigar un crimen es lo que mejor sabe hacer y quizá debió enfocarlo de esa manera desde el principio.

Tiene un problema: no tiene acceso a todas sus herramientas: ni bases de datos, ni contactos, ni su equipo. Le toca trabajar a la vieja

usanza, con intuición y método. Como los detectives de otra época, los que deducían antes de comprobar, los que confiaban en los gestos y las huellas invisibles más que en la tecnología.

Piensa que, hasta cierto punto, eso tiene su encanto.

Se levanta y avanza unos pasos. Toma el móvil del bolsillo. Abre la foto de los documentos de Andreas. Su domicilio se encuentra en Harburger Straße. Comprueba que esa calle se encuentra al otro lado de la ciudad. Demasiado lejos para ir andando con ese frío que cala los huesos.

Piensa durante unos segundos y toma una decisión. La parada de taxi más cercana está a unos cinco minutos andando. No pierde ni un segundo y se dirige hacia allí.

Oriol avanza por el centro de Stade con las manos hundidas en los bolsillos y la mente enredada en fragmentos sueltos que no consigue ordenar. El tráfico discurre lento y la gente camina envuelta en bufandas gruesas, ajena a su inquietud. Está a punto de cruzar una calle cuando algo detiene su paso: una matrícula.

Es un Skoda Fabia blanco que está aparcado junto a una hilera de contenedores. Sin perder tiempo, rebusca en los bolsillos del abrigo. Sus dedos chocan con una llave. La extrae y la sostiene en la mano, contemplándola. Estaba en lo cierto: es la misma matrícula. Pulsa el botón del mando.

El coche parpadea dos veces y las luces se encienden un instante antes de que se desbloqueen las puertas.

Oriol traga saliva y abre la puerta del conductor para deslizarse al interior. El aire está helado. El parabrisas, cubierto por una capa fina de hielo, refleja la luz plomiza de la mañana. Mete la llave en el contacto y enciende el motor. El coche tiene un adaptador de puerto USB conectado al mechero. Lo aprovecha para poner a cargar el móvil. El ventilador ruge cuando activa la calefacción al máximo, expulsando una bocanada de aire tibio que tarda en hacerse notar.

Echa un vistazo rápido a su alrededor. Los asientos del copiloto y los traseros están limpios, sin papeles tirados ni objetos olvidados. Revisa los huecos laterales de las puertas: nada reseñable. Ni un tique, ni una nota, ni un indicio del uso que ha hecho del coche en estas semanas perdidas.

La radio se enciende sola a los pocos segundos, interrumpiendo el silencio. Una emisora alemana emite una tertulia en la que un panel de expertos discute sobre el calentamiento global y el impacto de las últimas olas de calor en Europa. Sus voces llenan el interior como un murmullo constante. Oriol frunce el ceño y la apaga de inmediato. Necesita silencio.

Abre la guantera. Una pequeña esperanza le tensa los hombros: algo tiene que haber. Y lo hay.

Un bote de pastillas rueda ligeramente hacia él. Lo recoge. La pegatina confirma lo que ya intuía: «Zolpidem 10 mg. Dra. Olga Krause». Siente un latido pesado en la sien. Según la leyenda que acompaña al nombre del medicamento, en el bote había treinta pastillas. Oriol lo abre y vuelca su contenido en la palma de su mano. Cuenta nueve. Lo que quiere decir que, en una semana, desde que se las pautó la doctora, ha tomado más de la cuenta. Bastantes más.

En la guantera también encuentra unos guantes que le vendrán muy bien para combatir el frío y varios papeles doblados. Es el contrato del coche de alquiler. Lo despliega con cuidado. Su nombre aparece en la parte superior. Su firma también. Lo alquiló el quince de febrero. Debe devolverlo el quince de marzo. Un mes completo con un descuento considerable por su condición de agente de la Interpol.

En cierto modo, se alegra de haber encontrado la medicación. Comenzaba a preocuparse por las otras causas que podrían justificar la amnesia.

Ya no será necesario volver a ver a esa doctora. Bastará con no volver a tomar esas malditas pastillas.

Cuando el interior del coche se caldea y se derrite el hielo del parabrisas, Oriol comienza a conducir. Las calles húmedas reflejan el parpadeo de los semáforos mientras el inspector Duarte agradece el calor del interior del habitáculo.

Se fija en sus manos agarrando el volante mientras conduce. Las heridas en los nudillos siguen ahí, enrojecidas, como un recordatorio mudo. No coinciden con ninguna lesión visible en el cuerpo de Andreas; eso fue lo primero que comprobó. No es forense, pero ha

visto suficientes cadáveres para reconocer los signos de una pelea. No los hay.

Sabe —o al menos intuye— cómo pudo hacerse esas heridas. Pero ahora no tiene tiempo de detenerse en eso. Llegará el momento de enfrentarse a esa parte de la historia. No tiene ninguna duda de ello, pero la prioridad es otra en estos momentos.

Por ahora, solo importa una cosa: llegar a la casa de Andreas Winter. Y empezar a buscar respuestas.

7

Oriol aparca el Skoda en la misma calle Harburger y observa su entorno con atención mientras se coloca los guantes que ha encontrado en la guantera. Ojalá los hubiera tenido por la mañana, cuando el frío gélido le entumeció las manos.

El lugar no tiene nada que ver con la zona del lago Horst. Aquí las fachadas están desconchadas, los portales cubiertos de grafitis y los comercios parecen sobrevivir por pura inercia. Hay una ferretería con el cartel torcido, una peluquería con luces parpadeantes y un taller mecánico sucio y ruidoso. Es un barrio modesto, donde un coche como el Mercedes de Andreas habría llamado demasiado la atención. Le surgen muchos interrogantes sobre ese aspecto y deduce que la explicación será una parte importante del caso.

A lo lejos distingue el número 30. La casa es una vivienda adosada de dos plantas, con un pequeño jardín delantero que, más que un jardín, parece un rincón olvidado durante años. Las ramas secas de un arbusto sin podar se inclinan sobre el camino de grava, y la puerta principal muestra la pintura levantada, con la madera al descubierto en algunos puntos. La luz del piso superior está encendida. Alguien está dentro.

Oriol se aproxima con paso rápido, intentando aparentar naturalidad. Su mirada se detiene en el buzón metálico junto a la verja oxidada. Dos nombres grabados en una pequeña placa: Andreas y Hedwig Winter.

Su esposa tomó su apellido. Oriol sabe que, en Alemania, eso ya no es obligatorio, pero muchas parejas lo hacen todavía. Un detalle que humaniza a Andreas, lo muestra como un hombre corriente. Casado, con una vida estable, alguien que tal vez juegue al tenis los domingos y quede con los amigos los miércoles en la taberna. Una vida normal, como, por otro lado, es la que suelen vivir todos los criminales antes de ser descubiertos.

Da unos pasos más y se detiene junto a una parada de autobús cercana a la puerta del número 30. Se apoya en el poste y

desbloquea el teléfono que se ha cargado lo suficiente. Finge leer algo en la pantalla mientras enfoca discretamente la vivienda. Toma varias fotografías: la fachada, el número, el jardín. Luego amplía el encuadre y apunta a los coches estacionados frente a la casa.

El más próximo a la puerta es un Volkswagen Polo color gris apagado. Las llantas están desgastadas, la carrocería llena de arañazos y el espejo derecho cuelga sujeto por cinta adhesiva. No tiene nada que ver con el Mercedes de Andreas, pero lo más probable —dado que no hay problemas de aparcamiento en esa calle — es que sea el coche de Hedwig Winter. Oriol fotografía la matrícula. Después amplía la toma para capturar los alrededores. Cada detalle puede ser útil más adelante.

Guarda el móvil y permanece un instante quieto, fingiendo esperar el autobús. La luz del piso superior sigue encendida. No hay movimiento tras las cortinas ni ruidos procedentes del interior.

El inspector Duarte evalúa sus opciones. No puede acercarse a tocar la puerta; sería una imprudencia. Si Hedwig Winter está dentro, lo último que necesita es que un desconocido aparezca preguntando por su marido el mismo día en que Andreas ha muerto. La noticia aún no ha trascendido y Hedwig no debe saberlo aún. De hecho, solo Oriol parece ser el único que lo sabe. Sea como sea, debe actuar con cautela.

Piensa en cómo obtener información sin levantar sospechas. Tal vez podría hacerse pasar por un funcionario, un vecino curioso o alguien que busca una dirección equivocada. Pero ninguna de esas opciones parece segura. Lo ideal sería observar primero. Saber quién vive realmente ahí, cómo se comporta, si Hedwig sale o recibe visitas. Si empieza a echar en falta a su marido. Porque, si no lo hace, habrá que preguntarse por qué. Ninguna mujer reacciona con indiferencia ante la ausencia repentina de su esposo.

De pronto, un leve movimiento lo saca de sus pensamientos. La cortina del piso superior se agita y la ventana se abre. Una mujer de cabello claro, de rostro hinchado y mejillas enrojecidas, se asoma. Sus ojos parecen cansados, apagados por el llanto. Mira a ambos lados de la calle con una mezcla de ansiedad y desolación, como

esperando ver algo que no llega. Luego, suspira y vuelve a cerrar la ventana con un gesto lento, resignado.

Oriol la observa desde la distancia en silencio. No necesita más para intuir que es Hedwig Winter. Todo en ella grita dolor, pérdida. Pero ¿llora porque su marido no ha regresado… o porque le preocupa algo más? Guarda esa pregunta para más tarde, consciente de que cada respuesta precipitada puede costarle caro. Ahora, más que nunca, debe actuar con prudencia.

Oriol se queda quieto, respirando con la calma de quien está acostumbrado a analizar y priorizar sus acciones controlando sus impulsos.

Paciencia, se dice a sí mismo. Tiene que esperar la oportunidad y aprovecharla con maestría.

Transcurre casi una hora sin que ocurra nada digno de mención: nadie se acerca a la casa de los Winter, Hedwig no asoma la cabeza de nuevo, no se oyen gritos ni llantos, ni nada que sugiera que algo no vaya bien allí dentro. La calle late con su monotonía, salpicada por algún peatón distraído y por el rumor lejano del tráfico.

De repente, dos conductores comienzan a tocar el claxon con insistencia. El ruido se encona en un intercambio de insultos, manos que golpean volantes y ventanas que se bajan. La reyerta verbal difumina la atención de los viandantes; las miradas se vuelcan hacia el conflicto y la calle se llena de una tensión vulgar y ruidosa.

Es el momento.

Oriol camina con determinación desde la parada de autobús y se planta junto al buzón de los Winter. Sus movimientos son precisos y medidos. Saca un juego de llaves de sus herramientas Spytool y, con la misma rapidez que tantas veces le han dictado la costumbre y la necesidad, localiza la pieza más pequeña: una llave para abrir cerraduras mediante el método *bumping*, de cierta robustez. No hay teatralidad en su gesto, solo eficacia.

Con dos golpes suaves sobre la llave, levanta los pistones de la cerradura. La maniobra dura apenas un suspiro. Abre la tapa del buzón, introduce la mano y extrae su contenido en cuestión de segundos. Cartas, folletos y un sobre marrón. Lo guarda todo dentro

del abrigo mientras, con la otra mano, cierra el buzón. Nadie lo mira: el ruido lo cubre como una cortina.

Camina calle abajo hasta una cafetería cuyo ventanal se asoma a la acera de los Winter. Entra con paso seguro y pide un café; el barista asiente y comienza a prepararlo.

Se instala junto al cristal, en una mesa desde la que la casa del número 30 queda enmarcada como una pequeña escena doméstica. Enciende el móvil para mirar la hora. Debería haber pedido algo de comer, pero no tiene hambre.

Toda su atención está fuera, pegada al reflejo y a la ventana. Desde allí observa: la luz sigue encendida en el piso superior.

Espera a que el camarero le sirva el café. Después, mira por encima de su hombro a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie lo observa.

El bar es pequeño, con mesas de madera gastada y un viejo reloj de pared que marca las dos y veinte. Solo hay un cliente: un hombre mayor, de unos setenta años, encorvado sobre la barra. Lleva una gorra del Bayern de Múnich y lee el periódico con una taza de café entre las manos. El camarero limpia vasos en silencio, sin prestar atención a Oriol.

El lugar parece seguro.

Saca las cartas del bolsillo del abrigo y las coloca frente a él. Tres sobres. Uno a uno, los examina con detenimiento.

No los tocará sin quitarse los guantes. Tiene muy interiorizada la metodología policial como para cometer un error tan grande. Son gruesos y le dificultan la manipulación, pero es muy consciente de que no puede enfundarse unos de vinilo azul sin llamar la atención de los allí presentes.

El primer sobre lleva el logotipo de una óptica local. Publicidad. Nuevas promociones, descuentos en monturas y revisiones gratuitas de la vista. Nada útil. Lo aparta con indiferencia.

El segundo tiene el membrete de un instituto de Hamburgo: Gymnasium Altona-Nord. Va dirigido a Hedwig Winter. Oriol lo abre con cuidado, comprobando, de nuevo, que nadie lo observa. Dentro hay una carta impresa en alemán con un tono cordial. La lee con atención. Es una invitación a la ceremonia del vigésimo aniversario

de graduación de antiguos alumnos. No hay nada sospechoso. El inspector Duarte espera que alguien avise a Hedwig cuando no confirme su presencia, porque sabe que esa carta no la va a recuperar.

Toma entonces el último sobre. Es marrón, más grueso. No tiene remitente. El nombre del destinatario, Andreas Winter, está escrito a mano, con letra firme y algo inclinada hacia la derecha.

Oriol desliza un dedo por el borde y lo abre con cuidado. Dentro hay un folio blanco, doblado en tres partes. Lee un mensaje escrito también a mano. Solo una frase:

«Paga lo que debes o habrá consecuencias».

La frase es breve, pero suficiente para que Oriol sienta un nudo en el estómago. Relee la nota. Analiza la caligrafía. No hay firma, ni fecha, ni sello. Nada que identifique al remitente. Solo una amenaza directa.

Interesante.

Resulta que Andreas Winter, el mismo hombre que conducía un Mercedes de más de cien mil euros antes de morir misteriosamente en la cabaña, le debía dinero a alguien. Empieza a pensar que los secretos que ese hombre esconde son cada vez más turbios.

Levanta la vista. El señor mayor sigue en la barra, pasando páginas del periódico. El camarero sirve un café a otro cliente que acaba de entrar. Nadie parece prestar atención a Oriol.

Guarda el papel en su bolsillo interior y se queda inmóvil unos segundos, procesando lo que acaba de leer. Tal vez esa carta sea la primera pieza del rompecabezas.

Debe hacer algo que ha estado demorando por si podía evitarlo, pero que ahora necesita de manera indiscutible.

No ha querido introducir el nombre de Andreas Winter en su buscador por si eso pudiera perjudicarle posteriormente en una investigación. Que su dispositivo no almacene la información no significa que los servidores de las compañías telefónicas no puedan recuperar su historial de búsqueda con una orden judicial. Ante el profundo desconocimiento de todo lo que le rodea, ha preferido ser cauto.

Hasta ahora.

Oriol agarra el teléfono con decisión. Lleva horas dándole vueltas, considerando los pros y los contras. Ya no puede seguir esperando. Pero antes de buscar información sobre la víctima, debe hacer una llamada.

Se quita los guantes y marca el número sin pensarlo demasiado. Se apoya en la mesa, con la mirada fija en el cristal empañado. Al otro lado suena el tono, lento, interminable. Hasta que por fin una voz amiga contesta. Oriol va directo al grano.

—Hola, Dante. Necesito que me ayudes —dice Oriol en español. No quiere que nadie en esa cafetería entienda la conversación.

Un leve murmullo.

—Vaya, el gran Oriol Duarte. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! Me han dicho que te quedas en Alemania.

—Sí. Al menos por ahora.

—No lo entiendo —responde su compañero de la Interpol con un deje de risa—. ¿De verdad vas a cambiar el clima mediterráneo por ese frío?

—Soy así de raro, qué le vamos a hacer.

Se oye la carcajada de Dante al otro lado de la línea, un sonido que en otro momento le habría sacado una sonrisa; hoy no consigue hacerlo.

—Bueno, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunta Dante tras la pausa.

—¿Estás delante de un ordenador?

—Sí, estoy en la sede. ¿Por qué?

—Necesito que compruebes una matrícula. Y un nombre.

Silencio. Oriol lo imagina alzando una ceja frente a la pantalla.

—¿Y por qué no lo haces tú? Eres agente de la Interpol, solo tienes que solicitarlo.

—Porque para ello necesitaría un ordenador e imagino que ya sabes cómo están los ánimos desde que vine a encargarme del asesinato de Lukas Zimmermann. Soy persona *non grata* en las comisarías, tanto aquí en Stade como en Hamburgo.

—¿En serio? ¿Aún sigue habiendo roce por el tema?

—Sí. Orgullo herido, supongo —contesta Oriol fingiendo resignación.

—Pero me contaron que ese caso estaba más que resuelto antes de abrirlo.

—Lo estaba.

—Entonces… Ponte en su lugar. Quizá por eso les molestó tanto que viniera alguien de fuera. Me contaron que había una grabación de…

—Dante —lo interrumpe Oriol con un tono seco—. ¿Puedes ayudarme o no?

—Sí, sí, perdona. Dime.

Oriol recita el número de la matrícula sin dudar. No necesita mirar la foto; la memorizó esa misma mañana, cerca de la cabaña. Del otro lado se escuchan teclas aporreándose.

—Pertenece a un tal Andreas Winter. Lo compró en Hamburgo hace tres semanas. Es un Mercedes de primera matriculación. Prácticamente nuevo, sin multas ni atestados.

—¿Y su propietario? ¿Qué aparece de él?

Más clics. Un breve silencio.

—Pues… no mucho. Se saltó un semáforo hace siete años, con otro coche. Un Volkswagen Polo.

—¿Tienes la matrícula de ese Polo? —inquiere Oriol.

—Sí, espera… —Dante murmura algo y teclea rápido—. Aquí está: HH-LZ 1204. Coche del 2002, gris plata.

Oriol alza la vista y mira a través del cristal. La matrícula coincide con el coche aparcado en la puerta de los Winter.

—De acuerdo. ¿Puedes darme su dirección?

—Claro. La tengo delante. Calle Harburger número 30, Stade.

—Lo que pensaba. Gracias, Dante.

—Y aquí aparece también un terreno rural que, según el catastro, cuenta con una casa pequeña.

Oriol arquea las cejas. Eso le interesa.

—Hazme un favor. Mira el terreno desde la imagen satélite y confírmame que hay algo construido en ese terreno rural —pide Oriol.

—Estás pidiendo mucho. Pero está bien, dame un minuto.

De nuevo se escucha el ruido de teclas. Esta vez la pausa es mayor hasta que termina de iniciarse el *software* que permite

visualizar imágenes captadas por un satélite en tiempo real.

—Está muy nublado. No puedo ver nada. Espera. Voy a recuperar el histórico de imágenes —informa Dante.

Oriol se rasca la nuca, impaciente.

—Vale. Sí. Hay una casa justo en medio del terreno. Todos los campos de alrededor están sembrados; es una zona de cultivo. Pero el suyo está medio abandonado, a juzgar por el aspecto. No parece que viva nadie allí. Es un terreno pequeño a orillas del Elba. Cerca de una localidad que se llama Glückstadt.

—Perfecto. Gracias, Dante. Envíame la dirección, por favor. Y otra cosa —dice Oriol, recordando el nombre escrito a mano que encontró en un recorte de papel dentro de su bolsillo—. ¿Puedes decirme qué aparece sobre una ciudadana llamada Mara Schneider?

Se forma un silencio.

—No me gusta esto, Oriol. Prefiero que, para estas búsquedas, utilices tus claves, como haces siempre. ¿En qué estás metido?

Se forma una breve pausa. Oriol entiende que ya no podrá obtener más información de él.

—Cuídate, ¿vale? —corta Oriol antes de que la conversación se alargue.

Cuando cuelga, regresa a la realidad de la cafetería, donde el hombre de la barra que lleva puesta una gorra le lanza ahora miradas discretas.

Oriol apoya el móvil sobre la mesa y escribe «Andreas Winter» en el buscador. La pantalla tarda apenas un segundo en llenarse de resultados. No sabe si ha hecho lo correcto o acaba de cometer un error de bulto, pero la necesidad de respuestas lo empuja a avanzar.

El primer enlace lo dirige a un perfil de LinkedIn. Abre la página. La fotografía contrasta con la imagen que ha visto esa mañana en el suelo de la cabaña: Andreas aparece más joven, con los hombros rectos y la mirada firme. Nada que ver con el rostro pálido, envejecido y sin vida que ahora no logra apartar de su mente.

Lee la información con atención.

Según su biografía, estudió Derecho en la Universidad de Hamburgo. Antes pasó por el Vinzenz-von-Paul-Gymnasium, un instituto de Stade que a Oriol le suena vagamente. Tras la

universidad comenzó a trabajar en un bufete hamburgués llamado Schuster & Bremer. A los dos años, según el perfil, abrió su propio despacho.

Lo que más le llama la atención es el detalle final: su cuenta lleva inactiva más de tres años. La última actualización es de 2019, una foto tomada en un congreso de abogados celebrado en Berlín. En la imagen posa junto a otros colegas, todos trajeados, sonriendo bajo una iluminación artificial demasiado intensa.

Oriol cambia de pestaña.

El siguiente resultado es un perfil de Facebook, pero el acceso está restringido. Solo puede ver unas pocas fotos públicas. Una de ellas muestra a Andreas junto a Hedwig el día de su boda. Ambos sonríen, radiantes, ella con un vestido sencillo y él con un traje claro y un peinado impecable. Parecen felices, la clase de felicidad que cualquiera esperaría ver reflejada en una foto así.

Desliza la pantalla. Aparece una publicación hecha el Día del Padre de hace cuatro años. Andreas Winter pone una foto de su madre. El texto narra su difícil infancia al ser abandonado por su padre: un soldado americano del que su madre no volvió a saber nada tras quedarse embarazada. Andreas agradece a su madre en esa publicación que cuidara de él, que fuese su madre y su padre al mismo tiempo. Y que gracias a ella haya podido salir adelante y labrarse un porvenir.

El resto de los enlaces no aportan nada útil: redes sociales obsoletas, perfiles duplicados, número de dorsal en el listado de participantes en una carrera solidaria... Lo único que consigue arrancarle un gesto de sorpresa es su ficha de Google como abogado en ejercicio. Tiene valoraciones. Muchas. Y malas.

La puntuación media: 2,3 estrellas sobre 5.

Los comentarios, demoledores.

Clientes que hablan de falta de profesionalidad, de retrasos injustificados, de casos mal gestionados y de un trato distante.

Cuando está seguro de haber revisado todas las entradas relevantes, bloquea el teléfono. Tal vez esa segunda residencia de Andreas no aporte absolutamente nada a la investigación. Pero ha de comprobarlo.

Oriol da un sorbo a su café, ya frío, y nota el amargor en la lengua. El estómago le ruge, un recordatorio desagradable de que no ha comido nada desde primera hora de la mañana. Se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa grasienta del bar, y saca una bolsa de plástico del bolsillo interior del abrigo. Vuelve a ponerse los guantes antes de deslizar dentro la carta escrita a mano con la amenaza dirigida a Andreas Winter. La observa un instante, como si pudiera leer algo más allá de la tinta: una pista, una intención, una culpa. Luego la guarda. Quizá más adelante le sirva.

Cuando está a punto de levantarse, el sonido grave de un motor lo obliga a girar la cabeza. Un coche de policía avanza despacio por la calle, deteniéndose justo frente al número 30. Oriol se tensa. A través del ventanal del bar, ve cómo la puerta de la casa se abre antes de que los agentes salgan del vehículo. Es la mujer que se había asomado antes por la ventana del piso superior y que parecía esperar a alguien: Hedwig. Se mueve con torpeza; la urgencia en sus gestos la delata.

El conductor, un hombre corpulento con el uniforme mal abrochado, desciende del coche y se ajusta la cintura del pantalón mientras camina hacia la puerta. Oriol contiene el aire. La puerta del copiloto se abre, y lo que ve a continuación le hace gesticular involuntariamente.

Elsa Wolf.

Su cabello rubio recogido en un moño, la expresión impenetrable, la misma determinación de siempre. Si ella está allí, no se trata de una simple visita rutinaria.

Oriol baja la mirada hacia su taza vacía. Lo comprende de inmediato: Hedwig va a denunciar la desaparición de su marido.

Y eso complica mucho la situación.

Porque su marido no está desaparecido.

Está muerto.

Y el cadáver sigue en su cabaña.

8

Oriol deja unas monedas junto a la taza vacía y se levanta con un movimiento rápido, sin mirar atrás. Tiene que volver a la cabaña y debe hacerlo cuanto antes.

Nadie puede entrar allí. Si Elsa Wolf encuentra el cadáver todo habrá acabado.

Se imagina la escena. Él intentando explicarle a la inspectora que estaba muerto cuando despertó esa misma mañana y que no lo conoce de nada; que simplemente apareció allí. Ella mirándolo con una sonrisa ladeada, parecida a la que puso en comisaría hace unas horas, cuando Oriol intentaba recordar quién era ella y qué tipo de relación tenían.

No funcionaría.

Con total seguridad, Oriol acabaría detenido para beneplácito de la policía de Stade, que lo celebraría como si hubiese ganado un trofeo. La imagen de la Interpol se denigraría y él no tendría opción de investigar el caso, con lo que quedaría a merced del agente al mando y de su habilidad para desenmascarar la verdad. Es muy probable que no se esforzase lo más mínimo en desentrañarla.

No quiere ni oír hablar de eso. Prefiere ser él mismo quien se encargue de dilucidar su pasado, su presente y su futuro.

A través del ventanal, ve cómo Elsa Wolf y su compañero cruzan la verja y entran en la casa de los Winter. Sabe exactamente lo que viene después: una serie de preguntas rutinarias y metódicas que Hedwig responderá entre sollozos.

«¿Sabe si su marido se veía con otra mujer?»

«¿Ha notado algún cambio en su comportamiento últimamente?»

«¿Ha tenido algún enfrentamiento con alguien?»

Oriol añadiría un par:

«¿Le consta que su marido tenga la afición de colarse en cabañas ajenas?»

«¿Le suena de algo el nombre de Mara Schneider?»

Pero tendrá que esperar para conocer las respuestas.

Ese interrogatorio le dará margen. Un tiempo precioso para llegar al lago Horst y comprobar que todo sigue como lo dejó. Jamás imaginó que se denunciaría su desaparición tan rápido. En cuanto llegue, buscará la manera de ocultar a Andreas hasta que todo esto termine.

Abandona el local sin abotonarse el abrigo y gira a la derecha, evitando pasar frente a la casa de los Winter. No puede arriesgarse a que Elsa lo vea desde una ventana o se crucen por un capricho del destino. Acelera el paso y rodea la manzana para llegar al lugar donde está aparcado el Skoda.

Se sube al coche y arranca el motor. Siente cómo la tensión le recorre la espalda entera, como una advertencia muda de que está entrando en terreno peligroso. No se acostumbra a ser él quien intenta escapar.

Debido al tráfico, el coche se mueve despacio por una sucesión de calles estrechas de un solo carril, deteniéndose cada pocos metros por los semáforos en rojo. El ritmo pausado le desespera. Cada segundo cuenta y el tiempo parece avanzar más rápido ahora. Oriol resopla y tamborilea los dedos contra el volante, impaciente.

Ya ha recorrido tres cuartas partes del trayecto cuando un golpe seco sacude el vehículo. El coche se inclina bruscamente hacia un lado.

—¡Mierda! —grita Oriol, golpeando el volante.

Un pitido agudo rompe el silencio del interior, seguido del parpadeo de una luz roja en el tablero y un mensaje: «pérdida de presión detectada en el neumático delantero izquierdo».

Ha pinchado. Lo que faltaba.

Oriol respira hondo y cierra los ojos un instante. La rabia le sube por el pecho y nota cómo aumenta su temperatura. Tiene que sofocar esa ira. No puede perder el control ahora. En este estado solo cometerá errores, y no puede permitirlo. Cuando vuelve a abrir los ojos, la caravana se ha movido unos metros. Él no.

Los pitidos empiezan a encadenarse detrás de su coche, cortos y afilados. Oriol alza la mano en un gesto rápido para disculparse y pisa el acelerador lo justo para avanzar. La rueda pinchada protesta

en cada giro. La llanta, desnuda, roza el asfalto con un crujido metálico que le irrita los nervios.

Gira hacia una calle estrecha que se desvía de la avenida principal. Avanza despacio, atento a cada vibración del coche. Necesita unos metros más hasta encontrar un hueco donde detenerse sin entorpecer a nadie. Cuando por fin lo ve, respira aliviado. Aparca a un lado y apaga el motor. El silencio que sigue es extraño, incluso violento.

Baja del coche y rodea el vehículo con los puños apretados. El neumático está completamente destrozado. Abre el maletero, esperando lo obvio, lo que cualquier coche debería llevar, pero de lo que ese Skoda no dispone.

No encuentra una rueda de repuesto. Tampoco el gato. En su lugar, un pequeño kit antipinchazos arrinconado en una esquina. Lo coge con rapidez, revisa la botella de líquido sellador y la aprieta con rabia cuando descubre que está vacía.

«Estupendo», piensa Oriol, dejando escapar un suspiro que le tensaría a cualquiera los hombros.

Consulta el mapa en su teléfono móvil. Calcula la distancia, el tiempo, las posibilidades. No hay mucho que pensar. Tendrá que ir andando, es lo más rápido.

Guarda el móvil en el bolsillo y cierra el coche con un portazo más fuerte de lo necesario. Echa una última mirada cargada de furia a la rueda reventada antes de empezar a caminar hacia el lago Horst.

El asfalto está húmedo, y una ligera niebla comienza a cubrir el horizonte. Se ajusta el abrigo. Cada zancada acelera su pulso. No puede perder más tiempo.

Oriol avanza por una calle estrecha que serpentea entre los abetos, acelerando el paso. Apenas quedan un par de kilómetros hasta su cabaña en el lago. Si se da prisa, llegará en veinte minutos, quizá menos. Le parece tiempo suficiente. Es improbable que Elsa Wolf haya terminado con Hedwig Winter y empiece a buscar a Andreas justo allí, en el lago. Pero no puede confiarse. Debe contar también con el tiempo que tardará en esconder el cuerpo.

Mientras camina, repasa mentalmente los detalles que ha logrado reunir. Las cámaras. Siempre las cámaras. Está convencido de que

ya lo hizo al instalarse allí, es lo primero que suele hacer, solo que no lo recuerda. Una laguna más en una mente llena de huecos.

Hay una cámara justo en el acceso principal al lago, en la misma carretera que conduce al sendero que termina en su cabaña. La vio por la mañana cuando caminó hasta el JS Bach. El Mercedes de Andreas tuvo que pasar por allí antes de que lo aparcase en la planicie que hay al comienzo del desvío. Si el dispositivo estaba operativo, el coche quedó registrado, sin duda. Elsa Wolf acabará revisando esas imágenes y, cuando lo haga, todo empezará a encajar para ella. Si es una buena profesional, claro.

La geolocalización del teléfono de Andreas no es un problema inminente, para que la policía de Stade cuente con esos registros, primero deberán emitir una orden judicial y esperar a que la compañía aporte los informes. Eso le ofrece un valioso margen.

Oriol piensa que la principal complicación reside en la salida de esa carretera al norte del lago. Desconoce si también hay cámaras en esa dirección. Si hay una cámara allí, será muy fácil para Elsa Wolf ubicar el Mercedes en algún punto intermedio, donde realmente se encuentra, ya que se habría registrado su entrada, pero no su salida.

Aprieta el ritmo. El terreno se inclina levemente hasta que llega a una gran plaza circular custodiada por una puerta grande de metal. Es el zoológico de Stade. El más reconocido y el que más especies alberga de la zona. O, al menos, eso es lo que dicen los carteles que lo anuncian al lado de la caseta para comprar entradas.

Al pasar por un banco de madera frente a la puerta del zoo y fijarse en un detalle de su madera —alguien ha grabado una estrella de cinco puntas en su superficie—, a Oriol le invade un recuerdo repentino.

No es muy nítido, no lo resuelve todo, pero se concentra en recuperarlo de la mejor manera posible.

Se detiene en seco.

Oriol se visualiza a sí mismo acariciando los bordes de la estrella grabada en el banco. El recuerdo es fragmentario, claro en algunos puntos, pero con huecos que se resisten a completarse, como si estuviera reconstruyendo un sueño en el que el fondo se desvanece.

No obstante, el banco es ese, no hay duda. Está sentado en él; a su lado hay alguien. Una mujer. Es la misma que estaba con él en el restaurante italiano, la que sonreía por algo que había dicho Oriol. El recuerdo se invade de un perfume floral.

Empieza a visualizar el recuerdo con más claridad.

Sí. Estaba con una mujer ese día. Se sentía atraído por ella. Ahora lo recuerda con certeza.

Siente el deseo de besarla. Se gira hacia ella, pero el rostro se disuelve, borroso, inaccesible. El recuerdo se rompe ahí, justo cuando podría devolverle un nombre, una identidad.

Oriol se lleva la mano a la cabeza y presiona las sienes. Frunce los labios, frustrado. Se golpea suavemente la frente con los nudillos, como si el contacto físico pudiera despertar la memoria dormida. Nada. Solo el sonido de las hojas arrastradas por el viento.

Da dos pasos hacia el banco y se sienta. Observa la estrella de cinco puntas, se quita el guante derecho y pasa la yema de los dedos por las hendiduras. Repite el gesto que acaba de recordar, esperando que el tacto le ayude a rellenar los vacíos. Intenta visualizar el rostro de la mujer, su voz… Algo. Pero lo único que logra es una punzada de impotencia que le recorre el pecho.

Levanta la vista. La puerta del zoo está cerrada; hoy no abre. Frente a él, una cafetería con un rótulo que parpadea intermitente. A su derecha, una mujer con un pañuelo en la cabeza vende castañas asadas en un puesto ambulante bajo una nube de humo. El aroma tostado se cuela entre los pensamientos de Oriol, pero tampoco logra despertar un nuevo recuerdo.

—Nada —murmura, dejando escapar un bufido.

¿Quién era ella? ¿Por qué no puede recordarla? Piensa resignado.

La mujer del puesto lo observa un instante antes de hablar:

—¿Triste? —pregunta de repente, con voz rasposa.

Oriol la mira, confundido.

—¿Qué?

—Que si estás triste —repite, encogiéndose de hombros—. No es que me importe... pero si no hubieras sido un capullo, ella no se habría ido.

Las palabras lo atraviesan de golpe. Oriol se queda inmóvil, incapaz de reaccionar. El vapor de las castañas se eleva entre ambos, como un velo que separa la realidad del recuerdo.

9

Oriol alza la vista tras oír el comentario y clava los ojos en la mujer del puesto de castañas. Tiene la nariz puntiaguda y arrugada, con la piel llena de manchas y una gran verruga bajo el párpado.

—Creo que se confunde de persona.

—No me confundo, no soy idiota. Llevabas puesto el mismo abrigo. Me acuerdo de ti.

El inspector Duarte se levanta y se acerca despacio hacia la mujer. Ella lo observa de reojo mientras controla que no se quemen las castañas. Él se queda parado junto a ella unos segundos, intentando averiguar si lo que dice esa mujer es cierto.

—¿Qué es lo que quieres? No me gusta que me mires así —reprende la mujer.

Oriol da un paso atrás.

—Lo siento, señora, no era mi intención —Se aclara la garganta—. Tengo problemas para recordar lo que sucedió ese día. ¿Puede ayudarme?

Ella levanta las cejas.

—¿Te estás riendo de mí, chico?

—En absoluto, señora. Le digo la verdad.

La mujer hace una mueca; desconfía de Oriol.

—Déjame en paz —dice ella.

—Por favor, señora. Ayúdeme. Dígame lo que vio.

Ella lo mira con desconfianza. La angustia reflejada en el rostro de Oriol la ablanda.

—No sé mucho. Ese fue el primer día que trabajé aquí desde que me obligaron a cambiar el puesto. Antes lo tenía al norte de la ciudad cerca de un centro social donde vendía mucho más.

—¿Estaba sentado con alguien en ese mismo banco aquel día? —pregunta Oriol señalando el lugar.

La mujer se ríe y niega con la cabeza.

—Anda, largo de aquí.

Oriol abre las manos en señal de calma. Cierra los ojos un instante y modula la voz.

—Señora, necesito que me ayude. Tengo que recordar lo que sucedió, porque lo he olvidado todo y es muy importante para mí. Por favor.

—Si eso es cierto, deberías ir al médico.

—Ya he ido.

—Pues ve a otro mejor, porque no te ha servido de nada.

Oriol suspira y se gira hacia el banco donde evocó el recuerdo. Lo que dice la mujer cuadra, describe la imagen que le ha venido a la mente hace apenas unos instantes. Al menos, lo ubica allí con una mujer. Alguien con quien, por lo visto, no se portó muy bien. Necesita saber más, debe convencerla pronto porque también ha de encargarse del cadáver de Andreas Winter. La desesperación empieza a crecer en su interior.

La mujer sonríe con picardía y se compadece.

—¿Quieres que te cuente lo que sé?

El inspector Duarte se da la vuelta y le sostiene la mirada.

—Sí, por favor.

—Cómprame unas castañas.

Él no duda. Se lleva la mano a la cartera y saca dinero para comprar un cono de castañas asadas. Siente el calor nada más agarrar el cartón. Ni siquiera lo mira; su atención está completamente volcada en la mujer. Ella, ahora más relajada, le lanza una mirada calculada.

—Estabas sentado en ese banco con una chica —dice, señalando el banco de madera—. Supongo que es... O, mejor dicho, era, tu novia.

Oriol parpadea, confundido.

—¿Cuándo fue eso? —inquiere con voz contenida.

La mujer de las castañas le sostiene la mirada.

—Ayer.

Él se tensa.

—¿A qué hora?

Ella levanta las cejas, pensativa.

—Por la tarde, sobre las cuatro.

—¿Está completamente segura?

La mujer se ríe por lo bajo, un sonido áspero e incómodo para Oriol.

—Sí. Yo no olvido las cosas con la facilidad con la que lo haces tú.

Oriol traga saliva.

—¿Y quién era ella? ¿Usted la conoce?

La mujer coloca los brazos en jarra mientras le fulmina con la mirada.

—Chico… ¿Esto es una broma? ¿Te estás riendo de mí?

Oriol niega despacio con la cabeza.

—Lo que le digo es cierto. He tenido un problema de amnesia y no recuerdo nada de lo que me ha sucedido los últimos días. No sé quién es esa mujer ni qué hacíamos sentados en ese banco… No sé nada. Y necesito que me ayude a recordarlo.

La mujer asiente despacio, como si analizara la veracidad de sus palabras mediante las expresiones de su rostro.

Tras unos segundos niega con la cabeza.

—No conozco a esa chica, pero recuerdo su cara —responde la vendedora mientras remueve las castañas con la espátula metálica —. Una chica muy guapa, rubia, joven... más o menos de la misma edad que tienes tú. Sonreía mucho y parecía feliz. Hasta que la hiciste llorar.

Oriol da un paso atrás, sin apartar la vista del banco.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

La mujer niega con la cabeza.

—Algo le dijiste, no sé exactamente qué. Desde aquí no podía escuchar la conversación... Tampoco es que me importe mucho lo que se diga una pareja de novios sentada en un banco, como comprenderás.

Oriol permanece inmóvil. El humo de las castañas se mezcla con el vaho que sale de su boca.

—Como te digo, la chica reía —prosigue la mujer—, hasta que tú le dijiste algo. Entonces se llevó las manos a la cara. Se puso roja como un tomate. Se levantó y se marchó llorando.

Oriol aprieta los labios.

—¿Yo intenté detenerla?

—Sí. Le dijiste que esperase, pero ella se marchó sin mirar atrás. Y tú te quedaste sentado en el banco un buen rato. Parecías triste. Aunque esa es la fachada que tenéis todos los hombres. Si realmente te importase, no le hubieras hecho daño.

El silencio se instala entre ambos. Solo el chisporroteo del fuego llena el aire.

—¿Y de verdad no escuchó nada? —pregunta Oriol, casi suplicando.

—No —responde la mujer, encogiéndose de hombros—. Pero imagino lo que le dijiste. Que te estabas viendo con otra. O que la dejabas. Estoy casi segura de que mencionaste a otra mujer: Maga, Mara o algo así. Es lo que pienso después de ver cómo reaccionó.

Oriol siente un nudo en el pecho. Recuerda el trozo de papel en el bolsillo con el nombre de Mara Schneider escrito en él. La mente intenta encajar las piezas, pero nada parece estar en su sitio.

—¿Hacia dónde fue? —pregunta, con la voz tensa.

—Se subió a un taxi justo allí —responde la mujer, señalando una zona de estacionamiento en la carretera, junto a una marquesina de autobús—. No sé más.

—¿Recuerda si vinimos juntos o nos encontramos aquí?

—Tú ya estabas sentado cuando yo abrí el puesto. No debías llevar mucho tiempo allí. No soportabas el frío por cómo te movías y te frotabas las manos. Ella llegó después, pero estaba entretenida encendiendo las brasas y no presté atención. No sé desde qué dirección vino.

Oriol vuelve a mirar al banco. No va a conseguir mucha más información y aún tiene pendiente encargarse de Andreas.

—De acuerdo, señora. Me ha ayudado mucho. Tengo que irme.

Ella se encoge de hombros y ladea la cabeza.

Oriol se gira sin decir palabra y emprende el camino de regreso a la cabaña. Mientras avanza, el murmullo del tráfico y el crepitar del fuego del puesto de castañas se diluyen tras él. Antes de abandonar la plaza, alza la vista y se detiene unos segundos. Lo analiza todo. Es su trabajo y en eso destaca. Observa los comercios cercanos. Se imagina el zoo abierto y a las personas yendo y viniendo de un lado a otro.

Intenta pensar en los motivos por los que quedaron allí. No es un lugar alejado de su cabaña; de hecho, está relativamente cerca. Esa podría ser la razón. O tal vez esa chica rubia y misteriosa con la que parece haber tenido algo más que amistad trabaja o vive cerca. Lo piensa mejor y descarta casi por completo que su residencia sea cercana, ya que se marchó en taxi según la vendedora de castañas. Su mente es ahora un hervidero de ideas donde ninguna se erige como principal ni se diferencia del resto por su viabilidad.

Tendrá que pensar en todo ello.

Frente al zoológico, entre los carteles publicitarios y las farolas, localiza dos cámaras de seguridad. Una apunta hacia la calzada, en dirección contraria al lugar donde la mujer señaló que se detuvo el taxi. La otra graba la entrada peatonal del aparcamiento subterráneo.

Ninguna de las dos sirve. Podría ser casualidad, o podría ser el resultado de un plan orquestado por una mente como la suya, capaz de atender ese tipo de detalles que todo buen investigador no pasa por alto.

En parte, si eso es así, es preocupante.

Hubiera sido difícil obtener las imágenes, incluso si las cámaras hubieran resultado útiles, sin una orden judicial. Con la forma en que está llevando a cabo la investigación, esa posibilidad es inviable.

Por ahora, la prioridad es volver a la cabaña y encargarse de Andreas para ganar tiempo. Un paso en falso y su carrera podría acabarse. Sabe muy bien que, en un caso así, demostrar su inocencia —si realmente lo es— con una investigación tradicional sin ser juzgado y lapidado previamente es absolutamente imposible.

No quiere volver a estar encerrado. Solo de pensarlo un escalofrío le recorre la espalda.

Cruza la calle con paso rápido. Ha perdido demasiado tiempo entre el reventón de la rueda y el recuerdo del banco de madera con la estrella de cinco puntas grabada en la madera. Aprieta el ritmo, ignorando el cansancio que empieza a pesarle en las piernas. Una punzada de dolor le vuelve a atravesar el cráneo, obligándole a reducir la marcha primero y a detenerse después.

Se lleva la mano a la frente. Le ha vuelto a pasar. El dolor es agudo y ahora le irradia a las cuencas de los ojos, nublándole la vista. Es uno de los síntomas que parecía preocupar a la doctora Krause. Quizá debería comentárselo; es posible que pueda pautarle algo de medicación que le ayude a evitar esos episodios. El dolor es insoportable e incapacitante.

Tarda varios minutos en recomponerse. Ya no siente frío. El abrigo grueso le resulta una carga, como si le oprimiera el pecho. Se desabrocha el cuello y sigue caminando, ahora con un paso más pausado. El dolor de cabeza persiste, pero es menos intenso.

Cuando toma el desvío que conduce al lago Horst, el paisaje se abre en una extensión silenciosa. Los árboles flanquean el sendero y la humedad se adhiere al suelo cubierto de hojas oscuras. Al fondo, distingue la planicie donde horas atrás se encontraba aparcado el Mercedes de Andreas.

Se detiene en seco. Ahora hay otro coche aparcado en el mismo lugar. No es un vehículo cualquiera. El reflejo azul de la chapa le basta para reconocerlo. Es un coche de policía.

Oriol siente cómo se le acelera el pulso. Avanza despacio, conteniendo la respiración, hasta que la matrícula entra en su campo de visión. Entonces lo comprende. Es el mismo coche desde el que Elsa Wolf se bajó en la casa de los Winter hace apenas un par de horas. Tiene una gran memoria y se fija mucho en esos detalles.

Ahora siente que todo está a punto de precipitarse. Continúa caminando, intentando mantener la calma, hasta situarse a pocos metros del vehículo.

El asiento del conductor está vacío. También el del copiloto. No hay nadie.

No pinta bien.

Solo pueden estar en un lugar.

Y eso es malo. Muy malo.

10

Oriol se esfuerza por aparentar normalidad cuando retoma el sendero que conduce a su cabaña. El suelo húmedo cruje bajo sus botas y el aire helado mece las hojas de los árboles. Un graznido le sobresalta. Es tan cercano que alza la vista de inmediato. El mismo cuervo negro que se encontró por la mañana lo observa ahora desde la rama baja de un abedul. Sus ojos, diminutos y brillantes, parecen seguir cada uno de sus movimientos. Oriol se detiene unos segundos y le devuelve la mirada preguntándose si el graznido es una advertencia.

Cuando los árboles comienzan a abrirse y la cabaña aparece ante él, su respiración se altera. No está solo, como sospechaba. En el claro, justo frente a la puerta, hay un hombre robusto con un uniforme policial. Reconoce enseguida su rostro: el conductor del coche patrulla que acudió a casa de los Winter. Y detrás de él, apenas visible, Elsa Wolf. La inspectora se inclina sobre una ventana lateral, buscando un resquicio por el que mirar.

Por suerte no podrá ver nada de esa manera; Oriol ya ha tomado las medidas oportunas. Pero está demasiado cerca; tiene que alejarlos de allí como sea.

El agente es el primero en notar la presencia de Oriol. Le murmura algo entre dientes a su compañera y Elsa se gira de golpe. Sus miradas se cruzan. Ella da un paso hacia atrás, como si el simple hecho de verlo alterara el equilibrio de la escena.

Oriol mantiene el paso firme. No acelera ni disminuye la marcha. Sus manos siguen hundidas en los bolsillos del abrigo e intenta que su expresión sea la de un hombre tranquilo, aunque por dentro una tensión silenciosa le asfixie.

A un par de metros de ellos, se detiene.

—Hola de nuevo —dice, con una serenidad medida—. ¿Puedo ayudaros?

Elsa Wolf entrecierra los ojos y asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Hola, Oriol. ¿Vuelves ahora a casa? Pensé que tenías trabajo pendiente en ese caso antiguo.

Él ladea la cabeza. Un gesto sutil, pero cargado de intención.

—¿Desde cuándo ha de dar explicaciones la Interpol a la policía alemana?

La inspectora alza las cejas y, durante un instante, el silencio se vuelve pesado. Luego esboza una sonrisa tensa.

—Por supuesto que no. No pretendía… Solo era una pregunta, sin más.

Oriol aguanta su mirada un segundo más del necesario antes de responder.

—De acuerdo.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire. El cuervo grazna otra vez a lo lejos, rompiendo la calma, y los tres se quedan inmóviles, midiéndose sin decir nada.

El hombre que acompaña a Wolf, con una credencial colgando del cuello donde se lee Alexander Schulz, suelta un bufido y niega con la cabeza. Oriol lo mira de forma intimidante.

—¿Qué hacéis en mi casa?

—Estamos investigando una desaparición —responde la inspectora Wolf, ahora con un tono más conciliador.

—Si necesitáis ayuda, debéis solicitarla a la Interpol —comenta Oriol—. No puedo decidir en qué casos colaborar por mi cuenta —añade mientras avanza entre ambos en dirección a la puerta de su cabaña.

—No se trata de eso —explica Wolf cuando pasa cerca de ella—. Se ha denunciado la desaparición de un hombre de cuarenta y un años llamado Andreas Winter. Su coche, un Mercedes negro, fue visto por última vez ayer al caer la noche, gracias a la cámara de la entrada situada en la carretera del lago. Tu casa es la única en el lago Horst; hemos venido a echar un vistazo y, sabiendo que te habías instalado aquí, quería preguntarte si viste u oíste algo.

Oriol, ya de espaldas a ambos y cerca de la puerta, levanta la cabeza por encima del hombro sin llegar a girarse del todo.

—¿Ayer por la noche, a qué hora? —inquiere Oriol.

—¿Importa eso? —pregunta, genuinamente sorprendida, Elsa Wolf.

—Ya lo creo que sí —responde Oriol, girándose abruptamente.

—¿Y por qué?

—Porque ayer me acosté muy pronto y me desvelé durante un par de horas, durante las cuales no escuché ni un solo ruido, como de costumbre. Por eso creo que es importante saber la hora, por si ambos periodos de tiempo coinciden… Pero es tu investigación; haz lo que consideres oportuno.

Confía en su mentira manteniendo el rostro impasible y la voz plana. Sabe que un titubeo bastaría para no sonar creíble.

La inspectora se lleva una mano a la barbilla y se acaricia el labio inferior con el pulgar, valorando la respuesta.

—Exactamente a las 21:17 horas —contesta al fin.

Oriol aprieta los labios y, con un movimiento rápido de cabeza, indica una negación.

—Lo mío fue después, lo siento. Cuando miré el reloj por primera vez faltaba poco para la medianoche; sobre las dos me he quedado dormido otra vez. No he escuchado nada. ¿No hay una cámara en la salida del lago? ¿La has comprobado?

—La hay, pero no funciona desde hace días. Unos chicos la rompieron tirando piedras. Muy oportuno, lo sé. En fin… Supongo que el coche seguiría su camino sin detenerse en el lago, pero había que comprobarlo porque no ha vuelto a ser captado por otra cámara de tráfico. Gracias, en cualquier caso —informa Elsa.

Oriol alterna la vista entre ambos agentes. Todo parece haber salido bien. Ha obtenido algo de información: la hora exacta y la confirmación de que la cámara de salida no graba.

Eso es bueno. Nadie buscará el Mercedes de Andreas en la franja de pinos al otro lado de la cabaña. No si no tienen motivos.

—Que tengáis un buen día —dice, girándose de nuevo hacia la puerta. Introduce las manos en los bolsillos del abrigo y finge no encontrar las llaves. No abrirá hasta que se marchen.

Pero Elsa no se mueve.

—Oriol —dice, tras unos segundos—. No tenemos que llevarnos mal entre nosotros. Siento lo de esta mañana. Estaba… Bueno, da

igual. Lo de venir aquí no ha tenido nada que ver. Te lo prometo.

Él no la mira directamente. Calcula. Debe quitársela de encima ya o empezará a preguntarse por qué demonios no abre la puerta.

—Como he dicho: que tengáis un buen día —responde con un tono cortante.

La inspectora asiente con una mueca, luego se da la vuelta. Schulz la sigue, mascullando algo que a Oriol no le interesa descifrar. Solo cuando se han internado lo suficiente en el sendero y las ramas vuelven a cerrar el claro, Oriol saca por fin el llavero. El metal roza la cerradura con un clic breve.

Entonces abre la puerta.

El silencio del interior de la cabaña es profundo; el crujido de la madera bajo sus botas es lo único que se escucha. Oriol avanza despacio, midiendo cada paso. La penumbra del salón apenas deja ver los contornos de los muebles.

El cadáver de Andreas sigue allí. Exactamente en el mismo lugar, con el mismo tono azulado en la piel que tenía horas atrás.

Camina hacia la ventana del salón y aparta la cortina despacio. Observa cómo Elsa Wolf y Alexander Schulz desaparecen por el sendero que lleva hasta su coche patrulla. Solo cuando los pierde de vista enciende la luz del interior de la cabaña.

Oriol se aproxima al cadáver de Andreas y se agacha, doblando las rodillas con lentitud. Su respiración se vuelve más corta mientras observa el cuerpo con una calma que antes no tenía. Fija la mirada en el cuello, buscando algún indicio, una marca que pasase por alto esa mañana sumido en el caos.

Nada.

La piel está limpia más allá de las petequias, sin señales de presión alrededor del cuello ni hematomas.

Baja la cremallera de su abrigo y saca un par de guantes de vinilo del bolsillo interior. El leve chasquido del material al ajustarse a sus dedos rompe el silencio por un instante. Se inclina un poco más y, con cuidado, abre la boca de Andreas. Busca cualquier obstrucción, algún objeto, algo que explique una asfixia. No hay nada. Solo una mandíbula que ya comienza a ser rígida —como el resto de su

cuerpo— y una herida en la encía, parece que le han retirado una muela recientemente.

Oriol sabe que no puede descartar nada. Su experiencia como investigador no sustituye la precisión de un forense. Lo que ve puede engañarlo.

Pasa los dedos enguantados por el cuero cabelludo de Andreas, separando el cabello en mechones. Ninguna herida visible. Ningún rastro de violencia.

Quizá fue una muerte natural. Andreas era joven, sí, pero fumaba. Oriol lo recuerda por el paquete medio vacío en la guantera del Mercedes. Se fija en los dedos de su mano derecha, amarillentos en la zona que agarra el cigarrillo. Un infarto no sería imposible. Podría ser... Pero eso no explica qué hacía ese hombre en su cabaña. Y no deja de ser una casualidad demasiado rocambolesca.

¿Se conocían? ¿Eran amigos? No es el perfil típico de un amigo de Oriol. Tiene pocos y los selecciona de forma meticulosa. Para él, un amigo debe ser alguien que no se acerque a él por necesidad, que le aporte tranquilidad y que no le dé problemas.

Andreas le está dando problemas desde antes de conocerse.

La lógica parece resistirse a aparecer en este caso.

Oriol comienza a pensar en cómo avanzar en la investigación. Con las herramientas de las que dispone, el cuerpo no le aporta más datos, de momento.

Piensa en lo difícil que es trabajar sin los medios con los que cuenta habitualmente: una unidad científica que peine la cabaña en busca de fibras o de muestras que pudieran ser determinantes; un médico forense que determinase la causa de la muerte; un equipo de agentes dedicados a rastrear los movimientos de las víctimas.

No puede contar con nada de eso. Tiene que arreglárselas con lo que tiene, donde su ingenio y astucia destacan por encima de todo.

Se plantea una posibilidad que descarta de inmediato por arriesgada. Bastaría con acercar el teléfono de Andreas y desbloquearlo con su huella dactilar para acceder a sus mensajes y a otra información. Sin embargo, eso sería muy temerario; un suicidio, aunque retirase antes la tarjeta SIM. Sabe perfectamente que hoy en día los teléfonos llevan incorporado el IMEI, el identificador

internacional de equipo móvil. En cuanto Elsa Wolf, o cualquier agente de la comisaría de Stade, contactase con la operadora de Andreas Winter, informarían del lugar donde el teléfono mostró actividad por última vez.

No. Eso no es factible. Debe pensar en algo diferente.

Necesita tiempo para pensar. Y, sobre todo, necesita no cometer un error.

Oriol sigue observando el cadáver detenidamente, en busca de algún detalle revelador. Sus ojos se detienen en las botas, en la suela, buscando restos de barro, hojas o cualquier indicio que le revele de dónde venía Andreas antes de llegar allí. Nada. Solo polvo seco y un par de pequeñas piedras incrustadas en el caucho que perfectamente podrían proceder del sendero de tierra que conduce a su cabaña.

Rebusca una vez más en sus bolsillos. Tal vez esa mañana pasó por alto algún objeto pequeño. Pero no es el caso. No halla nada nuevo.

Se sienta en el suelo, a un par de metros del cuerpo, y apoya la espalda contra la pared. El frío se le cuela por los pantalones. Si va a quedarse en la cabaña, tendrá que encender la calefacción. Se quita los guantes de vinilo. Cuando retira el de la mano derecha, siente un escozor: la costra de las heridas en sus nudillos se levanta y la sangre vuelve a brotar.

Observa las heridas con detenimiento. Recuerda el dolor atroz que le recorrió el brazo al despertar por la mañana. Por suerte solo fue un momento y ahora solo persiste el dolor de cabeza. Alza la cabeza y mira de nuevo el cuerpo sin vida de Andreas. Ya sabe que esas heridas en sus nudillos no son rasguños casuales. Son marcas de haber golpeado algo, y con fuerza. Aunque no recuerde haberlo hecho, tiene una idea bastante clara del motivo que puede haberlas provocado.

Él no es de los que descargan su frustración contra puertas u objetos inofensivos. Nunca lo ha sido. Y no encuentra un escenario en el que ese autocontrol pudiera fragmentarse.

Y entonces lo acepta. Debe averiguar si, como sospecha, esas heridas son consecuencia de su particular secreto.

Esa debe ser ahora su prioridad.

Las peleas pactadas con hombres rotos como él que aceptan combatir entre sí. El club de lucha clandestino. Su manera de liberar presión cuando el mundo se le viene encima y afloran los fantasmas de su niñez. Su válvula de escape para evadirse del recuerdo de ese húmedo sótano.

Quizá Andreas también formaba parte de ese mundo. Tal vez fue su contrincante, aunque de ser así, ¿dónde están sus heridas? ¿Dónde le golpeó con tal fuerza que se dañó los nudillos? No se aprecia nada de eso.

Saca su teléfono y lo desbloquea con rapidez. Abre el navegador Brave, el que siempre usa para entrar en el foro anónimo donde se organizan los combates entre desconocidos que necesitan desprenderse del dolor que llevan dentro y que no son capaces de hacerlo de una manera menos dañina. Teclea, accede con su clave y busca sus últimos mensajes bajo su nombre de usuario: *LaRabia.*

Encuentra uno publicado ayer mismo, a las 17:01 horas. Poco después de verse con la mujer rubia misteriosa según la vendedora de castañas. Lo lee despacio, sintiendo un escalofrío:

«Alemania, zona de Hamburgo. ¿Alguien disponible para hoy?»

No recuerda haberlo escrito, aunque solo hay un motivo por el que lo haría: el dolor comenzaba a hacerse insoportable.

Revisa las respuestas. Nadie contestó hasta dos horas después. Un usuario llamado *Sigmund* escribió:

«Esta noche a las 21:30. Yo llevo la luz».

Debajo del mensaje hay unas coordenadas. Oriol pulsa sobre ellas y el mapa se abre, marcando un punto en medio de la nada, más allá del Elba. Un paraje vacío, rodeado de campos interminables. El lugar perfecto para que dos desconocidos que no quieren dejar rastro se den cita.

Su respiración se acelera.

Ayer tuvo una pelea. Y no lo recuerda.

Como tampoco recuerda que Andreas Winter entrara en su casa.

¿Y si Andreas es *Sigmund*?

La posibilidad lo deja helado. Es improbable, pero no imposible. Las normas del foro son claras: se pelea, se descarga la tensión y

cada uno se va por su lado. Sin rencores. Sin nombres. Sin consecuencias.

Hasta ahora. Porque para todo hay una primera vez. ¿Verdad?

Oriol siente cómo una idea se forma en su mente. Tal vez pueda comprobarlo.

Vuelve al foro, abre la conversación con *Sigmund* y escribe un nuevo mensaje, breve, directo:

«¿Puedes repetir esta noche?».

11

Oriol no pierde ni un solo segundo. En cuanto envía el mensaje, ya tiene claro cuál es su siguiente paso y sus siguientes movimientos. Lo ha meditado todo como si de un caso cualquiera se tratase, como si él mismo no fuese el principal sospechoso.

Ha revisado las coordenadas del lugar acordado para la pelea clandestina. Se encuentra relativamente cerca de Glückstadt, el lugar donde Andreas Winter tiene una propiedad que le gustaría inspeccionar. No va a esperar la contestación de *Sigmund*; no puede quedarse de brazos cruzados hasta que conteste el mensaje, porque *Sigmund* podría ser Andreas y, en ese caso, no contestaría nunca. En cambio, si es otra persona quien contesta y confirma que acepta la propuesta de Oriol, estará preparado para acudir.

Se ha liberado del estrés y la presión. No porque la situación no lo justifique, sino porque ahora está completamente centrado en la investigación de un caso que lo implica de lleno. La concentración es su refugio, la única forma de mantener a raya el caos que amenaza con desbordarlo.

Antes de ponerse en marcha, debe esconder el cuerpo de Andreas. Preferiría no tener que tocarlo, para no perjudicar una investigación forense posterior, pero no puede arriesgarse a dejarlo ahí, en medio de la cabaña. Ya ha movido el Mercedes para esconderlo; no tendría sentido no hacer lo mismo con el cadáver. La presunción de inocencia, en su caso, es ya una utopía irrecuperable.

Se coloca los guantes de nuevo, intentando no contaminar más la escena, aunque sabe que es inútil. Después agarra a Andreas por los pies y lo arrastra despacio sobre la tarima. El cuerpo pesa. La madera cruje con un sonido seco y el esfuerzo le obliga a detenerse un par de veces para recuperar el aliento. Se siente débil, como si, además de la amnesia, el dichoso zolpidem le hubiera robado la energía. Con el esfuerzo se agudiza de nuevo la cefalea. Algo no va bien y cada ráfaga de dolor parece querer recordárselo.

Finalmente consigue llevarlo hasta su habitación. Lo envuelve en una sábana, lo hace rodar con cuidado y lo empuja hasta dejarlo debajo de la cama. No es el mejor escondite en el que se haya ocultado un cadáver jamás, pero definitivamente es mucho mejor que dejar el cuerpo en medio del salón.

Tiene el estómago vacío. Sabe que debería comer algo, aunque no tenga hambre. Se acerca al lavabo, se lava la cara con agua fría y bebe un poco antes de desbloquear el teléfono para pedir un taxi.

El vehículo tarda unos diez minutos en llegar. Aproximadamente el mismo tiempo que Oriol emplea en caminar hasta la carretera que bordea el lago y realizar, desde el móvil, las gestiones necesarias para obtener un nuevo vehículo. Ha contactado con la empresa de alquiler de coches para pedir uno nuevo. Sigue siendo su mejor opción para moverse con rapidez y discreción.

No hay tráfico a esa hora y el trayecto en taxi resulta sorprendentemente fluido, algo que Oriol agradece. Tampoco tarda en ser atendido en el mostrador de la empresa de alquiler. Le ponen pegas, por supuesto, pero Oriol consigue su propósito enseñando su placa de la Interpol y mostrando indignación por no contar con una rueda de repuesto o un kit antipinchazos en condiciones. Le explica al dependiente dónde podrán encontrar el vehículo estacionado para que envíen una grúa y realiza un cambio de llaves.

Su nuevo Skoda Fabia, del mismo color, se encuentra aparcado tras la estación. Lo encuentra con facilidad, accede a su interior e introduce las coordenadas en el navegador. Hay una hora de camino entre Stade y Glückstadt. Si nada se tuerce, llegará con tiempo suficiente para inspeccionar la segunda residencia de Andreas Winter y estar preparado en caso de que el encuentro con *Sigmund* se confirme.

El trayecto en coche le sirve para poner en orden sus pensamientos, con un paisaje de telón de fondo donde reina la niebla y el verde frondoso de los bosques cercanos.

Se esfuerza poniendo a prueba su memoria una vez más, pero el intento resulta inútil y frustrante. Ni la imagen de la chica rubia en el banco, ni el rostro de Andreas, ni la voz de Elsa Wolf, ni la consulta de la doctora Krause, ni siquiera la familia Zimmermann, de cuyo

caso él mismo se encargó... Cada vez que intenta reconstruir algo, lo único que encuentra es un vacío en su memoria que le consume la energía, una negrura absoluta que no le aporta nada y le carcome.

Necesita saber qué ha sucedido. Es imprescindible reconstruir sus últimos días para entender por qué demonios Andreas Winter apareció muerto en su cabaña.

La pelea con *Sigmund* podría explicar las heridas de sus nudillos y la sangre en su ropa al despertar. Es la hipótesis más probable, la que espera confirmar de una u otra manera pronto. Hoy, a diferencia de otros días en los que su ira acumulada amenaza con hacerlo explotar, no necesita pelear. Necesita respuestas.

La ausencia de sangre en el cuerpo de Andreas parece indicar que él y *Sigmund* son personas distintas, aunque no puede descartarlo sin una investigación forense minuciosa.

Su mente sigue trabajando a toda velocidad cuando uno de sus principales temores se apodera de él.

Le atormenta pensar que ha podido ser capaz de matar a alguien. Si descubre que la responsabilidad es suya, no tiene ninguna duda de que se entregará. No se conformaría con una excusa como la amnesia tras la ingesta de zolpidem. Algo así es injustificable para él y contradice su férreo sentimiento de justicia. No podría vivir como un hombre libre después de haber arrebatado una vida. Se odiaría por ello.

Lo único que quiere ahora es descubrir la verdad y actuar en consecuencia.

A mitad del trayecto comienza a llover con fuerza. Las gotas golpean la luna delantera con un sonido ensordecedor, y los limpiaparabrisas apenas consiguen mantener despejado el campo de visión. Oriol se aferra al volante con ambas manos, los nudillos tensos, mientras varios coches lo adelantan por la izquierda levantando columnas de agua que lo ciegan durante segundos interminables. Permanece en el carril derecho, sin acelerar.

El cansancio sigue ahí, agazapado en algún rincón de su mente, recordándole que los efectos del zolpidem no desaparecen de un momento a otro. Ha tenido suerte de llegar hasta aquí sin desviarse ni perder el control, teniendo en cuenta que ha sufrido un episodio

de amnesia como nunca antes le había sucedido. Subirse al coche ha sido una temeridad, lo sabe, y más con ese dolor de cabeza cuya causa no está del todo clara. Pero quedarse quieto habría sido aún peor. Por eso va despacio y extrema las precauciones; no pondrá en peligro a nadie.

A medida que se acerca al río Elba, el paisaje se abre. Los campos se extienden en ambas direcciones, un tapiz verde y gris interrumpido solo por molinos eólicos que giran lentamente bajo el cielo plomizo. El agua del río refleja la tormenta como una lámina de mercurio agitada por el viento.

La señal del ferry que une Glückstadt con Wischhafen aparece a su derecha, y Oriol reduce la velocidad antes de tomar el desvío. Esta era su opción más rápida; la otra posibilidad incluía desplazarse hasta Hamburgo para cruzar uno de los puentes que conectan las dos orillas del Elba.

El acceso al embarcadero es estrecho y está cubierto de charcos. Los neumáticos chapotean mientras avanza despacio, siguiendo las indicaciones de un operario empapado que le hace señas con un chaleco reflectante. Frente a él, el ferry espera con la rampa bajada y una fila de vehículos que comienzan a subir. Oriol toma aire y se permite unos segundos de relajación hasta que llega su turno.

Mientras el coche asciende por la rampa metálica, siente una vibración leve bajo los pies. El río Elba, inmenso y turbulento, se extiende a ambos lados. El viento sopla ahora con violencia, haciendo crujir la estructura del ferry. Una vez dentro, detiene el motor y se queda inmóvil, escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre el techo del vehículo.

En la cubierta aparcan cinco vehículos además del Skoda. Ningún conductor baja del coche, ni siquiera cuando la lluvia amaina. La travesía apenas durará veinte minutos, el tiempo justo para surcar las algo más de dos millas que separan ambas orillas.

Aprovecha el momento para realizar una llamada.

Oriol desbloquea el teléfono y marca el número sin pensarlo demasiado. Entiende que es inevitable; ya lo ha demorado más de lo que debería.

—Clínica de la doctora Krause, dígame —responde una voz femenina, correcta y profesional.

—Hola, soy Oriol Duarte. Tuve cita con la doctora esta mañana y me gustaría hablar con ella sobre algo que me comentó.

—Hola, señor Duarte. La doctora está en su despacho revisando unos informes. Voy a preguntarle si puede atenderle ahora.

—Muy bien, gracias.

La recepcionista pulsa algún botón. El teléfono reproduce el *Canon de Pachelbel* con una serenidad que, unida al paisaje, incluso resulta placentera. Oriol apoya un codo en el reposabrazos y observa cómo el ferry avanza por el Elba. El ferry avanza quebrando el agua por la proa; un par de garzas pasan volando, y durante unos segundos intenta concentrarse en cualquier cosa que no sea ese dolor punzante que vuelve a treparle por la sien.

Al cabo de un par de minutos, escucha por fin la voz de Olga Krause.

—Hola, Oriol. ¿Cómo se encuentra?

—Gracias por atenderme, doctora. Hay algo que quiero comentarle —dice sin rodeos—. Desde esta mañana estoy teniendo dolores de cabeza. La molestia es constante, pero cuando hago algún esfuerzo el dolor aumenta y me incapacita.

La respuesta llega sin titubeos.

—Señor Duarte, le recomiendo que acuda de manera urgente a un centro hospitalario. Podría tratarse de algo más serio que una amnesia provocada por la ingesta de zolpidem. Hay que estudiarlo.

Oriol aprieta los dientes.

—Eso es imposible ahora mismo, doctora. ¿A qué se refiere exactamente con que hay que estudiarlo?

—Debe realizarse una prueba de imagen. Una resonancia magnética que aporte más información y nos permita descartar una hemorragia u otros problemas.

—¿Tumores cerebrales? —pregunta él, sin pensarlo, como si la palabra hubiera estado esperando agazapada para saltar.

La doctora guarda una breve pausa que le pesa demasiado.

—Sí, señor Duarte. Es una posibilidad. No implica que sea lo más probable, pero la única forma de saberlo es completar el estudio.

Oriol respira hondo. La idea le cae encima con el peso de una losa.

—Entiendo. ¿Y puede recetarme algo para el dolor, por favor?

—No voy a recetarle nada si no acude a un centro hospitalario y se realiza la resonancia.

Oriol suelta un bufido, mezcla de frustración y resignación. Se queda callado unos segundos. La doctora tiene razón y él lo sabe, por mucho que sea un problema detener su investigación en curso.

—De acuerdo —dice al fin, casi sin ganas.

—Muy bien. Acuda, por favor, al Elbe Klinikum Stade. Disponen de los equipos oportunos. Llamaré a un colega que trabaja allí y le comentaré el caso.

—No, es imposible en estos momentos. Dígale que iré mañana por la mañana —contesta Oriol, tajante.

—Es usted increíble, señor Duarte.

Él ya ni escucha el reproche. El dolor late detrás del ojo, insistente, recordándole que no puede posponer esto eternamente.

El ferry se balancea suavemente al reducir la velocidad. Acaba de llegar a la otra orilla y la pasarela se abre con un chirrido metálico que resuena en la cubierta.

—Tengo que colgar. Mañana por la mañana iré a hacerme esa resonancia.

Oriol cuelga antes de oír la respuesta, con la sensación de que acaba de firmar un compromiso que no quiere cumplir, pero que ya no puede evitar.

Los coches comienzan a descender con lentitud. Oriol espera su turno.

El paisaje se vuelve más agreste a medida que se aleja de Glückstadt. El pueblo desaparece, sustituido por extensiones interminables de terreno agrícola. Parcelas separadas por estrechos caminos de grava, viejas granjas abandonadas y alguna maquinaria oxidada que parece haber quedado olvidada hace años. No hay tráfico, ni casas, ni señales de vida. Solo el sonido constante del motor y el golpeteo irregular de la lluvia contra el parabrisas.

Sigue las coordenadas que le envió Dante Puzo, su compañero en la Interpol. El punto marcado en el mapa apenas es una mancha de

terreno delimitada por caminos rurales sin nombre. Cuando el navegador indica que ha llegado, decide avanzar un poco más y detener el Skoda en un lugar apartado de la carretera principal, junto a un grupo de árboles a cierta distancia de la finca que se alza en un camino secundario. No puede permitirse que alguien lo vea allí. Sabe que la policía alemana sigue investigando la desaparición de Andreas Winter y no tendría forma de justificar su presencia en ese lugar.

Sale del coche y se ajusta el abrigo. El aire es frío y húmedo. Avanza campo a través, siguiendo la línea de una pequeña valla metálica que apenas alcanza la altura de su cintura. La salta sin esfuerzo para colarse en la propiedad de Andreas Winter y continúa su paso con sigilo. En ese momento, su móvil recibe una notificación y vibra. Lo desbloquea y observa que *Sigmund* ha contestado su mensaje.

«Mismo sitio y misma hora».

Eso confirma que Andreas no es *Sigmund*.

Oriol esboza una leve sonrisa de alivio. No tiene ninguna intención de pelear esta noche, pero sí de obtener respuestas. Es posible que ese hombre pueda ayudarle, aunque eso suponga romper con una rutina casi ancestral, la de que esos encuentros sirvan únicamente para pelear. Un daño colateral que está dispuesto a asumir.

Ya se ocupará de eso más tarde; ahora vuelve a centrarse en la casa de Andreas.

El terreno está encharcado, cubierto de hierba alta y maleza. Todo en aquel lugar transmite abandono. Las plantas trepan sin control sobre los restos de lo que parece haber sido un huerto; una vieja carretilla yace volcada junto a un seto. En el centro del terreno, apenas visible entre la vegetación, se alza una pequeña construcción.

Oriol la rodea y se detiene a observarla. La fachada, gris y desconchada, muestra señales de humedad y grietas que recorren las paredes de arriba abajo. El tejado, cubierto de musgo, parece a punto de ceder. Sin embargo, hay un detalle que le llama la atención: la puerta.

A diferencia del resto, está impecable. De madera oscura, sin una sola mancha de óxido en los herrajes. La veta brilla aún bajo la lluvia. Es lo único que reluce en un lugar inhóspito. Oriol se acerca despacio, con una sensación creciente de inquietud.

Esa puerta no pertenece a una casa abandonada. Es nueva. Oriol se queda observándola durante un largo rato. Algo no encaja. No es normal que alguien reforme solo la entrada de una casa que parece a punto de derrumbarse. Las ventanas, cubiertas de barro y polvo, están selladas con tablones y clavos oxidados. Ni una rendija de luz, ni un signo de actividad. A su alrededor, el terreno se extiende en un caos de malas hierbas, árboles sin podar y piedras dispersas. No hay huellas recientes ni rastro alguno de que alguien viva o haya vivido recientemente allí.

Debe averiguar qué hay dentro.

Lo primero que hace es colocarse unos guantes de vinilo que lleva en el bolsillo. Después, se lleva la mano al interior del abrigo y saca un pequeño estuche negro. Lo abre con precisión y extrae las herramientas de su kit SpyTool. El metal de las ganzúas brilla bajo la tenue luz que se filtra entre las nubes. Se agacha frente a la cerradura, atento, concentrado, cuando una voz a su espalda lo congela.

—Era la antigua casa de su madre, según su mujer —dice una voz femenina.

El corazón le da un vuelco. Reconoce esa voz. La ha oído antes.

—¿Y cuánto tiempo lleva muerta su madre, doscientos años? —pregunta ahora una voz masculina.

Se oye una risa breve.

—No hace tanto. De hecho, falleció hace dos meses. Te hubieras enterado si no hubieras salido a fumar.

—Esa mujer me estaba poniendo de los nervios. Estoy seguro de que estaba fingiendo, que en realidad se alegra de que su marido no haya vuelto.

—En fin… Resulta que su madre estuvo varios años ingresada en una residencia antes de morir, por eso la casa está hecha un asco. Según Hedwig Winter, el precio de venta de la propiedad era

ridículo, así que decidieron esperar a que se revalorizara con la esperanza de poder sacar algo de dinero en un futuro.

La voz resuena entre los árboles, más cerca de lo que desearía. Oriol reacciona al instante. Cierra el estuche, lo guarda en el abrigo y se mueve con rapidez hacia un grupo de arbustos, extremando el cuidado de no dejar huellas en el barro. Se agazapa allí, a unos cuatro metros de la casa. Trata de controlar su respiración para no hacer ruido. Se agacha entre las ramas y espera.

Desde su escondite, observa cómo Elsa Wolf se planta ante la misma puerta donde él estaba segundos antes. Va acompañada de Alexander Schulz, el agente que conducía el coche patrulla cuando ambos acudieron a la casa de Andreas y Hedwig. Schulz sostiene un paraguas plegado —ahora que ha dejado de llover— y mira alrededor con gesto incómodo, mientras Elsa examina la puerta nueva con atención.

Oriol se queda inmóvil, conteniendo el aire. Está tan cerca que puede oír el murmullo de su conversación.

Elsa rodea la casa con paso lento, cuidando de no tropezar con las raíces que asoman entre la hierba húmeda. Alexander la sigue unos metros detrás, con cara de cansado y un tono de voz que suena más a queja que a conversación.

—Yo creo que ese tipo se ha ido con alguna jovencita y acabará regresando a casa en cualquier momento —dice, encogiéndose de hombros.

Elsa no responde de inmediato. Se asoma por el lateral de la casa, buscando alguna ventana desde la que se pueda ver el interior. El cristal está cubierto de polvo y telarañas.

—Podría ser —admite—, pero lo cierto es que su teléfono está apagado. Es extraño. Si pensara volver, no lo habría apagado. Además, un hombre no desaparece así como así, como si la tierra se lo hubiera tragado.

Alexander resopla, impaciente.

—En cuanto tengamos el extracto de su tarjeta de crédito me darás la razón. Me lo puedo imaginar: unas copas de más en Hamburgo, buena compañía… Le caerá una buena bronca y asunto resuelto. ¿Quieres apostar?

Elsa alza la vista, suspira y niega con la cabeza. No contesta. Su atención se centra en un desconchón en la pared, una grieta que asciende desde la base hasta el marco de una ventana cerrada con clavos.

—¿Sabes qué me parece más raro? —dice Elsa sin girarse—. Que la mujer tenga tan claro que ha desaparecido.

—¡Oh, por favor! —responde Alexander, dejando escapar una carcajada seca—. Esa mujer no sabe por dónde le da el aire. ¿Te has fijado en lo que estaba haciendo?

Elsa frunce el ceño, intuyendo lo que va a decir su compañero.

—Estaba haciendo ganchillo —continúa Schulz—. ¿Qué mujer de su edad se pone a hacer ganchillo cuando su marido ha desaparecido? Sabe perfectamente que está por ahí con otra. Lo que pasa es que no lo va a reconocer y ha denunciado para joderle.

Elsa esboza una leve sonrisa mientras sigue observando el lugar en busca de alguna pista sobre el paradero de Andreas Winter.

—En cualquier caso, no hay más casos y no tenemos nada mejor que hacer, ¿no te parece? —pregunta Elsa.

—¿Tú lo conocías? —pregunta Alexander.

—Qué va, a mí también me extrañó que fuese abogado de oficio y no haberle visto nunca, pero ejerce en Hamburgo, lo he comprobado.

Alexander coloca los brazos en jarra y suelta un bufido mirando al cielo.

—Pues sí, no tenemos más remedio que trabajar en este aburrido caso. Para uno medio interesante que teníamos y nos lo quitó la Interpol. Por cierto, no hemos mencionado nada.

—¿Sobre qué?

Él sonríe con suficiencia.

—Sobre el extraordinario inspector Duarte. —Hace una pausa, disfrutando de la provocación—. Te confieso que me he quedado con las ganas de darle un tortazo este mediodía cuando hemos ido a su cabaña. No entiendo cómo permites que te hable con esa chulería.

Elsa se da la vuelta con rapidez, apoya una mano en la cintura y mira a su compañero fijamente.

—Habrá pensado que lo estábamos molestando a propósito. Ponte en su lugar —dice Elsa—. Supongo que no termina de creerse la historia que le hemos contado sobre el coche del desaparecido. Siendo sinceros, es mucha casualidad que tuviéramos que buscar tan cerca de su casa.

Alexander se encoge de hombros, alzando una ceja.

—Lo que tú quieras, pero ha sido el verdadero motivo por el que hemos ido a verle.

—Ya —responde Elsa, volviendo a mirar hacia la ventana clavada —, pero eso él no lo sabe.

Durante unos segundos solo se escucha el sonido del viento moviendo las ramas. Elsa se queda inmóvil, observando la casa. Alexander, en cambio, enciende un cigarrillo con rostro desganado y niega con la cabeza.

—Hay que admitir que no empezamos con buen pie —reconoce Elsa, retomando el tema de Oriol mientras avanza hacia el porche cubierto de hojas secas—. Yo creo que ni él mismo quería encargarse del caso de Zimmermann. Piénsalo, Alexander. Para él, un caso tan sencillo debe de parecerle un insulto. A Duarte le gusta llegar a los sitios y apagar fuegos, ser el centro de atención. El héroe que resuelve los problemas de los demás.

—¡Venga ya, Elsa! —Alexander deja escapar una carcajada incrédula—. No te creerás esa pamplina de que está estudiando un caso antiguo y por eso ha venido a la comisaría… Lo único que quería era restregarnos por la cara que le dieron el caso a él. Dejarse ver. Ser el centro de atención. Ese tipo disfruta cada reportaje que le dedican en los periódicos.

Elsa sonríe con cierta ironía, bajando la mirada.

—No creo. He leído en alguna parte que tiene una especie de obsesión con los casos antiguos. Recuerdo que el artículo contaba que es su manera de distraerse cuando no está trabajando. Como una afición. Es un tipo raro, pero a mí me parece muy interesante, la verdad.

—Claro —replica Alexander, dándole una calada al cigarrillo—, y ahora me vas a decir que se ha quedado en Stade por el clima y porque se vive muy bien aquí.

Elsa se encoge de hombros.

—No, supongo que se ha quedado por otros motivos —contesta, con cierta ironía en su tono de voz.

Alexander la observa unos segundos, ladeando la cabeza, hasta que una sonrisa maliciosa se le dibuja en el rostro.

—Un momento… ¡estás celosa!

Elsa se gira bruscamente, fingiendo una mueca de disgusto, pero el leve rubor que sube a sus mejillas la delata.

—¿Qué tonterías dices?

—Por favor, no pongas esa cara —insiste él, divertido.

Elsa aparta la mirada y cruza los brazos, tratando de mantener la compostura.

De repente, a Elsa le suena el teléfono. Oriol, escondido entre los arbustos, solo distingue su silueta recortada contra la fachada y la voz apagada que responde con monosílabos.

—Sí… Ajá… Entiendo… No.

Alexander, impaciente, da un par de pasos hacia ella y la observa, removiendo el cigarrillo entre los dedos.

Cuando Elsa cuelga, su expresión se ha endurecido.

—El Mercedes sigue sin aparecer en ninguna cámara de tráfico —explica—. No ha podido circular muy lejos, teniendo en cuenta la cantidad de cámaras distribuidas por la ciudad.

Alexander arruga la frente.

—Qué extraño…

—Ya lo creo —responde Elsa, perdiendo la mirada en los árboles del fondo.

Durante unos segundos ninguno de los dos pronuncia palabra alguna. El silencio se alarga hasta que Elsa se pasa una mano por el cabello y concluye:

—Bueno, lo que está claro es que aquí no está. Estamos perdiendo el tiempo. Voy a solicitar su geolocalización. Ya es tarde. Volvamos a Stade; mañana será otro día. Le pediré a los chicos del turno de noche que patrullen por la zona, por si encuentran el Mercedes.

Alexander asiente, visiblemente aliviado de marcharse. Se ajusta el abrigo, lanza la colilla al suelo y la aplasta con el tacón.

—Perfecto. No siento los dedos.

Oriol contiene la respiración mientras los ve alejarse, caminando hacia el coche patrulla estacionado unos metros más allá.

Se ha librado por los pelos. Casi le sorprenden forzando la cerradura.

Espera hasta que las luces rojas desaparecen entre los árboles. Entonces se levanta lentamente, cuidando de no hacer ruido, y se acerca de nuevo a la puerta.

Saca el pequeño estuche de su abrigo y lo abre con precisión. Las ganzúas descansan dentro, alineadas y dispuestas a ser utilizadas. Está a punto de anochecer. Durante un instante, las sostiene en la mano con cierta nostalgia.

Recuerda la primera vez que aprendió a usarlas. Tenía trece años y vivía en el centro de menores de Pamplona, un edificio gris que olía a lejía y a soledad. En aquel lugar convivían chicos de todo tipo: algunos estaban allí por peleas, otros por trapichear con drogas y otros por llevar a cabo pequeños robos y vandalismo. Él no era el más popular ni el más fuerte, pero sí el más listo y aplicado. Los demás acudían a buscarlo cuando necesitaban ayuda con los deberes o querían evitar problemas con los educadores.

Uno de aquellos chicos, un tal Erik, tenía dieciséis años y estaba interno por delitos continuados de robo. Su padre, cerrajero de profesión, le había enseñado el oficio antes de que todo se torciera. Erik, en lugar de emplear sus conocimientos para labrarse un porvenir, los usó para abrir las casas de los ricos del pueblo y quedarse con las joyas.

Durante varias noches, mientras todos dormían, le mostró a Oriol cómo funcionaban las ganzúas, cómo escuchar el leve clic que marcaba la diferencia entre una cerradura forzada y una abierta con maestría.

Y él aprendió rápido. Le fascinaba la precisión del gesto, la calma que exigía, la sensación de control. Aquella habilidad, adquirida en el lugar más improbable, acabó convirtiéndose en una herramienta más de su arsenal. Fue el primer indicio de lo que estaba destinado a ser: un hombre que no se resigna ante un misterio cerrado con llave.

De vuelta al presente, coloca la ganzúa con cuidado y empieza a trabajar en la cerradura. Cada clic le devuelve esa antigua sensación, la de un niño que busca respuestas donde los demás solo ven obstáculos.

Aún conserva su habilidad. Oriol es bueno reteniendo información y poniéndola en práctica. Los movimientos de sus manos son precisos, y en cuestión de segundos escucha el sonido característico que confirma lo que ya sabía: la cerradura ha cedido. Empuja la puerta con suavidad.

El interior está completamente oscuro. El aire es espeso, cargado de polvo y humedad. Avanza un paso y tantea la pared hasta dar con un interruptor. La bombilla desnuda del techo parpadea antes de encenderse, proyectando una luz amarillenta que tiembla y deja ver la estancia.

Es un espacio reducido, un salón con la cocina integrada, si acaso a eso se le puede llamar cocina. Los muebles son viejos, descoloridos, cubiertos por una capa de mugre que parece haberse incrustado en la madera. Una mesa coja con dos sillas mal apiladas, un sofá hundido, una nevera desconectada que mantiene la puerta entreabierta. Todo sugiere abandono, años de desuso. Alguna baldosa se ha levantado, dejando un hueco por cubrir en el suelo.

Camina despacio, observando cada rincón. La pintura de las paredes se ha levantado en láminas, y la humedad ha dejado manchas oscuras que se extienden hasta el techo. En el baño, el espejo está roto y una gotera produce un sonido constante que rompe el silencio del lugar.

Nada parece tener valor, pero sí hay un detalle que llama su atención. En la única habitación, cerca de la cama sin colchón, hay una estantería vieja, en línea con el resto de los muebles de la casa, pero en el suelo hay marcas sobre el polvo que sugieren que esa estantería ha sido movida recientemente. Oriol se coloca a un lado y la desplaza siguiendo las líneas que sirven como guía. Es robusta y tiene que esforzarse.

Cuando la ha separado un metro de la pared, se asoma y lo descubre.

Hay un hueco en el hormigón.

Y dentro de él, un maletín.

Es negro, de piel gastada, pero de corte elegante. Oriol se queda mirándolo unos segundos. Todo en la casa parece a punto de desmoronarse, menos ese maletín. Está limpio, sin una mota de polvo. Incongruente con el resto, como una presencia que no pertenece al lugar.

Se acerca y se arrodilla junto a la estantería. Lo observa unos segundos antes de abrirlo. Al levantar la tapa, el interior revela dos lados, cada uno cerrado por una cremallera.

Abre uno de los lados. Se topa con un orden inusitado. Hay una libreta de tapas negras, un par de carpetas de cartón atadas con gomas y un manojo de facturas que llevan el sello de Andreas Winter con su número de licencia de abogado. También una factura de un dentista que llama su atención. Es reciente, de hace apenas tres días. Según lee, a Andreas Winter le realizaron una extracción molar. Eso explica la herida de la boca.

Oriol toma la libreta y la abre por la mitad. Las páginas están llenas de anotaciones a mano, escritas con una letra apretada y precisa. Las primeras líneas son simples apuntes: fechas, nombres. Pero, a medida que pasa las hojas, comprende que está ante algo más importante. Se trata de notas sobre un caso legal. El nombre «Autobahn Stade–Hamburg» se repite varias veces, junto con referencias a planos, indemnizaciones y una familia afectada por una expropiación.

En los márgenes hay observaciones personales:

«Convencer a la mujer». «Acceso a L. Zimmermann». «Revisar pagos a consultores externos».

Oriol se detiene. Todo apunta a que Andreas Winter había estado investigando irregularidades relacionadas con la construcción del tramo de la autovía entre Stade y Hamburgo, contratado por una cliente a la que le habían expropiado su hogar. Una tal Luisa Busch, cuyo nombre aparece en el contrato.

Toma fotografías de todo lo relevante. Deja la libreta sobre la cama y revisa el resto del contenido. Encuentra facturas y tiques de aparcamiento. Hay algo llamativo: un sobre cerrado, de color crema,

con el nombre «Andreas Winter» escrito a mano en la parte delantera.

Lo toma con cuidado. Lo abre con cautela y extrae una carta doblada en dos. El texto, también escrito a mano, ocupa solo unas líneas:

«Espero que esto compense el daño causado».

Oriol se queda inmóvil unos segundos al ver las iniciales de la persona que firma la carta:

«LZ».

¿Lukas Zimmermann? Se pregunta.

Oriol suspira antes de abrir la otra cara del maletín. Hay algo en su instinto que le advierte de lo que está a punto de encontrar. Al abrir la cremallera, lo ve con claridad: fajos de billetes perfectamente apilados. Son billetes grandes, de cien, doscientos y quinientos euros.

Es mucho dinero.

12

Oriol conduce el Skoda guiado por el GPS, pero su mente no sigue ninguna carretera; divaga entre multitud de ideas que no terminan de parecerle reales.

Vuelve una y otra vez a la conversación con la mujer que vendía castañas, al nombre de Mara Schneider, cuya identidad sigue siendo un misterio, a las palabras de Elsa Wolf, a las explicaciones de la doctora Krause. Nada ni nadie parece ofrecerle las respuestas que necesita.

Piensa ahora en la casa semiderruida de la madre de Andreas Winter, en la puerta que ha cerrado dejando atrás un maletín lleno de dinero.

Ha sabido aprovechar sus conocimientos para forzar una cerradura sin romperla. Hoy ha sido crucial, de hecho. De no dominarlo, habría dejado un rastro visible, una huella capaz de destruir cualquier posibilidad de volver a entrar sin levantar sospechas. Y, lo peor de todo, habría acabado por destapar su plan.

Tuvo una idea antes de abandonar aquella casa. Algo que puede funcionar.

No ha tocado el dinero. Ni un solo billete. Ni siquiera lo ha contado. El maletín descansa tal cual lo encontró. Una trampa perfecta.

Es el mejor cebo que puede imaginar. Si alguien más —además de Andreas, quien ya no podrá regresar— conoce su existencia, volverá a por él.

Y para cuando eso ocurra, estará preparado.

Mientras avanza por la carretera estrecha que se abre entre campos oscuros y silenciosos camino de su cita con *Sigmund*, repasa mentalmente el plan. Entre sus herramientas del kit Spytool del que siempre dispone allá donde va, guarda una minicámara de última generación. Una de esas que parecen sacadas de un catálogo militar. La ha instalado en el exterior, en el hueco que le ofrecía la corteza de una haya. Ha decidido hacerlo fuera pensando en que colocar la

cámara dentro de la casa sería arriesgado. Si Elsa Wolf y Alexander Schulz decidieran regresar para realizar un registro exhaustivo del interior, tendría un problema en caso de que la encontraran.

La cámara está programada para detectar el movimiento y solo entonces iniciar la grabación. Eso significa una mejor optimización de la batería: una semana completa de vigilancia si es necesario. Tiempo suficiente para que quien busque ese dinero cometa un error.

El dinero hace encajar varias piezas. Explica la existencia de ese Mercedes tan caro, tan nuevo e impropio de alguien como Andreas. Porque, revisando los casos que ha llevado en los últimos meses, no hay forma de justificar un coche así.

Andreas Winter no trabajaba para ningún bufete de abogados; lo hacía por su cuenta. Al menos eso puede deducir después de repasar una por una todas las facturas que encontró en el maletín y de consultar, de nuevo, su perfil de LinkedIn. Salvo el caso de la expropiación a Luisa Busch —por el que, según los documentos, no recibió ni un solo euro—, todo lo demás son asuntos asignados de oficio con tarifas reducidas: conductores borrachos que provocan accidentes, pequeños traficantes, violencia doméstica... Dinero suficiente para no malvivir, pero nunca para un Mercedes así.

Tiene claro que todas las posibles razones que explicarían la procedencia del dinero tienen una naturaleza ilícita. Si a eso le suma la presencia de una carta firmada por un hombre que acaba de morir asesinado por su mayordomo, el asunto se pone interesante.

No tiene ninguna duda de que las iniciales «LZ» pertenecen a Lukas Zimmermann.

Por las anotaciones escritas a mano que hacen referencia a su persona y porque una simple búsqueda en internet le reveló que la empresa responsable de la obra en la «Autobahn Stade–Hamburg» fue la empresa del señor Zimmermann.

Ahora tiene pruebas de que Andreas Winter había representado a una mujer llamada Luisa Busch, que perdió su casa tras aprobarse la obra de la nueva autovía. Todo huele a corrupción y sobornos. La pregunta que ahora le martillea la cabeza a Oriol es clara: ¿la muerte de Zimmermann a manos de Ben Otto está relacionada? ¿Y

por qué motivo querría compensar a Andreas Winter escribiéndole esa nota?

Lleva dándole vueltas desde que se subió al coche, un hilo suelto que no consigue ignorar. El caso que le trajo a Alemania, el asesinato de uno de los hombres más poderosos del norte del país, parecía limpio. El mayordomo confesó, las pruebas eran claras y evidentes, y todo el mundo estuvo satisfecho con la rapidez con la que se resolvió.

Quizá demasiado satisfechos.

Parece evidente ahora que el verdadero motivo por el que Andreas se encontraba en su cabaña tiene que ver con el caso Zimmermann. Es el único nexo que los une hasta ahora. Solo queda pendiente un pequeño fleco por dilucidar: saber por qué demonios Andreas Winter está muerto.

Debe revisar ese caso. Tiene que haber algo que haya pasado por alto o que tal vez no haya ignorado, pero que ahora no recuerda.

Su posición en Interpol le da margen. Gracias a su condición de agente internacional puede interrogar y visitar al recluso que considere oportuno sin ofrecer explicaciones detalladas, ni siquiera a Lefebvre, su jefe. No lo piensa desaprovechar: mañana visitará a Ben Otto en prisión.

Es muy posible que de esa conversación surjan respuestas.

Después de conducir durante veinte minutos por lugares absorbidos por la oscuridad de la noche, donde las carreteras estrechas serpentean entre campos de cultivo, Oriol llega a las coordenadas que *Sigmund* colgó en el foro ayer. Reduce la velocidad del Skoda cuando el GPS indica que faltan apenas unos metros. El lugar tampoco le evoca ningún recuerdo y necesita mirar la pantalla para asegurarse de que está en el sitio correcto: la carretera asfaltada desaparece y el terreno se convierte en un camino rural angosto, solo descubierto allá donde alcanzan a iluminar los faros del coche.

La noche ya es completamente cerrada y no distingue nada. Ni una silueta. Ni una sombra. Solo un manto negro que engulle cualquier referencia.

Las coordenadas le han traído a un lugar entre Elmshorn y Glückstadt, dos pequeñas localidades al norte del río Elba, en ese punto donde el paisaje se reduce a kilómetros de cultivos: col, espinacas… extensiones infinitas que durante el día parecen inofensivas, pero que ahora, bajo la oscuridad, se convierten en un decorado inquietante.

Un lugar perfecto para una pelea clandestina. Aislado, sin casas cerca, sin movimiento, sin testigos.

Todo indica que Oriol estuvo allí mismo hace apenas unas horas. Se baja del coche y mira hacia un lado y a otro.

Nada.

Su memoria sigue traicionándolo, negándose a ofrecerle siquiera un destello, un fragmento que le confirme que estuvo aquí. Y esa ausencia empieza a cansarlo. Una frustración creciente, punzante, se instala en lo más profundo de su ser. Ya es la tónica habitual del día. La sensación de ir a ciegas, de perseguir un mapa ambiguo y lleno de contradicciones.

Ha dejado los focos del Skoda encendidos. El frío le golpea la cara mientras continúa buscando una señal. Al cabo de unos segundos, aparece.

A lo lejos, una luz tenue se enciende y queda suspendida en el vacío. Una luz fija, sin titilar, que señala el punto exacto donde debe encontrarse el otro contrincante. Una de las normas de estas peleas exige que uno de los dos aporte un foco o algo similar para marcar el lugar en la noche y así poder ver en la oscuridad.

Eso solo puede significar que *Sigmund* ya ha llegado y lo está esperando.

Oriol distingue, al avanzar por el sendero, un vehículo aparcado unos metros más allá. Un BMW antiguo, gris, con la carrocería mate por los años. El silencio que queda tras el ruido de sus pisadas en la tierra blanda es absoluto.

En otras circunstancias se estaría preparando para el combate. Para descargar la ira que quema en su interior con esa especie de concentración fría que siempre lo ha guiado en este tipo de situaciones.

Pero hoy no.

Hoy no peleará; su cabeza está en otra parte.

Avanza hacia la luz que marca el punto del encuentro, y la figura de *Sigmund* empieza a definirse. Es alto, joven —aún más joven que él—, con ese físico trabajado de quien cuida su cuerpo. A medida que Oriol se acerca, puede ver el ojo izquierdo de *Sigmund* hinchado y el labio partido, luciendo una costra seca. Es obvio que ayer perdió la pelea contra él.

—Hoy no te lo voy a poner tan fácil —dice *Sigmund*, sin rodeos—. Estaba deseando que me escribieras. Avisa cuando estés listo.

Oriol se planta frente a él con las manos en los bolsillos y el rostro serio. Lo observa unos segundos. No busca intimidarlo. Está comprobando algo. Una grieta en su manera de responder. Un gesto. Cualquier pista que le ayude. La observación es una de sus mejores armas.

—No he venido a pelear —anuncia al fin.

Sigmund baja lentamente los brazos, abandonando la postura defensiva. Luego los abre, sorprendido.

—¿De qué estás hablando? —pregunta, contrariado.

—He venido porque necesito que me ayudes.

—¿Esto es algún truco o qué? —resopla *Sigmund*—. No es la imagen que tenía de ti, *LaRabia*.

—No es ningún truco. Solo quiero que hablemos de lo que pasó ayer.

—Ya… claro… —murmura *Sigmund* con tono agrio. Vuelve a levantar los brazos como un boxeador—. No digas tonterías. Vamos a pelear.

Da un paso al frente sin previo aviso. Oriol cambia el apoyo de sus piernas en un acto reflejo, ágil y calculado. *Sigmund* empieza a moverse de un lado a otro, buscando el hueco, midiendo a su oponente. Pero Oriol no retrocede. No sube las manos ni adopta ninguna guardia.

Sigmund lanza un gancho de derechas.

Oriol lo esquiva inclinándose hacia atrás, doblando el torso con una facilidad que desconcierta. Las manos siguen abajo. Su mirada, fija y calmada.

Sigmund retrocede, tropieza con una piedra escondida bajo el barro y se tambalea sin llegar a caerse. Su técnica y sus reflejos no son los de Oriol. Es absurdo que insista.

—No quiero pelear —repite Oriol.

—¡Me has hecho venir hasta aquí! ¡Vamos! —grita *Sigmund*, impulsado más por orgullo que por sentido común.

Carga de nuevo. Esta vez lanza un croché rápido.

Oriol se desliza a un lado sin esfuerzo, coloca su pie detrás del talón de *Sigmund* y, con una mano en su pecho, le da el impulso justo.

Sigmund cae de espaldas sobre el barro. Después, se cubre la cara por instinto.

En lugar de acabar lo empezado, Oriol se inclina y le tiende la mano.

—Por favor. Solo quiero hablar contigo. Necesito tu ayuda.

Sigmund lo mira desde el suelo, respirando con fuerza. Durante unos segundos, parece debatirse entre su ego y la realidad evidente: no tiene nada que ganar peleando contra él.

Finalmente, extiende el brazo, agarra el de Oriol y asiente. Avergonzado, se sacude el barro como puede. Se frota las mangas, la pernera del pantalón, la chaqueta, pero el barro espeso sigue pegado, marcando el correctivo que Oriol le ha regalado sin apenas empeño.

—¿De qué va todo esto? —pregunta cuando por fin consigue recomponerse mínimamente.

Oriol deja escapar el aire por la nariz.

—He perdido la memoria. No recuerdo lo que pasó ayer… ni lo que ha ocurrido en las últimas semanas —confiesa, con un tono firme y preciso.

Sigmund ladea la cabeza. Entre el barro, la hinchazón del ojo y la herida en el labio, su expresión es un retrato de incredulidad. Parpadea varias veces, como si intentara entender lo que acaba de oír.

—¿No recuerdas que ayer nos peleamos? —pregunta con cautela, casi en un susurro.

—No —responde Oriol—. ¿Cómo fue la pelea?

Sigmund suelta una carcajada breve y niega con la cabeza.

—Casi no hubo pelea —admite—. Eres bueno. Muy bueno. Tenía ganas de pelear contigo por lo que había oído. Hace unas semanas estuve por trabajo en España y luché con *Carlisle*; me habló de ti. Pensé que eran exageraciones… ya sabes, historias para agrandar la leyenda. Pero no. Ayer me tumbaste sin despeinarte. Lo intenté un par de veces, pero no había manera. Eres muy rápido. Demasiado.

Oriol frunce el ceño.

—¿Me golpeaste en la cabeza?

—No. Ni una vez —asegura *Sigmund*—. Tú me hiciste esto —se señala la cara, donde la costra ya empieza a endurecerse.

—¿Puede que me cayera y me diera contra el suelo?

—No pasó nada de eso —dice *Sigmund,* mirándole como si estuviera viendo un fantasma—. Joder, todo esto es muy raro…

Oriol ignora el comentario y sigue preguntando.

—¿Recuerdas cómo iba vestido?

Sigmund abre los ojos un poco más.

—Mira… No sé si me estás tomando el pelo.

—Entiendo que puede parecer extraño, pero lo que te cuento es cierto. Tú eres de las pocas personas que pueden ayudarme. Siento haberte hecho venir hasta aquí, de verdad. Solo necesito que me ayudes a saber lo que pasó.

Sigmund desvía la mirada al suelo y juguetea con el pie en el barro mientras piensa. Tras unos segundos asiente y contesta:

—Sí, lo recuerdo. Me llamó mucho la atención que vinieras con vaqueros. Nunca me había pasado. Todos vienen preparados, con ropa deportiva, vendas, lo típico. Pero tú… no sé, parecía que venías a dar un paseo.

Oriol siente un nudo en la garganta.

—¿Me manché con tu sangre?

—Es bastante posible, sí. Hubo un momento en que me ayudaste a levantarme y perdí el equilibrio y, al caer, me abracé a tus rodillas.

—¿Hablamos? ¿Nos dijimos algo más?

Sigmund se queda un momento en silencio, mirando otra vez el suelo. Parece rebuscar entre sus propios recuerdos, evaluando qué decir y cómo.

—Apenas —contesta al fin—. Te esperaste hasta que pude mantenerme en pie. Estaba mareado. Pero fuiste… Correcto. No te marchaste hasta que estuviste seguro de que estaba bien. Eso lo recuerdo. Luego intenté sacarte conversación, pero no estabas por la labor. Contestabas con monosílabos. Solo dijiste que había sido un día duro y que querías ir a ver a alguien.

—¿Sobre qué hora me fui?

—Eran más o menos las diez de la noche.

Oriol asiente, tomando nota mental de todo.

—¿Recuerdas en qué coche vine hasta aquí? ¿Fue el mismo que he traído hoy? —pregunta Oriol, señalando el Skoda, apenas visible en la oscuridad. A pesar del cambio tras el reventón de rueda, sigue siendo el mismo modelo y color.

Sigmund arruga la frente intentando enfocar la vista; tras unos segundos, asiente.

—Sí. Era el mismo —sentencia.

—¿Notaste algo raro en mí? —insiste Oriol—. Algo que te llamara la atención.

Sigmund se rasca la nuca, incómodo. Mira hacia la oscuridad, esquivando su mirada. Tarda unos segundos en responder.

—Pues… sí. Hubo algo.

Oriol da un paso más cerca.

—¿Qué?

Sigmund respira hondo.

—Ibas bebido.

Oriol pone cara de asombro.

—¿Borracho?

—Sí. Olías a alcohol. Y, joder… —sonríe con amargura—. Fue bastante humillante, la verdad. No quería decirlo, pero que un tipo borracho te dé una paliza sin pestañear… Cuesta digerirlo.

Oriol cierra los ojos un instante.

Ahora sabe que no estaba en sus cabales cuando se produjo la pelea; que no era él quien tomaba las decisiones. Lo sabe por lo que acaba de escuchar.

Jamás conduciría borracho.

Jamás.

¿Quién sabe si traspasó otras barreras?

13

Cuando Oriol abre los ojos a la mañana siguiente, lo primero que piensa, preocupado, es si será capaz de recordar todo lo que sucedió ayer.

Permanece quieto, boca arriba, con la vista fija en el techo blanquecino de la habitación. Le costó conciliar el sueño, estuvo dando vueltas en la cama hasta bien entrada la madrugada. Ha debido de dormir solo unas pocas horas, pero siente que ha recuperado energía.

Varios ojos de buey, un detector de humos y el murmullo constante de los coches en la carretera le recuerdan que no está en el lago Horst, sino en un hotel barato a las afueras de Stade. Respira hondo, tantea con la mano el borde áspero de las sábanas y decide poner a prueba su memoria.

Empieza a repasar en voz alta el día de ayer por el principio. Habla de la primera imagen de la cabaña. Del cadáver de Andreas Winter en el suelo, las llaves del Mercedes en su bolsillo, el cuerpo frío. Recuerda cómo se arrodilla junto a él, cómo busca heridas o vestigios que aclaren la causa de la muerte, cómo repasa cada detalle intentando encajarlo todo en una escena lógica. Recuerda también el peso de la culpa apoyándose en sus hombros, amenazando con aplastarlo en cuanto se descuida.

A continuación, se visualiza en el JS Bach tomando un café con el frío calándole los huesos.

Todo parece estar en orden: la doctora Krause —a quien debe volver a ver en unas horas—, Elsa Wolf y Alexander Schulz, el interés en el Mercedes negro, la mención a las cámaras de tráfico. Puede reconstruir la conversación casi palabra por palabra. Se oye a sí mismo respondiendo con calma fingida, midiendo cada frase, consciente de que cualquier error podría costarle caro.

También recuerda el Skoda, el reventón, el cambio de vehículo, el trayecto hasta la casa medio abandonada de Andreas Winter al otro lado del Elba. La carretera gris, la lluvia intermitente golpeando el

parabrisas, la línea marcando el camino mientras él intenta recordar algo anterior al día de ayer y solo encuentra un muro en blanco. El mensaje a *Sigmund*. El encuentro. Los reproches. La historia de la pelea que él no recuerda haber tenido. El maletín. Las facturas, las notas a mano, el caso de la expropiación. Todo está ahí. Es un recuerdo nítido y perfecto. La habilidad que siempre ha tenido a lo largo de su carrera.

Solo que sigue sin recordar los días anteriores.

Se sienta al borde de la cama y abre la aplicación de su teléfono móvil que gestiona la cámara espía colocada en la haya del jardín descuidado de Andreas Winter. La grabación se ha disparado en dos ocasiones durante la madrugada al captar movimiento. Oriol se impacienta mientras el programa descarga los vídeos del servidor. El primero se abre al cabo de unos segundos con la imagen teñida de verde característica del modo de visión nocturna.

No va a ser útil.

Un búho aparece en la escena y se apoya en una rama cercana a la cámara. La grabación dura apenas tres minutos. Durante ese tiempo, el animal permanece apoyado, ajustando sus garras a la madera del árbol. La siguiente grabación, registrada veinte minutos después, muestra al mismo búho agitando sus alas y volando lejos del campo de visión de la cámara.

Nadie regresó a por el maletín. Tendrá que seguir esperando.

Oriol se yergue y se despereza observando su triste habitación de hotel. Bajo ningún concepto iba a dormir de nuevo en su cabaña, junto al cadáver de Andreas Winter. Esa decisión sigue siendo firme. No volverá a ese lugar a menos que sea imprescindible. No quiere imaginarse allí, con el cuerpo en el suelo, el olor que debe haber impregnado la estancia a estas alturas, el silencio denso y la conciencia trabajando sin descanso para hacerle sentir culpable. Solo pensar en ello le provoca un ligero mareo.

El dolor de cabeza parece haber mejorado un poco. Tal vez era solo tensional y le ha venido bien descansar un poco. También podría haber sido la consecuencia de una noche de excesos. Según *Sigmund*, iba borracho cuando pelearon. Lo ha estado pensando y solo una combinación de alcohol con el dichoso zolpidem, lo

suficientemente caótica como para nublar el juicio, explicaría que ayer cogiese el coche en ese estado.

Es algo que tiene muy interiorizado. Detesta a las personas que le restan importancia al hecho de conducir habiendo bebido un par de cervezas. No entiende cómo pueden hacerlo con la conciencia tranquila sabiendo que podrían ser responsables de una desgracia irreparable.

Por eso teme averiguar qué más hizo en ese estado.

Se obliga a centrarse en lo que tiene, no en lo que ha perdido. Tiene un muerto en su cabaña. Tiene un maletín lleno de dinero y de papeles que apuntan a un litigio con una expropiación. Tiene a una inspectora de policía que sabe que él vive en el único inmueble del lago Horst.

Y tiene un agujero enorme en su memoria reciente.

A las siete de la mañana ya se ha duchado, afeitado y vestido con ropa limpia que compró ayer al regresar a Stade, después de hablar con *Sigmund*.

Cuando termina de desayunar en la pequeña cafetería situada al lado de recepción, abandona el Hotel Lindenbrücke: un establecimiento modesto situado en la carretera que une Stade con Hamburgo, rodeado de naves industriales y campos húmedos.

Su Skoda está donde lo dejó, cubierto por una fina capa de hielo. Abre la puerta, se sienta y deja que el asiento ligeramente hundido lo abrace. Ajusta el respaldo, arranca el motor y pone la calefacción al máximo.

Cuando el hielo del parabrisas se ha deshecho, sale del aparcamiento y toma la carretera principal. Los primeros kilómetros atraviesan una zona semiindustrial, con almacenes dispersos, carteles de transporte logístico y camiones que empiezan su ruta diaria. Pronto, sin embargo, la carretera se abre hacia tramos más despejados, donde la niebla matinal se eleva en pequeños remolinos sobre los prados mojados.

A medida que se acerca a Hamburgo, el entorno cambia. Los campos dan paso a bloques residenciales, carreteras más anchas, túneles cortos y una sucesión de señales que anuncian la cercanía del área metropolitana.

Se dirige hacia la Justizvollzugsanstalt Billwerder, la prisión donde Ben Otto cumple condena. Espera reunirse con él y que le ayude a entender la relación entre Lukas Zimmermann y Andreas Winter.

El perfil grisáceo de la prisión aparece finalmente a lo lejos, rodeado de vallas metálicas y torres de vigilancia. Oriol toma aire y aprieta el volante.

Aparca el Skoda en una de las plazas para visitantes, justo frente al acceso principal de la prisión. A esa hora, el flujo de funcionarios entrando y saliendo es constante.

En el control de accesos se identifica como agente de la Interpol y pide hablar con el alcaide. La mujer que le atiende no le pone ninguna pega y le sonríe como si le conociera.

Oriol atraviesa el control de seguridad y continúa caminando, siguiendo las indicaciones de la atenta mujer que le ha recibido y ahora lo acompaña. El pasillo es largo, iluminado por fluorescentes fríos que tiñen las paredes de un tono azulado. Escucha el eco de puertas metálicas abriéndose y cerrándose a lo lejos, pasos apresurados, voces rápidas.

Al final del pasillo, la mujer le indica que espere en una amplia sala con sillas distribuidas en dos bancadas. El alcaide aún no ha llegado.

La espera se alarga más de lo que le gustaría cuando, de repente, un hombre se aproxima con paso decidido. Va vestido con traje oscuro, camisa perfectamente planchada y una sonrisa amplia que descoloca a Oriol.

—¡Inspector Duarte! —exclama con entusiasmo—. Pensé que no volvería a verle. ¿Qué le trae por aquí?

Oriol tarda medio segundo en reaccionar. Debe de ser el alcaide y, por su reacción, no es la primera vez que se ven. Solo que no lo reconoce. Ni remotamente. Aun así, esboza una sonrisa forzada, intentando simular cercanía.

—Hola —responde, esforzándose por sonar natural—. Me he quedado para resolver unos asuntos burocráticos. Me gustaría volver a interrogar a Ben Otto —anuncia, yendo directamente al grano.

La expresión del alcaide cambia. Frunce los labios, hace una mueca de incomodidad.

—Vaya… ¿y eso?

—Son asuntos confidenciales —dice Oriol, manteniendo el tono profesional—. Espero que lo entienda.

—Sí, sí. Claro, por supuesto —balbucea el hombre, que pone cara de no terminar de entenderlo del todo—. Solo me había sorprendido.

Oriol le sostiene la mirada. Un silencio espeso se interpone entre ambos, estirándose demasiado.

—Entonces, ¿puedo verlo? —insiste Oriol.

El alcaide arquea las cejas y niega despacio con la cabeza. En la credencial que cuelga de su cuello puede leerse: «H. Krämer».

—Me temo que no, inspector —dice con cautela—. Al menos no aquí.

Oriol se inclina apenas hacia delante. Su gesto se tensa, pidiendo una explicación sin necesidad de palabras.

Krämer carraspea.

—Veo que no está al tanto… Ben Otto enfermó. A los pocos días de ingresar en prisión, su estado de salud se volvió muy vulnerable y lo trasladaron al módulo de presos del hospital Marien.

La noticia cae encima de Oriol como una losa inesperada. Miles de posibilidades se despliegan en su mente al instante, desordenadas, amenazando con devorar cualquier razonamiento. Baja la mirada, fija los ojos en el suelo pulido y respira hondo, intentando pensar con claridad.

Krämer lo observa, paciente, quizá algo incómodo. Otro funcionario pasa cerca, reconoce a Oriol y sonríe con una mezcla de sorpresa y admiración, como si acabara de cruzarse con su estrella de cine preferida.

El inspector Duarte vuelve a levantar la vista.

—¿Ese hospital está en Hamburgo? —pregunta con voz firme.

—Sí, relativamente cerca. Unos veinte minutos en coche si no hay tráfico.

—De acuerdo —murmura Oriol—. Entonces voy a visitarle allí.

Da un paso atrás, hace un gesto respetuoso con la cabeza y se da media vuelta para marcharse. Solo ha avanzado unos metros cuando escucha la voz de Krämer llamándolo.

—¡Inspector!

Oriol se detiene, sin girarse del todo.

—No creo que le sirva de mucho —dice el alcaide con un tono más grave.

Vuelve la cabeza hacia él, serio.

—¿Por qué?

Krämer traga saliva antes de responder.

—Porque, según tengo entendido… su estado es terminal.

14

Oriol se encuentra en mitad del vestíbulo del hospital Marien. El alcaide Krämer tenía razón: veinte minutos exactos. Ni uno más. En el trayecto ha dejado que una teoría serpentee por su cabeza, una de esas ideas que nacen de una intuición vaga y van tomando forma al no poder refutarse. Pero aún es pronto para eso: no tiene pruebas. Necesita datos, necesita llenar los huecos antes de poder siquiera evaluar lo que intuye.

Respira hondo y avanza hacia el control de acceso al área de hospitalización. Ya tiene la cartera en la mano, el gesto automático de abrirla para mostrar su identificación, cuando su teléfono vibra, una sacudida breve que le obliga a frenar.

Mira la pantalla. Otra llamada. Y no es la primera: tiene dos no contestadas de la consulta de la doctora Krause que ha ignorado deliberadamente. Sabe demasiado bien para qué lo buscan: hoy debe realizarse la resonancia.

Pero esta llamada no proviene de la clínica.

El nombre en la pantalla lo hace tensar la mandíbula: Lefebvre.

A su jefe no puede colgarle, aunque le encantaría. Se queda quieto unos segundos, con el murmullo del hospital envolviéndolo, y pulsa aceptar antes de que el dispositivo vuelva a vibrar.

—Hola —dice Oriol al descolgar, intentando que su voz no suene tan crispada como se siente.

—Oriol, ¿cómo estás? —pregunta la voz de Lefebvre, seca, contenida—. Llevo sin saber de ti días. Deberías haberme llamado.

Esa es su forma de abrir fuego, piensa Oriol. No necesita verlo para saber que está enfadado; lo conoce demasiado bien.

—Lo sé… y lo siento. He estado ocupado, señor.

—¿Por qué te has quedado en Alemania? Te dije claramente que vinieras a Lyon, que te iba a asignar otro caso. Si necesitabas unos días, tenías que habérmelo notificado.

—No, no se trata de eso. Es que no puedo irme ahora.

—¿De qué estás hablando? Claro que puedes. De hecho, te llamo para decirte que te he reservado un vuelo a las seis. Ve haciendo la maleta.

Oriol cierra los ojos, se lleva la mano libre a la frente y deja que el silencio se estire unos segundos más de lo prudente. Piensa una vez más en el cadáver de Andreas Winter sobre el suelo de su cabaña.

—Tengo que quedarme —dice por fin, con voz firme.

—Oriol, no quiero tener que recordarte que cumples órdenes directamente de mí.

—Señor… el caso que me asignó no es tan simple como parecía. He descubierto algo que puede cambiarlo todo.

Escucha a Lefebvre suspirar, un sonido que atraviesa la línea con una mezcla de fastidio y cansancio.

—¿De qué se trata?

Oriol traga saliva.

—Creo que el asesinato de Lukas Zimmermann no fue un arrebato de su mayordomo. Creo que detrás se esconde un caso de corrupción a gran escala y necesito más tiempo para investigarlo.

—Dame algo más tangible —solicita Lefebvre.

Oriol mira al frente, pensativo. Calcula sus opciones, midiendo cuánto puede revelar sin levantar sospechas ni sonar como un lunático siguiendo intuiciones.

—Zimmermann tenía una empresa de obras públicas llamada Bauwerk Nord. Hace unos años se le asignó la construcción de la nueva autovía que une Stade con Hamburgo y hubo expropiaciones de varias propiedades con denuncias y juicios de por medio. Creo que su asesinato está relacionado con eso. Necesito algo más de tiempo para poder demostrarlo.

—Pero tendrás algo. Algún sospechoso, alguna transacción dudosa… No sé… ¡algo!

—Señor —dice finalmente—, va a tener que confiar en mí.

De nuevo, una pausa. Esta vez más larga. Un silencio pesado, cargado de meditación al otro lado de la línea.

—Te voy a ser sincero, Oriol. Por lo que me cuentas, no debería hacerte caso. —La voz de Lefebvre suena más baja, pero no menos firme—. Voy a darte un voto de confianza por tratarse de ti y

porque, hasta ahora, no has fallado. Pero te pido que midas tus formas. No puedo permitirte hacer lo que te da la gana sin que los demás inspectores se me echen encima. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor. —Oriol aprieta suavemente la mandíbula—. Se lo agradezco de verdad. Le prometo que tendré algo sólido pronto.

—Tengo que enviarte a alguien —continúa Lefebvre sin dejar hueco para la réplica—. No quiero que lo lleves tú solo.

—No es necesario, señor. Tengo la ayuda de la comisaría de Stade.

Al otro lado se escucha una risotada.

—Oriol, no digas tonterías. Sé perfectamente que no habéis acabado bien. Hablé ayer mismo con la inspectora Wolf, me llamó para preguntarme por ese protocolo que te inventaste para entrar a comisaría.

—Necesitaba revisar el caso y no quería involucrarles —explica Oriol.

—Ya… Solo que es mucho más fácil si hablo con ella y envío una solicitud formal para que puedas utilizar las instalaciones, que es como se debe hacer y parece mentira que tenga que recordártelo. En cualquier caso, voy a ver quién está disponible y se va para Alemania hoy mismo. No es negociable.

Oriol entorna los ojos. Y entonces, una idea aparece con una claridad abrumadora.

—Dígaselo a Markus, señor.

Se oye un chasquido seco al otro lado, quizá un gesto de sorpresa.

—El inspector Graf se encuentra ahora mismo en Luxemburgo. Precisamente hoy piensa asistir a unas conferencias en la sede del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

—Puedo esperar a que termine. Él es alemán. Es el hombre adecuado, señor.

Lefebvre titubea. Oriol detecta el golpeteo suave de teclas, casi rítmico, mientras su jefe consulta algo en su ordenador.

—De acuerdo. Voy a contactarle. Solo te pido que no me des problemas, ¿de acuerdo?

—Así será, señor.

No añade nada más. La llamada se corta. Oriol baja lentamente el brazo, dejando que el bullicio del vestíbulo del hospital se cierre alrededor de él mientras guarda el móvil en el bolsillo.

Conoce a Markus Graf desde hace años. No son grandes amigos, solo compañeros de trabajo que se respetan. Nacido en Alemania, empezó a trabajar para la Interpol dos años antes de que llegase Oriol. Estaba cansado de su anterior trabajo y necesitaba un cambio. Es serio, metódico y buen profesional, por eso el inspector Duarte ha insistido en que sea él quien le ayude.

Por eso, y porque es médico forense.

15

Tras despedirse de Lefebvre, Oriol se dirige al control de accesos. Se identifica mostrando su placa de la Interpol y el guardia asiente sin hacer preguntas. Sube las escaleras siguiendo las indicaciones que le han dado en el mostrador de información. El hospital es moderno y desprende una limpieza impecable.

Al llegar a la planta señalada, un cartel le recibe con una rotundidad que no deja espacio a la esperanza: «Oncología». El lugar donde nadie quiere estar jamás.

El pasillo se extiende ante él, silencioso, con un ambiente cargado de desolación y teñido de gris. Avanza despacio. Un paciente aparece doblando la esquina, arrastrando el soporte del gotero con un movimiento torpe. La bolsa de suero se balancea ligeramente. El hombre, de piel casi translúcida, muestra unos párpados teñidos de azul, como si la sangre hubiera renunciado a seguir circulando. No tiene ni un solo cabello. Los huesos se dibujan bajo la piel con una nitidez cruel. Sus pasos, cortos y fatigados, parecen impulsados por una voluntad que se agota.

Lo deja atrás y continúa hasta que encuentra un par de agentes custodiando la última habitación de la planta, la 237.

—Buenos días, soy Oriol Duarte, de la Interpol —dice mostrando su credencial—. Vengo a ver a Ben Otto.

El agente más mayor saca pecho y coloca los brazos en jarra.

—Nos han avisado de que venía. No le servirá de mucho, pero adelante.

Oriol no contesta. Normalmente tiene buena relación con la policía local del lugar donde desarrolla su trabajo y colaboran entre sí. Pero esta vez parece que el ambiente se ha enrarecido desde el inicio. No agrandará ese problema. Con un gesto de la cabeza, agradece al agente que le dé paso y avanza por el pasillo. La puerta está entornada. La empuja con suavidad.

Nada más entrar se da cuenta.

Ben Otto está a punto de morir.

Y no es una frase hecha. Es, literalmente, cuestión de horas.

La habitación está en penumbra, demasiado tranquila, demasiado quieta. No hay nadie más. Solo él. Y ese olor que Oriol conoce demasiado bien. No es fuerte ni invasivo; es una presencia. Una especie de aviso que anuncia lo inevitable: el olor de la muerte. A Oriol le atraviesa un escalofrío involuntario.

Ben Otto yace boca arriba, hundido entre las sábanas. La mascarilla que cubre su rostro exhala un flujo constante de oxígeno, conectado a un vaso que burbujea en la pared. El sonido es rítmico e hipnótico, pero su respiración no lo es. Es una sucesión brusca de golpes: intervalos largos de silencio, seguidos de bocanadas profundas, como si cada una de ellas exigiera un esfuerzo monumental. Su pecho se levanta con violencia para caer después de manera súbita.

Oriol se aproxima al suero que cuelga del soporte a la derecha de la cama. Lee la etiqueta y reconoce los nombres de los medicamentos que contiene. Son sedantes de uso común en cuidados paliativos. El protocolo habitual cuando el personal médico sabe que la muerte llegará entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas.

La sedación final.

No pierde el tiempo en dirigirle la palabra. No tiene sentido; en ese estado no va a ser capaz de contestar sus preguntas. Sus ojos se detienen en un detalle: una silla colocada junto al cabecero y, sobre el respaldo, un abrigo de mujer. Da un paso más, se inclina y lo toma entre los dedos. No tarda en reconocerlo: es un Johnstons of Elgin. Pura cachemira. Más de tres mil euros. Un lujo que no encaja con la posición económica que se le supone a la mujer de un mayordomo en estado terminal.

Su presencia aporta, además, otra pista crucial: ella no puede haberse ido muy lejos. Oriol conoce el protocolo. Cuando un preso va a morir, se permite a los familiares directos acompañarle durante sus últimas horas.

Lo que no entiende es la necesidad de poner a dos agentes de policía en la puerta de la habitación. Ben Otto no va a fugarse a ninguna parte.

Una voz, inesperada y cercana, irrumpe a su espalda.

—Hola. ¿Puedo ayudarle?

Oriol se gira de inmediato. Una mujer morena, de alrededor de cincuenta años, lo observa mientras sostiene un vaso de cartón con café humeante.

—Hola, soy el inspector Duarte —responde él, mostrando su credencial de la Interpol.

El gesto de la mujer cambia de golpe. Parece no entender nada. Baja la mirada, da un paso atrás y entra sin prisa en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es usted familiar de Ben Otto? —pregunta Oriol, situándose a una distancia prudente.

Ella se queda rígida. Pasa un segundo. Dos. No encuentra la manera de responder y gesticula con asombro. Finalmente, murmura:

—Sí… soy su mujer. Nos conocimos hace unos días en comisaría, señor Duarte.

Oriol asiente.

—Cierto, discúlpeme. —Se aclara la garganta, intentando suavizar el tono—. Lamento presentarme en estas circunstancias, pero necesito hacerle unas preguntas sobre su marido.

Oriol mantiene la voz baja, intentando no tensar más un ambiente que ya pesa por sí solo.

—Como usted dice, no es un buen momento. Creía que ya habíamos aclarado todo cuando hablamos por última vez —dice la mujer, cuya mirada se torna hostil.

—Lo entiendo perfectamente, señora Otto. De verdad que…

—Kaya —interrumpe ella—. Señora Kaya. No adopté el apellido de mi marido, como ya le dije en nuestra anterior conversación. ¿Se encuentra bien, inspector?

Oriol deja escapar un breve suspiro. Ya contaba con que algo así podía suceder.

—Lo lamento —se disculpa con una leve reverencia—. Como le decía, señora Kaya, de no ser importante, no se lo pediría.

Ella arquea las cejas, sin demasiada convicción.

—Dígame. ¿De qué se trata?

—La última vez que hablé con su marido, su situación era muy distinta. ¿Puede decirme qué ha sucedido?

La mujer baja la mirada, como si le costara pronunciar las palabras.

—A mi marido le diagnosticaron un cáncer de páncreas en estado avanzado. Su empeoramiento ha sido repentino. Según el doctor, este tipo de cánceres son muy agresivos y no existe tratamiento. Él llevaba tiempo con digestiones complicadas y dolor de estómago. Pero, de todos modos, no importa… Nadie hubiera podido salvarle.

—¿Cuándo se lo diagnosticaron? —pregunta Oriol.

—Hace una semana. Ha sido todo muy rápido.

Oriol se frota la barbilla, pensativo.

—He estado pensando sobre el momento en el que interrogué a su marido. Sudaba mucho, tenía mal color… No tenía buen aspecto. ¿Está segura de que no sabía nada sobre su enfermedad? Tal vez lo ocultó intencionadamente —dice Oriol, pensando en una de las pocas imágenes que su mente ha logrado recuperar.

—Le repito que mi marido lo sabe desde hace una semana.

—En ese caso, el diagnóstico tuvo lugar después de confesar el asesinato de Lukas Zimmermann, ¿cierto?

Ella lo observa con una mezcla de cansancio y reproche.

—¿De verdad necesitaban una confesión? —pregunta desviando la mirada.

—¿A qué se refiere? —pregunta Oriol, frunciendo el ceño.

—Estaba grabado en vídeo, inspector. Mi marido siempre hablaba fatal de su jefe, estaba harto de él. Entre otras cosas, porque ese hombre era un malnacido. Supongo que la enfermedad ya estaba afectando a Ben y que, de alguna manera, le llevó a actuar así. No lo justifico, pero no me da ninguna pena; no voy a mentir. Si usted supiera las cosas que me contaba mi marido…

Oriol detecta algo: la señora Kaya desvía la mirada una y otra vez hacia la puerta, de forma casi mecánica. Esa inquietud resulta demasiado evidente.

—¿Espera usted a alguien?

—No, en absoluto. —Su respuesta llega demasiado deprisa—. Pero, si no le importa, me gustaría pasar este momento con mi

marido a solas.

—Por supuesto —asiente Oriol—. Solo una cosa más. ¿Su marido alguna vez le comentó o insinuó que quisiera matar al señor Zimmermann?

El tono de ella se enciende.

—Mi marido no es un asesino, señor Duarte.

De nuevo, esa mirada rápida hacia la puerta. El leve movimiento de su mano tensándose alrededor del vaso. Oriol decide presionar con un último intento. Debe tensar la cuerda y observar su reacción.

—Su marido está condenado por asesinato, señora Kaya.

Ella ladea la cabeza, ofendida, con una chispa de indignación que ilumina sus facciones.

Oriol mantiene la mirada un segundo más, lo justo para confirmar que no va a obtener nada más de ella. Kaya lo taladra con los ojos, tensos, cargados de un resentimiento que apenas puede contener. Aun así, su expresión se rompe en una sonrisa corta, afilada, una que no pretende ser amable.

—Váyase, inspector Duarte.

Oriol asiente despacio. Ya no puede, ni debe, seguir insistiendo y presionando. Con Ben Otto al borde de la muerte, hacerlo sería cruzar una línea que no quiere traspasar en este momento. La urgencia de la investigación no justifica quedarse allí un segundo más.

—Por supuesto —dice, suavizando el tono—. Comprendo que la situación es muy dura. Gracias por su tiempo.

No espera respuesta. Gira sobre sus talones y atraviesa la habitación sin volver la vista atrás. Cierra la puerta con cuidado. Los dos agentes que custodian la habitación de Ben Otto, al que se ha trasladado a este hospital desde el centro penitenciario para que tenga una muerte digna, miran a Oriol sonriendo. Oriol les devuelve la sonrisa y se despide con educación.

Mientras se aleja de allí, un pensamiento se instala con una claridad incómoda: es evidente que algo no encaja. El deterioro de Ben Otto ha sido demasiado rápido, demasiado repentino. La explicación de su esposa suena a fábula. Sabe que el cáncer de páncreas es rápido, pero no se cree ni una de las palabras que han

salido de su boca. Percibe cómo una idea imprecisa le roza la mente, una sospecha que todavía no puede demostrar, pero que empieza a tomar forma. No tiene pruebas. Pero las encontrará.

Avanza por el pasillo calculando mentalmente sus opciones mientras camina. Hay varias maneras de confirmar lo que sospecha, pero todas son complicadas. La primera —y la más lógica— sería acceder a los informes médicos: analíticas, evolución clínica, pruebas complementarias. Todo lo que podría darle una respuesta clara al comprobar las fechas. Pero esos documentos están blindados por protocolos estrictos de protección de datos y secreto profesional. Ni siquiera un inspector de la Interpol como él puede verlos sin una orden judicial. Podría conseguirla, pero antes de entender la relación de Ben Otto con Andreas Winter, cuyo cadáver continúa en su cabaña, sería algo así como pegarse un tiro en el pie.

Decide que no pierde nada probando suerte. Tal vez, en esta ocasión, la fortuna juegue de su lado.

Se aproxima al mostrador de la planta de oncología. Dos enfermeras conversan mientras señalan una gráfica llena de líneas, colores y números, difíciles de interpretar para Oriol.

—Buenos días —las interrumpe, mostrando su placa—. Soy el inspector Duarte. Me gustaría hablar con el médico responsable del señor Ben Otto, habitación 237.

Ambas lo miran con un recelo inmediato, como si su presencia fuera una alteración no deseada en la rutina del hospital. Una de ellas carraspea, incómoda.

—Un momento, por favor.

Se levanta y se dirige a una pequeña sala situada a pocos metros. Oriol escucha murmullos desde dentro, conversaciones banales que se mezclan con el agradable aroma a café que se escapa por la puerta entreabierta.

Tras un par de minutos, aparece una mujer muy joven. No debe de rozar ni los treinta. Tiene los ojos azules, despiertos, y una sonrisa profesional que le confiere un aire cercano.

—Hola —saluda ella—. Soy la doctora Aigner. Acompáñeme, por favor.

Oriol la sigue hasta una sala adyacente. El espacio es reducido y taciturno. Hay una mesa, dos sillas, ninguna decoración, ni siquiera una ventana. Por un instante, se imagina la cantidad de malas noticias que se habrán comunicado entre esas cuatro paredes.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta ella, acomodándose con naturalidad.

Oriol toma asiento frente a ella.

—Soy el agente que llevó el caso de Ben Otto —explica él— y estoy intentando aclarar algunos aspectos.

Ella asiente con un gesto tranquilo; su expresión es cercana y abierta.

—De acuerdo.

—¿Podría decirme en qué fecha se le diagnosticó el cáncer?

La doctora Aigner frunce los labios antes de responder, con un gesto medido que deja claro que pisa terreno sensible.

—Tenemos un servicio de registro donde puede solicitar toda esa información —explica—. Pero, en este caso, como no es una información que ataña directamente al interesado, necesitará una autorización del paciente o una orden judicial. Puedo acompañarle hasta allí si lo desea.

Oriol niega con un leve movimiento.

—Gracias, doctora. Sí, solicitaré esa información… pero me llevará tiempo conseguir los documentos. Quería preguntárselo a usted directamente. Pensaba que, al tratarse de una pregunta simple que no afecta a la intimidad del señor Otto, quizá podría echarme una mano.

Ella ladea la cabeza, esbozando una sonrisa amable pero firme.

—No puedo darle esa información. Entre otras cosas, porque la desconozco. El señor Otto se sometía a revisiones periódicas con su médico de confianza, que no trabaja en este hospital y que, al ser amigo directo suyo, no escribía en su historia clínica… O al menos no la aportó cuando llegó. Ignoro si acudió a él antes de que los síntomas fuesen muy llamativos, si fue antes de su detención, o si se diagnosticó en este hospital. Lo que sí puedo decirle es que llegó aquí con el cáncer muy avanzado, en un estado en el que no

tuvimos oportunidad de comunicarnos con él. Por lo que sé, ningún miembro de su familia estaba al tanto de su enfermedad.

—¿Puedo preguntarle de dónde saca esa información? La de que Ben Otto acudía a un médico de confianza.

La doctora se encoge de hombros suavemente.

—La mujer de Ben Otto nos lo dijo. En cualquier caso, esto no es un secreto, por eso se lo estoy contando.

—¿Qué quiere decir?

—Inspector… El caso de Ben Otto apareció en la portada de todos los periódicos; la gente habla, cuchichea… ya sabe. Si a eso le sumamos que la familia afectada es una de las más conocidas de Alemania, el resultado es que empiezan a salir a la luz entrevistas antiguas, publicaciones en redes sociales… A ese médico en concreto se le hizo una entrevista cuando dejó la medicina para dedicarse a los negocios. Le preguntaron si volvería a ejercer y dijo que solo para atender a familiares o amigos íntimos como Ben Otto, el mayordomo de su familia.

—¿Puede decirme su nombre?

—Sí. Supongo que eso no es parte del secreto profesional y sí puedo decírselo. No soy la única que lo sabe. Además, se da la casualidad de que ese médico del que hablo era compañero mío en la facultad. Es alguien muy conocido. Su nombre es Walton, Walton Zimmermann.

Oriol parpadea.

Ella todavía sostiene esa sonrisa profesional, la misma que probablemente utiliza para ayudar a cientos de pacientes y familiares a través de diagnósticos que les cambian la vida. Espera que él continúe, pero Oriol siente cómo se acaba de añadir una pieza inesperada al rompecabezas. Resulta que el pequeño de los Zimmermann era el médico de confianza de Ben Otto.

—Gracias por su tiempo, doctora. No quiero molestarla más.

Ella asiente y lo acompaña hasta la puerta. Oriol abandona la sala y luego el pasillo, sumido en una tensión creciente.

Sale del hospital repasando cada palabra, cada conexión. En su mente empieza a dibujarse un mapa caótico: Ben Otto, su deterioro

repentino, Walton Zimmermann, el hijo de Lukas… y la cadena de vínculos que quizá han estado escondidos delante de todos.

Su memoria —cree— funciona correctamente. Pero no se fía. No después de lo ocurrido. Desbloquea el teléfono, abre una aplicación encriptada y pulsa grabar. Mientras camina deprisa hacia el aparcamiento, dicta todo lo que sabe hasta ese momento: datos, sensaciones, teorías por pulir. El archivo se enviará automáticamente a un servidor seguro de la Interpol antes de borrarse, por eso no menciona nada de Andreas Winter aún. No puede volver a empezar de cero. No permitirá que un olvido, por mínimo que sea, debilite la investigación.

—Ben Otto. Diagnóstico: cáncer de páncreas en estado terminal. Médico personal: Walton Zimmermann… posible ocultación de información previa… El motivo es la clave… —murmura, concentrado.

Detiene la grabación justo cuando cruza entre dos coches. En ese instante, un Lexus negro avanza lentamente por el aparcamiento, buscando un sitio libre. El motor apenas vibra. Oriol guarda el móvil en el bolsillo.

El coche pasa junto a él.

Al volante, una mujer rubia, elegante y atractiva. Mira a ambos lados, evaluando huecos. Cuando gira la cabeza hacia la dirección donde está Oriol, sus ojos se encuentran.

Y ella se queda completamente paralizada.

Oriol tarda una fracción de segundo en procesarlo. La conoce. O conoce ese rostro. No consigue ubicarla, pero una extraña sensación le golpea en el estómago. Y no solo le sucede a él: ella también lo reconoce y, a juzgar por su expresión, con mayor claridad. Sus rasgos se tensan, los ojos claros vacilan. Algo la sacude.

De inmediato, gira el cuello de vuelta hacia el frente, presiona el acelerador y abandona toda intención de aparcar. El Lexus se lanza hacia la salida del aparcamiento de manera súbita, con una urgencia que antes no estaba ahí.

Oriol observa cómo se aleja.

Y, antes de que el coche desaparezca, memoriza la matrícula.

16

Oriol permanece inmóvil dentro del tubo estrecho de la resonancia, con los brazos pegados al cuerpo y la mirada clavada en un punto indefinible del techo interior. La sala está iluminada por una luz fría que cae desde varios focos empotrados, dibujando sombras rectas sobre las paredes blancas. El aire es seco y la temperatura ligeramente más baja de lo habitual le eriza el vello de los antebrazos. Lleva puestos unos tapones blandos de espuma que atenúan el estruendo mecánico del aparato, aunque no lo suficiente como para que el golpeteo rítmico deje de atravesarle el cráneo. Antes de acostarse en la camilla, un técnico le ha recordado por tercera vez que no debe moverse. «Nada. Ni un milímetro». Él ha asentido, consciente de que cualquier gesto podría alargar todavía más algo que ya le resulta incómodo.

Mientras el dispositivo continúa su secuencia, Oriol intenta centrarse en la respiración, marcando un ritmo constante que lo mantenga tranquilo. Ha llegado al Elbe Klinikum Stade hace apenas veinte minutos.

La doctora Krause lo esperaba justo al lado del mostrador, con la bata impecable y una expresión que no dejaba lugar a dudas. Molestia contenida, más dolorosa que un reproche directo. Cuando él se ha acercado para saludarla, ella ha señalado su teléfono sobre la carpeta de informes. Lo ha recibido con seriedad, dejando claro desde el primer instante que ha intentado contactarle sin éxito y que, por ello, han estado a punto de cancelar la cita. Ayer por la noche recibió un mensaje de texto con la hora a la que debía acudir al centro. Tenía la intención de hablar con Ben Otto en prisión y llegar puntual a la resonancia programada, solo que Otto no estaba allí y, al tener que desplazarse hasta el hospital Marien de Hamburgo, ha llegado tarde.

La doctora Krause se ha quedado junto al equipo de la clínica, detrás de una mesa repleta de monitores dispuestos a mostrar las imágenes de su cerebro.

Oriol no puede evitar sentir algo de preocupación. El miedo a una enfermedad grave parece incrementarse cuando el momento decisivo se presenta ante él. Se imagina diversos escenarios intentando prepararse para las posibles adversidades; siempre ha sido una persona muy racional. Sin embargo, sabe que para ciertas noticias nunca se está preparado.

La angustia de Oriol crece a cada minuto. Boca arriba, encerrado en aquel cilindro estrecho, siente cómo la incomodidad se instala en cada músculo. Mantenerse inmóvil durante tanto tiempo se convierte en una prueba de resistencia que no esperaba. Le habían asegurado que serían unos veinte minutos, pero no ha sido así. Ha pasado más tiempo. Tres cuartos de hora, quizá más

Ese exceso solo puede significar que han encontrado algo en su cabeza que no debería estar ahí. Aunque intenta convencerse de que existen mil razones para justificar un retraso —ajustes técnicos, repeticiones por precaución, cualquier cosa—, la explicación más oscura siempre es la primera en abrirse paso.

Cuando ya siente un hormigueo desagradable en los brazos por la tensión acumulada, la voz del técnico irrumpe por el altavoz con una claridad brusca. Anuncia que han terminado. La camilla se desliza hacia afuera y, en cuanto la máquina lo libera, Oriol se incorpora con alivio. Desciende de la estructura y cruza la sala a paso rápido cuando le permiten moverse, decidido a recuperar sus pertenencias cuanto antes.

Una mujer del equipo aparece en el pasillo para indicarle la sala de espera donde debe aguardar a que el radiólogo revise las imágenes. Oriol asiente sin hacer preguntas y se deja guiar. Lo único que quiere ahora es que todo pase rápido, que le digan lo que tengan que decirle y no se alargue la espera.

En cuanto se sienta, enciende el teléfono. Le obligaron a apagarlo antes de entrar en la prueba; el campo magnético podía dañarlo. La pantalla se ilumina con una vibración corta. Tiene un mensaje de Markus Graf:

«Ya me ha contado Lefebvre. Me subo a un avión a las 13:00 horas y llego a Hamburgo a las 14:15. Dame una dirección para indicarle al taxista».

Oriol teclea una respuesta corta y concisa:

«Iré a recogerte».

La espera se alarga lo suficiente como para tensar aún más los nervios de Oriol. Hace rato que dejó de contar los minutos. Cada vez que una puerta se abre, levanta la vista con la esperanza de ver a la doctora Krause, pero siempre aparece otra persona: pacientes, enfermeras, técnicos que cruzan el pasillo sin detenerse.

Cuando por fin la doctora entra en la sala, su sola presencia desplaza el murmullo del entorno. Oriol se levanta de inmediato y avanza hacia ella.

—Hola, doctora.

Krause no pierde tiempo.

—Tengo buenas noticias, Oriol. El radiólogo está terminando de informar la prueba, pero no hay lesiones graves que justifiquen la amnesia ni la cefalea. No hay tumores, ni hemorragias, ni zonas isquémicas. La resonancia es normal.

Al inspector Duarte, el aire le sale del pecho en un bufido involuntario. Una sonrisa leve —y completamente sincera— se dibuja en su cara, aliviando una tensión que llevaba demasiado tiempo instalada. Esa sonrisa contagia a la doctora, que por primera vez en toda la mañana deja atrás el gesto molesto con el que lo recibió.

—¿Ha vuelto a tener síntomas? —pregunta ella.

—Estoy mucho mejor. El dolor ha ido a menos, ya casi no me duele. Pero me siento extraño… Los recuerdos no llegan. Sigo sin acordarme prácticamente de nada de lo que pasó las dos últimas semanas. ¿Eso es normal?

—No es lo más habitual después de tomar zolpidem, pero sí está descrito como efecto adverso —responde Krause—. Les ha sucedido a otras personas. Y es motivo más que suficiente para suspenderlo. Como le dije, no vuelva a tomarlo. ¿Ha dormido bien hoy?

—A ratos. Pero eso me ocurre desde hace mucho tiempo.

La doctora asiente, recuperando su profesionalidad meticulosa.

—Bien. Tengo que volver a consulta, me esperan más pacientes y, con la demora, voy con retraso.

—Lo siento, doctora.

Ella hace un gesto para despedirse, pero Oriol levanta una mano, incapaz de dejar pasar la duda que lo ha acompañado desde que despertó sin memoria.

—Una última pregunta, doctora. ¿Cree que recuperaré la memoria? ¿Hay algo que pueda hacer para que los recuerdos vuelvan?

La doctora vacila un instante antes de responder.

—Es difícil saberlo. Lo habitual es que los recuerdos regresen de manera paulatina y rellenen las lagunas actuales. Pero en algunos casos no vuelven. Dependerá de muchos factores, como activar los sentidos adecuados para disparar un recuerdo en concreto.

—¿A qué se refiere?

—La exposición a ciertos aromas, sabores, sensaciones o emociones puede activar conexiones sinápticas que desencadenen un recuerdo. A veces lo que regresa es difuso o poco fiable. Puede mezclarse con sucesos que nunca ocurrieron o que ocurrieron de forma distinta. Es lo que se conoce vulgarmente como *déjà vu.*

Oriol se queda quieto unos segundos, procesando esa idea.

—Así que mis recuerdos podrían estar sesgados… podrían no ser ciertos.

La doctora consulta el reloj con un gesto rápido.

—Señor Duarte, me tengo que ir. Ya le dije que me encantaría trabajar con usted ciertos aspectos que creo que le podrían ayudar. Tengo un hueco libre mañana por la mañana. ¿Por qué no viene a verme y hablamos de todo esto?

Él duda un instante. No porque no necesite ayuda —lo sabe perfectamente—, sino porque esa misma sensación lo sobrecoge. Como si esta cita ya formara parte de un camino que él mismo inició sin recordar por qué.

—Allí estaré —responde finalmente.

—Nos vemos a las nueve. Por favor, no llegue tarde.

17

Oriol permanece dentro del coche, estacionado en una de las plantas superiores del aparcamiento del aeropuerto de Hamburgo. El motor sigue encendido para mantener la calefacción y sus manos agarran el volante con fuerza, tensas, reflejo de la ansiedad que le crece por dentro. Lleva más de diez minutos así, con la mirada fija en la puerta por la que Markus Graf debería aparecer en cualquier momento.

Aún no se ha detenido a pensar cómo va a explicarle lo de Andreas Winter. Cada vez que intenta ordenar las palabras, la imagen de la cabaña regresa con una nitidez desagradable: el cuerpo inmóvil, el silencio imposible de descifrar, el vacío en su propia memoria.

¿Cómo se supone que debe explicarle a Markus todo eso para que le crea?

Inspira despacio, obligándose a mantener la calma. No tiene una opción mejor. Markus es forense y eso lo convierte en la única persona —accesible en este momento— capaz de examinar el cuerpo y determinar, al menos, una causa de muerte fiable. Pero no hay que olvidar que también es agente de la Interpol, y Oriol no tiene claro hasta qué punto estará dispuesto a arriesgar su carrera. No son amigos íntimos. De hecho, va a ser la primera vez que trabajen codo con codo. Coincidieron en la sede de Lyon y se han visto en varias conferencias y congresos repartidos por media Europa, pero nunca como compañeros asignados a un mismo caso.

Si Markus no acepta guardar silencio hasta que todo se aclare —y es bastante probable que no lo haga—, todo estará perdido.

En ese escenario, con toda seguridad, a Oriol no le permitirán participar en la investigación. Su futuro quedará en manos de otros: agentes como Elsa Wolf o Aleksander Schulz.

No. Eso no puede suceder. Debe arreglárselas para depender de sí mismo y no de otros. Es lo más seguro hasta que encuentre al

verdadero culpable. Sobre todo ahora, cuando empieza a estar seguro de que él no asesinó a Andreas Winter.

Y lo va a demostrar.

Observa de nuevo la salida del aeropuerto. Un grupo de pasajeros sale arrastrando maletas. Pero Markus aún no aparece.

Se le ocurre una idea que puede funcionar. Es posible que, si Markus siente que está fuera de peligro, le ayude. Para eso necesita ofrecerle una prueba irrefutable de que su implicación no le ocasionará ningún tipo de problema. Una especie de cobertura hacia posibles daños colaterales. Oriol cree saber cómo ofrecerle algo así.

Se recuesta unos centímetros en el asiento y deja salir el aire despacio. La tensión acumulada en la nuca se afloja por primera vez desde que salió del estrecho tubo de resonancia. Ahora sabe que las imágenes no muestran nada grave, y eso le ha devuelto una calma que ni siquiera sabía que había perdido. Solo al sentir el alivio ha comprendido el miedo que se había instalado en su interior. Recuerda una frase de Blaise Pascal: «Es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella que soportar el pensamiento de la muerte».

No podría estar más de acuerdo.

Con la mente más despejada, sus ideas empiezan a ordenarse a su manera, saltando de una a otra sin pedir permiso, pero con una claridad nueva. Algunas pasan fugaces; otras se detienen un instante más, como si reclamasen su atención. Entre ellas, la imagen de la mujer rubia del aparcamiento del hospital Marien.

Encaja con demasiadas piezas sueltas. Esa mujer rubia del banco, cerca del zoológico… La misma que la vendedora de castañas recordó con precisión: la mujer a la que él —o la versión de sí mismo que no recuerda— le dijo algo que la hizo llorar antes de marcharse. ¿Y si se trata de la misma persona del aparcamiento? En caso afirmativo, también debería ser la misma mujer con la que lo vio Elsa Wolf.

Una pregunta surge de pronto: ¿y si esa mujer era Mara Schneider?

El nombre aparece en su mente de manera súbita. Lo único que tiene de ella es un recorte de papel hallado en su propio bolsillo,

donde él mismo había escrito su nombre y una fecha: 2006, y aun así su presencia empieza a rodearlo sin saber siquiera la relación con el caso. Recuerda el momento en el que encontró el papel y también la noticia del periódico. Mara estudiaba Medicina. Le dieron un premio académico por ser una estudiante brillante. Y él acaba de verla —o cree haberla visto— en el aparcamiento de un hospital.

No es una prueba. Pero es plausible.

Muy plausible.

Mira el tablero del coche y flexiona los dedos, impaciente. Pronto tendrá respuestas. En cuanto Markus aterrice y puedan ir juntos a comisaría, tendrán acceso a la matrícula de aquel coche. Podrá comprobarlo sin levantar sospechas, sin preguntas incómodas, sin miradas que lo atraviesen.

Solo que antes de todo eso, deben hacer una parada.

A Oriol le vibra el móvil en la mano antes de que termine de ordenar sus pensamientos. Una notificación ilumina la pantalla. Es Markus.

«Ya he aterrizado».

Oriol le envía su ubicación con un toque rápido y deja el teléfono en el hueco junto al freno de mano. El corazón le late un poco más rápido. Respira hondo e intenta concentrarse.

A los pocos minutos, lo ve aparecer entre la gente que sale del edificio de llegadas. Markus Graf avanza con su estilo inconfundible: alto, desgarbado, luchando contra el peso desigual de una mochila colgada al hombro mientras arrastra una maleta que parece demasiado grande para unos pocos días de trabajo. Oriol no puede evitar preguntarse, por enésima vez, por qué la gente carga con tanto equipaje cada vez que viaja.

Se baja del coche, cierra la puerta y levanta una mano a modo de saludo.

—Markus.

—Oriol —saluda él, con una sonrisa sincera.

Duarte abre el maletero y Markus deja caer la maleta dentro con un golpe seco. Luego acomoda la mochila y, satisfecho, da una palmada suave sobre la chapa antes de rodear el coche y subir al asiento del copiloto.

Pocos segundos después, ya están saliendo del aparcamiento, dirección a Stade.

Dentro del coche, Markus se quita los guantes y se frota las manos con energía para entrar en calor. Luego le da un par de palmaditas a Oriol en el muslo, un gesto desenfadado y propio de él.

—Me alegró mucho la llamada de Lefebvre para decirme que iba a trabajar contigo. Llevo queriendo ver cómo lo haces y aprender de ti desde hace tiempo —dice con una sonrisa amplia.

Oriol se la devuelve.

—A mí también me gustó la idea de trabajar juntos.

Es un buen comienzo. Oriol reza porque Markus siga pensando de la misma forma cuando descubra cuál es el verdadero motivo de su llegada a Alemania.

—Tendrás que ponerme al día del caso. Leí el informe que cerraste de Lukas Zimmermann; me pareció un caso muy sencillo, pero no sé nada de la nueva línea de investigación —comenta Markus, acomodándose el cinturón.

Oriol carraspea, moviendo el volante para incorporarse a la autovía.

—Creo que el asesinato de Zimmermann va más allá de un simple arrebato de su mayordomo. Sospecho que hay más personas implicadas.

—Esto se pone interesante… ¿Un asesinato por encargo?

—Eso pienso —responde Oriol—. La verdad es que tengo poca información porque en la comisaría de Stade no me han dejado trabajar con tranquilidad. Supongo que ya te habrás enterado de las tiranteces que han surgido desde que llegué.

—Sí, ya me lo ha contado Lefebvre. Menudos capullos… ¿Y en qué te basas para pensar eso de Zimmermann?

Oriol fija la mirada en la carretera antes de contestar.

—En que el mayordomo enfermó de repente. Esta mañana lo he visitado en el hospital de Hamburgo. Está ingresado en estado terminal, con dos agentes en la puerta de su habitación. Si no ha muerto ya, lo hará pronto. Tiene un cáncer de páncreas avanzado. Sé que es de los más rápidos y letales, pero no aparece de un día para otro. Detuvimos a Ben Otto hace apenas dos semanas. Es muy

improbable que no supiera nada de su enfermedad. He leído que los síntomas previos como diarrea, dolor, pérdida de peso…, suelen llamar la atención.

Markus hace ese particular ruido suyo con la boca, una especie de chasquido que Oriol no soporta.

—Así que crees que Ben Otto era consciente de que iba a morir y aceptó llevar a cabo el asesinato a cambio de algo —resume Markus.

—Sí. Eso es precisamente lo que creo. Hablé con su mujer esta mañana en el hospital. Llevaba un abrigo que costaba más de tres mil euros… No cuadra con el sueldo de un mayordomo. Pero no he podido investigarla. Quizá ella tenga otro origen de ingresos, el abrigo sea un regalo… Sea como sea, tenemos que averiguarlo. Esta tarde tenemos mucho trabajo en comisaría.

—¡Me gusta! —exclama Markus, entusiasmado, echándose hacia atrás en el asiento—. Vamos a pasarlo bien con esto.

El trayecto desde el aeropuerto de Hamburgo hasta la cabaña del lago Horst se hace interminable. Markus no deja un solo hueco de silencio. Quiere saber absolutamente todo sobre el caso. Cada detalle, cada sospecha, cada movimiento. A veces repite la misma pregunta dos o tres veces, como si su cabeza necesitara darle vueltas para procesarla. Oriol contesta con cierta irritación, aunque tampoco está para dar lecciones sobre retener información últimamente.

Cuando Markus insiste en parar a comer algo, Oriol acepta resignado. Acaban entrando en un local de comida rápida junto a la salida de la autovía, ya en Stade. Markus engulle su menú en cuestión de segundos, como si llevara días sin probar bocado; Oriol se conforma con una ensalada que al menos le devuelve algo de energía. Terminan rápido, lo suficiente como para evitar otra ronda de preguntas.

De vuelta al coche, le explica que antes de llevarlo al hotel deben pasar por la cabaña donde él reside para coger algo. Bastan esas palabras para despertar una nueva oleada de preguntas: cuánto paga de alquiler, por qué eligió ese sitio, si es cómoda, si tiene calefacción, si está aislada… Oriol siente cómo se le enciende un

dolor en la sien y empieza a arrepentirse de haber propuesto a Markus Graf como compañero.

Cuando llegan, la planicie que hace de aparcamiento está completamente vacía. Ni coches de policía ni Mercedes de lujo. Solo su Skoda y el lago, mudo y estático frente a ellos. Oriol apaga el motor y se queda unos segundos mirando el agua. Algo dentro de él se tensa.

Markus se inclina hacia delante desde el asiento del copiloto y se quita el cinturón.

—¿Has traído tu arma, Markus? —pregunta Oriol, de repente.

—Sí, claro. Siempre. ¿Por qué?

Oriol respira hondo antes de continuar. La mayoría de los inspectores de la Interpol cargan con sus armas como parte del protocolo. Él es la excepción. Sabe utilizarlas con maestría, pero prefiere trabajar sin ellas.

—Dámela, por favor.

La expresión de Markus cambia. Lleva la mano a la parte trasera del pantalón, confuso.

—¿De qué va todo esto?

—Confía en mí.

Markus suspira y, con un gesto lento, extrae la pistola de la funda. Se la entrega sin apartar la mirada. Oriol la coge con firmeza.

—Ahora desbloquea tu teléfono —ordena.

—Oriol, no me jodas… ¿qué pretendes?

—Lo vas a ver enseguida.

Markus levanta las cejas, pero obedece. Desbloquea el móvil y se lo muestra.

—¿Ahora qué?

—Accede a la grabadora. Inicia una grabación —ordena Oriol.

Markus traga saliva. Sus dedos tiemblan al tocar la pantalla. Oriol espera hasta oír el tono de inicio.

Entonces tira del cañón de la pistola para cargar una bala y quita el seguro. El clic metálico resuena dentro del coche como un latigazo. Markus se queda helado, los ojos muy abiertos.

—Oriol… ¿qué cojones haces?

El inspector Duarte le apunta con la pistola, sin dudar.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga. Te he mentido. No hemos venido porque necesitase coger nada. Dentro de la cabaña hay un cadáver y necesito que lo examines. Si no haces lo que te pido, te dispararé. ¿Ha quedado claro?

Markus asiente frenéticamente, incapaz de apartar la vista del arma.

—¡Dilo! —exige Oriol.

—Sí, sí… haré lo que quieras, pero no me dispares.

18

Oriol se detiene durante unos segundos, incapaz de apartar la vista del rostro desencajado de Markus. El pánico le tensa cada músculo y una gota gruesa de sudor se desliza por la frente. Incluso sus ojos, normalmente inquietos, se han vuelto vidriosos, atrapados entre el susto y la incredulidad.

Oriol extiende la mano con calma y dirige una breve mirada al móvil que Markus aún sostiene con unas manos que tiemblan. No necesita hablar; el gesto basta.

Markus traga saliva y se lo entrega.

Toma el teléfono y, con un toque en la pantalla, detiene la grabación. Luego lo deja en el salpicadero, respira hondo y retira el cargador del arma. Saca la bala de la recámara con un movimiento preciso, vuelve a montarla y activa el seguro. Solo entonces le da la vuelta a la pistola y se la ofrece a Markus por la empuñadura.

Markus no se mueve. Lo mira, anonadado, como si todavía no comprendiera del todo lo que acaba de suceder.

—Jamás te haría daño, Markus —dice Oriol, manteniendo la mano extendida—. No soy un psicópata. He hecho esto para que tengas una grabación mía amenazándote y puedas justificar tu participación en todo esto.

Markus parpadea, aturdido.

—Oriol, no sé de qué estás hablando. Si era una broma, has hecho que me cague encima —dice, con el pecho subiendo y bajando demasiado rápido.

El inspector Duarte baja la mirada un segundo, incómodo.

—Lo siento, de verdad. Lo he hecho para protegerte. Lo que te he dicho es cierto. Hay un cadáver en mi cabaña y necesito que lo examines.

Markus finalmente coge la pistola con lentitud. No la guarda en la funda. La sostiene con ambas manos, dejando claro que, por ahora, no confía del todo en él.

—¿Me estás diciendo que de verdad hay un cadáver en esa cabaña? —pregunta, mirando el arma de reojo.

Oriol asiente una sola vez.

—Joder… —susurra Markus—. ¿Y cómo ha muerto? ¿Ha sido un accidente?

—No lo sé. No conozco a ese hombre —contesta Oriol—. Desperté y estaba allí.

Markus alza una ceja con ironía. Se gira de golpe hacia Oriol.

—No esperarás que me crea eso, ¿verdad? —dice. La tensión en su voz se mezcla con una necesidad desesperada por entender algo que no encaja en absoluto.

Oriol sostiene su mirada.

—Lo que voy a contarte te resultará difícil de creer, pero es cierto. Tienes mi palabra —anuncia Oriol con voz neutra—. Sufro amnesia. No está muy claro por qué, pero parece que podría estar relacionada con una medicación que empecé a tomar para conciliar el sueño. No recuerdo absolutamente nada de lo que me ha sucedido en las dos últimas semanas.

Markus abre los ojos aún más.

—Ah, muy bien… —responde con sarcasmo—. O sea, que podrías haberlo matado tú.

—Si descubrimos que fui yo, me entregaré. Te lo prometo.

Entre ambos se abre un silencio abrupto y pesado, tan sólido que parece frenar la respiración del habitáculo. Markus baja un momento la mirada hacia la pistola, y sus dedos se tensan alrededor del metal frío.

Una pausa que se alarga más de la cuenta.

—Creo que deberíamos avisar a Lefebvre. Él sabrá qué hacer —dice Markus al fin, desviando la mirada hacia la ventanilla, como si buscara una salida que no existe—. Además, tú no debes trabajar en esas condiciones. Si de verdad tienes amnesia, lo que debes hacer es ir a un hospital a que te examinen.

Oriol aprieta la mandíbula.

—Markus, tengo esa parte controlada. Por favor confía en mí.

—No es lo correcto. Ninguna de las pruebas que encontremos tendrá validez. Nada de lo que hagamos servirá y te perjudicará,

Oriol.

—No si encuentro pruebas irrefutables —reprende Oriol.

—¿De verdad quieres correr ese riesgo?

—Si lo hacemos a tu manera, a mí no me dejarán investigar el caso. Me apartarán, lo que sería estupendo para los policías alemanes; les daría la excusa perfecta para sentenciarme. Necesito investigarlo por mi cuenta primero. Tienes mi palabra de que me entregaré si la investigación apunta a mí.

Silencio.

No uno vacío, sino uno que se llena con el sonido del viento golpeando la carrocería y la respiración tensa de Markus.

Oriol retoma la conversación, con el tono aún más firme:

—Tienes la pistola. Ya sabes que yo no voy armado nunca. Si descubres algo, solo tienes que apuntarme y llamar a la policía.

Markus duda.

—Si algo sale mal… —empieza Markus.

—Si algo sale mal, tienes la grabación. Podrás decir que te obligué, y yo respaldaré esa versión.

Lo observa. Markus se remueve en el asiento, incapaz de quedarse quieto. Se pasa las manos por los pantalones, traga saliva, se acomoda de nuevo. Los minutos se vuelven espesos.

Oriol siente cómo la impaciencia le sube por el pecho.

—Decídete, Markus.

Markus clava los ojos en él.

—¿Qué vas a hacer si digo que no? —pregunta el inspector Graf de repente.

Oriol no vacila.

—Te esposaré dentro hasta que lo resuelva. Te dejaré comida y agua.

—¡Joder, Oriol! —exclama Markus, echándose hacia atrás con brusquedad, como si las palabras lo hubieran golpeado.

—Soy sincero, Markus. No me quedaría otra opción. Te arrebataría la pistola en un abrir y cerrar de ojos. Más o menos, así —Oriol mueve con mucha rapidez su mano derecha y le arrebata la pistola a Markus en un pestañeo. El inspector Graf se queda de piedra. Su rostro vuelve a desencajarse y sube ambas manos en un gesto

reflejo—. Pero no sufras, serán un par de días, como mucho. Tú decides —sentencia Oriol, devolviéndole la pistola.

Markus niega lentamente, agarra de nuevo el arma y se lleva una mano a la frente mientras intenta ordenar sus pensamientos.

—Estás loco, Oriol Duarte.

—Eso dicen algunos.

Markus traga saliva.

—De acuerdo… —murmura al final, derrotado—. Te ayudaré. Solo espero que no me vendas si algo sale mal.

Oriol le clava la mirada, intensa, fija, y asiente antes de abrir la puerta.

Los dos se bajan del coche sin decir nada. Oriol camina con prudencia, atento a cada movimiento de Markus. Teme que, en un arranque de pánico, decida darse la vuelta y salir corriendo hacia la carretera. Si eso sucede, tendrá que ir tras él. Es mucho más rápido, ágil y fuerte que Markus, solo que él lleva un arma, y eso sería un problema. Reza para que no ocurra.

Avanzan por la planicie que hace las veces de aparcamiento, un tramo de tierra fría y compacta que retumba bajo sus botas. La cabaña espera al fondo, oscura entre los árboles, casi engullida por el bosque.

Oriol percibe un leve movimiento en una rama de abedul. Al levantar la vista, lo encuentra de nuevo: el cuervo negro que parece vivir allí, inmóvil, observándolo con esa mirada fija que hiela. Empieza a asumir que ese animal lo acompañará durante toda su estancia en Alemania.

A su lado, Markus tiembla. Podría ser el frío, pero Oriol sabe que es otra cosa. Nervios, miedo o alguna mezcla inestable de ambos.

Es Markus quien rompe el silencio, como si necesitara aferrarse a algo.

—¿Qué es lo que necesitas que haga?

Oriol respira hondo y le resume lo que encontró en la cabaña al despertar el día anterior. Le explica lo que ha averiguado sobre la víctima, cada detalle, cada intento de reconstruir un rompecabezas sin bordes durante el día de ayer y la mañana de hoy. Su amnesia, el maletín con el dinero, el repentino diagnóstico de Ben Otto… Le

comenta los detalles que ha ido descubriendo; después de todo, Markus no solo es forense: también es inspector de la Interpol. Está allí para ayudarle, aunque aún no esté muy convencido.

—Ese hombre no tiene heridas visibles —concluye Oriol mientras avanzan por el sendero que lleva a la puerta—. O, al menos, que yo haya sabido ver. Sospecho que murió ahogado, pero no veo marcas en el cuello ni nada que lo confirme. Necesito que eches un vistazo y me des tu opinión.

—Sin las herramientas adecuadas no podré… —murmura Markus, con la respiración entrecortada.

—Lo sé —lo interrumpe Oriol—. No te pido un trabajo profundo. Solo que llegues hasta donde puedas. Después decidiremos qué hacer.

Llegan a la puerta de la cabaña. Oriol la abre.

El hedor lo golpea al instante. A pesar del frío, el proceso de descomposición ya ha comenzado. No es tan intenso como podría ser, pero suficiente para erizarle la piel. La cabaña sigue igual de destartalada que ayer: muebles descolocados, objetos tirados, una habitación por la que parece haber pasado un huracán.

Oriol cierra la puerta tras ellos. Markus, que ya ha guardado el arma en la funda, lleva una mano al costado por puro instinto mientras avanza despacio, mirando el desorden a un lado y a otro.

—Lo encontré ahí, sentado en el suelo —dice Oriol, señalando el lugar exacto donde vio por primera vez el cuerpo de Andreas Winter ayer por la mañana.

—¿Y dónde está ahora? —pregunta Markus, sin acercarse demasiado.

—Tuve que moverlo. No podía arriesgarme a que alguien lo encontrara ahí en medio. No es el mejor escondite del mundo, pero era algo temporal.

Oriol hace un gesto hacia la habitación.

—Está debajo de la cama. Ven.

Markus niega lentamente con la cabeza, y el sudor ya le cubre la frente por completo. Se quita el abrigo y lo deja sobre la mesa del salón, pese al frío que reina en la cabaña. Está muy nervioso.

Oriol se agacha y toma el cuerpo de Andreas por los pies. La sábana que lo envuelve cruje un poco cuando lo arrastra hacia fuera. Markus observa la escena sin pestañear, con la respiración agitada.

Cuando Oriol retira la sábana y deja al descubierto el rostro, Markus da un respingo hacia atrás, casi tropezando consigo mismo.

Oriol lo mira con atención.

—No creo que sea el primer cuerpo que ves, Markus.

Markus traga saliva.

—Sí en estas circunstancias, Oriol…

Markus tarda un momento en moverse. Respira hondo varias veces, como si necesitara convencer a su propio cuerpo de que debe avanzar. Luego se lleva la mano al bolsillo y saca un par de guantes de vinilo. Es algo que todos los inspectores de la Interpol tienen interiorizado desde que Oriol lo comentó en una de sus clases: tener siempre disponible un par de guantes para no contaminar una prueba puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso. Lo explicó con un gráfico que mostraba una estadística incontestable y el mensaje caló en sus compañeros. Se los coloca despacio, ajustándolos con un chasquido suave que rompe el silencio de la cabaña.

Se arrodilla junto al cadáver. Su expresión cambia: el miedo sigue ahí, enterrado bajo la piel, pero el profesional aparece al frente. Inclina la cabeza y enciende la linterna de su teléfono móvil. La luz ilumina el rostro pálido y rígido de Andreas.

Markus abre con cuidado los párpados del muerto. Revisa la esclerótica, la pigmentación, la forma en la que la pupila ha reaccionado —o, más bien, ha dejado de reaccionar— al paso del tiempo. Después examina la zona periocular, buscando hematomas, arañazos, señales mínimas que puedan orientar la causa de la muerte.

Pasa a la boca. Se coloca más cerca, sujetando la mandíbula con firmeza profesional mientras inspecciona los dientes, las encías, las mucosas. Enfoca la linterna con precisión para observar el interior, atento a cualquier lesión, espuma, restos o cambios de coloración. Algo llama su atención en esta parte y demora más tiempo.

Luego toma una mano del cadáver, revisa los dedos, las uñas, el espacio entre ellas. Estudia la piel, la textura, el tono. Después repite el proceso con la otra. Su respiración se mantiene acelerada, pero controlada.

Inclina la cabeza y revisa el cuero cabelludo, separando mechones con cuidado. Observa la raíz, la piel bajo el pelo, la presencia de cortes, heridas o signos de lucha. No mueve el cuerpo más de lo necesario, pero lo estudia con una minuciosidad que delata años de experiencia.

En un momento dado, extiende una mano hacia Oriol sin apartar la mirada del cadáver.

Oriol entiende la petición y se coloca a su lado. Markus suspira.

Entre ambos empiezan a desvestirlo. Markus indica cada paso con gestos breves. Oriol lo ayuda con firmeza, sosteniendo el cuerpo por los hombros cuando Markus necesita revisar la espalda o la zona lumbar.

La ropa desprende un olor denso, atrapando la humedad de la cabaña y los primeros signos de descomposición. Markus trabaja sin quejarse. Revisa el pecho, el abdomen, los costados. Observa los pliegues de la piel, busca marcas de presión, zonas de enrojecimiento, cualquier detalle que pueda hablar.

La estancia queda en silencio, salvo por sus respiraciones y el roce de la ropa al deslizarse.

Markus pasa las manos enguantadas por el torso, palpa con suavidad. Luego revisa las piernas, los tobillos, las plantas de los pies. Hace una pausa larga, apoyando un codo en la cama mientras mira el cuerpo entero, como si estuviera intentando encajar todas las piezas con lo mínimo que tiene a su alcance.

Oriol espera. No interrumpe. Solo observa cómo Markus continúa, detallista, metódico, intentando arrancarle al cadáver cualquier verdad oculta.

Cuando Markus termina la inspección, se retira los guantes con un gesto automático. Los deja a un lado y permanece unos segundos sin moverse, con las manos entrelazadas. Oriol, que no ha pronunciado una sola palabra durante todo el proceso, empieza a

sentir que la ansiedad le aprieta el pecho. Quiere escuchar su opinión, lo necesita.

Al fin, Markus se decide a hablar.

—Vale… —murmura, tragando saliva—. Creo que tengo algo.

Oriol da un paso adelante.

—No hay signos de violencia en ninguna parte del cuerpo —empieza Markus, ahora con un tono más técnico, más firme—. No hay heridas ni lesiones que sugieran una agresión. Tampoco me parece una muerte por asfixia. Como bien dijiste, no hay marcas de ahogamiento y la coloración de sus tejidos y mucosas no sugiere nada de eso. Tampoco veo signos claros de un ahogamiento como estigmas ungueales y debería haberlos. Hay petequias en algunas zonas del cuerpo, pero no en los ojos…

Hace una pausa. Sus cejas se fruncen.

—Sin embargo —continúa Markus—, sí que hay algo que me llama la atención.

—Dispara —dice Oriol.

Markus señala la zona del rostro y el cuello del cadáver.

—Hay un leve sangrado en las encías y en la mucosa de la nariz. Y algunas zonas del cuerpo muestran equimosis.

Oriol lo mira fijamente.

—¿Hematomas?

—Sí, exactamente. Es habitual tras un sangrado interno y, por la fuerza de la gravedad, suelen acumularse en los tobillos o donde la sangre tienda a desplazarse. En este caso, estaban en la cara posterior de los muslos. Y tendría sentido si, como dices, lo encontraste sentado.

Oriol siente un escalofrío.

—¿Y qué quiere decir eso?

Markus se pasa una mano por la frente antes de hablar.

—Habría que estudiarlo mejor. Con los medios que tengo aquí es imposible estar seguro. Pero ciertos envenenamientos causan coagulopatías que provocan hemorragias y parálisis muscular.

Oriol se incorpora, inquieto.

—¿De qué tipo de veneno estamos hablando? ¿Arsénico o algo similar?

—Por los datos que me has dado… esto fue mucho más rápido —responde Markus, moviendo la cabeza—. Lo único que se me ocurre es veneno de origen animal. Pero no he visto picaduras en ninguna parte de su cuerpo.

—Si no hay picadura, eso descartaría el veneno como causa de la muerte —razona Oriol.

Markus levanta un dedo.

—No del todo. Hay maneras de inocularlo de forma voluntaria. Claro que, quien lo hiciera, tendría que poseer el veneno o tener los conocimientos para conseguirlo, lo cual no es fácil. Hablamos de especies exóticas: arañas, ranas venenosas, animales de ese tipo. La vía más rápida sería inyectarlo, pero, claro… la víctima se habría dado cuenta. Y es muy probable que hubiéramos encontrado el punto de punción.

Oriol frunce el ceño.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Markus suspira, observando de nuevo la boca del cadáver.

—No puedo garantizarlo, pero es cierto que a este hombre le han hecho una extracción molar reciente. Aún tiene una herida en el hueco que dejó la muela. En condiciones normales, un veneno ingerido por vía oral no es efectivo, porque los ácidos gástricos lo neutralizan. Pero si entra en contacto con la sangre a través de una herida… entonces…

—¿Entonces qué? —inquiere Oriol, impaciente.

Markus lo mira con gravedad.

—Entonces basta con una gota.

Oriol siente cómo la información se acomoda en su mente, formando una pieza nueva, extraña, casi perturbadora. Un hilo que podría ser clave para lo que viene después. Y ya sabe cuál será la siguiente parte de su investigación.

19

Markus se inclina hacia él desde el asiento del copiloto, incapaz de quedarse quieto.

—Entonces, cuéntamelo otra vez… No sabes nada de Mara Schneider, encontraste un papel en tu bolsillo con su nombre apuntado y un año: 2006, ¿es así?

Oriol aprieta los dientes un instante antes de contestar. El inspector Graf ha sido de gran utilidad, eso es indudable, pero comienza a cansarse de las mismas preguntas una y otra vez. Quizá esposarlo en la cabaña hasta que todo acabe no era tan mala idea.

—Sí. Y, de verdad, Markus… agradecería no tener que contarte las cosas ochenta veces. Por favor, presta atención cuando hablo.

—Lo siento, lo siento… Me gusta recapitular —balbucea Markus, encogiéndose un poco—. Y dices que esa detective, Elsa Wolf, está cabreada contigo…

—Creo que más bien su compañero, un tal Alexander Schulz. Pero eso ahora da lo mismo. No deberían ponernos pegas para acceder a los ordenadores después de que Lefebvre haya hablado con ellos… ¿Algo más? —pregunta Oriol, deseando cerrar el asunto.

Markus niega con energía, demasiado rápido, como si quisiera demostrar que esta vez sí lo ha entendido todo. Sigue nervioso; el temblor apenas perceptible en sus manos lo delata. Oriol no lo culpa. En su situación, cualquiera estaría igual o peor.

Ambos se bajan del Skoda, aparcado frente a la comisaría de Stade. El cielo gris parece más bajo en esa zona, como si quisiera ceñirse al edificio.

Antes de entrar, Oriol consulta disimuladamente su teléfono; no quiere tener que explicárselo todo a Markus otra vez. Comprueba que sigue sin recibir notificaciones de la cámara que instaló en la casa abandonada de Andreas Winter, al otro lado del Elba, allí donde encontró el maletín lleno de dinero. La pantalla está vacía de alertas. Ni una sola grabación nueva.

Eso significa que, desde aquel búho, nadie —ni nada— ha pasado por allí.

Pulsa para acceder al directo. Un pequeño nudo le sube por la garganta mientras espera que cargue la emisión. Tiene que comprobar que la cámara sigue funcionando, que no se ha caído por el viento ni nada parecido.

La imagen aparece por fin: el terreno destartalado, la fachada agrietada, la tierra húmeda. La casa está ahí, inmóvil, igual que la dejó. Tendrá que seguir esperando.

Oriol respira, sin llegar del todo a tranquilizarse, y guarda el móvil en el bolsillo antes de mirar a Markus.

Tienen trabajo por delante.

Los dos inspectores se adentran en la comisaría. El ambiente es aún más tranquilo que el que encontró Oriol ayer por la mañana: ahora el vestíbulo está casi vacío, el murmullo de voces reducido a apenas un eco lejano. Las luces blancas del techo iluminan un espacio que, aunque igual de ordenado, parece más frío y silencioso que el día anterior.

Cruzan el control de accesos, donde un agente les saluda con cordialidad. Tan solo unos instantes después, uno de los policías con los que se cruzó ayer, pelirrojo y con pecas en la cara, les dedica una sonrisa educada.

—Bienvenidos —dice, inclinando ligeramente la cabeza.

Intercambian un par de frases sobre su propósito en comisaría y, de inmediato, el muchacho desaparece por un pasillo lateral para buscar a Elsa Wolf.

Oriol y Markus apenas tienen tiempo de observar la estancia antes de que ella aparezca. Avanza con paso firme, acompañada del agente Schulz, que la sigue como una sombra compacta con la mandíbula rígida.

—Hola de nuevo, Oriol —saluda Elsa, deteniéndose frente a ellos.

—Hola, Elsa. Creo que mi jefe ha hablado con vosotros.

Ella asiente sin decir nada, brazos cruzados y expresión hermética. Schulz se coloca justo detrás; sus rasgos toscos y marcados ofrecen una mirada inquisitiva que pretende atravesar a Oriol.

—Él es el agente Graf —añade Oriol, señalando a Markus—. Necesitamos acceso al sistema para realizar algunas consultas.

—Por supuesto. El agente Schulz y yo estaremos encantados de colaborar en la medida de lo posible —responde Elsa, con un tono correcto, aunque distante.

—No será necesario, inspectora. Al menos, de momento —murmura Oriol—. Pero agradezco el ofrecimiento. Además, no quisiera daros más trabajo del que ya tenéis. ¿Cómo va esa desaparición que estabais investigando?

Elsa se encoge de hombros.

—No parece algo importante. Creemos que el hombre ha abandonado a su mujer. Tarde o temprano aparecerá. Ahora estamos con otros asuntos más serios.

Mientras habla, Markus tamborilea nervioso con los dedos, las manos entrelazadas sobre su estómago. No puede estarse quieto.

—Seguidme —ordena la inspectora Wolf, dando un paso al frente.

Oriol y Markus la acompañan por un pasillo largo y silencioso, donde cada puerta cerrada parece acentuar el aislamiento del lugar. Llegan a la misma sala de informes en la que Oriol estuvo ayer. Dentro, todo permanece igual: dos ordenadores encendidos en modo de espera, archivadores metálicos alineados y una mesa amplia en el centro.

Todos toman asiento. Alexander lo hace sin pronunciar una palabra, rígido y expectante. Elsa introduce su tarjeta en el lector y activa el sistema informático.

Es Oriol quien se sienta ante el ordenador principal.

Antes de empezar a teclear, se gira hacia Schulz.

—¿Usted también va a quedarse?

El agente parpadea, sorprendido por la pregunta, y termina asintiendo con un gruñido breve.

—Bien. En ese caso, por favor, active otro ordenador para el agente Graf —exige Oriol—. Vamos a dividirnos el trabajo.

Schulz tarda un segundo en reaccionar. Mira a Elsa, buscando su aprobación. Ella responde con un leve asentimiento y una mirada que pretende calmarlo.

Finalmente, Schulz se levanta, introduce su tarjeta en el otro equipo y lo enciende sin decir palabra.

—Gracias —murmura Markus, tomando asiento frente a la pantalla y ajustando la silla con torpeza.

Wolf y Schulz se acomodan en dos sillas situadas justo detrás de ellos. No dicen nada, pero su presencia provoca que Oriol sienta un pinchazo en la nuca; lo están vigilando. Él y Markus se sientan uno al lado del otro en la bancada de ordenadores; las sillas chirrían al acercarse a las mesas.

—¿Con qué quieres que me ponga? —pregunta Markus, ya con los dedos sobre el teclado.

—Busca todo lo que haya sobre Walton Zimmermann—responde Oriol.

Lo dice con naturalidad, pero sus ojos no están en la pantalla, sino en el reflejo que esta le devuelve. Observa discretamente la reacción de Elsa Wolf cuando pronuncia aquel nombre. Tal como esperaba, ella levanta la cabeza de inmediato, apenas un centímetro, pero lo suficiente para delatar que lo conoce.

Bien.

Mientras Markus obedece, Oriol abre una pestaña nueva y escribe: Mara Schneider.

El listado que aparece es interminable: decenas de mujeres cuyo nombre es Mara, muchas más con el apellido Schneider. Necesita acotar.

Añade palabras clave al buscador: «Stade» y «2006». Pulsa *enter*.

Solo dos resultados: una mujer de ochenta años y otra de veintiuno.

—Ya he impreso toda la información de ese hombre. Pero básicamente es la ficha con sus datos personales y propiedades. Este hombre está limpio.

Oriol piensa durante unos segundos acerca de la información que acaba de darle su compañero.

—De acuerdo, comprueba lo que hemos estado hablando —dice Oriol evitando pronunciar el nombre de Andreas Winter en voz alta.

—De acuerdo. ¿Algo más? —contesta Markus, dispuesto a cumplir su parte del trato y mantener el secreto. Oriol sabe que, si descubre

algo interesante sobre Andreas Winter, se lo dirá después.

—Sí, busca también esta matrícula: HH-RT 1112 —dice Oriol, dictándole la matrícula del Lexus con el que se topó en el aparcamiento del hospital Marien por la mañana, cuando fue a visitar a Ben Otto.

Mientras Markus teclea con los ojos fijos en la pantalla, Oriol vuelve a centrar su atención en los resultados de su búsqueda. Selecciona a la joven llamada Mara Schneider de entre los dos perfiles restantes, la que en 2006 tenía veintiún años. Espera a que el programa cargue y, cuando la información aparece en pantalla, lo entiende todo de golpe.

La razón por la que no encontró nada sobre ella en internet. La razón por la que ese nombre, garabateado en su bolsillo, podría esconder un secreto.

El secreto del lago.

Mara Schneider está muerta. Falleció en el año 2006.

Y hay un dato clave. El último acceso a ese archivo es de hace tres días. La persona que accede al contenido se identifica como Oriol Duarte. Con lo que él ya estaba al tanto de esa información.

La ficha de Mara Schneider aparece resumida junto a un enlace al atestado policial. Es, sin duda, la misma chica de la fotografía del periódico: estudiante de Medicina, vecina de Stade.

Oriol siente cómo su ritmo cardíaco se acelera. No mira atrás; sabe que, si lo hace, encontrará los ojos clavados de Elsa y Alexander.

Introduce su nombre y el código de agente autorizado, en este caso el de Elsa Wolf, que Oriol no necesita preguntarle, pues tiene su tarjeta delante. Con un clic, accede al informe de la investigación. El documento se abre, denso y frío, lleno de datos que llevan dieciséis años esperando a ser revisados.

Y ahora le toca a él volver a abrir ese pasado.

Empieza a leer: Mara Schneider. Estudiante de tercero de Medicina.

Fallecida el 9 de abril de 2006. Causa de la muerte: ahogamiento.

Pasa la vista por las primeras líneas, absorbiendo los datos principales. Aquel año hubo una crecida repentina del río Elba,

provocada por lluvias torrenciales y la rotura de una presa cercana. Las imágenes de archivo muestran zonas enteras bajo el agua, coches flotando como juguetes abandonados.

El informe continúa: Lago Horst, Stade. Fin de semana de escapada universitaria. Grupo de estudiantes de Medicina.

Mara Schneider estaba durmiendo en su coche cuando ocurrió.

Oriol entorna los ojos. Los jóvenes del grupo de Mara Schneider, estudiantes de tercero de Medicina, habían acampado en el Lago Horst para festejar que habían acabado los exámenes finales.

Esa noche, el grupo estuvo bebiendo y haciendo ruido hasta altas horas de la madrugada. Se cree que Mara, que se encontraba mareada y con malestar, decidió irse a dormir a su coche para poder descansar sin avisar a nadie. El vehículo, según el informe, estaba aparcado en una planicie del terreno cerca de la carretera. Se desconoce la causa por la que Mara no condujo hasta su casa, que se situaba en Moisburg, a unos treinta minutos. Se sospecha, por los testimonios obtenidos, que, como había estado bebiendo, probablemente decidiera descansar hasta encontrarse en mejores condiciones.

Entonces comenzó a llover y los chicos se fueron de allí, sin reparar en Mara. La lluvia golpeó sin descanso y, cuando el río creció de golpe tras la ruptura de la presa, todo Stade se inundó. Mientras la mayoría pudo ponerse a salvo, tres vidas se perdieron aquel día. Entre ellas, la de Mara Schneider, cuyo coche apareció en el fondo del lago, donde fue arrastrado por la fuerza de la corriente.

Cuando alguien preguntó por Mara aquel día, ya era tarde. Demasiado tarde.

Oriol inclina el cuerpo hacia la pantalla, concentrado. Aparecen las transcripciones de los testimonios: el de su mejor amiga, Aurela Kogs, una declaración larga y llena de lamento y culpa. Y la de su novio.

Walton Zimmerman.

Oriol siente la subida de adrenalina. La relación comienza a dibujarse.

Por fin tiene un punto de unión. Un hilo del que tirar.

20

Markus se inclina hacia Oriol con brusquedad, los hombros tensos y los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No —responde Oriol sin dudar.

—¿Quieres que busque la dirección?

—La pondré en el navegador.

El alemán frunce el ceño, claramente insatisfecho con tan pocas palabras.

—Entonces, ¿tú crees que el tal Walton Zimmermann tiene algo que ver con Andreas Winter?

—Sube al coche, Markus —dice Oriol, indicándole con la mano que avance.

Ambos vuelven al Skoda. Por dentro está helado. Nada más cerrar las puertas, Oriol enciende la calefacción; un zumbido grave llena el interior mientras esperan a que el aire caliente empiece a salir por las rejillas. Teclea el nombre de la empresa en la pantalla del navegador: Bauwerk Nord GmbH, la compañía en la que Walton Zimmermann figura como gerente.

Cuando termina, se gira hacia Markus. El inspector Graf no puede quedarse quieto: mueve una pierna sin parar, acomoda la espalda, exhala con impaciencia. Su expresión revela que está a punto de disparar otra pregunta. Oriol levanta un dedo, un gesto claro para pedirle un respiro.

Aun así, Markus no puede contenerse.

—¿Por qué no le pedimos a la inspectora Wolf que venga con nosotros? —pregunta inclinándose hacia él, con las manos muy abiertas, como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

Oriol aprieta el borde del volante.

—Markus… Esto es una ciudad pequeña. Elsa Wolf y Walton Zimmermann se conocen. No sé qué tipo de relación tienen, quizá solo son conocidos, o quizá más, ¿quién sabe? En cualquier caso, no voy a poner mi vida en juego echando a perder la investigación. —

Lo mira con firmeza—. Si tienen una relación más estrecha, estoy convencido de que Elsa Wolf ya le habrá avisado de que vamos para allá. Me fijé en cómo reaccionó cuando escuchó su nombre. No nos conviene, ¿de acuerdo?

Markus se queda un segundo callado, mirando por la ventanilla. Sus dedos tamborilean contra su muslo. Hace apenas unos minutos ha revisado la ficha de Zimmermann sin encontrar nada relevante.

También ha descubierto que el Lexus con el que se topó Oriol en el aparcamiento, el que conducía una mujer rubia y atractiva, pertenece a Katharina Bergmann, una joven abogada de Hamburgo sin antecedentes de interés. Salvo por un pequeño detalle. Una breve búsqueda en internet sirve para averiguar que es la abogada de la compañía Bauwerk Nord GmbH.

Es la abogada de la familia Zimmermann.

Tendrán que hacerle una visita, pero todo a su debido tiempo.

—¿Y bien, Markus? —pregunta Oriol, impaciente.

Markus tarda un tiempo en comprender que Oriol le está preguntando por la información que ha encontrado sobre Andreas Winter. Lo habían acordado antes de entrar. Oriol le advirtió que Elsa y Alexander estarían muy pendientes de él, con lo que tendría vía libre para intentar averiguar algo sobre el hombre que murió de manera misteriosa en la cabaña.

—¡Ah! Sí, perdona. No había mucho. Una multa de tráfico y poco más. Lo más llamativo es su situación financiera. No pagó la multa y se intentó embargar el importe de su cuenta corriente, pero estaba vacía. Teniendo en cuenta la ropa y el reloj que llevaba puesto, por no hablar del coche que escondiste tras la cabaña… Algo se me escapa.

—Sí. Es evidente que Andreas andaba metido en algo turbio. Todavía no tengo claro el qué, pero no parece alguien que llevase sus cuentas al día.

Markus asiente, de nuevo con vehemencia.

—¿Has descubierto algo sobre Mara Schneider? —pregunta el inspector Graf, girándose hacia él con una mezcla de ansiedad y urgencia—. No has dicho ni una palabra.

—No he tenido opción Markus. No me has dejado hablar —reprocha Oriol.

El inspector Graf hace un gesto de disculpa con las manos.

Oriol inspira despacio, preparando las palabras.

—Está muerta —dice con voz baja pero estable—. Falleció en 2006, tras una inundación. Se rompió una presa y el río Elba creció de golpe. Estaba de acampada con sus amigos de la universidad, en el lago Horst. Justo el mismo lago donde está la cabaña en la que vivo.

Markus deja de moverse. Lo observa sin parpadear, sorprendido por la coincidencia.

—Vaya casualidad… —murmura—. ¿Y qué tiene que ver Walton Zimmermann en todo esto?

Oriol mantiene la mirada fija en la carretera que tienen por delante.

—Era su novio.

Se produce una pausa.

Markus gesticula, asombrado, y tras unos segundos aprovecha para retomar la conversación hablando sin parar; hilando teorías que intentan relacionar la muerte de Lukas Zimmermann con la de Mara Schneider más de quince años antes; repasando datos, haciendo preguntas que él mismo responde segundos después. Es un monólogo continuo, frenético, en el que apenas deja espacio para respirar.

Oriol asiente de vez en cuando.

—Ajá… Sí… Claro.

Sus respuestas son breves y automáticas. Lo único que pretende es mantenerlo lo suficientemente satisfecho como para que no suba más el volumen de su voz. Pero cada frase que su compañero pronuncia va erosionando su paciencia. Siente la tensión apretarle el pecho lentamente, una presión sorda que no consigue aliviar.

Intenta pensar en cómo abordar la conversación con Walton Zimmermann de manera que pueda ser provechosa, aunque no espera obtener mucho de ese interrogatorio.

Mientras Markus continúa hablando, Oriol piensa en lo realmente importante: mañana tiene una cita con la doctora Krause, una cita

que no piensa saltarse.

Tiene la sensación —por las pistas que ha ido encontrando—, casi una certeza, de que en algún momento del pasado ya descubrió aquello que ahora busca desesperadamente. Por eso necesita recuperar sus recuerdos. Necesita que la doctora le ayude a abrir la puerta correcta en su memoria.

Sabe que esa es la clave.

El navegador recalcula la ruta tras un desvío por unas inoportunas obras en la carretera y los conduce hacia Hamburgo. Cruzan el río Elba en silencio y luego se desvían hacia el oeste.

Llegan a Hetlingen, una pequeña localidad casi exclusiva de personas pudientes. Allí está la mansión que perteneció a Lukas Zimmermann, la misma en la que Ben Otto lo apuñaló, causándole la muerte. Muy cerca, en el mismo complejo, se encuentra la sede de Bauwerk Nord GmbH. Allí esperan encontrar a Walton Zimmermann.

El edificio aparece frente a ellos como una enorme pieza de museo. Una construcción vanguardista con forma de gran chalé moderno, de líneas limpias y volumetría contundente. La estructura combina paneles de hormigón pulido con ladrillos perfectamente alineados. Grandes cristaleras ocupan casi toda la fachada frontal, revelando zonas del interior: pasillos amplios, escaleras flotantes, iluminación cálida y muebles de diseño.

La entrada está rodeada por un jardín minimalista de grava oscura y plantas florales que se distribuyen a ambos lados del camino.

Oriol aparca el Skoda en el área destinada a los clientes: un aparcamiento amplio, sin una sola hoja fuera de sitio. Cuando apaga el motor, Markus deja escapar un suspiro lleno de expectación.

Ambos bajan del coche. Una ráfaga de aire frío les golpea la cara antes de que crucen la zona de acceso y se dirijan hacia la puerta principal. Al entrar, se encuentran con una recepción impecable: mostrador de madera lacada, paredes claras y un olor suave a mobiliario nuevo.

Detrás del mostrador, una mujer joven y atractiva se pone en pie en cuanto los ve. Su sonrisa es amplia, perfectamente ensayada, y sus ojos azules se fijan en ellos con una mezcla de cortesía y curiosidad profesional.

—Buenos días —saluda con voz agradable—. ¿En qué puedo ayudarles?

Es Oriol quien toma la palabra mientras Markus se mantiene un paso por detrás, observando cada gesto.

—Buenas tardes —dice con tono cordial pero firme—. Queríamos hablar con Walton Zimmermann, por favor.

La mujer inclina ligeramente la cabeza sin perder la sonrisa.

—¿Tenían cita?

—No —responde Oriol.

—En ese caso, me temo que tendré que agendarles una. Es tarde, y el señor Zimmermann está a punto de marcharse a casa.

Oriol saca su placa de Interpol. Markus lo imita.

—Creo que al señor Zimmermann le interesará hablar con nosotros. Dígale que es importante, por favor.

La expresión de la chica cambia al instante, aunque se esfuerza por mantener la sonrisa profesional.

—Discúlpenme un momento.

Se levanta con suavidad y desaparece por uno de los pasillos enmoquetados. Sus pasos se escuchan amortiguados, seguidos por un golpe suave en una puerta más al fondo.

Markus rompe el silencio.

—¿Sabes qué? —dice de repente.

Oriol suspira sin ocultar del todo su resignación.

—Dime, Markus.

—Estaba deseando poder trabajar contigo. Soy un admirador. Es verdad que no hemos empezado de la manera más ortodoxa posible, pero estoy encantado. Para mí es muy emocionante conocer tu manera de trabajar.

Oriol lo mira. Hay algo vulnerable en la expresión de Markus, algo genuino. Aprieta los labios un instante y siente un pequeño pinchazo de culpa: lo ha arrastrado a una situación incómoda, obligándolo a examinar el cuerpo de Andreas Winter sin previo aviso. Markus habla demasiado, sí, pero se ha portado bien; ha sido un buen compañero. Y se lo debe.

Le pone una mano en el hombro y le dedica una sonrisa contenida.

—Gracias, Markus. Si esto sale bien, será gracias a ti, no a mí.

Los ojos de Markus se iluminan de inmediato, preparados para lanzar otra frase entusiasta, pero no llega a hacerlo: la recepcionista reaparece.

—Acompáñenme, por favor.

Avanzan por un pasillo largo, impecable. En las paredes cuelgan cuadros enmarcados de las construcciones más emblemáticas realizadas por la empresa: puentes sobre el Elba, fachadas renovadas en el centro de Hamburgo, rascacielos modernos. También hay recortes de prensa con titulares que hablan de premios, excelencia y reconocimientos. Todo exhibido con una pulcritud desmesurada.

La mujer se detiene ante una puerta doble de madera oscura y llama antes de abrir.

El despacho de Walton Zimmermann es sorprendentemente clásico en comparación con la fachada vanguardista del edificio. Madera oscura, estanterías llenas de volúmenes gruesos, detalles cuidadosamente seleccionados: una lámpara de escritorio antigua, un reloj de péndulo discreto, un cuadro de estilo contemporáneo que rompe la monotonía sin desentonar. Oriol sospecha que ese despacho perteneció a Lukas Zimmermann antes de ser ocupado por su hijo.

Detrás de un escritorio enorme —superficie impecable, ordenador apagado, una pluma estilográfica perfectamente alineada— los espera Walton Zimmermann.

Es moreno, joven, con ojos verdes intensos y rasgos marcados. Un atractivo evidente, de esos que llaman la atención de un simple vistazo. Lleva una camisa blanca perfecta, sin una sola arruga, y un reloj caro brilla discretamente en su muñeca. La postura es relajada, pero su mirada no lo es.

Walton se pone en pie al ver a Oriol. Levanta las cejas, sorprendido pero cordial.

—Inspector Duarte, me alegra volver a verle.

Oriol capta la familiaridad al instante. Es lógico: él llevó la investigación de la muerte del padre de Walton, aunque no lo recuerde.

Markus da un paso adelante y se presenta extendiendo la mano.

—Buenas tardes, soy el inspector Graf.

—Un placer, señor Graf. —Walton se la estrecha con firmeza—. Tomen asiento, por favor.

Los dos inspectores se sientan frente a él. Walton alterna la mirada entre ambos con interés contenido.

—¿Qué les trae por aquí? ¿Tiene que ver con mi padre?

—En parte sí —responde Oriol—. Esta mañana he descubierto algo sobre Ben Otto de lo que quería hablar con usted. Está ingresado en el hospital en estado terminal. ¿Estaba usted al tanto de ello?

Walton cruza las manos sobre el escritorio y asiente sin dudar.

—Sí. Estaba al tanto. Hannelore Kaya, la mujer de Ben, me ha mantenido informado. De hecho, hemos hablado hace apenas media hora y me ha comunicado que el señor Otto ha fallecido.

Oriol hace una leve mueca. Era algo que podía suceder en cualquier momento. Deja que transcurran unos segundos y que el silencio se instale.

—¿Y no le parece extraño que su muerte haya sido tan repentina?

Walton se recuesta en la silla. Percibe el cambio de tono, y su expresión se endurece ligeramente.

—No sabría decirle, inspector. El cáncer es una enfermedad que no suele avisar.

—Cierto. Usted lo sabe bien porque es médico, ¿verdad? —pregunta Oriol.

Walton parpadea, sorprendido. Titubea antes de responder.

—Sí… así es. Estudié Medicina. Aunque no ejerzo.

Oriol continúa sin darle un respiro.

—Hemos revisado su actividad. Usted abrió una serie de clínicas al terminar la carrera, tanto en Baja Sajonia como en Hamburgo. Hay de todo: clínicas de estética, un centro de alto rendimiento deportivo, un centro de diálisis… Todo un imperio.

Walton asiente con una calma estudiada.

—Como ya sabe, mi padre siempre tuvo una buena posición económica. Yo estudié Medicina, pero enfoqué mi carrera hacia la faceta empresarial más que hacia la asistencial. Ese fue el motivo.

—Por supuesto, lo entiendo. Y dígame, señor Zimmermann… ¿qué tal era su relación con Ben Otto?

Walton desvía la mirada y esboza una sonrisa incómoda.

—Ya hemos hablado de eso, inspector… Como le dije en su día, era bastante buena. Me crie con él, lo conozco desde que era pequeño y siempre me trató bien. Lo que hizo fue horrible y jamás podré perdonarlo, pero antes de eso, era un buen hombre.

Oriol cambia de postura, acomodándose en la silla.

—Usted, por su formación médica, ¿llegó a atender en alguna ocasión los problemas de salud que presentaba Ben Otto? Me refiero a molestias, síntomas, consultas puntuales…

Walton se lleva una mano a la barbilla, pensativo.

—Alguna vez le he recetado algo para un catarro y cosas así, claro. No dejo de ser médico, aunque no me dedique a ello.

—¿Era común que el señor Otto recurriese a usted para consultarle acerca de sus problemas de salud?

Walton se rasca detrás de la oreja y después cruza las manos sobre el escritorio.

—Sí. Teníamos una buena relación y confiaba mucho en mí.

—¿Y nunca le mencionó ningún síntoma que pudiera hacerle sospechar que padecía una enfermedad grave?

Él niega con la cabeza.

—No. No lo recuerdo.

Oriol entrecierra los ojos, observándolo con detenimiento.

—Qué curioso… —dice desviando su mirada al suelo antes de levantar la cabeza con rapidez, como si acabase de recordar algo importante—. ¿Sabe qué? Esta mañana me ha sucedido algo. Como le he dicho, había ido a visitar a Ben Otto al hospital cuando me he cruzado en el aparcamiento con una mujer que creo que usted conoce.

—Ah. ¿De quién se trata?

—Katharina Bergmann. La conoce, ¿verdad?

Walton arquea las cejas y esboza una sonrisa burlona.

—Claro que la conozco, señor Duarte. Y usted también. ¿A qué viene esa pregunta?

Oriol intenta interpretar las palabras de Walton sin exponerse demasiado.

—A que, por algún motivo, ella parecía evitar que yo la viera. En cuanto nos hemos cruzado, se ha esfumado, como si estuviera huyendo de mí.

—Eso tendrá que preguntárselo a ella, inspector. Es algo que no me atañe —contesta Walton, encogiéndose de hombros.

Se forma una pausa en la que Walton alterna la mirada entre ambos inspectores.

—Dígame, señor Zimmermann, porque yo no tengo ni idea… Los temas médicos se me escapan. ¿Cómo se diagnostica un cáncer de páncreas? —pregunta Oriol.

Walton apoya la espalda contra el respaldo de su silla antes de contestar.

—La biopsia es la prueba definitiva para confirmarlo —explica, con voz más seca—, pero se llega a ese punto tras una resonancia magnética o un TAC.

—Usted dispone de ambas máquinas en una de sus clínicas de Hamburgo, ¿es correcto?

La pregunta le coge desprevenido; aprieta los labios y asiente.

—Creo que ya veo por dónde va, inspector. —Da unos golpecitos sobre la mesa con la palma de la mano—. Esta conversación se ha acabado. Si necesitan hacerme alguna pregunta, será en presencia de mi abogada.

Oriol se gira hacia Markus, arqueando una ceja.

—¿Te parece que he sido algo borde? De repente, quiere a su abogada. ¿Tú lo entiendes? —pregunta Oriol con sarcasmo, como si Walton no estuviese delante.

Markus niega con la cabeza mientras se inclina hacia delante.

—En absoluto —contesta con firmeza—. Me parece una respuesta desproporcionada.

—Lo siento si le he ofendido, señor Zimmermann —dice Oriol, girándose y midiendo el tono de manera premeditada—. Solo estaba intentando comprender.

Walton no responde de inmediato. Se limita a levantarse con gesto contenido, sin brusquedad, pero dejando claro que la reunión ha

terminado.

—Les acompaño a la salida —dice, señalando la puerta con un movimiento breve del brazo.

Oriol no se mueve todavía.

—Solo tengo una pregunta más. Después de eso nos iremos.

Walton se detiene. No se gira. Mantiene la mano extendida hacia la puerta.

—¿Le suena el nombre de Mara Schneider?

El único cambio visible es un ligero endurecimiento en la línea de su mandíbula. Nada más. Después, vuelve a señalar la puerta con la misma educación distante.

—Que tengan un buen día, inspectores.

21

Oriol se despierta con la sensación de no haber descansado nada. Abre los ojos despacio, parpadeando varias veces antes de reconocer el lugar. Otra vez la misma habitación de hotel. La misma pared clara frente a la cama. La misma cortina mal corrida que deja entrar una franja de luz tímida. Y otra vez, el mismo cansancio instalado en su cuerpo.

Ha dormido fatal, lo habitual en él. Ha pasado la noche dando vueltas, incapaz de mantener el sueño más de unos minutos seguidos. Cada vez que lograba relajarse, algo lo sobresaltaba: un pensamiento fugaz, una imagen que se repetía, la sensación desagradable de estar atrapado en un espacio intermedio entre la vigilia y el sueño. Ahora, al despertar del todo, siente el cuerpo pesado y la lucha de su mente por mantenerse alerta.

Gira la cabeza hacia la mesilla. El reloj digital brilla en rojo: 7:07. Es hora de levantarse, pero antes ha de comprobar algo.

Se incorpora y se sienta en el borde, apoyando los pies en la alfombra. Respira hondo. Deja que el silencio del cuarto lo envuelva. Entonces comienza a recordar: la cabaña junto al lago, el cuerpo inmóvil de Andreas Winter, la forma exacta en la que lo encontró, cada detalle anclado en su memoria como si lo hubiera vivido hace apenas un minuto.

Lo recuerda todo. Cada paso que dio, cada palabra que dijo Markus, cada movimiento que hizo al examinar la escena. Su memoria vuelve a ser la de siempre: afilada, meticulosa, incómodamente precisa. No hay lagunas, no hay distorsiones. No cuando piensa en lo ocurrido desde que encontró el cadáver.

Pero las dos semanas anteriores siguen siendo un muro en blanco.

Ese vacío permanece intacto. Frío e inamovible.

Ha llegado el momento de intentar algo distinto; esperar ya no basta. Necesita esos recuerdos para avanzar; no puede seguir así. En un par de horas acudirá a la cita con la doctora Krause.

Confía en ella más que en nadie para recuperar su memoria, para descifrar lo que ocurrió en ese lapso desaparecido que sigue acechándolo desde el fondo de su mente.

Ayer terminaron tarde tras el intento de interrogatorio a Walton Zimmermann.

Cenaron algo antes de subir a sus respectivas habitaciones. Acudieron a un restaurante típico alemán muy cerca del hotel por sugerencia de Markus. Sus raíces alemanas, que hasta ahora solo habían servido para pronunciar apellidos y direcciones sin tartamudear, resultaron muy útiles. Allí les sirvieron un Schnitzel enorme acompañado de Kartoffelsalat y una cerveza local que a Oriol le supo a gloria. Si Markus no hubiera seguido haciendo miles de preguntas sin darse tregua, hubiera sido la cena perfecta.

Al terminar, acordaron verse hoy a las diez. Un horario razonable, al menos en apariencia. Oriol le explicó a Markus que a primera hora tenía que ocuparse de un asunto personal, sin dar más detalles.

Lo dijo sin adornos, consciente de que la frase iba a encender la imaginación de su compañero. Markus es capaz de inventarse mil posibilidades antes incluso de subir al ascensor. Y, aun así, por más vueltas que le dé, es prácticamente imposible que sospeche la verdad.

No va a pensar, ni por un segundo, que Oriol acude a una psiquiatra.

Eso debe permanecer en secreto.

Por su trabajo. Por su reputación. Por las repercusiones que tendría si alguien lo descubriera. La prensa necesitaría menos de una hora para convertirlo en un titular grotesco, y él no puede permitirse ese golpe. Ni mucho menos ahora, cuando está metido de lleno en un caso que puede salpicarle.

Dos horas después de despertar, tras haberse duchado, Oriol llega puntual a la consulta de la doctora Krause. Apenas ha tardado unos minutos en caminar desde el JS Bach, al que ha acudido de nuevo a desayunar. El mismo camarero de hace dos días lo ha atendido en la misma mesa, pero hoy tampoco ha servido de mucho.

La recepcionista de la clínica lo recibe con una sonrisa profesional y él ocupa un asiento en la sala de espera. Esta vez es diferente, es

la propia doctora Krause quien aparece en la puerta.

Lo mira primero a él y luego al reloj de su muñeca.

—Hoy ha venido puntual. Todo un logro.

Oriol se levanta y asiente con una media sonrisa.

—Pase —dice Krause, abriendo el camino hacia su consulta.

El lugar, al igual que la última vez, permanece ordenado, silencioso y cuidadosamente iluminado. Ella toma asiento tras el escritorio, y Oriol se acomoda en el diván. En cuanto se tumba, su mirada se fija en el techo, ese espacio blanco que ya empieza a resultarle incómodamente familiar. No hay distracciones allí arriba. Nada salvo sus voces.

—¿Está grabando la sesión, doctora?

—No. Ya me dejó claro la última vez que prefería que no lo hiciera.

—Gracias.

Oriol escucha cómo la doctora se acomoda en su silla.

—¿Cómo se encuentra? ¿Algún nuevo recuerdo?

—Apenas un par de imágenes —responde él, sin apartar la vista del techo—. Pero no me aportan mucha información. Necesito que me ayude a recuperar la memoria, doctora —dice Oriol, sin rodeos.

Krause tarda un segundo en contestar, como si eligiera las palabras con cuidado.

—Parece que los recuerdos de ese periodo de amnesia son muy importantes para usted.

—Ya lo creo que lo son. Por lo que he podido averiguar, estaba investigando un caso y creo que lo había resuelto. Si consigo recordar, daré con la respuesta. Es muy importante para mi futuro.

—Ya veo —murmura ella—. A veces, la necesidad de recordar hechos concretos genera un bloqueo. Cuanto más se fuerza la mente a acceder a algo, más se cierra la puerta. ¿No le ha pasado nunca que intenta recordar un nombre o un lugar y cuanto más insiste, más inútil resulta?

—Sí —admite Oriol—. Suele ser algo que luego recuerdas de manera espontánea, cuando estás pensando en otra cosa.

—Exactamente —afirma Krause—. Quizá necesita eso, Oriol. Relajarse y dejar de obsesionarse tanto.

La frase queda suspendida en el aire. Él la escucha, pero no termina de convencerle la idea.

—No puedo permitirme esperar, doctora. Necesito que me ayude —dice, sin apartar la vista del techo.

Krause aguarda unos segundos en los que se mantiene el silencio.

—Como ya le dije la última vez, creo que su pasado, su infancia tan trágica, es el principal causante de estos episodios. Me gustaría abordar la causa desde ahí. Pero, para eso, necesito su colaboración.

Oriol hace un pequeño chasquido con los labios. Sabe perfectamente lo que implica abrir esa puerta y no piensa hacerlo. Tal vez nunca lo haga. En esa sala se ampara bajo el secreto profesional, así que decide intentarlo por otro camino.

—Eso no va a suceder, lo siento. No niego que quizá tenga usted razón, pero no tengo tiempo suficiente para hacerlo de esa manera. Cuando todo esto termine, quizá me plantee hablar con usted sobre… Eso. —Hace una pausa breve—. Pero ahora estoy llevando a cabo una investigación sobre la muerte de una chica hace dieciséis años y un hombre desaparecido en la actualidad. De algún modo, pienso que ambos casos están relacionados y, como le digo, es clave que pueda acceder a mis recuerdos.

Se hace un silencio denso. La doctora no contesta de inmediato; cada segundo que pasa parece más cerca de una negativa.

—De acuerdo, Oriol —dice al fin—. No le prometo nada, pero podemos intentarlo. Existe un método poco ortodoxo, pero del que se han documentado casos exitosos.

Él gira la cabeza apenas, lo justo para verla de reojo.

—¿En qué consiste?

—¿Ha oído hablar del Adderall? —pregunta Olga Krause.

—Sí. Tengo entendido que es una anfetamina. Se puso de moda, sobre todo en Estados Unidos, entre los alumnos universitarios y los corredores de bolsa de Wall Street. Se decía que ayudaba a concentrarse y a estudiar. ¿Tengo que tomarme eso?

—Es algo más complicado —responde Krause—. Lo que usted haría sería ingerir una microdosis de Adderall y combinarlo con una estimulación sensorial dirigida aquí, en terapia, para intentar acceder a sus recuerdos.

Oriol se incorpora un poco, interesado en la posibilidad que plantea la doctora.

—¿Podemos hacerlo ahora? —pregunta impaciente.

—Si firma los consentimientos y espera diez minutos a que prepare la medicación, sí. Por supuesto. ¿Está dispuesto?

Oriol no titubea.

—Hagámoslo.

22

Oriol espera solo en la consulta durante lo que calcula que es un cuarto de hora. El silencio se le pega a la piel, casi tanto como la sensación de estar a punto de cruzar una línea invisible. Para distraerse, recorre la habitación con la mirada: acabados de madera, muebles funcionales, nada que llame la atención salvo una estantería baja junto al ventanal. Allí ve dos tratados que reconoce al instante: *Introducción al psicoanálisis*, de *Sigmund* Freud, y *El libro negro del psicoanálisis*, de Catherine Meyer. Leyó ambos en su día, como todo lo que pasa por sus manos, con el propósito de mejorar sus técnicas de interrogatorio. Sabe que ambos son referencia obligada para cualquiera que pretenda hurgar en los pliegues de la mente.

Cuando la puerta se abre, Oriol se incorpora en el diván. La doctora Krause entra con paso decidido. En una mano sostiene un pequeño fajo de papeles; en la otra, un vaso transparente con un dedo de un líquido azul pálido que parece brillar bajo la luz del techo.

—¿Eso es lo que debo tomar? —pregunta Oriol.

—Sí —responde ella—, pero antes debe firmar el consentimiento.

Oriol se acerca a la mesa.

—¿Puedo…? —pregunta, señalando un bolígrafo plateado.

—Claro.

Firma rápido, casi con impaciencia. Le tiembla un poco la mano, aunque intenta disimularlo; nunca le han gustado los médicos, menos aún si son psiquiatras. La doctora le entrega el vaso.

—¿Notaré algún tipo de efecto? —pregunta Oriol.

—Es una dosis muy pequeña —explica ella—. La idea es que facilite el acceso a ciertos recuerdos, pero sin provocar otros efectos en su cuerpo. No debería notar nada.

Oriol apura el vaso de un trago. El sabor es extraño, metálico, pero soportable. Luego regresa al diván y se tumba.

—Estoy listo —dice, mirando al techo.

—Mantengamos el silencio unos minutos. Necesito que le haga efecto la medicación. Cierre los ojos e intente relajarse.

Él se centra en la respiración, larga y lenta. El diván resulta sorprendentemente cómodo; si no fuera porque está deseando avanzar, caería en un sueño ligero. Los minutos se deslizan, indiferentes. No siente nada distinto. Solo una calma agradable.

Tras unos diez minutos, la doctora vuelve a hablar, con voz baja y precisa:

—Descríbame una de esas imágenes que tiene en su mente sobre los días que no termina de recordar.

Oriol inspira profundamente.

—Estoy en un restaurante italiano —describe con tono suave—. No estoy solo. Hay un mantel de cuadros rojos y blancos. He pedido un vino caro, un Brunello di Montalcino, y estoy comiendo pasta carbonara.

—Vamos a adentrarnos en ese recuerdo. Conteste mis preguntas de manera rápida con lo primero que le venga a la mente y déjese llevar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Quién le acompaña en el restaurante?

—No lo sé.

—¿A qué huele? —pregunta la doctora de manera instantánea.

—A aceite de oliva… Y a masa de pizza cociéndose en un horno de leña.

—¿Ella lleva perfume?

—No lo sé.

—¿Le está hablando?

—Sí.

—¿Qué le dice?

—No lo sé. Se ríe de algo que he dicho yo.

—¿Qué le ha dicho usted?

—No lo sé.

—¿Puede escuchar su voz?

—Sí. Es muy dulce.

—De acuerdo, concéntrese en la voz de esa mujer. ¿Le resulta familiar?

—Sí.

—¿Le habla en inglés?

—No. En alemán.

—Mírela a la cara. ¿Cómo es?

—Es rubia.

—¿De qué color son sus ojos?

—No lo sé… claros, tal vez, pero no estoy seguro.

—Mire hacia atrás. ¿Hay alguien más en el restaurante?

—Sí. Hay más personas. Está lleno.

—¿Reconoce a alguien?

—¡Sí! —exclama Oriol, incorporándose ligeramente—. Veo a Elsa Wolf. Es una inspectora de policía.

—Quédese tumbado y continúe centrado en los recuerdos. Fíjese en la inspectora de policía. ¿Han hablado?

—No. Ella me está mirando… parece enfadada. Está con otros agentes de la comisaría en una mesa a pocos metros de nosotros. ¡De eso nos reímos! He hecho un comentario sobre la policía de Stade, una broma metiéndome con ellos por su recelo hacia mí, y a ella le ha hecho gracia.

—Vuelva a mirarla a la cara, a la chica rubia, la que está frente a usted —indica la doctora—. ¿La ve ahora?

Oriol respira hondo. Abre y cierra las manos, como si buscara agarrarse a la imagen antes de que se disuelva.

—No. Sigo sin verla. Y la estoy perdiendo.

Oriol mantiene los ojos cerrados, atento a cada palabra de la doctora Krause. Su voz es suave, pero firme, y llena la consulta con una calma que contrasta con el vértigo que empieza a formarse en su estómago.

—De acuerdo, Oriol. Ahora vamos a centrarnos en otro recuerdo diferente. Esta vez, déjese llevar. Si empieza a completar los huecos donde su memoria falla, no les preste mucha atención. Continúe fluyendo por la imagen que tiene en su cabeza —pide la doctora.

Oriol respira hondo.

—De acuerdo… lo intentaré.

Un silencio breve. Luego, la doctora murmura:

—Cuando esté listo, descríbame el nuevo recuerdo.

Oriol traga saliva. La imagen llega con brusquedad, como un fogonazo.

—Estoy sentado en un banco de madera cerca del zoo —empieza —. Hay una estrella de cinco puntas grabada en la madera y recorro su perfil con el dedo. Huele a flores, a jazmín, quizá.

—¿Está solo?

—No. La misma chica está conmigo. Es ella quien huele así.

La doctora asiente y dispara la siguiente pregunta.

—¿Hay alguien más?

—Hay personas cerca… —Oriol cierra con más fuerza los ojos, como si la presión en su frente pudiera ordenar mejor la escena—. Una mujer nos mira de reojo desde un puesto donde vende castañas, pero en el banco estamos solos.

—¿Qué siente? ¿Está cómodo?

Oriol niega sin darse cuenta.

—Creía que sí, pero ahora veo que no. Le estoy dando una mala noticia.

La doctora lo observa con más atención.

—¿Qué le ha dicho?

Oriol aprieta ahora los puños. La imagen se distorsiona, se corta. Una sensación desagradable le recorre la nuca. Siente náuseas de repente.

—No lo sé —responde al fin—. No lo sé.

Oriol respira despacio, intentando mantener el hilo del recuerdo mientras la doctora Krause analiza cada palabra con atención clínica.

—Mírela a la cara. ¿Reconoce algún rasgo? —pregunta ella.

—No. Solo… —Oriol titubea—. Solo que en algún momento he tenido ganas de besarla.

—¿Ahora no?

—No —contesta Oriol—. En absoluto.

La doctora asiente ligeramente, piensa durante unos segundos.

—Hágalo en su recuerdo. Bésela.

Oriol tarda en contestar. Sus párpados se tensan.

—No puedo —admite—. Sigo sin saber quién es.

—Inténtelo.

Él se obliga a visualizarlo: una mujer sin rostro inclinándose hacia él. La escena se recompone, líneas difusas que lentamente ganan forma. La figura se vuelve más nítida, como si alguien ajustara el enfoque.

—¿Recuerda ahora algo más? —insiste Krause.

—Sí… lleva unas botas marrones. Elegantes. Viste un pantalón vaquero ceñido y un abrigo a juego con las botas. Tiene estilo; es muy atractiva.

—Llámela por su nombre.

—No puedo —murmura, frustrado—. Sigo sin recordarlo.

Oriol aprieta los dientes. La presión en la cabeza reaparece, un latido molesto que sube desde la base del cráneo. Sabe que no es nada grave; al menos eso le han asegurado tras someterse a una resonancia. Evita mencionarlo; teme que la doctora detenga la sesión si lo hace.

—Abrácela —indica Krause.

Una punzada más intensa le cruza la sien. Oriol se lleva la mano al lado de la cabeza por puro instinto. Tarda demasiado en responder y la doctora lo percibe.

—¿Se encuentra bien, señor Duarte?

—Sí, sí… sigamos, por favor.

Krause no responde al instante. El silencio es una pausa de evaluación.

Finalmente, consiente:

—De acuerdo. Intente acercarse a ella de nuevo. Abrácela esta vez.

Oriol se imagina aproximándose a la mujer misteriosa. Ya sabe cómo va vestida, dónde están sus manos, la forma de su silueta bajo el abrigo. Está a punto de rodearla con los brazos cuando un sentimiento brusco, oscuro, lo golpea con violencia.

—No puedo abrazarla —dice de manera abrupta.

—¿Por qué?

—Porque me ha mentido —responde con un tono helado que no esperaba de sí mismo—. Esa es la razón por la que le he dado una mala noticia a esa mujer. No quiero estar con ella y le he pedido que se vaya.

—¿Qué contesta ella?

—Se marcha —Oriol lo ve con claridad—. Se levanta y camina hacia la carretera. Está pidiendo un taxi.

Otra punzada. Más fuerte, más profunda. Oriol aprieta los ojos; le tiemblan ligeramente los dedos.

—Señor Duarte, ¿se encuentra bien?

—Sí… es solo una pequeña molestia, puedo controlarlo.

La doctora cambia por completo de expresión.

—No. La sesión ha terminado —sentencia con firmeza—. Incorpórese despacio.

Oriol obedece, resignado. Estaba avanzando, sintiéndolo por primera vez en días.

—Necesito continuar, doctora.

—No le expondré a tanto estrés después de un episodio como el que ha sufrido, señor Duarte.

Oriol se incorpora; la angustia no desaparece. Respira hondo. Tal vez la doctora tenga razón y sea más conveniente avanzar paso a paso.

—¿Cuándo podemos repetir? —pregunta en cuanto se pone en pie.

—Le haré un hueco mañana por la mañana, a la misma hora que hoy. Pero solo si se encuentra bien. Necesito que sea sincero conmigo cuando se lo pregunte.

—De acuerdo, doctora.

Oriol recoge su abrigo y la mira con gratitud sincera.

—Gracias, de verdad. Me está ayudando mucho. Está siendo de gran utilidad.

La doctora Krause le devuelve la sonrisa.

—Mañana continuaremos. Ahora tengo otros pacientes esperando.

Oriol sale a la zona de recepción. Una mujer de mediana edad protesta por el retraso de su cita y está discutiendo con la recepcionista. Oriol mira la hora en su móvil: él también llega tarde al encuentro con Markus.

Pero eso no es lo que hace que el pulso se le acelere.

Una notificación aparece en la parte superior de la pantalla: la aplicación que controla la cámara oculta en la segunda residencia de

Andreas Winter ha enviado un aviso.

La abre.

En la grabación, ve cómo una mujer entra en la casa usando sus propias llaves. Oriol avanza la reproducción.

La siguiente imagen muestra a la misma mujer sosteniendo el maletín del dinero entre las manos y abandonando la casa.

23

Oriol llega al hotel diez minutos más tarde de lo acordado. Aparca junto a la acera y ve a Markus esperando en la entrada, la bufanda enroscada al cuello y los brazos cruzados. En cuanto abre la puerta del coche, el inspector Graf sube de un salto y se abrocha el cinturón sin intentar suavizar la expresión de enfado que trae puesta.

—Llegas tarde, Oriol —espeta nada más ajustar la hebilla.

—Lo sé. Y lo siento. No he podido ir más rápido.

Markus gira la cabeza hacia él con los ojos tensos.

—Estaba preocupado por ti. ¿Dónde has estado?

—Arreglando unos asuntos personales, como ya te dije.

Markus suelta un bufido y niega con la cabeza.

—Creo que tiene algo que ver con el caso y que no me lo quieres decir. Estoy de tu lado, Oriol, ya te lo he demostrado. ¡Por el amor de Dios!, examiné el cadáver que había en tu cabaña. ¿No te parece suficiente?

Oriol aún no ha puesto en marcha el vehículo. Se queda quieto, con las manos en el volante, y le clava la mirada. Sabe que Markus tiene razón. No está siendo justo con él, pero tampoco quiere exponerse más de lo necesario.

—Sé que puedo fiarme de ti, Markus. Estás siendo de gran ayuda —responde con un tono más suave—. Confía en mí, solo estoy intentando resolver el caso.

Markus desvía la mirada hacia la ventanilla y balbucea algo en el dialecto suabo que Oriol no alcanza a descifrar. El tono está cargado de decepción y también de cansancio.

—Bueno —dice al fin, más tranquilo—. Si vuelve a suceder, iré a buscarte. ¿Cuál es el plan de hoy?

Oriol chasquea los labios.

—¿Recuerdas lo que te conté del maletín?

—Sí, claro. ¿Por qué?

El inspector Duarte agarra su teléfono y le muestra la pantalla a su compañero.

—Mira esto.

Markus observa con atención y abre los ojos con incredulidad.

—Es… joder, es una grabación. ¿Es la casa de la madre de Andreas Winter donde encontraste el dinero? ¡Pusiste una cámara!

Oriol asiente mientras, por primera vez en todo el día, deja que una verdadera sonrisa se asome a su rostro.

Markus suelta una carcajada breve, casi incrédula.

—Es brillante. Había oído que siempre viajas con aparatos de este tipo y que los usas mucho. ¡Cuánto tengo que aprender de ti! Me encanta. ¿Tienes idea de quién es esa mujer?

—Sí. Es Hedwig Winter —contesta Oriol—. Y vamos a hacerle una visita.

Sin perder ni un segundo más, pone el intermitente y se incorpora a la avenida principal con decisión. Conoce el camino a la calle Harburger de memoria; ya estuvo allí hace apenas unas horas, observando a Hedwig asomarse primero por la ventana y después recibir a Elsa Wolf y Alexander Schulz. El recorrido es breve, apenas unos minutos, y ambos avanzan en silencio mientras el tráfico matinal se dispersa a su alrededor.

La grabación de la cámara espía se activó justo cuando él entró en la consulta de la doctora Krause. Eso significa que es muy probable que Hedwig haya regresado a casa. Al llegar a la calle, Oriol aminora la marcha. El Volkswagen Polo de los Winter está aparcado frente a la vivienda.

Detiene el coche unos metros más adelante y Markus se gira hacia él, esperando instrucciones. Oriol le expone, punto por punto, lo que tienen que hacer. Le explica la estrategia con calma, sin dramatismos, detallando cada paso de la conversación que planea mantener con Hedwig: cómo abordarán el tema del maletín, cómo la presionarán sin que llegue a cerrarse en banda y cómo intentarán que admita su implicación o, al menos, que diga algo con lo que puedan avanzar.

El problema es lo que dice a continuación.

Añade, con un tono firme, que, aunque resulte poco ético, todavía no pueden revelarle que su marido está muerto. La información los pondría en una posición de extrema vulnerabilidad. Hedwig no entendería la razón por la que el cadáver de su marido se pudre en la cabaña de Oriol Duarte. Sería un gran contratiempo.

Markus se lleva las manos a la cabeza, incrédulo.

A ninguno de los dos le gusta actuar de esta manera, pero no tienen otra opción. Tendrán que hacer de tripas corazón.

Ambos salen del coche y avanzan hacia la vivienda. La calle está desierta y silenciosa. A unos pasos de la puerta, escuchan la voz de Hedwig desde el interior. Está hablando por teléfono. Suelta una carcajada alta, ligera y despreocupada.

Parece que, después de todo, no está sufriendo por la desaparición de su marido.

La mano de Markus se dirige hacia el timbre. Oriol lo detiene a medio camino y le hace un gesto con la mano para que espere. Pronto, el inspector Graf entiende que Oriol intenta escuchar su conversación. Aguardan un rato, pero no obtienen nada provechoso; tan solo se oye cómo contesta con monosílabos y se ríe de manera exagerada cada pocos segundos, a la vez que camina de un lado a otro haciendo ruido con sus tacones. Actúa como una persona contenta y feliz, o al menos esa es la imagen que ofrece.

Al cabo de unos minutos, la conversación termina. Es entonces cuando Oriol se dispone a tocar el timbre. Sin embargo, Hedwig Winter abre la puerta de su casa en ese preciso instante. No lleva puesta la misma ropa que en el vídeo grabado hace apenas un par de horas. Sus prendas son ahora mucho más elegantes. Su expresión nada tiene que ver con la del otro día, cuando Oriol la vio asomarse a la ventana con el rostro desencajado y los ojos rojos.

Su semblante se ha vuelto alegre y sonriente.

Hasta que ve a los inspectores.

Entonces cambia de inmediato.

—Buenos días. ¿Es usted Hedwig Winter? —pregunta Oriol, aunque ya sepa la respuesta.

Ella asiente, con una mezcla de expectación y vergüenza.

—Soy el inspector Duarte y él es el inspector Graf. Somos agentes de la Interpol. ¿Podemos pasar?

Hedwig duda por unos instantes.

—¿Es en relación con mi marido? ¿Lo han encontrado? —pregunta, llevándose una mano al pecho con cierto aire de teatralidad.

—No. Lo lamento, pero aún no. Hemos venido porque necesitamos hacerle unas preguntas.

Hedwig se aparta de la puerta y, con un gesto, los invita a pasar.

Oriol y Markus entran en la casa sin necesidad de que ella los guíe; la puerta queda entreabierta. El interior revela la huella de días agitados: no hay un caos absoluto, pero sí un desorden que habla por sí solo. En el pequeño recibidor se amontonan un par de chaquetas mal colgadas y, desde la cocina, llega el reflejo rojizo de una copa de vino a medio terminar sobre la encimera, junto a un plato sin lavar.

Al avanzar hacia el salón, la escena se repite con pequeños detalles que completan el cuadro: ropa tirada en el respaldo del sofá, un libro abierto boca abajo en el suelo, un montón de papeles sobre la mesa auxiliar.

—Disculpen el estado de la casa —dice Hedwig, apresurándose a recoger una bufanda para dejarla sobre una silla—. Han sido un par de días muy duros desde que desapareció mi marido. Después, les indica con un gesto que tomen asiento.

Oriol se sienta junto a Markus en el sofá. Hedwig se hunde en el sillón contiguo, acomodándose como quien intenta mantener la compostura.

—Queríamos hablar sobre eso —empieza Oriol, con voz tranquila —. ¿Cree que su marido ha podido irse voluntariamente?

Hedwig niega de inmediato, con un movimiento corto y firme. Se yergue, esforzándose por mostrar desacuerdo con la mera insinuación de esa posibilidad.

—La agente de policía que vino el primer día me hizo la misma pregunta. Ya se lo dije entonces: es imposible.

—Conoce bien a su marido, entonces —Oriol mantiene la mirada fija en ella, atento a cada inflexión.

—Muy bien —responde sin titubeos—. Llevamos más de diez años casados. No tenemos secretos.

Oriol cruza una pierna sobre la otra, sin bajar la guardia.

—Comprendo. ¿Es posible que su marido tenga problemas con alguien?

—Mi marido no tiene problemas con nadie —responde ella con un tono seco, casi ofendido.

Oriol intercambia una mirada fugaz con Markus antes de continuar.

—Hemos revisado su situación financiera —dice—. Es muy mala, señora Winter. Un simple vistazo a las cuentas da vértigo: varios préstamos, ingresos muy bajos…

Ella se lleva una mano al pecho, respirando hondo.

—¿Y qué? ¿Por ir justos de dinero hemos de tener problemas con otras personas?

—Yo no he dicho eso, señora Winter —aclara Oriol—. He dicho que su situación económica es preocupante y, si me hubiera dejado usted terminar, le habría preguntado si es posible que su marido recurriera a un atajo. Un préstamo que un banco no concedería con las actuales condiciones, pero que determinadas personas sí.

—Las cuentas las lleva él. Yo… yo no sé hasta qué punto vamos tan justos de dinero.

—Eso mismo le he dicho yo al inspector Duarte —interviene Markus tal como habían acordado, entrando en la conversación para no dejar que Oriol cargue con todo el peso—. Después de todo, su marido acaba de comprarse un Mercedes carísimo.

Hedwig desvía la mirada al suelo; parece no saber qué decir o cómo actuar.

—¿A qué se dedica usted? —pregunta Markus con voz suave.

—No trabajo a tiempo completo —explica, entrelazando los dedos como si buscara algo a lo que aferrarse—. Solo cuido al hijo de unos vecinos cuando lo necesitan. Hago de canguro. Se me dan bien los niños.

Markus asiente, anotando mentalmente el dato.

—¿Y por qué usted y Andreas no han tenido hijos? —lanza, manteniendo el tono neutro.

Hedwig respira por la nariz antes de responder, con una franqueza que desarma.

—Andreas no quiere; tuvo una infancia difícil. Nunca llegó a conocer a su padre; era un desconocido con el que su madre se acostó una noche y luego desapareció. Quizá por ese motivo… No sé.

La respuesta queda suspendida en el aire unos segundos, cargada de resignación por su parte. Markus mira de reojo a Oriol, atento a su reacción. Él se inclina ligeramente hacia delante, retomando el control de la conversación antes de que Hedwig pueda refugiarse de nuevo en respuestas vagas.

Ha llegado el momento de apretar.

—¿Ha salido esta mañana, señora Winter?

Ella parpadea varias veces, sorprendida por la pregunta.

—No… no he salido.

Oriol ladea la cabeza, observándola con detenimiento.

—¿A dónde iba ahora? Se ha arreglado mucho.

Hedwig frunce el ceño, incómoda. Durante un segundo parece debatirse entre sostener su versión o corregirla.

—A hacer unos recados —responde al final—. Estaba esperando a que la policía, de una vez por todas, hiciera su trabajo y me dijera que habían encontrado a mi marido, pero como nadie ha contactado conmigo, necesitaba salir y despejarme.

Oriol deja que la frase se asiente en la estancia. Después, esboza una sonrisa breve, burlona y lo bastante incisiva para que a ella se le crispen los labios en una mueca de desconcierto.

—¿Qué significa esa sonrisa? —pregunta Hedwig, tensando la espalda contra el sillón.

Oriol no aparta la mirada.

—Sé a dónde ha ido esta mañana, señora Winter. Y sé que ha encontrado el maletín. Así que podemos hacerlo de dos maneras: puede contarme en qué líos está metido su marido o puedo detenerle y llevarle a comisaría para que hablemos allí.

El golpe es directo. Hedwig se cubre la cara con ambas manos, como si necesitara protegerse del impacto. Luego las baja despacio y fija los ojos en Oriol, aterrada.

—No sé de qué me habla. No he ido a ninguna parte. No he encontrado nada. Está equivocado.

Oriol no discute. Simplemente, lleva la mano a su bolsillo, coge su móvil, lo desbloquea y reproduce la grabación. Luego gira la pantalla hacia Hedwig.

En el vídeo se ve con claridad la fachada de su segunda propiedad, la pequeña casa al otro lado del Elba, en medio de un campo repleto de escombros. La cámara espía capta el momento exacto en el que ella sale apresuradamente con un maletín oscuro en la mano. Mira hacia ambos lados antes de cerrar la puerta y se aleja.

Hedwig palidece al instante. Sus labios se separan, pero ninguna palabra consigue salir. Solo queda el silencio, espeso e incriminatorio, envolviendo la habitación.

Oriol mantiene la pantalla a la vista unos segundos más. Después, la baja lentamente. La mirada de Hedwig, clavada en él, ya no es desafiante. Es la de alguien atrapado sin escapatoria en su propia mentira.

—Yo no sabía que el maletín estaba allí —susurra Hedwig, apenas levantando la vista del suelo.

—Entonces, ¿por qué fue? —pregunta Oriol, sin dureza, pero sin permitirle escapar.

Ella aprieta la mandíbula.

—Es complicado…

Oriol intercambia una mirada con Markus mientras vuelve a guardar su móvil.

—¿Tiene prisa, inspector Graf? —pregunta con ironía.

Markus se acomoda mejor en el sofá, cruzando los brazos.

—Ninguna. De hecho, estoy deseando conocer la historia. ¿Por qué no nos la cuenta, señora Winter?

—Desde el principio —añade Oriol.

Hedwig cierra los ojos un instante y suelta un suspiro prolongado. Cuando los abre, una lágrima se desliza sin resistencia por su mejilla. No intenta limpiarla. Solo inspira, temblorosa.

—Hace tiempo que Andreas y yo no estamos bien —empieza—. Él… ha vivido mucho estrés desde que empezó a trabajar por su

cuenta. Y eso nos ha hecho daño. Mucho daño. Hubo una época en la que no teníamos dinero y… —traga saliva— fue justo cuando la madre de Andreas enfermó.

Oriol asiente, atento.

—¿Qué le sucedió?

—Nos llamaron una mañana desde la residencia donde estaba ingresada los últimos dos años. —Hedwig juega nerviosamente con sus manos—. La habían encontrado tirada en el suelo en muy mal estado. Tenía fiebre y… parecía que había perdido la noción de todo. Llamaron a una ambulancia y la ingresaron. Murió dos días después.

La voz se le quiebra en la última palabra. El silencio que sigue no es incómodo, sino tenso. Hedwig baja la mirada, como si lo que viene a continuación pesara demasiado.

—¿Cómo puedo saber —pregunta ella al fin, en un hilo de voz— que si les cuento todo lo que sé… no me pasará nada?

Oriol apoya los codos en las rodillas, inclina el cuerpo hacia adelante y habla con una serenidad firme.

—No lo sabe, señora Winter. Porque nadie le ha dicho que eso vaya a suceder. Lo que le suceda o no dependerá de su implicación en los hechos y de lo graves que estos sean. Si no quiere hablar, no lo haga. La llevaremos a comisaría y podrá consultar con un abogado —hace una pausa breve—. Pero tenga por seguro que no descansaré hasta saber toda la verdad.

Hedwig niega varias veces, con los ojos vidriosos.

—Yo no he hecho nada malo.

—Entonces, le sugiero que nos cuente todo lo que sabe —concluye Oriol—. Si es así, nosotros le ayudaremos, tiene mi palabra.

Hedwig respira hondo, como si las palabras que está a punto de pronunciar hubieran estado guardadas demasiado tiempo.

—Hubo algo que la madre de Andreas le dijo antes de morir y que lo cambió todo —empieza, frotándose las palmas húmedas contra los muslos—. Algo que… le descolocó por completo. Desde ese momento, Andreas fue otro hombre.

Oriol se inclina un poco más, atento.

—¿Qué fue?

—Le dijo que la historia que le había contado sobre su padre era mentira —Hedwig baja la voz—. Que ella sí sabía quién era, que estaba vivo… Y que vivía cerca de Stade.

Markus alza una ceja, sorprendido. Oriol no pestañea.

—¿Y él le creyó? —pregunta Markus, con cautela.

—Al principio no. Pensaba que estaba delirando por la fiebre, que la enfermedad le estaba confundiendo —Hedwig niega despacio—. Pero ella insistió. Le dijo el nombre. Le explicó todo con detalles. Cosas que… que nadie podría inventarse en ese estado.

Oriol entrelaza los dedos con impaciencia evidente.

—¿Quién era su verdadero padre?

Hedwig levanta la vista; las lágrimas han inundado su rostro.

—Lukas Zimmermann.

24

La noticia cae como una bomba y los inspectores permanecen en silencio durante los segundos posteriores, intentando asimilar lo que acaban de escuchar. Oriol siente que, pieza a pieza, el rompecabezas que lleva días arrastrando comienza por fin a encajar.

Aquella nota dentro del maletín, en la que Lukas Zimmermann, «LZ» escribió: «Espero que esto compense el daño causado», tiene ahora todo el sentido del mundo. También empiezan a cobrar fuerza varios escenarios que el inspector Duarte ha ido imaginando en su cabeza como posibles explicaciones a lo sucedido. Por fin cree tener una idea de por dónde pueden ir los tiros.

Markus, sentado a su lado, mantiene los brazos cruzados y la mirada fija en Hedwig, como si temiera perderse cualquier matiz de lo que está relatando. Todo aquello —la tensión en la voz de la señora Winter, su manera de ordenar los recuerdos, incluso los temblores que intenta disimular en las manos— les revela más de lo que ella dice con palabras.

Y así, en un tenso escenario compartido por tres personas, ella empieza a explicarlo todo con lujo de detalles. Les cuenta cuál fue la versión oficial, la que todo el mundo dio por buena durante cuatro décadas. Aquella que Andreas repitió como un dogma porque su madre, Ingrid Winter, la sostuvo desde que él nació.

Cuenta que, según Ingrid, Andreas era hijo de un soldado americano destinado en Alemania Occidental a finales de los años setenta, en plena tensión con la Unión Soviética. Aquel hombre, un militar al servicio de la OTAN, formaba parte del operativo de defensa que recorría bases y ciudades a la espera de un ataque soviético que nunca llegó. Ingrid lo habría conocido una noche en Hamburgo, mientras tomaba algo con unas amigas. Una salida espontánea, una copa de más y, según su relato, un encuentro fortuito con un extranjero que la sedujo en cuestión de minutos. Terminaron teniendo sexo en un callejón lateral, oscuro y húmedo, junto a unos contenedores de basura. Nada romántico. Nada

memorable. Solo un instante impulsivo que, nueve meses después, se convirtió en Andreas Winter.

Una historia de película, salvo porque no era verdad.

Ni una sola palabra.

Hedwig continúa hablando de la infancia de Andreas con un gesto que refleja la compasión adquirida durante los años compartidos. Les explica que no fue fácil. Creció sin una figura paterna, mirando de reojo a sus compañeros de clase, envidiando las vidas que nunca tuvo. Ingrid trabajó como pudo para sacarlo adelante, encadenando empleos, siempre justa de dinero, siempre cansada. Fueron una familia humilde y solitaria. Aunque eso no justifique sus acciones posteriores, Andreas arrastró durante años la sensación de haber sido abandonado antes incluso de nacer.

Andreas nunca mostró interés por su supuesto padre, el soldado americano que nunca existió. Lo repudiaba, de hecho, y en más de una ocasión, cuando hablaron de ello, manifestó que no tenía el más mínimo interés en llegar a conocerlo.

Y entonces, según Hedwig, todo cambió. Antes de morir, Ingrid reunió las fuerzas suficientes para confesarle la verdad a su hijo. Una verdad que desmontaba por completo la historia del soldado americano. Una verdad que abrió una grieta en Andreas y lo convirtió en una persona totalmente distinta.

Ahora sabía que su verdadero padre era un hombre rico y bien posicionado. Y eso era diferente.

Mientras Hedwig sigue hablando, Oriol la observa con mucha atención; no quiere perderse ni un solo detalle de lo que cuenta.

Sabe leer a las personas y entiende que esa mujer que ahora se deshace en lágrimas contando punto por punto lo sucedido está diciendo la verdad. No tiene dudas al respecto.

Además, todo cuadra y sirve para ordenar piezas. Han dado un paso muy importante en la resolución del caso.

—¿Por qué Ingrid Winter no le contó nada a su hijo nunca? —pregunta Oriol, controlando la voz; teme que un tono más alto la lleve a cerrarse en banda.

Hedwig entrelaza los dedos, tensos, hundidos en su regazo.

—No lo sé —responde—. Solo sé que desde aquel momento mi marido y yo dejamos de ser un matrimonio. Él se obsesionó con esa historia y se olvidó de todo lo demás. Supongo que Ingrid Winter no quería causarle problemas al señor Zimmermann. Es alguien muy conocido.

—¿Usted llegó a escuchar esa historia? —pregunta Markus.

—Sí. Yo estaba delante cuando Ingrid se lo contó a su hijo —Hedwig carraspea y se toma unos segundos para recomponerse—. Le dijo que ella trabajaba para Lukas Zimmermann. Él aún no era el famoso empresario en el que se convirtió, pero había fundado su empresa unos años atrás y le iba bien. Ella trabajaba en la recepción de su oficina. Contestaba al teléfono, enviaba faxes, recibía a los clientes… En aquel entonces, ella era una mujer hermosa. Créanme, he visto fotos y era una mujer de revista.

Oriol asiente con un gesto breve. Markus observa en silencio.

—Continúe, por favor —pide el inspector Duarte.

—Lukas Zimmermann estaba casado y su mujer estaba embarazada de Walton Zimmermann, que es el actual director…

—Sabemos quién es —interrumpe Oriol—. Continúe, por favor.

—Según Ingrid, el señor Zimmermann siempre intentaba acercarse a ella; era muy incómodo. Creía tenerlo todo controlado: sonreía cuando tocaba y cambiaba de tema cuando la conversación se ponía demasiado tensa, hasta que…

Se le entrecorta la voz.

Markus se inclina hacia delante, dispuesto a hablar, pero Oriol le agarra el brazo y le indica con un gesto que espere. Tras unos segundos en los que ambos temen que diga lo que va a decir, lo dice.

—Hasta que la forzó —Hedwig se tapa la cara con las manos. Durante unos segundos, solo se escuchan sus sollozos.

—¿Por qué nunca denunció? —pregunta Oriol.

—Ingrid dijo que, a los pocos días de suceder aquello, Zimmermann la despidió. Eran otros tiempos. En esa época nadie se hubiera preocupado por una mujer que aseguraba haber sido violada por su jefe. Quizá no le hubiera pasado nada. Ella tuvo que tomar una decisión y decidió mantener a su hijo al margen. Inventarse una

historia que sonara mejor y que no supiese que su padre era un desgraciado.

Oriol piensa a toda velocidad. Intenta entenderlo todo, enfocándolo desde diferentes puntos de vista. Necesita aclarar algunos puntos.

Le sostiene la mirada a Hedwig y le lanza una pregunta.

—¿Qué hizo su marido después de enterarse de que Lukas Zimmermann era su verdadero padre?

—Desde ese momento mi marido no atiende a razonamientos. Empezó a investigar por su cuenta la nueva versión de su madre. Todo dio un giro cuando, por casualidades del destino, encontró a una mujer a la que le habían expropiado su casa para hacer una autovía. La empresa adjudicataria era la del señor Zimmermann. No recuerdo su nombre…

—Luisa Busch —afirma Oriol, seguro.

Hedwig abre los ojos de par en par.

—Usted ya lo sabía…

—Esa parte, sí —admite Oriol, apoyando un codo en su rodilla—. Encontré el maletín antes que usted, pero ya llegaremos a eso. Continúe por donde su marido conoce a Luisa Busch.

Hedwig asiente con los párpados caídos.

—Andreas le ofreció llevar su caso gratis y… claro, la mujer aceptó. Pero la verdadera intención de Andreas era tener una excusa para acercarse al señor Zimmermann. Desde ahí, todo lo que viene después son especulaciones mías. Mi marido y yo ya no hablamos, así que me baso en anotaciones que he ido encontrando en su escritorio… en cosas que le he oído decir… en su historial de búsqueda en el ordenador… —hace un gesto casi imperceptible con las manos—. Ya sabe, ese tipo de cosas que hacen las personas cuando necesitan respuestas y no las obtienen de quien deberían.

—No estoy aquí para juzgar eso, señora Winter —dice Oriol con calma—. Cuénteme lo que descubrió.

Hedwig aprieta los labios antes de continuar.

—A mi marido no le iba bien. Tras la muerte de su madre, ya no le interesaba buscar nuevos clientes y el dinero dejó de llegar. Sin embargo, de algún modo pagaba las facturas, así que yo pensé que

debíamos de tener algo de dinero guardado, pero no era así. Un día apareció aquí un hombre preguntando por él. A Andreas le cambió la cara al verlo y salieron a hablar. Escuché lo que pude desde la ventana. Ese hombre le pedía dinero, le decía que se había retrasado en el pago y que, si no pagaba, habría consecuencias. Supuse que le había prestado dinero.

Oriol y Markus intercambian una mirada rápida, atentos. Hedwig continúa sin detenerse.

—La situación iba de mal en peor. Yo quería el divorcio. No sentía nada por Andreas, pero tampoco tenía dónde ir… Lo he pasado francamente mal.

Oriol ladea la cabeza.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que mi marido apareció con el Mercedes —responde ella, cargando cada palabra con incredulidad—. Imagínese… Aquí en casa no había dinero para nada, pero él se compró un coche carísimo. Ropa cara, relojes… Empezó a derrochar y se olvidó de mí por completo. Salía a primera hora de la mañana y no volvía hasta la noche, a veces de madrugada. Dormíamos en camas separadas y no nos dirigíamos la palabra.

—¿No ha intentado hablar con él? —pregunta Markus.

—Muchas veces, pero él nunca contesta. Me dice que no es asunto mío y que lo deje en paz. Estoy atrapada en un mundo al que no quiero pertenecer, y sin opción de salir de él.

Oriol anota mentalmente cada detalle.

—¿Nunca le dijo de dónde procedía el dinero?

—No. Llegué a pensar de todo: que se había metido en la droga, que había extorsionado a Lukas Zimmermann… cualquier cosa. Pero un día le escuché hablando por teléfono —Hedwig hace una pausa breve—. Dejé el grifo abierto mientras estaba en el baño y él debió creer que no le escuchaba. Pero lo oí… estaba hablando con alguien, con un tono alegre y distendido. Justo antes de colgar, lo dijo.

Oriol se inclina hacia delante.

—¿El qué?

Hedwig respira hondo, como si las palabras aún pesaran.

—Dijo: «Gracias, papá».

Oriol mantiene la mirada fija en Hedwig, atento a cada matiz de su voz, a cada sombra que cruza su rostro.

—Dígame algo más: ¿cómo sabía que el maletín estaría allí escondido? —pregunta al fin.

—No tenía ni idea, de verdad —admite ella, sin intentar suavizar la respuesta.

Se aparta un mechón del rostro, nerviosa, y continúa:

—Hace un par de días, cuando Andreas no regresó a casa, supuse que se había marchado, que me había abandonado. Llamé a la policía por despecho, para que fuesen tras él y, si andaba metido en algún asunto turbio, la culpa le cayera encima. Ya no siento ningún tipo de cariño por él.

Oriol escucha en silencio. Markus, a su lado, apenas se mueve.

—Sin embargo —prosigue Hedwig—, con el paso de las horas, empecé a pensar y llegué a la conclusión de que quizá no se había ido por voluntad propia; que podía haberle pasado algo. Él ahora tiene dinero, o eso parece por el coche y por las compras, aunque yo no vea ni un euro de eso.

Se le quiebra un instante la voz, aunque no derrama lágrimas. Luego, continúa hablando:

—Pensé que en algún lugar tendría que esconder el dinero. Porque aquí, en casa, no estaba. Ya había buscado por todos los rincones posibles.

Oriol asiente despacio, invitándola a seguir.

—Entonces fui a la casa de su madre. Recordé que una de las veces que la visitamos cuando todavía… Bueno, cuando todavía nos queríamos, me explicó que detrás del armario había un hueco en la pared. Un escondite que usaba cuando era pequeño.

Oriol siente cómo una pieza encaja. Markus también se inclina un poco hacia delante.

—Fui a la casa a probar suerte —continúa ella—. Sabía que Andreas había cambiado la puerta por una nueva. Decía que la vieja era muy insegura y que cualquiera podía entrar. Se gastó una fortuna en la puerta nueva, así que pensé que podría estar escondiendo algo dentro.

Se queda en silencio. Una confesión completa, sin adornos. Solo una mujer agotada contando la parte de la historia que le queda.

Oriol intercambia una mirada rápida con Markus. Ahora, por fin, empiezan a comprender el camino que siguió Andreas.

Hedwig aprieta los labios, recuperando un atisbo de firmeza en medio de su desorden emocional.

—No soy tonta —concluye—. A Andreas se le veía muy nervioso desde que murió Lukas Zimmermann. Yo lo supe por las noticias. Intenté sacarle el tema un par de veces, pero cada vez que lo hacía cogía las llaves del Mercedes y se iba sin decir nada.

Oriol respira hondo.

—Nos ha ayudado mucho, señora Winter. ¿Dónde está el maletín? Lo necesitamos.

Hedwig asiente, derrotada.

Se levanta despacio y abandona la estancia. Sus pasos suenan por la escalera mientras sube al piso de arriba. Oriol y Markus intercambian una mirada breve; ninguno habla. Solo escuchan el murmullo lejano de un cajón al abrirse, un golpe sordo y luego un silencio espeso.

Cuando Hedwig baja de nuevo, lo hace llorando. Sostiene el maletín con ambas manos, sin mirarlo directamente.

Lo coloca frente a Oriol y, antes de soltarlo, pregunta con un hilo de voz:

—¿Cree que le ha pasado algo a Andreas, inspector?

Oriol la mira. No parpadea, no suaviza nada. No contesta. Se pone unos guantes de vinilo para coger el maletín.

Lo toma y lo abre allí mismo. El dinero está colocado exactamente igual que hace un par de días, ordenado con precisión. Oriol lo inclina hacia delante y deja caer varios fajos al suelo adrede. Los billetes se esparcen sobre las baldosas, formando una pequeña montaña.

Una cantidad suficiente para empezar de nuevo.

Más que suficiente.

Hedwig lo observa en silencio, con la respiración temblorosa. Oriol cierra el maletín, se lo lleva a un lado y le sostiene la mirada durante un segundo más.

—Cuídese, señora Winter.

Se despide con un leve gesto y se gira.

Markus ya está en la puerta. Ambos abandonan la casa sin decir una palabra. El silencio que dejan atrás habla por ellos.

25

Oriol y Markus abandonan la casa de los Winter en silencio, dejando atrás el llanto sofocado de Hedwig y el eco de una nueva verdad que ha sido desvelada. El día es más frío ahora; el cielo está cubierto de nubes oscuras que amenazan con descargar. Atraviesan el pequeño y destartalado jardín. Apenas han dado unos pasos cuando Oriol se detiene frente al Volkswagen Polo. Se agacha, aparentando recolocarse el zapato, y al incorporarse desliza la mano bajo la carrocería del coche. Apenas un segundo. Un gesto limpio e imperceptible. Luego sigue caminando sin volver la vista atrás. Ni Markus se ha dado cuenta.

Suben al Skoda. Oriol percibe al instante la tensión en Markus: las rodillas inquietas, los dedos golpeando el reposabrazos, los hombros ligeramente adelantados. Está ansioso por dar el siguiente paso. Por avanzar. Por salir del punto muerto.

Nada más cerrar la puerta, como no podía ser de otra manera, Markus dispara la pregunta.

—¿Qué opinas? ¿Crees que dice la verdad?

Oriol arranca, deja que el motor ronronee un par de segundos y asiente con firmeza.

—Sin duda. Era evidente que había una relación entre Zimmermann y Andreas Winter; ahora sabemos cuál. Yo pensaba en algún tipo de soborno o extorsión, algo relacionado con la expropiación cuando construyeron la autovía… Creía que Andreas había descubierto una irregularidad y estaba sacando tajada.

—¿Y la historia del préstamo? A mí me ha sonado un poco mal. Algo oportunista.

—Eso también es verdad. Encontré una nota en su buzón. Había una nota con un mensaje dirigido a Andreas en el que se le pedía que pagara sus deudas. Así que esa parte de la historia también cuadra.

Markus lo mira de reojo.

—Entonces, ¿la crees? ¿No te parece que podría haber maquillado su parte? ¿Que esté más implicada de lo que dice?

Oriol niega sin dudar.

—Si fuese así, no conduciría un Volkswagen hecho trizas mientras su marido se pasea en un Mercedes de más de cien mil euros. No. A Hedwig no se le puede achacar nada. En cualquier caso, dejarle algo de dinero ha sido parte del plan. Ahora tiene la oportunidad de huir. Lo más adecuado sería avisar a Elsa Wolf para que le pusiera vigilancia y pincharle el teléfono… Pero entonces se preguntaría por qué investigamos a la mujer de un hombre desaparecido que, en apariencia, no tiene ninguna relación con el caso Zimmermann.

Hace una pausa breve antes de revelar lo esencial.

—Por eso le he puesto un localizador debajo del coche. Si intenta huir, lo sabremos. Y podremos actuar.

Markus levanta las cejas y pone cara de asombro.

—Antes… ¡Cuando te has agachado! —exclama, señalando hacia atrás con el dedo.

Oriol esboza una leve sonrisa.

—Eres increíble…

—Ahora solo falta averiguar quién mató a Andreas, y sospecho que Walton Zimmermann está implicado de una u otra forma. Es la persona más damnificada —responde Oriol—. Piénsalo: eres hijo único, vas a heredar un imperio familiar, director de la empresa, buena posición social… Creces con esa idea en la cabeza y estructuras tu vida alrededor de ese futuro. Cuando, de repente, un día descubres que tienes un hermano un año menor que tú, abogado, ambicioso… y que también quiere su parte del pastel. Todo se desmorona.

Markus frunce el ceño.

—¿Crees que Lukas Zimmermann se lo contó a su hijo Walton?

—Eso no lo tengo tan claro. No estoy seguro de que tuviera el valor necesario para hacerlo. No tengo dudas de que Walton debió enterarse de la existencia de Andreas y aprovechó la enfermedad de Ben Otto para hacer un trato con él y quitarse a su padre de en medio. Pero… ¿por qué? ¿Por qué matarías al hombre que te lo ha dado todo? Por mucho que ese hombre te haya mentido durante

años, eso no justifica un asesinato tan premeditado —Oriol afloja ligeramente la presión sobre el volante, pensando en voz alta—. La única razón que encuentro plausible, después de darle muchas vueltas, es que Lukas le ofreciera algo a Andreas que perjudicaba a Walton, poder, dinero o ambas.

Hace una pausa breve.

—Y si lo piensas, encaja. ¿Recuerdas que encontré a la abogada de los Zimmermann en el hospital donde estaba ingresado Ben Otto?

—Claro, me lo contaste —apunta Markus.

—Katharina Bergmann no debería haber estado allí. No tiene ningún sentido que visitara a Ben Otto en el hospital. Además, estaba bajo vigilancia policial al ser un preso; no podía recibir visitas. Tan solo dejaron entrar a su mujer porque su situación era terminal. Podría ser casualidad, Katharina podría haber estado allí por otro motivo, sí, pero entonces ¿por qué huyó al verme? Esa mujer tiene algo que ver. Creo que acudió al hospital Marien para reunirse con Hannelore Kaya, la mujer de Ben Otto, y cumplir la parte del trato que Walton Zimmermann le prometió tras matar a Lukas fingiendo un arrebato de ira.

Markus se cruza de brazos y se lleva una mano a la mandíbula.

—Es… La verdad es que no le encuentro un punto flaco a esa historia —comenta el inspector Graf—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Deberíamos hablar con ella —asegura Oriol—, pero si no tenemos algo sólido, se atrincherará. Es abogada. Está acostumbrada a estos juegos. Así que tendremos que buscar la manera de demostrarlo.

Markus asiente despacio.

—Entiendo.

—Creo que lo más probable —continúa Oriol—, aunque es solo una hipótesis, es que la abogada fuese la primera en recibir la noticia. Tal vez Lukas Zimmermann le dijera que quería cambiar su testamento y eso lo precipitara todo. Supongo que Katharina se lo hizo saber a Walton y entonces lo planificó todo.

Markus se queda pensativo unos segundos.

—Parece bastante acertado. ¿Tienes pensado cómo demostrarlo?

—Tengo una idea, sí. Por eso nuestra siguiente parada es el zoológico. Luego te explicaré por qué.

Markus no oculta la reacción: una pequeña sonrisa espontánea que ilumina su cara un instante. Ese gesto basta para dejar claro lo que piensa. Le está encantando trabajar con Oriol a pesar del atropellado inicio del caso.

El Skoda avanza por Harburger Straße —la calle donde se encuentra la residencia de los Winter— y se desvía hacia la derecha; Oriol conoce el camino. Markus revisa algo en su móvil mientras el inspector Duarte conduce. La ruta hasta el zoológico no es larga, apenas unos minutos entre edificios comerciales, rotondas y fachadas residenciales que se suceden en el paisaje.

El recuerdo trabajado esa misma mañana con la doctora Krause palpita con una claridad inesperada. Ahora lo siente más definido, como si una capa de niebla hubiera retrocedido. Empieza a comprender, de algún modo, que aquel instante en el banco con la mujer rubia no fue un encuentro agradable: en ese momento él ya sabía lo que había sucedido. Ya cargaba con una mala noticia, había descubierto algo que lo cambiaba todo. Y ese peso fue lo que desvió aquella relación incipiente, truncándola antes incluso de que pudiera empezar.

Sentía decepción. Lo vive ahora con intensidad, y el sentimiento se instala en lo más profundo de su ser. Se había quedado en Stade por la investigación, pero también por ella; quería conocerla, quería darle una oportunidad.

No salió bien.

Aún faltan huecos por rellenar en sus recuerdos, pero el círculo se estrecha. Ya casi puede verla. Ya casi puede alcanzarla; sus sospechas empiezan a dibujarse y tiene la sensación de que pronto sabrá con seguridad quién es.

No quiere precipitarse.

Llegan al zoológico y dejan el Skoda en el aparcamiento de la plaza. El aire huele a tráfico, humedad y algo de carbón procedente de los puestos callejeros. Markus sigue a Oriol, atento a cada paso, mientras cruzan la explanada.

El inspector Duarte se dirige sin dudar al puesto de castañas. La mujer que lo atiende frunce el ceño al verlo llegar; lo reconoce al instante.

—Hola —dice él.

—¿Tú otra vez? ¿Qué quieres ahora?

—Dos cartuchos de castañas, por favor.

Ella resopla, pero empieza a prepararlos. Cuando va a cobrar, Oriol le tiende un billete de veinte euros. La mujer calcula el cambio con rapidez, pero él levanta una mano, indicándole que no hace falta.

Ella alza las cejas, desconfiada.

—¿Vas a decirme ya qué es lo que quieres? —pregunta, cruzándose de brazos.

Oriol esboza una sonrisa breve. Luego mete la mano en el bolsillo del abrigo, saca el móvil y busca una imagen. El perfil de LinkedIn de la abogada Katharina Bergmann aparece en pantalla. Amplía la foto y se la muestra.

—¿Es ella quien estaba conmigo en el banco aquel día?

La mujer tarda en responder. Entorna los ojos, acerca ligeramente la cara al móvil. Se queda un buen rato observando, comparando cada rasgo con su recuerdo.

Finalmente, asiente.

—No es que vea muy bien de lejos, y aquel día esa chica llevaba el pelo recogido en un moño…, pero sí. Creo que es ella.

—De acuerdo —dice Oriol, guardando el teléfono—. Me ha ayudado mucho, señora. Prometo no volver a molestarla durante un tiempo.

Ella se encoge de hombros.

—Si me vas a dar esas propinas, puedes venir cuando quieras.

Oriol se aleja con una media sonrisa en el rostro, con Markus siguiéndolo tres pasos por detrás, sin ocultar su curiosidad por lo que vendrá a continuación.

—¿No vas a explicarme qué demonios ha sido eso?

—Todo a su debido tiempo, Markus.

Avanzan entre el murmullo constante de la plaza. Les llega un leve vapor dulce de las castañas recién hechas, que todavía sienten calientes en las manos. Caminan en silencio hacia la entrada del zoo,

donde un grupo numeroso de niños forma una cola caótica. Muchos llevan mochilas de colores y bufandas a medio poner; ríen, empujan, se ordenan y se desordenan ante la mirada fatigada de dos profesoras que intentan mantenerlos en fila. Deben de llevar un buen rato esperando, piensa Oriol, porque algunos ya golpean el suelo con el pie, impacientes por entrar.

Cuando se sitúan frente a la ventanilla, Markus se coloca un paso atrás mientras Oriol saca su placa de la Interpol. La exhibe con firmeza.

—Hola. Necesitamos hablar con el encargado —le dice a la persona tras el mostrador.

La empleada, una mujer de mediana edad con expresión neutra, asiente sin hacer preguntas y desaparece hacia el interior del edificio. Pasa un minuto. Quizá dos. Lo suficiente para que los niños, al ver las placas, comiencen a cuchichear, tratando de adivinar si hay un animal suelto.

Finalmente, aparece una mujer joven con la indumentaria oficial del zoo: pantalón verde oscuro, polar del mismo tono y una gorra que parece recién estrenada. Se acerca con prisa, pero cuando está frente a ellos reduce el paso. Parece algo nerviosa.

—Soy Lena Hoffmann, jefa de turno —dice, intentando sonreír. Su voz tiembla ligeramente.

Oriol se adelanta y la saluda.

—Inspector Oriol Duarte. Y él es el inspector Markus Graf. —Hace una breve pausa, lo justo para que la joven levante la mirada—. Necesitamos hacerle unas preguntas relacionadas con un caso en el que estamos trabajando.

Lena traga saliva.

—¿Un… caso? —pregunta ella, con un hilo de voz.

—Solo necesitamos unos minutos —aclara Oriol, manteniendo un tono sereno que no admite evasivas—. Es importante.

La joven asiente rápido. Mira hacia los niños, luego hacia ellos, y da un paso atrás.

—Podemos hablar ahí dentro —propone, señalando un pequeño pasillo lateral que conduce a las oficinas del personal—. Dejad que les diga a mis compañeros que me ausento un momento.

Oriol inspecciona visualmente el entorno mientras ella se aleja. Se fija en los accesos, en la información colgada en los carteles publicitarios, en el personal que va y viene… Intenta captar toda la información posible.

Lena regresa enseguida y los guía al interior. En cuanto cruzan la puerta de servicio, Oriol decide ir directo al punto que le interesa.

—Necesito saber si aquí disponen de especies venenosas —suelta, sin ningún tipo de preámbulo.

Lena parpadea, sorprendida por lo abrupto de la pregunta.

—Sí… claro. Tenemos una zona dedicada exclusivamente a especies exóticas —se aclara la voz—. Hay varias vitrinas con ejemplares venenosos: distintas arañas… *Phoneutria nigriventer*, *Latrodectus tredecimguttatus*… también algunas ranas venenosas, *Phyllobates terribilis*, *Dendrobates tinctorius*, y varias serpientes… *Vipera berus*, *Naja nigricollis*, *Bothrops asper*…

La precisión de los nombres sorprende incluso a Markus.

—Veo que sabe de lo que habla. ¿Podría enseñarnos esa zona, por favor? Nos gustaría verla —pregunta Oriol.

Lena asiente, visiblemente tensa, y les hace un gesto para que la sigan. Avanzan por uno de los principales caminos del zoo. El recinto está limpio y cuidado. De fondo se oyen los gritos agudos de los niños que hacían cola en la entrada.

Los pequeños, ahora repartidos en grupos alrededor de una enorme cristalera, observan con la boca abierta a un león que descansa junto a una roca, ajeno a la expectación.

El camino continúa serpenteando hasta una estructura semienterrada con un rótulo verde oscuro: «Exotische Arten – Gefährliche Exemplare». Lena abre la puerta y un pasillo largo y estrecho los recibe con penumbra. La iluminación es baja de manera deliberada, para resaltar las vitrinas y terrarios que brillan a ambos lados. Hay una alternancia de luces cálidas y frías que subrayan las escamas, los colores fluorescentes o los movimientos mínimos de cada criatura.

Oriol avanza despacio, atento. Lo primero que analiza son los accesos: una única entrada visible, además de una salida en el extremo opuesto del túnel. Y las cámaras. Dos en total, una en cada

extremo del pasillo, inclinadas hacia el centro. Funcionan, piensa, porque sus luces piloto parpadean con regularidad.

—¿Son venenosas de verdad? —pregunta—. ¿O al vivir en cautiverio han perdido esa capacidad?

—Lo son, lo son —asegura Lena inmediatamente—. Salvo alguna rana que necesita ingerir ciertas especies de hormigas para generar un veneno tóxico, el veneno es biológico, no… no desaparece por estar en un zoo.

Oriol intercambia una mirada con Markus antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Alguna de estas especies podría matar a una persona?

Lena se muerde el labio. Su nerviosismo vuelve a aflorar. Mira alrededor como si buscara apoyo en las paredes.

—Para esas preguntas… es mejor que les atienda alguien más cualificado —admite—. Voy a llamar a nuestra experta en especies venenosas. Se llama Margot Brückner. Lleva cinco años aquí y… sabe muchísimo más que yo. ¿Les parece bien?

—Por supuesto —dice Oriol.

En ese mismo momento, una trabajadora joven, con una coleta tirante y un cubo de productos de limpieza, está agachada, frotando con cuidado el cristal de una vitrina. Lena se acerca y le murmura algo al oído. La chica asiente, deja los útiles y se aleja con paso rápido.

Pasan unos minutos envueltos en el silencio del túnel, roto solo por un siseo lejano proveniente de uno de los terrarios. Salvo por su presencia y por la de los niños de excursión, el zoo está vacío.

Finalmente, la empleada que limpiaba la vitrina regresa acompañada de una mujer rubia de unos treinta años, alta, con expresión seria y ojeras marcadas, como si hubiera dormido poco. Lleva un uniforme igual al de Lena, pero con una tarjeta que destaca en el pecho:

MARGOT BRÜCKNER – Exóticas y Tóxicas. Especialista principal.

Su mirada se clava en Oriol y Markus. Los observa con cara de circunstancias y un matiz de preocupación difícil de disimular.

Oriol saca su placa de la Interpol y se la muestra a modo de presentación.

—Inspector Oriol Duarte. Este es el inspector Markus Graf. Necesitamos información urgente relacionada con un caso en curso.

Margot asiente, seria.

—Dígame.

—¿Alguna de las especies que tienen aquí es capaz de matar a una persona con su veneno?

—Sí —responde sin dudar—. Varias, de hecho, si no se dispone del antídoto. Algunas tienen un efecto muy rápido.

—¿Ustedes disponen de todos los antídotos? —inquiere Oriol.

—Así es. Es lo que marca la ley alemana de tenencia de especies exóticas.

—¿Han perdido algún ejemplar últimamente?

—No. En caso de haberlo hecho, tendríamos que haber avisado a las autoridades pertinentes.

Oriol se lleva una mano a la barbilla.

—Comprendo… Imagine que alguien quisiera utilizar el veneno de una de estas especies para envenenar a una persona, ¿cuál sería la especie más letal y la más efectiva para ese fin?

Margot levanta las cejas.

—Nunca me lo he planteado —responde con seriedad.

—No le he preguntado si se lo ha planteado o no. Le he preguntado, en base a su experiencia, cuál de las especies de las que disponen es la más letal.

La mujer se encoge de hombros.

—La Taipán, supongo.

Oriol señala entonces una vitrina cercana en la que se había fijado previamente. Encima, un rótulo enorme en alemán destaca en blanco sobre negro:

«La serpiente más venenosa del mundo».

—Háble me de esa serpiente —pide Oriol.

—Es la Taipán del interior, *Oxyuranus microlepidotus*. Vive en zonas desérticas de Australia —Margot se acerca al cristal con autoridad—. Es extremadamente letal. Su veneno contiene neurotoxinas, miotoxinas y hemotoxinas. Puede matar a un adulto. Es… —respira hondo— muy peligrosa.

—¿Cuál es el mecanismo por el que se produce la muerte?

—Serían principalmente dos: la asfixia, provocada por la parálisis muscular que impide una ventilación adecuada al dejar inoperante el diafragma, y una cadena de hemorragias internas causada por alteraciones graves en los factores de coagulación.

—¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto el veneno? —inquiere Markus, sumándose a la conversación.

—Es rápido. Muy rápido. Sin antídoto, la persona podría morir al cabo de un par de horas después de la mordedura.

Se produce una pausa en la que Oriol mantiene la mirada fija en ella.

—¿Alguien tiene acceso al veneno de estas serpientes?

—Solo nosotros —responde—. Pero no lo extraemos nunca. Para eso está la Fundación Helios de Investigación Biomédica; trabajan con varias especies venenosas. Ellos sí lo aíslan para proyectos clínicos. En concreto, el veneno de Taipán lo utilizan para estudiar sus miotoxinas en varios ensayos clínicos.

Oriol gira la cabeza hacia su compañero.

—Markus, comprueba esa fundación, por favor.

Mientras el inspector Graf se aparta unos pasos y saca el móvil para realizar una búsqueda, Oriol continúa.

—Voy a enseñarle una fotografía. ¿Le suena esta persona?

Desbloquea su teléfono y muestra la imagen de Katharina Bergmann, la abogada de los Zimmermann. Lena también se inclina para verla, pero es Margot quien habla.

—Sí. La he visto por aquí hace poco. No me suelo fijar mucho en las personas que visitan el zoo, pero esa mujer iba con Walton Zimmermann.

Oriol siente un pinchazo de alerta. Intercambia una mirada con Markus, que ya ha detenido su búsqueda.

—¿Conoce a Walton Zimmermann?

Margot apenas necesita un par de segundos para confirmar.

—Sí, claro. Aquí todos le conocemos porque es…

—Oriol —interrumpe Markus, con la pantalla de su teléfono en alto —. Mira esto.

Oriol se acerca. Markus le muestra un fragmento de una noticia digital:

«…La Fundación Helios de Investigación Biomédica fue fundada en 2009 por la familia Zimmermann…»

Ambos levantan la cabeza y se lo dicen todo con la mirada.

Walton Zimmermann tenía acceso al veneno de Taipán.

26

Oriol y Markus se detienen frente a la entrada acristalada del despacho Bergmann & Lahm, en pleno centro de Stade. El edificio, moderno y sobrio, destaca entre las fachadas más antiguas de la zona: líneas rectas, paneles de vidrio tintado y una estructura metálica que envuelve la fachada como un esqueleto elegante. En la puerta, el nombre del bufete aparece grabado en acero pulido, reflejando el movimiento del tráfico y de los peatones que pasan a pocos metros.

Oriol contempla el edificio un instante, consciente de que han llegado a un punto decisivo de la investigación. Sin embargo, su mente vuelve inevitablemente a lo ocurrido apenas una hora antes, en el zoo.

Ha intentado por todos los medios que la encargada le permitiera revisar las cámaras de seguridad. Ha sido amable al principio, más firme después y, finalmente, directo. Ella mostraba cierta disposición hasta que llamó a su superior. Desde ese momento, cualquier posibilidad se esfumó de golpe. Le comentó con tono impersonal que, sin una orden judicial, no podían mostrar las grabaciones; que se amparaban en la ley de protección de datos; que lo sentía, pero no podía hacer nada más.

Lo único que lograron aclarar fue que aquel día Walton Zimmermann asistió hace tres días, acompañado de su abogada, a una reunión de la Fundación Helios con una ONG protectora de animales, que exigía la implementación de ciertos controles en la explotación de las especies de las que se extraía veneno para su estudio.

Oriol no discutió. No es un novato, tampoco un inconsciente. Sabe perfectamente lo delicado que es saltarse un procedimiento, y más aún en un caso que ya avanza sobre hielo fino. Una grabación obtenida de forma irregular sería un regalo para cualquier abogado defensor de actitud implacable, como los que, con total seguridad,

trabajan en ese bufete que tiene delante. Él no piensa abrir grietas por donde el culpable pueda escapar.

Aun así, la frustración es patente. Desde que comenzó a investigar el caso de Andreas Winter, se ha encontrado con multitud de dificultades al no poder contar con el apoyo de unidades científicas u otros agentes para realizar trabajo de campo.

Tan solo necesitaba unos segundos de metraje de las cámaras del zoo. Le habría bastado para confirmar sus sospechas. Y, sobre todo, para ver algo que cada vez considera más crucial: la ropa con la que iba vestida Katharina Bergmann para confirmar que ella es la mujer rubia misteriosa desvanecida en su memoria. Ese simple detalle podría reavivar el recuerdo, como ya sucedió en la consulta de la doctora Krause.

—¿Por qué no hablamos con Elsa Wolf? Tal vez ella pueda ayudarnos —pregunta el inspector Graf, rompiendo el silencio.

Oriol respira hondo. No aparta la vista del edificio donde se encuentra el bufete.

—Porque no puedo decirle a la policía alemana que hay un cadáver en mi cabaña desde hace dos días y que no he dicho nada porque no recuerdo cómo llegó hasta allí, Markus. ¿No te parece?

Markus aprieta los labios, consciente de que no hay una respuesta buena para eso.

—Pero ya es más que evidente que en cuanto se tire del hilo de Walton Zimmermann y Ben Otto, todo se esclarecerá.

—Y si no lo hace, si no conseguimos averiguar quién y cómo asesinó a Andreas Winter, yo seré el principal sospechoso.

Markus se encoge de hombros.

—Necesitamos una orden para los siguientes pasos —añade Markus, como si quisiera reforzar su argumento—. Las imágenes, los registros de los teléfonos…

Oriol asiente con un leve gesto, sin ocultar su tensión creciente.

—Lo sé. No se me escapa.

Markus no se da por vencido.

—Si le hacemos una autopsia oficial al cuerpo de Andreas Winter, se descubrirá lo del veneno de Taipán. Entonces solo habrá que

demostrar que Walton Zimmermann lo consiguió a través de su fundación.

Oriol se detiene un segundo antes de empujar la puerta del bufete.

—¿Y tú crees que Walton Zimmermann es estúpido?

Markus parpadea, desconcertado.

—¿A qué te refieres?

Oriol le fulmina con la mirada. Acaba de empezar a llover y el aire frío les azota.

—A qué es muy improbable que Zimmermann no supiera que el veneno de Taipán aparecería en una futura autopsia —explica Oriol —. Entonces, ¿por qué demonios iba a administrárselo a Andreas y correr ese riesgo? No es que esta sea una zona repleta de serpientes, precisamente.

Markus niega con la cabeza.

—Pero tiene que ser él, Oriol. Todo encaja. Es médico; de los pocos que sabrían que el veneno no sería letal por vía oral… salvo que existiera una herida reciente en la boca que le permitiera pasar directamente al torrente sanguíneo. Tenía que saber que Andreas se había extraído una muela. Y ahora te hablo como forense: cuando te entregan el cadáver de alguien que ha muerto de forma repentina, es extremadamente difícil detectar restos de veneno si no existe una sospecha previa y el examen no se orienta a buscarlo. No sería nada extraño que pasara desapercibido. ¿Quién pensaría en algo así? Hay enfermedades genéticas y casos de abuso de sustancias que podrían explicar exactamente los mismos síntomas.

Oriol se queda en silencio unos segundos, mirando cómo la gente cruza la calle, ajena al problema que amenaza con poner su vida patas arriba.

—No digo que él no quisiera matarlo —responde por fin—. Digo que lo más probable es que no saliera como tenía planeado. Administrar un veneno que dejaría un rastro, aunque fuera difícil de encontrar, me suena a algo más impulsivo. A aprovechar un momento determinado para hacer algo que no estaba planeado. Creo que Walton no actuó solo. Ahí es donde podría encajar su abogada. Quizá pretendían deshacerse del cuerpo de Andreas

después de que, de algún modo, se las ingeniaran para hacerle ingerir el veneno. Solo que no pudieron porque Andreas se plantó en mi cabaña.

—¿Y qué crees que quería de ti? No os conocíais, ¿verdad?

—Creo que no. Pero no puedo fiarme de mi memoria, no tengo recuerdos de esos días. Lo que creo es que Andreas sabía que yo llevaba el caso de Lukas Zimmermann y quería alertarme de la implicación de su hermano. Me había estado siguiendo. De eso estoy seguro por las fotografías que encontré en su coche.

—Así que la hipótesis es que Walton envenena a Andreas cuando descubre que es su hermano y que quiere heredar parte del imperio de su padre. Andreas va a verte con la idea de contártelo todo, que su hermano ha encargado a Ben Otto que matara a su padre, pero cuando llega a la cabaña el veneno surte efecto y muere. ¿Es así?

Oriol no contesta con palabras, solo asiente.

Markus lo mira con un gesto preocupado.

Markus da un paso hacia la puerta del bufete.

—Busquemos la manera de demostrarlo —dice el inspector Graf.

Cruzan el umbral y entran. Un hilo musical reproduce música clásica de fondo. Suena *Aria de la Suite n.º 3* de Johann Sebastian Bach.

El bufete Bergmann & Lahm resulta ser un espacio sacado de una revista de arquitectura contemporánea. El interior es amplio, luminoso, dominado por superficies lisas y colores neutros. Paneles de madera clara se combinan con vidrio y acero pulido. El mobiliario es minimalista: líneas rectas, ángulos precisos, nada que sobre. La sensación general es de orden y poder.

Tras un mostrador alto, un hombre joven, impecablemente vestido con traje azul marino y corbata fina, levanta la vista hacia ellos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles? —pregunta con profesionalidad.

Oriol y Markus se identifican como inspectores de Interpol y piden hablar con Katharina Bergmann. El recepcionista tarda un segundo en procesarlo.

—La señorita Bergmann está muy ocupada en estos momentos, le consultaré si puede atenderles —responde con cortesía.

—Seguro que lo hará —comenta Oriol, sin elevar la voz, pero con un tono que no deja espacio para objeciones.

El joven duda, luego asiente. Levanta el teléfono, marca una extensión y se aparta ligeramente, hablando en voz baja. Apenas se distinguen murmullos, frases cortas, un silencio incómodo. Finalmente cuelga.

—Síganme, por favor. Les acompañaré a su despacho.

Avanzan por un pasillo silencioso donde las puertas están numeradas sin placas visibles. El despacho de Katharina está al fondo, detrás de una hoja de vidrio esmerilado. El recepcionista les abre y se retira discretamente.

El interior revela gusto refinado: una alfombra gris de textura suave, un escritorio de madera oscura, estanterías flotantes con libros alineados milimétricamente y un gran ventanal con vistas a la plaza. Y detrás del escritorio, ella.

Katharina Bergmann.

Rubia, de ojos claros, un azul casi metálico que contrasta con su piel luminosa. Su belleza es innegable, pero lo que atrapa la atención de Oriol no es eso, sino la familiaridad. Un tirón casi físico en la memoria. Algo en la manera en que inclina la cabeza, en cómo sostiene el bolígrafo entre los dedos, lo golpea con una intensidad inesperada. Ha sido repentino.

Oriol la escudriña sin disimulo, buscando en su postura, en su respiración, en los pequeños gestos. Ella mantiene una sonrisa profesional, impecable, pero bajo esa máscara hay tensión. Oriol lo percibe: los hombros rígidos, la mandíbula apretada, las manos demasiado inquietas.

—Siéntense, por favor —dice, con un tono amable que no alcanza a suavizar la desconfianza en su mirada—. ¿En qué puedo ayudarles?

Oriol no desvía los ojos. Tiene un plan que es difícil que funcione.

Pero lo va a intentar.

—Me alegra volver a verla, señorita Bergmann. Creo que no conoce a mi compañero. El inspector Graf.

Ella inclina levemente la cabeza al mirar a Markus; su melena rubia acompaña los movimientos de su cabeza con suma elegancia.

—A mí también me alegra volver a verle, inspector Duarte —contesta ella sin pestañear—. Veo que ha decidido quedarse en Alemania.

—Sí. Resulta que no he terminado aún con el caso de Lukas Zimmermann, como ya le comenté el otro día en el zoo —suelta de repente y permanece muy atento a su reacción.

Katharina cambia. Es casi imperceptible, pero el brillo de sus ojos se endurece. La sonrisa desaparece. La postura se inclina hacia atrás, defensiva. Es otro rostro, otro ánimo.

—¿De qué va todo esto, inspectores? —pregunta, alternando la mirada entre Markus y Oriol, irritada.

Oriol mantiene la serenidad.

—Ayer por la mañana la vi en el hospital Marien. ¿Qué hacía allí?

Katharina arquea las cejas y dibuja una sonrisa burlona.

—¿Me está interrogando, inspector?

—Solo tenía curiosidad —responde él—. Era una pregunta sin maldad.

—Pues sin maldad le contesto que no es de su incumbencia —replica ella, seca—. ¿Tienen algo importante que decirme? Estoy muy ocupada en estos momentos.

Oriol asiente lentamente.

—¿Conoce a un hombre llamado Andreas Winter?

Una breve pausa. Lo suficiente para que Katharina desvíe su mirada.

—No me suena.

—¿No? —inquiere Oriol.

—No.

El inspector Duarte continúa:

—Coincidieron como abogados en un caso de expropiación por la construcción de la autovía entre Hamburgo y Stade. La empresa adjudicataria era de los Zimmermann. Y la denunciante, Luisa Busch.

Katharina ladea la cabeza con frialdad.

—No recuerdo a ese hombre, lo siento. Tenemos otros clientes además de la familia Zimmermann.

Oriol siente cómo cada palabra que ella pronuncia despierta algo dentro de él. No es solo su voz —que le resulta peligrosamente

reconocible—; es su forma de moverse, el leve temblor en sus pestañas cuando desvía la mirada, la tensión en la comisura de sus labios. Cada vez tiene más claro que Katharina es la mujer rubia del banco, la misma que compartió con él una cena en el restaurante italiano. Lo que necesita ahora es saber qué le dijo delante del zoo. Sabe que en esa conversación todo se torció porque él había descubierto algo.

La conoce. La conoce de verdad. No es una intuición vaga: es un recuerdo que roza la superficie, que se niega a dejarse atrapar, pero que vibra con fuerza.

—¿Hace cuánto que trabaja para la familia Zimmermann? —pregunta Oriol, manteniendo el tono neutro, atento a cada matiz en su reacción.

Katharina se cruza de brazos, apoyándose ligeramente en el respaldo de su silla.

—Creo que de esto ya hemos hablado, inspector.

—Bebí alguna copa de más ese día. El Brunello di Montalcino es mi debilidad.

Ella le sonríe. Esta vez parece más sincera, pero no se fía.

—Desde que abrí el bufete junto a mi primo, Hendrik Lahm —responde con precisión—. Inauguramos esta empresa en 2016, es decir, hace seis años.

Oriol asiente, sin apartar los ojos de ella.

—¿Conocía a su hijo Walton?

—Por supuesto —responde sin dudar—. Es director y ahora dueño de la empresa que nos contrata.

De repente, ocurre algo.

Son las primeras palabras, «Por supuesto», las que despiertan el recuerdo nítido en la memoria de Oriol. La mujer rubia misteriosa es ella. La ve con claridad. Está sentada en el JS Bach, la cafetería donde ha desayunado un par de veces buscando despertar su memoria después de encontrar la fotografía que Andreas Winter tenía en su coche.

Oriol se queda callado, intentando capturar todos los matices del recuerdo. Va vestida con un jersey de lana blanco; la melena rubia le cae por delante de los hombros. Sostiene una taza de café con

ambas manos y abre bien los ojos después de que Oriol le haya dicho algo.

Ella contesta: «Por supuesto», con una voz dulce y melódica.

El silencio en el despacho de Katharina se alarga.

Markus interviene, orientando la conversación hacia donde les interesa:

—Hemos tenido constancia de que el señor Otto ha fallecido. Sufría cáncer de páncreas y se ha ido de manera repentina. ¿Sabe si el señor Otto consultó a Walton Zimmermann en algún momento sobre sus síntomas o preocupaciones? Después de todo, Walton era médico y a ambos les unía una gran amistad.

La reacción llega como un latigazo.

Katharina se levanta de golpe. La silla se desliza ligeramente hacia atrás con un sonido seco. Su semblante, ya tenso, se vuelve un muro infranqueable.

—Esta conversación ha terminado, inspectores —declara con una frialdad que podría cortar el aire—. No me gusta por dónde está avanzando esto. Como ya le dije el otro día, inspector Duarte, si quieren que responda a sus preguntas, tendrán que llevarme delante de un juez y acusarme de algo. De lo contrario, no pienso hablar con ustedes sobre las intimidades de la familia Zimmermann ni alentar sus ideas surrealistas y teorías absurdas, cualesquiera que sean.

Oriol no se mueve. No pestañea. Simplemente la observa.

Sabía que esto podía ocurrir. Es abogada: domina el terreno, conoce las reglas, sabe cuándo retirarse para no comprometerse. Pero incluso con esa reacción tan calculada… algo no encaja.

Sin embargo, ya ha obtenido lo que necesitaba con esa última frase. Ahora, la sensación se intensifica. Ese tirón en la memoria. Esa familiaridad incómoda y persistente.

Katharina Bergmann es la clave. No solo por lo que sabe… sino por lo que representa para él.

Solo falta hilar el caso con el de Mara Schneider. Recuerda lo que leyó en comisaría. Walton Zimmermann no contestará ni una sola de sus preguntas, pero tal vez sea útil aquella chica que aparecía en el atestado: Aurela Kogs, la mejor amiga de Mara. Llegado el momento, tendrán que hacerle una visita.

Pero eso puede esperar, lo que ahora necesita es volver a ver a la doctora Olga Krause.

Necesita otra sesión. Siente que le falta muy poco para recordarlo todo.

Y entonces volverá a este bufete.

27

Ayer era tarde cuando terminaron el breve interrogatorio con Katharina Bergmann. Para Markus fue una pérdida de tiempo, como se empeñó en comentar una y otra vez, para desesperación de Oriol. La mujer se había cerrado en banda y, en consecuencia, el inspector Graf insistió una vez más en seguir el camino seguro: acordonar la cabaña del lago, buscar huellas, restos de ADN y dejar que la unidad científica hiciera su trabajo.

Lo que cualquier inspector de policía haría.

Oriol lo escuchó en silencio, apoyado en el marco de la puerta, intentando ignorar la punzada que le presionaba la sien desde hacía horas, el dolor de cabeza que asomaba de nuevo a medida que los recuerdos se volvían más nítidos. Apenas hacía falta fijarse para notar que Markus empezaba a flaquear. El cansancio se le había asentado en los hombros y hablaba más despacio, como si cada frase necesitara esfuerzo añadido.

Para Oriol sí había sido un encuentro productivo. Ya sabía de antemano que una abogada como la señorita Bergmann no iba a darle nada de provecho, pero ese no era el motivo principal por el que fue a interrogarla. Necesitaba verla de cerca, oler su perfume, poder observar el brillo de su piel y los pequeños detalles que, a ojos de cualquiera, pasarían desapercibidos, pero no para los del inspector Duarte.

Conocía a esa mujer; no era la primera vez que la veía, pese a que su memoria esté empecinada en hacerle creer lo contrario. La sensación que tuvo al verla, indescriptible pero certera, solo puede significar que entre ellos hubo algo más que una relación meramente profesional.

Tal vez fue la necesidad de encontrar silencio para concentrarse y rellenar los huecos que faltaban en su recuerdo lo que lo llevó a complacer a Markus para que dejara de hablar. Al final, Oriol tuvo que ceder y llegar a un acuerdo. Lo hizo sin discutir, pero con la sensación incómoda de estar dejando escapar algo que se

encontraba justo delante de ellos. La noche cayó sin soluciones, sin respuestas, solo con la frustración compartida de haber avanzado menos de lo esperado.

El pacto que han sellado le otorga a Oriol un día más. Uno solo. Si mañana no ha conseguido recordar los detalles clave, si no aparece una pista que encaje todas las piezas de una vez por todas, entonces avisarán a las autoridades. No habrá escapatoria. Markus tendrá vía libre para seguir el protocolo y él tendrá que asumir las consecuencias.

Oriol es muy consciente de lo que ello implica. Tendrá que aceptar que su reputación se tambalee y que su futuro como agente de la Interpol quede suspendido en el aire. Y todo por haber tomado una decisión que ahora pesa como una losa: ocultar un cadáver en su propia cabaña durante días. Se pregunta una y otra vez si hizo lo correcto; solo el tiempo lo dirá.

El inspector Duarte tiene aún una última bala. La única que le queda. Y sabe exactamente dónde encontrar la pieza que falta. La consulta de la doctora Krause es el único lugar capaz de ofrecerle la claridad que no ha logrado obtener por ningún otro medio. Por eso se levanta temprano, mucho antes de que Markus despierte.

Ayer acordaron verse a primera hora en la cafetería del hotel antes de irse a dormir. Oriol no le ha dicho dónde tiene pensado acudir antes de su cita. Ese secreto seguirá siendo suyo y de la doctora. Si todo sale como espera y logra recordar puntos clave como la conversación en el banco de madera frente al zoo, resolverá el caso. Con lo que nadie tendrá por qué saber que ha estado acudiendo a una psiquiatra. De esa forma, su capacidad para trabajar como agente de la Interpol seguirá estando intacta.

Llega un cuarto de hora antes. Lo primero que hace es comprobar la aplicación de geolocalización que controla el dispositivo que ayer colocó bajo el Volkswagen de Hedwig Winter. No se ha movido, así que, de momento, esa parte está controlada.

La calle mantiene aún la calma de la madrugada, sin el bullicio que suele envolver la zona cuando el día avanza. Llama al timbre. Una vez. Otra. Y otra más. El sonido metálico resuena dentro, pero allí no hay nadie. Aún no han abierto. Le toca esperar. Se coloca a

un lado de la puerta, con las manos en los bolsillos, intentando que el tiempo pase más rápido mientras la ansiedad lucha por apoderarse de él.

A la hora en punto, la doctora Krause abre la puerta. Lleva varios libros apretados contra el pecho y el bolso colgando del hombro derecho. Su expresión es calmada, exactamente igual que siempre, como si conociera la manera de poner orden en cualquier escenario.

—Hoy también es puntual, Oriol. Empiezo a creer que lo del otro día fue un incidente aislado.

Él sonríe e inclina ligeramente la cabeza a modo de saludo.

—Perdone la insistencia con el timbre, no sabía que estaba usted dentro.

—No. Acabo de llegar. He venido en coche y hay acceso directo al aparcamiento que está justo debajo, a través de la clínica.

Se aparta de la puerta y, con un gesto, lo invita a entrar.

Una vez dentro, el silencio de la consulta lo envuelve todo. Ella deja los libros sobre la mesa auxiliar y enciende las luces.

—Siento que haya tenido que esperar fuera. Mi recepcionista vendrá un poco más tarde hoy porque tenía que llevar a su hija a una revisión con el pediatra —se excusa Krause.

Oriol asiente. Su atención se desvía sin querer hacia el ventanal de cristal. Algo le llama la atención. Una figura distante, apoyada en la pared de un edificio cercano. Un hombre envuelto en un abrigo grueso, bufanda y gorro. La cara apenas se distingue entre las sombras, pero la postura es inequívoca: está mirando hacia la consulta. Hacia ellos.

Oriol mantiene la mirada un segundo más, intentando descifrar si lo imagina o si lo están observando. Está demasiado lejos para verle la cara. Por la fisionomía, parece un hombre. Se acerca al cristal para recortar algo de distancia entre ambos. Está casi seguro de que vio a ese hombre hace un par de días en el JS Bach. Ya entonces llamó su atención.

Es inútil; está muy lejos.

Si de verdad es una persona siguiéndole, se trata de alguien imprudente y sin experiencia. Podría ser cualquiera, pero es temprano y en la calle solo hay personas yendo y viniendo,

desplazándose con un propósito claro: ir a trabajar, a la universidad, al instituto… Pero nadie, salvo ese misterioso hombre bajo el abrigo, se quedaría plantado sin hacer nada, mirando hacia la consulta de la doctora Krause.

A los pocos segundos, la persona bajo el abrigo se gira y desaparece en la primera esquina.

Oriol parpadea cuando la voz de la doctora corta en seco el ruido de fondo de sus pensamientos.

—Pasemos a la consulta —dice ella.

Él se gira de inmediato, motivado por el deseo de cerrar el caso lo antes posible. La sigue por el pasillo estrecho hasta el interior de la consulta, donde la luz blanca cae sobre el diván y los muebles perfectamente alineados. Sin que ella tenga que indicárselo, toma asiento y deja que su cuerpo se hunda ligeramente en el respaldo.

—Antes de empezar, Oriol, necesito saber si ha tenido algún efecto secundario después de la microdosis —comienza la doctora mientras se acomoda en su silla—. Y es muy importante que sea sincero. Entiendo que quiera recuperar la memoria, pero no debemos tomar atajos.

Él asiente, consciente de que le mentiría si fuera necesario, pero en esta ocasión, salvo por la cefalea, no lo es.

—He estado muy bien, doctora. De hecho, el tratamiento ha funcionado. Ayer tuve un recuerdo nítido que me ha ayudado a entender parte del caso. Me faltan piezas importantes para terminar de esclarecerlo del todo. Sé que estoy cerca y necesito que me ayude.

El sonido del bolígrafo rasgando el papel llena el breve silencio que sigue. La doctora está tomando notas, meticulosa, como siempre.

—¿Ha vuelto a tener dolor de cabeza? —pregunta ella.

—No, en absoluto —miente.

—¿Mareos? ¿Visión doble?

—No.

La doctora levanta la mirada, evaluando cada respuesta con un gesto profesional y sereno.

—De acuerdo. Vamos a repetir la misma dosis de ayer. Esta vez voy a preparar una dosis extra. Es posible que haya generado algo de tolerancia y, al tratarse de dosis tan pequeñas, debamos duplicarla para conseguir el mismo efecto. ¿Le parece bien?

—Sí.

Oriol escucha el roce suave de la silla cuando Olga Krause se levanta. A los pocos segundos, su figura aparece de nuevo en su campo visual. Él ha dirigido la vista al techo, buscando no pensar demasiado.

—Necesito que firme esto, por favor —dice, sosteniendo un portafolios con varios consentimientos informados.

Oriol se incorpora, toma el bolígrafo y firma donde corresponde. Las líneas trazadas son firmes. Luego permanece medio sentado mientras la doctora sale de la consulta para preparar la medicación.

A solas, su atención se desplaza hacia la estantería situada junto a la ventana. Entre títulos clínicos y manuales profesionales, un lomo destaca: *Shutter Island*, de Dennis Lehane. La visión le provoca una sonrisa leve, involuntaria. Recuerda haberlo leído en el centro de menores donde pasó parte de su adolescencia. Una época dura, sí, pero también el lugar donde aprendió que la mente podía ser un refugio o un laberinto del que no siempre es fácil salir.

Ahora, sentado en aquel diván, entiende que está justo en medio de ambos caminos. Y que cada recuerdo que recupere puede ser la pieza que le falta o la que termine de derrumbarlo.

La doctora regresa después de unos minutos, esta vez con dos vasos entre las manos. Cierra la puerta con suavidad y se acerca a Oriol.

—Empezaremos con la dosis mínima —dice, ofreciéndole uno de los vasos mientras deja el otro sobre la mesa auxiliar.

Oriol lo bebe de un trago. El líquido, frío y de color azulado, le baja por la garganta dejando ese regusto amargo. Después se acomoda en el diván, estira las piernas y cierra los ojos, esperando las instrucciones de Krause.

Ella atenúa la luz hasta dejar la sala en una penumbra tranquila. Se sienta tras su escritorio, cruza las manos sobre la carpeta de notas y permite que el silencio vaya ocupando todo el espacio. Oriol

controla la respiración con esfuerzo, buscando un punto de calma que se resiste al principio.

Es la doctora quien rompe el silencio.

—¿Ha tenido nuevos recuerdos desde ayer?

—Sí. Ahora sé quién es la mujer rubia del recuerdo. Conozco su identidad. Ayer la tuve a escasos metros y estuvimos hablando. Dijo algo que me hizo recordar.

—¿Qué fue? —pregunta Krause, con la voz baja y paciente.

—Dijo: «por supuesto». Y ya se lo había oído decir.

—Entonces fueron las propias palabras y no el contenido de su mensaje lo que le facilitó el recuerdo —recapitula la doctora.

—Así es.

—¿Dónde sucedió?

—En una cafetería que conozco, el JS Bach.

—De acuerdo —responde ella con serenidad—, vayamos allí.

Oriol asiente con los ojos cerrados, dejándose llevar.

—¿Qué ropa lleva puesta la mujer?

—Un jersey de lana blanco.

—¿Qué está haciendo ella?

—Me mira y me sonríe. Parece contenta de verme.

—Siéntese a su lado. ¿Ha pedido algo para tomar?

—Ella está tomando un café.

—¿Y usted?

—Yo no he pedido… o sí… Ahora veo al camarero; acaba de llegar a la mesa. Ha debido ver que me sentaba. Me pregunta qué quiero tomar.

—Pida lo que suela tomar —dice Krause.

—Sí, ya lo he hecho, un café. Lo tengo en la mesa —su voz se acelera un poco—. Parece que el recuerdo va más rápido ahora.

—Deje que los huecos se rellenen, no retroceda. ¿De qué están hablando?

—No lo sé.

—¿Ha dicho usted algo?

—No. Ella ríe, pero no me está mirando.

—¿Usted la mira a ella?

—No. Yo estoy fijándome en un hombre que pasea a lo lejos, bajo un abrigo grueso. Lleva gorro y bufanda. Es el mismo hombre que… El abrigo es el mismo.

Krause se inclina, alerta.

—No salga del recuerdo. ¿Por qué se fija en él?

—No lo sé. Suelo fijarme en todo siempre. Soy muy observador, pero no sé por qué motivo estoy pendiente de ese hombre.

—¿Es la primera vez que lo ve?

—No, creo que lo he visto más veces, pero no estoy seguro. La última vez ha sido esta mañana.

—¿Dónde?

—Fuera de su consulta, en la calle.

—De acuerdo. Puede tratarse de un artefacto, que su memoria esté mezclando un recuerdo antiguo con uno reciente. No preste atención a ese hombre salvo que vuelva a aparecer en el recuerdo. Ahora no salga de la escena y siga fluyendo. Vuelva a mirar a la mujer. ¿Sabe su nombre?

—Sí.

—Llámela por su nombre y pregúntele lo que desea saber.

El silencio que sigue es distinto. Más tenso, más denso. Oriol respira hondo, como si estuviera empujando una puerta que no termina de abrirse.

Pasan varios segundos.

—No funciona… Ella no me responde… Creo que la he perdido, es como si no estuviera.

—De acuerdo, vamos a regresar al recuerdo del banco de madera frente al zoo —sugiere Krause con calma profesional.

—Ese momento es clave.

—¿Por qué es el recuerdo más importante para usted, Oriol?

Él traga saliva, manteniendo los ojos cerrados.

—Porque estoy convencido de que ahí lo he resuelto. Yo tenía una relación con esa mujer, pero cuando estoy en el banco de madera he descubierto algo que lo cambia todo. Y ese algo tiene que ver con el caso.

—Bien. Céntrese de nuevo en la mujer. Ahora ya sabe su nombre. Llámela por su nombre.

La doctora guarda silencio. Unos segundos largos, medidos.

—¿Ella reacciona? —pregunta al fin.

Oriol respira ahora más rápido.

Ha sucedido algo. Su voz sale en un murmullo.

—Hay algo diferente… El recuerdo se está distorsionando…

—¿Puede describirlo?

—Es ella… Aunque sigo sin verla. Intento ponerle la cara de Katharina, pero no sucede nada.

Una frustración tensa se cuela en su mandíbula mientras habla.

—¿Puedo aumentar la dosis, doctora? Es imprescindible para mi investigación.

—No se precipite —advierte Krause—. ¿Le duele la cabeza?

—No. Estoy perfectamente, por favor. Hagámoslo.

Krause se levanta sin replicar. Oriol escucha el suave crujido del cajón al abrirse, los pequeños objetos chocando entre sí. Al volver a aparecer en su campo visual, sostiene un tensiómetro antiguo, uno de los de pera y dial metálico.

—Voy a tomarle la tensión.

Oriol levanta el brazo para facilitarle el trabajo. Ella ajusta el manguito, lo infla hasta tensar la piel y coloca el fonendoscopio con precisión. Él reconoce el gesto, el método, ese modo de escuchar los ruidos que casi nadie utiliza ya. Hacía años que no veía a nadie tomar la tensión así, a la antigua usanza.

Cuando termina, Krause le toma el pulso en la arteria radial con los dedos firmes y fríos. Después se inclina hacia él con una linterna pequeña y observa la reacción de sus pupilas, moviendo el haz de luz con movimientos breves y controlados.

Finalmente, se incorpora.

—De acuerdo, Oriol. Vamos a aumentar la dosis.

Le entrega el segundo vaso de plástico, ligeramente más lleno que el anterior. Oriol lo toma sin vacilar y se lo bebe de un solo trago acostumbrado ya al sabor amargo. Luego se recuesta de nuevo, preparado para sumergirse aún más en aquello que su mente se resiste a revelar.

La doctora vuelve a sentarse tras su escritorio y le pide unos minutos para dejar que la medicación haga efecto. Oriol asiente, aún

con los ojos cerrados. El silencio se instala como una manta pesada sobre la sala.

Nota cómo su cuerpo empieza a aflojarse, cómo los músculos ceden poco a poco. Tiene que esforzarse para no quedarse dormido; lleva demasiados días durmiendo mal y el cansancio acumulado lo arrastra hacia un borde en el que ya no distingue si se está relajando o rindiendo.

La voz de Krause emerge suave, casi distante.

—Volvamos al recuerdo del banco. Descríbalo.

—Ella está sentada a mi lado. Estamos hablando.

—Mírela a la cara. ¿La ve ahora?

Oriol tarda más en responder. Se siente muy adormilado, un peso extraño hundiéndolo desde dentro. La medicación lo relaja de un modo que no entiende, pero algo empieza a abrirse paso. La grieta de su memoria parece iluminarse. Una puerta entreabierta.

—Un segundo… —musita el inspector Duarte, arrastrando las palabras.

—Por supuesto —dice la doctora, con serenidad.

Y entonces sucede.

Esas dos palabras lo desencadenan todo una vez más.

La realidad aparece como si hubieran corrido una cortina, dejando paso a una claridad brutal.

Las imágenes se presentan en su mente ordenadas y concisas. De pronto se ve a sí mismo aterrizando en Hamburgo. Elsa Wolf lo recibe y le habla de las particularidades del caso Zimmermann. Él no quiere estar allí. Recuerda la tensión entre las comisarías de Hamburgo y Stade, y a Lefebvre imponiéndose: «Mientras no tengas un caso asignado, puedo ponerte donde considere». En otra imagen ve cómo le cuelga el teléfono, furioso.

El recuerdo avanza a trompicones. Ahora está junto a Ben Otto en la sala de interrogatorios. El hombre le explica por qué mató a Lukas Zimmermann, pero Oriol no le cree. El aspecto descompuesto de Otto, la forma en que le tiembla la voz… Nada encaja. Hay algo más. Y él lo sabe.

Otra imagen: Elsa Wolf flirteando con él. Él le sonríe por cortesía, sin prestarle verdadera atención, concentrado en la pantalla con los

archivos de Zimmermann y del propio Ben Otto. No es un caso tan simple como parecía en un principio. Cierra oficialmente el caso por la confesión, pero no abandona la investigación. Sigue trabajando; hay un par de hilos de los que quiere tirar.

Sin tiempo para asimilar una escena, su mente no sigue un orden temporal y dibuja otra: está peleando con *Sigmund* al otro lado del Elba. Gana con facilidad. Fue él mismo quien propuso la pelea en el foro. Lo necesitaba después de sufrir una gran decepción. Siente el desencanto con tal fuerza que se le forma un nudo en la garganta. La lucha no ha sido suficiente para calmar su ira. Está muy dolido por lo que ha sucedido. Sabe que mañana tendrá que actuar con todo el peso de la ley. Se dirige a la consulta de la doctora Krause. No sabe muy bien qué espera encontrar. Es tarde, por lo que no la va a encontrar trabajando. Aparca el Skoda cerca de su consulta y se da un paseo por los aledaños. Se siente traicionado y herido en el orgullo. Se estaba enamorando de la persona menos indicada. Ingiere varias pastillas de zolpidem en un mal momento. El corazón le late tan rápido que parece que se le vaya a salir del pecho. No ha sido buena idea. Ha estado bebiendo, lo nota en la manera en la que percibe el mundo. Por eso regresa andando a la cabaña, porque ni siquiera recuerda que ha ido en coche. No es capaz de controlar sus movimientos. Es como si viera a sí mismo en la distancia sin ser capaz de controlar sus acciones.

Katharina Bergmann aparece en el siguiente recuerdo: es joven, eficiente, colaboradora. Lo recibe en su despacho con todo lo que Oriol le ha pedido preparado: el contrato de Ben Otto, las nóminas, el testamento de Lukas Zimmermann. Walton también está allí. Es el único beneficiario del testamento. Al igual que su abogada, se muestra dispuesto, educado… Demasiado. Oriol recuerda incluso su pensamiento en esa imagen: no había verdadero dolor en su rostro. Piensa que estaba fingiendo.

Las imágenes se aceleran de repente.

Hannelore Kaya le habla sobre su marido y su trabajo como mayordomo de los Zimmermann.

Luego, otra escena: el JS Bach. Katharina está allí. Le sonríe al verlo. Se saludan. Él pide permiso para sentarse.

Pero no es ella quien contesta.

Sentada junto a la abogada hay otra mujer. Es una amiga de Katharina Bergmann quien acaba de decir: «Por supuesto», en respuesta a la pregunta de Oriol.

Lo recuerda con nitidez ahora. También es rubia, también es guapa y guarda cierto parecido con Katharina. Es amable y sonriente. Su presencia le ha generado un interés inmediato. Una especie de flechazo.

El torbellino sigue.

Está investigando a Walton Zimmermann en comisaría. Elsa Wolf está sentada detrás de él, hablándole de asuntos que no le interesan lo más mínimo. Descubre la historia de Mara Schneider, la novia muerta de Walton en la universidad. Ve el informe, las declaraciones de Aurela Kogs, la mejor amiga de Mara y de Walton.

Y una anotación en el borde.

Ahora se dibuja en su mente la escena del restaurante italiano. El Brunello di Montalcino. Él quejándose en voz alta de los agentes de Stade, burlándose del equipo. La mujer rubia riendo. Pero no es Katharina quien está con él en esa mesa. Es su amiga, la que estaba en el JS Bach.

Su memoria vuela hasta el banco junto al zoo. La amiga de Katharina es la misma mujer del banco de madera.

La misma a la que él está a punto de decirle que lo ha descubierto.

La misma que lo había cautivado con su sonrisa.

La misma cuyo rostro evitaba ver su memoria porque…

Porque todo encaja de golpe al recordar la anotación del informe de la muerte de Mara Schneider. Está escrito con su letra y las letras tachadas una a una:

«Aurela Kogs».

«Olga Krause».

Son exactamente las mismas letras distribuidas de manera distinta.

Aurela Kogs es un anagrama de Olga Krause.

Un sobresalto brutal le recorre el cuerpo.

La doctora Krause es la misteriosa mujer rubia.

Oriol se incorpora de golpe, o al menos lo intenta. El diván se balancea bajo él. La habitación gira. Las paredes parecen desprenderse de sus límites.

—Es usted… —logra decir, con la voz rota—. Doctora… usted es Aurela Kogs.

Krause ya no está en su silla. Está de pie, a unos pasos de la puerta, un manojo de llaves en la mano. Sus ojos no muestran sorpresa. Más bien una serenidad incómodamente calculada.

Oriol intenta levantarse… pero sus piernas no responden. La fuerza lo abandona de golpe. Se desploma contra el suelo con un golpe seco que le atraviesa la conciencia.

La vista se le nubla. El mareo lo envuelve en un remolino que le provoca náuseas.

Lo último que escucha, amortiguado, lejano, es el sonido de la llave girando en la cerradura.

Y después, el portazo definitivo que lo arrastra a la oscuridad.

PARTE 2

AURELA

28

Aurela Kogs.

Hacía mucho tiempo que la doctora no escuchaba ese nombre. Nunca le gustó. Se lo pusieron porque su padre era un historiador especializado en la época romana, admirador de Marco Aurelio. Como no tuvo hijos varones, feminizó el nombre dando lugar a Aurela. Un esperpento, en su opinión.

Después de girar la llave en la cerradura de su consulta y de correr las cortinas del ventanal, la niebla de su memoria empieza a disiparse. Su mente viaja sin esfuerzo a aquella noche de tormenta en el lago Horst. La noche que lo cambió todo en el año 2006.

¿Cómo olvidarla?

Aurela y Mara eran compañeras de clase; cursaban tercero de Medicina. Ambas, supuestamente, eran mejores amigas. Se sentaban juntas, elegían las mismas optativas, vestían parecido… Pero todo era una farsa.

En realidad, Aurela Kogs odiaba a Mara Schneider con todo su ser.

Claro que sí. Era imposible no hacerlo. Mara era la chica más popular de la clase, la que destacaba sin siquiera intentarlo, la única que siempre la superaba en todo, aunque esto fuera algo que jamás admitiera en voz alta.

Mara no solo sacaba mejores notas que Aurela, también acaparaba toda la atención en cada fiesta de la facultad. Como no podía ser de otro modo, colaboraba en una asociación benéfica donde todos la adoraban y, por supuesto, era la novia del chico más guapo de Hamburgo, cuya familia, además, era muy adinerada y gozaba de una extraordinaria posición social: Walton Zimmermann.

Por eso tuvo que matarla.

Porque Aurela mantenía una relación secreta con Walton y lo quería solo para ella.

Durante años se ha repetido la misma mentira hasta casi creerla: que no fue ella quien la mató. Que fue la tormenta. Solo la tormenta.

Pero no es verdad. Eso es lo que creen los demás. Lo que se supone que sucedió, aunque la realidad fuese muy distinta.

Aurela era la única que sabía dónde estaba Mara cuando todo empezó a desmoronarse. La única que oyó aquellas palabras antes de verla desaparecer entre los árboles:

«No me encuentro bien, voy a irme al coche a dormir un rato. Díselo a los demás, no me apetece aguantarlos; están borrachos».

Ese fue el error de Mara: pronunciar esas palabras, confiando en quien se suponía que era su amiga.

Para ser honestos, ¿quién iba a imaginar que se pondría a diluviar de tal forma y se rompería una presa?

Nada de aquello estaba planeado; simplemente la oportunidad se presentó y la maldad de Aurela afloró, precipitando la tragedia.

Sería la primera vez, pero no la última.

Cuando la lluvia comenzó a caer con violencia y los adolescentes corrieron en todas direcciones buscando refugio, nadie preguntó por Mara. El caos de gritos, risas nerviosas y pasos hundiéndose en el barro lo cubrió todo.

Nadie se percató.

Nadie, salvo Aurela, que mintió sin pestañear y dijo haberla visto marcharse hacia el sendero contrario cuando su novio, Walton, preguntó por ella.

La mañana siguiente encontraron el cadáver de Mara dentro del coche, en el fondo del lago. Una desgracia; se decretaron tres días de luto en la ciudad de Stade.

La idea de organizar una fiesta en el lago Horst había sido de Walton Zimmermann. La mayoría de los adolescentes ni siquiera sabían dónde se encontraba aquel lago, pero Walton conocía bien la pequeña ciudad de Stade y les convenció. Dijo que allí podrían beber tranquilos y poner la música alta, que nadie les molestaría.

Esa parte era cierta. No fue culpa de Walton que la naturaleza azotase de tal forma. Sin embargo, sucedió lo que suele suceder en estos casos: los rumores estallaron.

Nadie podía asegurar que Aurela se viera con Walton a escondidas. Nadie tenía pruebas, pero abundaban las miradas

furtivas, los roces de manos que parecían casuales y esos silencios breves que alimentaban historias en los pasillos de la facultad.

Se comenzó a acusar a Aurela de lo sucedido. Fueron simples habladurías que crecían sigilosamente en las conversaciones de la cantina o en los descansos entre clase y clase.

Todo se torció para ella, que vio cómo nada salió como había imaginado.

Había fantaseado con que Walton, destrozado por la pérdida, buscase consuelo en sus brazos. Creía que la tragedia los uniría al fin, sin nadie que se interpusiera entre ellos.

El problema fue que Walton, quizá influenciado por esos rumores, sospechó de su implicación en la muerte de Mara desde el primer día. No terminó de entender que Aurela hubiera dicho que la vio irse en otra dirección.

No podía demostrarlo; por eso nunca la delató, nunca dijo una palabra, ya que nunca pudo probar que su omisión de socorro fue fatal. Pero Walton repetía una y otra vez que, si hubiera sabido que Mara estaba en el coche, habría tenido tiempo de ir a despertarla y huir de aquella trampa mortal en la que se convirtió el lago.

Walton se apartó por completo y borró a Aurela de su vida, como si nunca hubiera existido. Se había quedado sola.

El curso siguiente se mudó a Berlín y cambió de universidad buscando un nuevo comienzo. Y no solo rompió con esa parte de su pasado, también cambió su nombre.

Aurela Kogs dejó de existir para siempre.

Desde entonces, todos la conocen como Olga Krause.

Nadie recuerda a la chica que fue, a la que tenía sueños, ambición y talento, a pesar de estar siempre un paso por detrás de Mara Schneider. Esa versión de sí misma se perdió en el lago Horst junto al cadáver de su compañera, sepultada bajo capas de silencio, miedo y conveniencia.

Con el tiempo, la gente dejó de cuchichear sobre lo sucedido. El accidente quedó catalogado como una desgracia propia de una noche de tormenta y la fatídica rotura de la presa. El olvido terminó por imponerse; nadie quería remover el pasado. Nadie tenía motivos para hacerlo.

Muchos años después, cuando Olga terminó la residencia de psiquiatría que había realizado en Friburgo, eligió Stade para empezar de cero y abrir allí su consulta. Se dijo a sí misma que era un lugar tranquilo, lo bastante lejos de Hamburgo para no tener que convivir con antiguos amigos y compañeros, pero lo suficientemente cerca de su familia para no sentirse aislada. Sin embargo, solo ella sabe que el verdadero motivo por el que regresó al funesto lugar donde todo empezó no fue ninguno de esos, fue otro bien distinto.

Se acomodó a la ciudad sin problemas. Durante cierto tiempo no hubo un solo sobresalto. Hacía su trabajo, iba a hacer la compra y se pasaba las noches leyendo libros de Charlie Donlea y Donato Carrisi.

Si alguna vez se desplazaba a Hamburgo y se cruzaba con un antiguo conocido —un vecino, una compañera de facultad, alguien que podría haber sido testigo de lo que ella intentaba enterrar—, bastaba con no mirarse a los ojos y seguir su camino en el remoto caso de que llegaran a reconocerla.

Ella continuaba con su vida. Los demás, con la suya. Y, sorprendentemente, nada la perturbaba.

Solo que ella no quería vivir esa vida. No se había mudado a Stade para eso.

Lo había hecho porque seguía enamorada de Walton Zimmermann.

Él era su amor platónico; había matado una vez por él y volvería a hacerlo si fuese necesario. Solo quería estar cerca de él.

Pronto comenzó a destacar como psiquiatra. Siempre había sido brillante y disciplinada, y el reconocimiento no tardó en llegar. Amplió la consulta, compró una casa en las afueras, construyó un círculo pequeño pero sincero de amistades y entonces, cuando apareció la primera oportunidad, la aprovechó.

Por pura conveniencia, había estrechado lazos con Katharina Bergmann, a sabiendas de que era la abogada de los Zimmermann. La había tratado inicialmente en su consulta por un problema de ansiedad tras la muerte de su padre. No fue difícil. Katharina tenía una vida bastante vacía, y contar con amigas como Olga, con una posición social alta y capaz de mantener una conversación interesante, era todo un lujo. Dos mujeres jóvenes, inteligentes y

atractivas a las que unía además un parecido físico razonable. No tardaron en hacerse íntimas.

De esa amistad surgieron conversaciones que Olga, como experta psiquiatra que sabe manipular a sus pacientes, supo conducir hacia lo que realmente le interesaba. Katharina solía contarle anécdotas y chismes sobre sus clientes. Olga solo prestaba atención cuando tenían que ver con Walton, y la ocasión se presentó ante ella como un regalo caído del cielo.

La abogada le dijo que el pequeño de los Zimmermann no estaba pasando un buen momento con su mujer, que fingía trabajar hasta tarde cuando en realidad se quedaba en un bar de Hamburgo hasta el cierre, bebiendo un *whisky* tras otro.

Olga se las arregló para conseguir el nombre de ese bar.

Se vistió para la ocasión, se maquilló, se perfumó y volvió a ser la mujer atractiva que lo conquistó en su adolescencia. Todo pareció casual: se sentó en la barra y él apareció después. Actuó tan bien que fue Walton quien se acercó a saludarla en cuanto la reconoció, sorprendido por encontrarla allí.

Ella se inventó una mentira. Dijo que acababa de salir de un congreso y que necesitaba una copa después de escuchar a tantos psiquiatras hablando de las aburridas terapias de siempre.

Él se emocionó al verla; recalcó hasta tres veces lo guapa que estaba, y ella respondió con una sonrisa coqueta.

Todo fue sobre ruedas: palabras meticulosamente elegidas para despertar deseo, alusiones indirectas a los buenos momentos íntimos que vivieron en su adolescencia, un roce suave en la mano envuelto en inocencia, pero cargado de intenciones, silencios breves y miradas cautivadoras.

Es la ventaja de conocer el funcionamiento de la mente humana.

Intercambiaron números y se despidieron con cortesía.

Dos días después, Olga recibió un mensaje:

«¿Una copa esta noche?».

Ella tardó en contestar, pero al final dijo que sí. Por supuesto que dijo que sí.

Acabaron en un hotel de Hamburgo avivando la llama que habían encendido dos días antes, y los encuentros empezaron a repetirse

con una facilidad pasmosa. El matrimonio de Walton viajaba a la deriva, y Olga estaba más que dispuesta a ocupar el otro lugar, el que se esconde tras las sombras. Ya lo había hecho en la universidad y no le importaba hacerlo de nuevo si esa era la única manera de seguir viéndolo.

Tarde o temprano Walton se cansaría de su mujer. Y entonces, por fin, tendrían la vida que merecían.

Durante un año entero, se veían una vez por semana en el mismo hotel. No iban a cenar, ni a dar paseos, ni al cine. Se encerraban en la habitación que siempre los esperaba con una botella de champán enfriándose en la mesa. Convirtieron su rutina en un acuerdo tácito que le daba sentido a todo.

Pero esa magia se rompió el día en el que Walton apareció distinto. Apenas la miraba. Respondía con monosílabos. Estaba ausente, tenso, demasiado ensimismado en sus pensamientos. Olga lo notó de inmediato y empezó a preguntarle qué le sucedía. Lo hizo una vez, luego otra, con un nudo en la garganta que no se le disipaba. Temía que fuera a decirle lo inevitable: que estaba cansado de ella, que ya no quería seguir escondiéndose en hoteles, que ese pequeño refugio que habían construido se había agotado.

Pero él no habló de rupturas.

Él tenía un problema distinto.

Y Olga sabe cómo aprovechar cualquier oportunidad que se presente.

Entre lágrimas, Walton se derrumbó. Le confesó que había descubierto que su padre había tenido otro hijo fuera de su matrimonio, del que nadie sabía nada, y que pretendía cambiar el testamento para repartir el imperio familiar entre ambos.

Se sentía devastado. No por el escaso respeto que su padre profería a su madre —después de todo, él era igual o peor—, sino por lo que implicaba: dejar de ser único, dejar de ser el heredero absoluto. Perder lo que siempre creyó suyo.

Olga lo escuchó con atención, lo calmó y lo guio con una determinación que él no conseguía ver, pero que ella sentía crecer con cada palabra que él pronunciaba.

Esa noche no hicieron el amor.

Esa noche urdieron un plan perfecto.
Uno que serviría para que Walton fuese suyo y de nadie más.

29

De vuelta al presente, Olga escucha cómo llaman a la puerta de la consulta. El golpe seco atraviesa el pasillo. Si no supiera quién está al otro lado, el corazón le habría saltado del pecho. Acaba de drogar a un agente de la Interpol y lo tiene encerrado en la sala contigua, profundamente sedado. Quizá se ha pasado con la dosis, pero no podía permitirse el lujo de quedarse corta. No hoy.

Su actuación, durante todos estos días en los que Oriol ha acudido a ella pidiendo ayuda, ha sido digna de ser premiada por la Academia. Ha conseguido engañar a uno de los investigadores más tenaces de Europa. Es cierto que ha contado con la ayuda de ciertas drogas que le han nublado el juicio, pero eso no quita que lo ha estudiado al milímetro. Tiene que contener una sonrisa cuando recuerda que acaba de usar el esfingomanómetro que tenía de adorno en la consulta para simular que le tomaba la tensión. Se siente orgullosa de lo que ha hecho.

Se apresura hacia la entrada. Hace apenas unos segundos ha corrido las cortinas y ahora, al apartarlas lo justo, ve la silueta que esperaba. Es él.

Cuando abre, Walton Zimmermann entra envuelto en un grueso abrigo, con la cabeza cubierta por un gorro. Sin decir palabra, cierra la puerta tras de sí con un gesto brusco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nada más cruzar el umbral.

—Lo ha descubierto. Lo ha recordado todo. He tenido que hacerlo.

Walton se lleva ambas manos a la cabeza y camina en círculos por la sala de espera, murmurando entre dientes.

—Se supone que solo tenías que vigilarle…

—Lo siento, cariño… —musita ella—. He hecho todo lo posible por desviar sus recuerdos, pero era inevitable que, tarde o temprano, la memoria regresara.

Él suelta un gruñido.

—¿Está dormido?

—Sí. Estará un rato fuera de juego, no te preocupes —responde Olga, con voz firme.

Walton deja escapar un suspiro que no alivia nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Walton, intentando no gritar de desesperación.

—Ya sabes lo que hay que hacer. No podemos permitir que le cuente a alguien lo que sabe.

Él le clava la mirada y niega levemente con la cabeza; su rostro muestra repugnancia por lo que acaba de escuchar.

—Todo esto es una locura, Aurela.

Ella se tensa.

—Te he dicho mil veces que no me llames así, cariño —susurra—. No podemos levantar sospechas de ningún tipo. Si estás tranquilo y hacemos lo planeado, todo irá bien.

—¿Lo planeado? —replica él, con una mueca incrédula mientras se quita el grueso abrigo negro, la bufanda y el gorro—. Nada ha salido según lo planeado.

Y tiene razón.

Lo cierto es que el plan inicial se ha ido torciendo poco a poco.

Olga lo observa en silencio. Lo deja desahogarse y desmoronarse sin que él se dé cuenta de que lo está analizando. Necesita calmarlo, mantenerlo dentro de los límites que ella marca, recordarle sin decirlo en voz alta que ya no hay margen para salirse del guion.

Ya es demasiado tarde para Walton, lo fue desde que aceptó las sugerencias de Olga.

Porque el verdadero plan no le beneficia a él, la beneficia a ella.

El plan era perfecto, sin fisuras. Hasta que apareció Oriol Duarte. Y entonces todo se precipitó de la siguiente forma:

El primer acontecimiento que cambió por completo las vidas de Olga y Walton sucedió cuando Katharina Bergmann recibió órdenes de Lukas Zimmermann de rehacer su testamento para incluir en él a Andreas Winter. Asombrada por la petición, la abogada le preguntó al señor Zimmermann si se trataba de un error o algún tipo de broma. Él le explicó que no, que Andreas también era hijo suyo, aunque nadie debía saberlo aún, y que quería repartir su patrimonio a partes iguales entre él y Walton.

Sin embargo, Katharina no albergó ninguna duda: alertar a Walton era la mejor opción. La verdadera motivación de la señorita Bergmann no fue la amistad que los unía, sino algo muy distinto. Al alinearse con Walton —futuro heredero de la empresa— aseguraba su posición como abogada principal durante décadas. Y eso, para ella, era vital. La facturación de las sociedades Zimmermann representaba el ochenta y cinco por ciento de sus ingresos anuales; perderlas supondría una ruina profesional inmediata. Un riesgo que no podía permitirse.

Si Walton descubría el cambio del testamento a posteriori, tal vez podría sentirse traicionado y despedirla sin pensarlo dos veces. Por eso habló antes de tiempo. Estaba cubriéndose las espaldas.

De manera paralela a ese suceso, se dio la casualidad de que Ben Otto, el mayordomo de la familia desde que Walton era un niño —y con quien mantenía una relación casi paternal—, comenzó a encontrarse mal. Fue el propio Walton quien, preocupado, le realizó una serie de pruebas en una de las clínicas de su propiedad. El diagnóstico cayó como un mazazo: cáncer de páncreas, con un pronóstico devastador. Tres meses de vida en el mejor de los casos. Tiempo para poder despedirse y poco más.

Walton se había mostrado afectado ante Olga Krause por este motivo, pues se sentía muy unido al señor Otto, quien le había pedido mantenerlo en secreto. Su intención era seguir trabajando hasta su último aliento para poder ayudar económicamente a su familia, que dependía de él.

Olga lo vio claro desde el principio. Ben Otto era el hombre perfecto para llevar a cabo su plan, ya que no tenía nada que perder.

Sugirió la idea de hablar con Otto sin tapujos. No lo conocía, pero comprendió de inmediato el perfil. Un hombre que va a morir en menos de tres meses es capaz de aferrarse a cualquier oportunidad que garantice un futuro digno a los suyos. Otto era padre de dos hijos a punto de comenzar la universidad. Desesperación y sacrificio, una combinación perfecta para manejarlo a su antojo.

Olga estaba convencida de que, con una buena cifra sobre la mesa, Otto aceptaría encargarse de Lukas Zimmermann antes de que pudiera formalizar el cambio del testamento.

Y así fue.

Walton, que en un primer momento se mostró reticente, a pesar de haber manifestado con insistencia que odiaba a su padre, acabó cediendo.

Lo cierto era que la vida de su padre no le importaba lo más mínimo; lo único que quería era su dinero y su imperio. Y estaba dispuesto a pagar a alguien para que lo matara si con ello evitaba tener que compartirlo con su oportuno e inesperado hermano Andreas.

Walton le propuso un trato a Ben Otto. El mayordomo, devastado y consciente de su inminente final, aceptó asesinar a Lukas Zimmermann y cargar con toda la culpa a cambio de un millón de euros que serían entregados en efectivo y en varios plazos a su mujer a través de Katharina Bergmann, quien demoró todo lo que pudo la firma del testamento. Otto, que para nada era un asesino, lo justificó como un último acto de amor hacia su familia, un legado que quizá jamás podrían entender, pero del que vivirían en su ausencia.

La ejecución del plan fue perfecta.

Ben Otto esperó a que llegase el momento oportuno. Aguardó pacientemente hasta recibir una de las innumerables reprimendas con las que Lukas Zimmermann solía humillarlo. Después hizo lo que llevaba décadas soñando con hacer. Jamás pensó que, además, le pagarían por ello.

Lo disfrutó; es algo que Olga sabe con certeza. Una última satisfacción antes de sucumbir en su batalla final.

Todo salió como estaba previsto: las cámaras captaron el momento y, tras la confesión de Ben Otto, nadie podría sospechar jamás lo que había detrás de ese asesinato.

Nadie, salvo Oriol Duarte.

Lo que debía haber sido una investigación rápida y sin sobresaltos se torció de inmediato. La llamada a emergencias desde la casa de los Zimmermann, un trámite que no tendría que haber generado ninguna atención especial, terminó desatando tiranteces entre las comisarías de Hamburgo y Stade. Ese conflicto interno abrió una puerta que nadie había previsto: la entrada de la Interpol en el caso.

No había escenario peor. De todos los investigadores de Europa, tenían que enviar precisamente al que aparece en todas las revistas como un inspector brillante, el que se ha ganado fama internacional por resolver todos sus casos. Un hombre que no suelta una pista hasta que desmonta por completo el rompecabezas.

Walton se puso muy nervioso en cuanto se enteró. Para él, el problema era inabordable. Para Olga, un obstáculo serio, aunque no insalvable.

Solo tendrían que llevar cuidado con los pagos a la familia Otto. Su mujer, Hannelore Kaya, resultó ser muy insistente con la puntualidad de los abonos, pese a que se le advirtió que debían ser cautos, que no habría problema y que el dinero llegaría cuando fuera seguro. Pero no fue suficiente; amenazó con acudir a la policía en caso de no recibir las cantidades pactadas a tiempo, por lo que incluso hubo que correr riesgos enviando a Katharina a verla al hospital donde su marido respiraba sus últimas bocanadas de aire.

Olga recuerda indignada lo estúpida que fue esa mujer al gastar grandes importes en artículos innecesarios como abrigos caros, zapatos y complementos que llamaban la atención de manera alarmante.

La llegada de Oriol a Stade fue un problema de gran magnitud; sin embargo, el golpe verdaderamente desestabilizador llegó con la aparición en escena de Andreas Winter.

Un buen día se presentó sin avisar en la oficina de Walton Zimmermann. Había algo con lo que no contaban.

Resulta que Andreas sabía que era hijo de Lukas Zimmermann. Olga y Walton habían dado por hecho, a tenor de la información que Katharina les había aportado, que Andreas no estaba al tanto de esa noticia. Era lógico pensar de esa manera, porque resultaba incongruente que no se hubiera presentado nunca pidiendo ayuda a su padre, uno de los hombres más poderosos de Alemania.

Por lo que contó, su madre, antes de morir, le había revelado la verdadera identidad de su padre. Andreas se acercó a él con la excusa de representar a una mujer que había denunciado a la empresa familiar tras perder su hogar, aunque ese no era su verdadero propósito.

Comenzaron a verse a raíz de ese encuentro. El señor Zimmermann, según palabras de Andreas, habría reconocido el encuentro con su madre y confirmado su versión. Ambos decidieron verse con cierta asiduidad, tratando de recuperar el tiempo perdido. Lukas, en un impulso paternal tardío, incluso le habría sugerido la idea de ayudarlo económicamente y asignarle parte de su herencia.

Lógicamente, la intención de Andreas con esa visita era conseguir lo que le habían prometido.

Walton reaccionó como pudo. Lo despachó con frialdad, fingiendo sorpresa e indignación por la difamación a su padre. Lo trató de estafador. Lo acusó de intentar aprovecharse de la muerte de Lukas. Lo amenazó sin matices: si volvía a presentarse, llamaría a la policía.

Pero Andreas no era un problema que pudiera solucionarse con palabrería barata. Era algo mucho más difícil de controlar.

Aseguró estar dispuesto a hacerse una prueba de ADN para demostrar que su verdadero padre era Lukas Zimmermann. Si lo hacía, si se empeñaba en obtener reconocimiento legal como hijo de Lukas Zimmermann, la herencia quedaría en disputa. Y, sobre todo, un investigador como Oriol Duarte no tardaría en unir los puntos. Descubriría que el asesinato del señor Zimmermann no había sido un arrebato repentino de su mayordomo moribundo.

Todo se desmoronaría.

Y lo haría muy rápido.

30

Los días previos han sido un torbellino. Dos semanas de nervios y angustia en las que ha sido difícil conciliar el sueño.

La aparición en escena de Andreas Winter, sumada al giro imprevisible que trajo a Oriol Duarte a Stade, descompuso por completo a Walton Zimmermann. Bastaba con mirarlo a la cara para advertirlo: estaba fuera de sí, atenazado por una inquietud que era incapaz de disimular.

Olga puso todo su empeño en ser su refugio; el hombro donde apoyarse cuando flaquearan las fuerzas. A ella le daba igual todo lo demás, su única aspiración era conservar el amor de Walton. Pronto adoptaron roles en la nueva relación, esa en la que, además de amantes, eran cómplices de asesinato. La doctora fue quien tomaba las decisiones y llevaba la iniciativa, y él, un pusilánime que obedecía cada instrucción que ella dictaba.

Ahora, Walton la mira con recelo mientras Oriol Duarte reposa inconsciente sobre el suelo de la consulta. Se sienta en el sofá de la sala de espera negando con la cabeza, se cubre el rostro con ambas manos, respira hondo y tarda unos segundos en alzar de nuevo la mirada hacia Olga.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta, con la voz rota, como si odiara cada una de las palabras que acaban de salir de su boca.

—¿Has metido el coche en el aparcamiento? —inquiere Olga.

—Sí, claro, como me has dicho por teléfono.

—Entonces, solo tenemos que llevarlo a la cabaña y todo habrá terminado —responde la doctora.

—¿Muerto?

—No, lo necesitamos con vida. Tenemos que asegurarnos de que nadie más sabe lo que él sabe. Estoy convencida de que no le ha contado a nadie que venía a la consulta, pero debemos hacerlo bien y cerciorarnos de que nadie más conozca lo que ha estado investigando. Tenemos que hablar con él.

—¿Por qué crees que iba a contártelo? ¿Crees que es imbécil?

—Sé que no me lo contará voluntariamente. Pero tengo una idea.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Walton.

—¿Has oído hablar del tiopental sódico, el suero de la verdad?

Él la mira arqueando las cejas. Se le escapa un bufido y pierde la mirada en el suelo.

—¿Eso funcionará?

—Confiemos en que sí, porque, a no ser que se te ocurra una idea mejor, es nuestra mejor opción.

—¿Y por qué no lo haces aquí?

—Porque mi secretaria llegará en menos de veinte minutos. Esto no estaba planeado, Walton. La idea era mantenerlo bajo control en terapia para averiguar hasta dónde llegaban sus recuerdos, pero cuando he visto que estaba a punto de recordar he tenido que improvisar y drogarlo. Ha ocurrido así, sin margen de maniobra, y ahora no nos queda otra opción. Tenemos que ir al lago. Ya.

Walton suelta una risa breve, cargada de sarcasmo.

—Será nuestro pequeño secreto, ¿verdad? El secreto del lago. Qué curioso que todo vaya a terminar en el mismo lugar donde empezó… El mismo sitio donde mataste a Mara.

Olga se queda inmóvil. No habían hablado de ese tema desde que se reencontraron tras muchos años sin verse. Se le tensan los hombros, retrocede un paso, incrédula.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo no la maté! Era mi amiga. Tuve que irme de Hamburgo por ese motivo, cambiar de identidad… Fuisteis muy injustos conmigo.

—Vamos, Aurela, no hace falta que me mientas.

La doctora Krause alza la mirada. Analiza la escena en silencio. Sabe que este no es el momento para discutir; cualquier desvío en la conversación podría arruinarlo todo. Deben actuar con rapidez, trasladar a Oriol a la cabaña, seguir el plan y detener la pesadilla que han desatado.

Cuando todo se haya solucionado, Walton estará más tranquilo y será mucho más fácil tratar con él. Ahora debe intentar calmarlo.

—Creo que estás muy afectado por el estrés —comenta Olga, tratando de recuperar el control—. Estás olvidando que estoy de tu lado, lo que hago, lo hago por ti. Todo va a salir bien, Walton. Pero

ahora centrémonos. No tenemos tanto tiempo. ¿Podrás tú solo con él?

Walton se encoge de hombros, vencido.

—No debí hacerte caso. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Walton. No es el momento. Hay que actuar. ¡Ahora!

Él tarda unos segundos en reaccionar. Se levanta despacio, aturdido, y Olga lo observa sin saber cuánto más podrá soportar antes de venirse abajo. Necesita que salga de su bloqueo, que termine lo pactado, que lleve a cabo lo que ambos han estado maquinando.

Porque cuando Walton tocó fondo, cuando ya no encontraba salida y estuvo a punto de tirar la toalla, Olga se lo dejó claro: después de conspirar juntos para asesinar a su padre, ya no podían retroceder. Estaban completamente atrapados, sin margen para excusas ni arrepentimientos. La única forma de salvarse era eliminar cualquier problema que los pusiera en peligro.

Así lo hicieron con Lukas Zimmermann.

Y así lo hicieron con Andreas Winter.

El día que trazaron el plan, Olga y Walton habían pasado la noche juntos en el mismo hotel de siempre, ese refugio seguro que habían utilizado en los últimos meses. El hecho de que el edificio donde se ubica el hotel pertenezca a la familia Zimmermann lo facilitaba todo. Nadie en la recepción hacía preguntas incómodas cuando veían la misma habitación reservada, semana tras semana. Para ambos, constituía un lugar blindado, un escenario donde sus secretos no corrían peligro.

Allí debatieron durante horas, sin descanso, buscando la mejor salida posible. Fue entonces cuando Olga formuló una propuesta concreta. Dijo que lo más sensato era hacer creer a Andreas que Walton aceptaría ofrecerle una compensación económica a cambio de su silencio, que estaba dispuesto a negociar siempre y cuando una prueba de ADN confirmara que era hijo legítimo de Lukas Zimmermann. La prueba la podría hacer ella misma en su consulta, para así no levantar sospechas.

De esta manera, lograrían tener controlado el problema durante las tres semanas que la prueba tardaba en arrojar resultados.

Por lo que ellos sabían, nadie, aparte del propio Andreas Winter, tenía constancia de que existiera una relación entre él y el señor Zimmermann. Según Katharina, había una explicación legal. Lo más lógico era pensar que Andreas planeaba divorciarse de su esposa para no tener que compartir la herencia con ella. Su comportamiento apuntaba a que estaba intentando forzar la situación, empujándola para que fuese ella quien solicitara el divorcio. Por ese motivo, nadie sabía nada. Y eso era perfecto.

Walton aprobó la idea de engañar a Andreas sin dudarlo, pero Olga se encargó de advertirle: lo que iban a hacer era un parche que no extinguía el problema.

Cuando Andreas volvió a contactar con Walton al día siguiente de su primer encuentro, él lo emplazó a una cita en su despacho para discutir los términos del acuerdo. Andreas llegó impecablemente vestido, con un reloj ostentoso, ropa nueva de calidad y un Mercedes que no encajaba con la vida que decía tener.

La conclusión fue inmediata. Lukas Zimmermann ya había estado ayudándolo económicamente. Era más que probable que Andreas contara con pruebas fehacientes de que Lukas pensaba modificar su testamento. No iba a conformarse con las migajas. No aceptaría una cantidad pequeña.

A Andreas Winter le pareció justo realizarse la prueba de ADN y aceptó la sugerencia de Walton de mantener en secreto todo este asunto. Prometió dividir la herencia en dos partes si no trascendía que ambos eran hermanos y lo convenció argumentando que una noticia así podría hacer tambalear las empresas familiares y que ambos saldrían perdiendo.

Por ese motivo, concertó una cita con la doctora Krause, dejando claro desde el primer minuto que se trataba de una mera formalidad; que, si el resultado era negativo, no se daría por satisfecho y exigiría una segunda prueba en una clínica elegida por él. Esta vez, además, advirtió que no guardaría el secreto. Aseguró saber que el mismísimo Oriol Duarte estaba investigando el caso; decía haberlo seguido de cerca y no tener ningún reparo en acudir a él para denunciar que se había intentado privarle de la parte de la

herencia que le correspondía y que la muerte de Lukas Zimmermann había sido, como mínimo, extraña y oportunamente conveniente.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como lo que eran: una amenaza perfectamente articulada.

La prueba quedó programada para la semana siguiente. Solo faltaba el último obstáculo: controlar a Oriol Duarte, que no dejaba de moverse de un punto a otro, formulando preguntas incómodas y acercándose peligrosamente a la verdad.

Fue entonces cuando Olga decidió hacer algo que no figuraba en ningún plan.

Para ello contó con la ayuda de Katharina Bergmann, quien le hizo saber el lugar donde el inspector Duarte solía acudir a desayunar todos los días.

En cuanto lo supo, forzó un encuentro en apariencia casual, pero que en realidad estaba perfectamente calculado. La doctora Krause leyó todas las entrevistas y analizó el pasado de Oriol para entender su perfil y dar en el clavo con la manera correcta de acercarse a él. Despacio, sin atosigarle, ofreciéndole conversaciones interesantes, sin preguntarle nunca por su trabajo, sin mencionar su pasado oscuro…

Oriol ya conocía a Katharina por haberla interrogado tras la muerte de Lukas Zimmermann, lo que sirvió para que el inspector Duarte saludase con cortesía.

Entonces, Olga sacó a relucir todas sus armas.

—¿Está usted solo? ¿Le apetece acompañarnos? —le dijo Olga con educación y una sonrisa dulce grabada en el rostro.

Él se acercó con pasos lentos.

—¿Me puedo sentar? —preguntó él con educación, señalando la única silla libre que quedaba en su mesa.

—Por supuesto —dijo Olga.

Desde ese preciso instante, la doctora especialista en ese campo aprovechó la oportunidad y desplegó todo su arsenal: refinamiento, cálculo, carisma. No solo recurrió a la seducción; empleó una maestría rigurosa en el arte de influir, apoyada en su profundo conocimiento del comportamiento humano. Olga trabajó cada gesto, cada frase, y ajustó su actitud al milímetro en función de lo que

detectaba en la mirada de Oriol. Lo había estudiado, conocía sus heridas, sus vacíos, y utilizó esa información con una delicadeza afilada que resultaba imperceptible.

Ese día en el café, le bastó con dejar que Katharina la presentara. Ella ya tenía claro qué esperar: en cuanto el inspector escuchara que era psiquiatra, se encenderían sus alarmas. Con su historial, no debía guardar un recuerdo amable de quienes pertenecían al mundo clínico, el que sin ninguna duda debió marcarlo en la infancia. Por eso Olga actuó justo al contrario de la manera que él esperaría. Se mostró natural, espontánea, sin rastro de tecnicismos ni solemnidad profesional. Solo fue Olga Krause: una mujer joven, atractiva, que demostraba un vivo interés por él y que confesaba ser amante de las novelas policiacas.

Funcionó. No tardó en conseguir una cita.

Empezaron a verse y, en cada encuentro, Olga conseguía acercar un poco más a Oriol a donde lo necesitaba. Controlaba sus movimientos, anticipaba sus decisiones, creaba dependencias sutiles que él no percibía.

Pero hubo un detalle que a la doctora Krause le desagradó profundamente: Walton no mostró ni la más mínima reacción. Ningún atisbo de celos, ni de incomodidad, ni de ese impulso primario que ella esperaba ver. Su indiferencia absoluta ante la cercanía entre ella y Oriol la desconcertó y, aunque intentó no demostrarlo, la hirió en un lugar muy frágil.

La relación entre Oriol y Olga se había limitado a charlas extensas y a algún que otro beso, pero nada más. Ella no podía pasar de ahí. Estaba locamente enamorada de Walton y, por mucho que aquella actuación estuviera pensada para ayudarlo, para levantar los cimientos sobre los que construir una relación futura, no era capaz de acostarse con alguien que no amaba. Tampoco el inspector Duarte se comportó como el típico hombre al que solo le interesaba el sexo; en absoluto. Fue conociendo, paso a paso, el perfil que Olga quería mostrarle y se ajustó a él sin presionarla.

Todo parecía bajo control. La cercanía entre Olga y Oriol les permitía anticipar, hasta cierto punto, sus movimientos. Hasta que algo se quebró en aquel restaurante italiano.

Olga lo notó en seguida: un cambio casi imperceptible en su mirada.

Al día siguiente, Oriol le preguntó si podían verse por la tarde de manera repentina. Ella aceptó y lo citó en la plaza del zoo, amparándose en una excusa improvisada: una supuesta comida con el representante de un laboratorio en un lugar cercano. La verdad era otra. Olga sabía que, a esa misma hora, Walton y Katharina tenían previsto visitar el zoo para reunirse con los responsables de una ONG.

Había elegido ese lugar con una intención clara: tentar a la suerte, provocar el encuentro y, si Walton los veía juntos, despertar en él una punzada de celos.

Nada más verse, Oriol fue directo: le dijo que había descubierto que su verdadero nombre era Aurela Kogs; que sabía que su pasado estaba ligado, de algún modo, a Walton Zimmermann; y que en esos momentos él mismo estaba investigando un caso que lo implicaba de manera directa.

Por ese motivo, le dijo que debían dejar de verse. Le aconsejó que, si había algo que él necesitara saber, lo dijera en ese mismo instante. La investigación estaba a punto de cerrarse y, llegado el momento, tendría que actuar conforme dictaba la ley.

Olga lo vio roto. Como a alguien a quien le han arrancado la esperanza. Triste y dolido.

Se limitó a negarlo todo, hacerse la ofendida e irse.

Unas horas más tarde, Andreas Winter acudió a la clínica de la doctora para hacerse la prueba de ADN y todo se precipitó.

Tal como habían acordado, se presentó allí después de que Walton le asegurara que la doctora era amiga de la familia y que podían contar con su confidencialidad.

La idea inicial era simple: obtener una muestra y esperar. Todo apuntaba a que Andreas decía la verdad. Aun así, esas tres semanas —el tiempo necesario para los resultados— debían bastar para que Oriol Duarte cerrara el caso y se marchara de Alemania.

Pero después de la conversación en el banco de madera junto al zoo, Olga sabía que eso no iba a suceder.

Y cuando una oportunidad se plantó ante ella como caída del cielo, no la desaprovechó.

Andreas Winter se sentó frente a ella, en una de las sillas de su consulta, y Olga le explicó el procedimiento: el frotis bucal, el uso de un bastoncillo para recoger células del interior de la mejilla, el análisis posterior en laboratorio. Mientras lo hacía, él añadió un detalle que lo cambió todo: el día anterior le habían extraído una muela cariada; aún tenía la herida abierta y sangraba. Quería advertirlo por si aquello suponía un inconveniente.

La doctora fue rápida.

Después de todo, era una mujer muy inteligente.

Olga no tardó ni un segundo en comprender que no podía dejar escapar un regalo de tal magnitud. Le mintió con suavidad y profesionalidad, diciéndole que, en ese caso, era imprescindible enjuagarse la boca con un antiséptico antes del procedimiento. Se ausentó unos minutos y caminó hasta la sala donde guardaba la medicación. Pero no fue en busca de ningún colutorio.

Abrió la nevera, extendió la mano y tomó un pequeño vial de suero con veneno de Taipán, el mismo que utilizaba en microdosis junto a suero antiofídico para un estudio experimental relacionado con el Alzheimer.

Tan solo tuvo que volcar unas cuantas gotas del potente veneno en un poco de agua y añadir un par de excipientes para que el sabor no levantase sospechas.

Regresó con el envase cuidadosamente preparado. Se lo entregó a Andreas y le indicó que se enjuagara la boca con la solución. Sabía que el veneno pasaría a la circulación sistémica a través de la herida de la muela, sin dejar una sola marca que revelara una inoculación.

Era un crimen magistral.

El plan había surgido con una perfección inquietante, casi sin proponérselo. En aproximadamente cuarenta minutos, Andreas empezaría a enfermar de gravedad sin comprender qué le sucedía. Y tampoco lo entendería nadie en el hospital al que acudiera.

Olga se despidió de él con cortesía, consciente de que su vida terminaría en cuestión de minutos. Lo que ignoraba era el alcance de las consecuencias que aquel final traería consigo.

La doctora pensaba que Walton le daría la enhorabuena por ser tan resolutiva y por haber encontrado la solución a sus problemas, pero no fue así. Se enfadó mucho cuando se enteró.

Aquel día lo vivieron con el corazón encogido, pendientes de cualquier noticia que confirmara la muerte de Andreas. Pasaron horas sentados frente al ordenador, actualizando compulsivamente la sección de sucesos de los periódicos digitales. Cada pocos minutos refrescaban la pantalla esperando encontrar un titular que anunciara que habían hallado a un hombre desplomado en plena calle. Revisaban redes sociales, *webs* locales, incluso foros vecinales, buscando cualquier mención a un desvanecimiento inesperado, una ambulancia o un fallecimiento sin causa aparente.

Nada.

Ni una palabra.

La ausencia de noticias empezó a carcomer la paciencia de Walton, que no lograba permanecer sentado más de unos segundos. Temblaba, se levantaba, caminaba de un lado a otro.

Olga intentaba mantener la calma; repitió una y otra vez que había logrado resolver el problema y que el veneno sería indetectable en la autopsia. Nadie buscaría en la dirección correcta: ni siquiera podrían imaginar que la muerte hubiera sido provocada por un tóxico. En la sangre solo aparecerían trombos, consecuencia de la hipercoagulabilidad inducida, un hallazgo atribuible a múltiples causas.

También explicó que lo más probable era que Andreas hubiera sido trasladado a cualquier hospital y que las noticias, lógicamente, tardaban un tiempo en trascender.

Pero ni siquiera ella lograba convencerse del todo. La doctora sabía que el plan no era tan perfecto como había querido creer al principio.

Al caer la noche, Walton ya no pudo resistir más.

Salió de casa a toda prisa y se subió a su coche, decidido a encontrar algún rastro del Mercedes de Andreas. Primero condujo hasta la dirección que aparecía en la guía telefónica como su domicilio: Harburger Straße. Recorrió la zona entera, dio vueltas a la

manzana, examinó cada vehículo aparcado. Nada. Ni rastro del coche ni un indicio de que hubiera regresado allí.

Después se dirigió a los hospitales. Aparcamientos llenos, luces frías, gente entrando y saliendo a todas horas. Revisó uno, luego otro, luego otro más. El Mercedes no estaba en ninguno de ellos.

La madrugada avanzó sin piedad.

Walton seguía conduciendo, cada vez más desesperado, cada vez más hundido sobre el volante. Pasó por carreteras secundarias, zonas industriales, aparcamientos improvisados. Un impulso, provocado por un comentario de Olga —en el que explicaba que Andreas había estado siguiendo a Oriol Duarte—, lo condujo hasta el lago Horst.

Y entonces lo vio.

Detenido en la planicie junto al lago. Allí estaba el Mercedes.

Abandonado en mitad de la noche, como si alguien lo hubiera dejado allí con prisa.

Walton aparcó justo al lado y apagó el motor. El bosque estaba casi a oscuras, pero la luna llena le permitía ver lo justo. Se ajustó la chaqueta y avanzó por el sendero, atento a cualquier ruido.

Las hojas secas crujían bajo sus zapatos. Un cuervo graznó al pasar y el sonido retumbó entre los árboles, erizándole la piel. El lago apareció frente a él como una masa negra y silenciosa. A un lado encontró la cabaña con la luz encendida.

Mala señal.

Al acercarse, vio que la puerta estaba entreabierta y oscilaba un poco con el viento.

Todas las macetas estaban volcadas y la tierra removida, como si alguien hubiera estado hurgando antes de entrar.

Walton se adentró despacio incitado por el silencio.

En el interior, el cuerpo de Andreas yacía en el suelo, sentado junto al sofá con un brazo estirado hacia la puerta, como si hubiera intentado llegar hasta allí antes de morir. Tenía los labios amoratados, los ojos abiertos; la piel había perdido su color.

En su mano aún apretaba una nota arrugada. La letra era torpe, escrita de prisa y con un pulso tembloroso.

En ella podía leerse:

«Walton Zimmermann mató a su padre. Soy hijo de Luk…».

Walton se quedó helado. Luego reaccionó.

Revolvió la cabaña entera buscando algo que explicara qué había pasado. Abrió cajones, revisó estanterías, movió papeles. En la mesa encontró una carpeta abierta. Dentro había un folio de un atestado policial. Dos nombres escritos a mano en el margen:

«Olga Krause»

«Aurela Kogs»

Ambos con cada una de sus letras tachadas de manera individual, como si las hubieran contado.

Al revisar el resto de los informes que había sobre la mesa y las pertenencias que halló en la habitación, lo entendió.

Se puso a pensar: no había ni rastro de Oriol ni de la policía pese al cadáver; la nota en la mano de Andreas sugería que no había tenido tiempo de decirle a Oriol la verdad y por eso lo intentó escribir.

Una idea le asaltó la mente: lo más probable era que Andreas hubiera empezado a encontrarse mal o a sospechar algo y hubiera decidido acudir a la cabaña para contarle la verdad sobre su identidad y pedirle ayuda.

Pero ya era tarde: el veneno de Taipán había actuado antes de que pudiera decirle nada. Con el último aliento, logró entrar en la cabaña e intentó dejar una nota.

Cuando Walton lo entendió todo, se dirigió a la puerta; quería irse antes de que alguien apareciera.

Pero, justo al abrirla, se encontró de frente con Oriol Duarte.

Oriol caminaba hacia él sin mirarlo, totalmente absorto, hasta el punto de que Walton tuvo que apartarse de su camino para no ser embestido. Tenía la vista fija en un punto lejano, como si no viera nada delante. Avanzaba con pasos lentos y pesados. Iba desorientado, ido, como si hubiera consumido drogas.

Walton se pegó a la pared. Oriol pasó tan cerca que pudo sentir su respiración, pero no se detuvo ni levantó la mirada.

Parecía un zombi.

Sin reparar en Walton ni en el cadáver de Andreas, se metió en la habitación del fondo y cerró la puerta de golpe. Ni siquiera había

notado su presencia.

Walton no esperó a comprobar nada más.

Salió de la cabaña, corrió hasta su coche y huyó sin mirar atrás, aterrorizado.

31

Olga mantiene el paso rápido junto a Walton, aferrada a un pequeño maletín donde ha introducido los fármacos que necesita. Ambos bajan las escaleras de la consulta, que terminan en el garaje. Él carga a Oriol a hombros, después de que Krause le haya inyectado una dosis extra de sedante. A pesar del peso muerto que supone, lo desplaza con cierta facilidad. Sabía que Walton se cuida y hace mucho deporte, pero no se imaginaba que fuese tan fuerte. De hecho, pensaba que tendría que ayudarle con el peso de Oriol, que está profundamente dormido. Lo cierto es que Krause le ha administrado una dosis muy grande de benzodiacepinas; no le sorprendería que dejase de respirar de un momento a otro.

En cualquier caso, lo hará en las próximas horas.

El eco de sus pisadas resuena demasiado fuerte en el espacio vacío. El enorme BMW X7 de Walton espera al fondo, negro y brillante bajo las luces frías del techo. Por suerte, lo ha aparcado de morro, lo que deja la puerta del maletero accesible. Justo lo que necesitan.

Mientras Walton lo introduce dentro y comprueba que las ataduras de pies y manos con las que lo han atado en la consulta son lo suficientemente fuertes, Olga mantiene la vista fija en la puerta del garaje, teme que alguien entre en cualquier momento. Cuando él termina, ella lo mira a los ojos. Le planta un beso fuerte en los labios, apretándole ambas mejillas, y se despide.

—Te veo pronto, cariño.

Walton arranca el BMW y sale del garaje. Olga respira hondo y se obliga a mantener la calma. Ahora le toca a ella. Tiene que cumplir con su parte: debe encontrar el Skoda de Oriol.

Sale por la puerta peatonal y comienza a buscarlo por las calles cercanas, poniéndose nerviosa a cada minuto que transcurre sin encontrarlo. Pasa más de quince minutos así, con la sensación de que el aire se le espesa en el pecho. Finalmente lo ve: el Skoda

blanco, aparcado en una esquina junto a lo que fue una tienda de ropa que no funcionó y hoy luce las persianas bajadas.

Saca las llaves que encontró en el bolsillo del abrigo de Oriol. Una abre el coche sin problemas; la otra, una pequeña y rígida, debe de ser la de la cabaña. Se sienta al volante, ajusta el asiento, controla el leve temblor de sus manos, respira hondo y arranca.

Conduce hasta el punto acordado con Walton evitando circular por aquellos lugares provistos de cámaras de tráfico. Stade es una ciudad pequeña donde no hay muchas y Olga sabe dónde están.

Llega a un lugar apartado, detrás del pequeño bosque que bordea el lago. Allí apenas hay coches, ni hay casas cerca, ni tampoco cámaras.

No es la primera vez que está allí con Walton. Una vez, cuando iban a la universidad, él la llevó allí en su coche a escondidas. Cuando él era novio de Mara Schneider y Olga aún era Aurela, supuestamente, su mejor amiga. Pero no es el momento de acordarse de esos detalles. Han quedado allí con los dos coches para cambiar a Oriol de maletero.

El lugar es perfecto para ello. Walton ya la espera cuando llega, impaciente. Baja del BMW y abre el maletero. Oriol sigue inconsciente, inmóvil, con la respiración lenta y pausada y la baba cayéndole por la mejilla. Su cuerpo supone un peso muerto que se resiste a cualquier maniobra. Sacarlo y meterlo en el maletero del Skoda es una tarea mucho más complicada que la anterior. Olga tiene que colaborar con Walton para doblarle las rodillas al inspector Duarte y conseguir meterlo dentro. El espacio es estrecho, las piernas de Oriol se traban, su cabeza golpea contra el borde. La postura debe ser muy incómoda, lo cual sería relevante si no fuese a morir ahogado en el fondo del lago.

Cuando por fin lo acomodan, Walton cierra de un portazo. Antes de subir al coche, se pone el abrigo de Oriol. Lo ajusta como puede. Le queda ligeramente corto de mangas, pero servirá. Desde la cámara de la carretera que atraviesa el lago solo se registran matrículas desde atrás, no ocupantes. Así que lo único que se verá será el Skoda. Aun así, no quiere arriesgarse. No después de todo lo que han hecho.

Walton sube al coche tras ajustarse los guantes. Olga se recuesta en los asientos traseros, agazapada para que nadie pueda ver que está allí.

El Skoda avanza con dificultad por el camino de tierra después de dejar la cámara atrás y adentrarse por el sendero que conduce a la cabaña. Cada bache sacude el coche entero. El motor protesta y, cuando una raíz sobresaliente raspa la parte inferior, el sonido seco hace que Olga cierre los ojos un instante. Por poco no se quedan atascados. Hubiera sido un desastre.

Cuando alcanzan la cabaña, el bosque los envuelve por completo y el lago queda a unos metros, apenas visible entre las ramas. Olga se baja deprisa y usa la llave de Oriol. La puerta cede con un chasquido.

El hedor a muerte la golpea al instante. Es tan fuerte que retrocede medio paso. Walton, detrás de ella, suelta una arcada brusca y apoya una mano en el marco para no perder el equilibrio.

Olga entra primero. El aire está cargado, insoportable. Avanza unos pasos hacia el interior y dirige su mirada al cuerpo sin vida de Andreas Winter, que ya comienza a mostrar signos de descomposición. Walton gruñe desde la entrada:

—Abre una ventana.

—No podemos —responde Olga sin mirar atrás, con un temblor que intenta disimular—. Hay que hacerlo rápido y sin que nadie nos vea.

El silencio que sigue es espeso. Solo se oye la respiración entrecortada de Walton.

Olga se queda un instante quieta, mirando hacia la única habitación al fondo de la cabaña. El marco oscuro, medio abierto, parece observarla de vuelta. Luego gira la cabeza hacia la puerta de entrada. Se imagina la escena que Walton le describió tantas veces, la que ha terminado convirtiéndose en la base de su única oportunidad de salir airosos de todo esto.

—¿Fue aquí? —pregunta de repente, colocándose a un metro de la puerta, como midiendo el espacio exacto.

Walton parpadea, desconcertado.

—¿Qué?

—¿Fue aquí donde te cruzaste con Oriol?

Él asiente, aún respirando con dificultad por el hedor que llena la cabaña.

—Sí. Había estado buscando por toda la casa por si encontraba alguna pista que pudiera delatarnos. Ya no me fiaba después de encontrar esos papeles con la información del caso de Mara y tu nombre apuntado a mano en el borde. Además, Te recuerdo que le quité aquella nota a Andreas de la mano.

—Lo sé, lo sé —murmura Olga, sin apartar la vista de la puerta—. Solo intento entenderlo. ¿No te miró a los ojos ni un solo segundo?

—No. Como ya te dije, iba ido. Era un zombi. Pasó a medio metro de mí. Yo me quedé paralizado, sin ser capaz de moverme. Pensé que iba a detenerme, que todo se había acabado. Pero pasó de largo como si fuese un fantasma. Entró en la habitación y cerró la puerta.

Olga se lleva la mano a la barbilla. Siente cómo un escalofrío le recorre el brazo. Han tenido suerte. Demasiada. Una suerte que todavía no comprende del todo.

Según lo que el mismo inspector Duarte le contó durante una cita, los últimos días había dormido como nunca gracias al zolpidem. Ella sabe que, para alguien con insomnio crónico, volver a dormir del tirón es un regalo. Uno al que no se renuncia sin más. Pero aquel día, después de la ruptura, vulnerable como estaba, debió mezclar la medicación con alcohol.

Esa mezcla fue la grieta perfecta.

La reacción del zolpidem con el alcohol los ha salvado, es lo que ha mantenido a Oriol fuera de juego durante estos días, sin recordar lo que ya había descubierto.

Olga siempre había desconfiado de los testimonios procedentes de Estados Unidos. Historias de personas que caminaban, hablaban, conducían como autómatas durante horas y luego despertaban sin recordar nada. Historias que —curiosamente— se repetían especialmente en quienes habían sido detenidos en controles de alcoholemia. Le parecía improbable. Un fenómeno exagerado. Una excusa jurídica más que un cuadro clínico.

Hasta ahora.

Lo ha visto con sus propios ojos.

Cuando Oriol apareció en su consulta al día siguiente de la conversación en el banco junto al zoo, Olga se preparó para lo peor. Estaba convencida, pese al testimonio de Walton, de que su confusión había sido pasajera y que iba a detenerla allí mismo, cuando se dirigió a ella como doctora Krause y no como Olga, como había hecho hasta ahora.

Su sorpresa fue monumental al ver que no recordaba nada y había acudido a la cita —dada por protocolo para poder pautarle medicación— después de recibir un mensaje en su móvil. Desconfiaba de su relato al principio; pensaba que le tomaba el pelo, pero la angustia que mostraba era real, tan cruda y espontánea que resultaba imposible fingirla.

Ella aprovechó la ventaja. No podía dejarla escapar. Fingió preocupación médica, interés genuino por las implicaciones clínicas de su amnesia y actuó como si entre ellos dos nunca hubiera habido una relación que excediera lo profesional. Lo recondujo con delicadeza. Lo tranquilizó. Se ganó de nuevo su confianza, paso a paso, sin levantar sospechas.

Y ahora él está inconsciente en el maletero de un Skoda de alquiler.

32

Walton termina de acomodar a Oriol en el sillón, resoplando por el esfuerzo. Le coloca la espalda bien pegada al respaldo, le endereza la cabeza, que se le cae hacia un lado, y se asegura de que las piernas queden recogidas, los tobillos firmemente sujetos con la cuerda. Después se inclina y comprueba una vez más las ataduras de pies y manos. Tira de los nudos con fuerza, hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Oriol emite un leve quejido, apenas un sonido ahogado, pero no despierta; sigue profundamente dormido.

Olga lo observa de reojo mientras ordena su propio escenario. En la mesa del salón ha desplegado todo lo que necesita: jeringuillas alineadas, agujas, catéteres, llaves de flujo y un par de viales transparentes que contienen la medicación que necesita. Lo organiza todo con precisión, apartando lo que estorba, como ese grueso pisapapeles de forma esférica y una fuente adornada con flores artificiales. Deja a mano solo lo imprescindible.

—¿Cómo funciona eso exactamente? —pregunta Walton, con la voz algo apagada, mientras sigue intentando enmascarar el olor del lugar.

—Has olvidado todo lo aprendido en la facultad, cariño —comenta forzando una sonrisa—. Tengo que canalizarle una vía primero. Después le administraré tiopental sódico. Es una droga derivada del ácido barbitúrico, de acción ultracorta.

Walton frunce el ceño.

—La verdad es que no lo conocía —admite Walton.

—Su efecto aparece muy rápido y desaparece a los pocos minutos —explica ella, con calma—. Se usa en anestesia, en procedimientos médicos breves. El paciente se duerme, se relaja lo justo y, cuando se deja de administrar, se desvanece el efecto.

Walton asiente, pero sus dedos siguen apretando la nariz, rígidos.

—También se ha utilizado en interrogatorios —añade Olga, con un tono neutro. Revisa otra jeringuilla y la deja preparada sobre la

mesa—. Durante años lo llamaron suero de la verdad. La CIA lo empleó con exmilitares en determinados programas. No es magia, no obliga a nadie a decir nada que no exista en su cabeza, pero baja defensas, desinhibe, reduce filtros. Hace que sea más difícil mentir y más fácil hablar de lo que uno quiere ocultar.

Walton traga saliva. Mira a Oriol, inmóvil en el sillón, con la cabeza ladeada y la piel de un tono ceniciento.

Se vuelve hacia ella, impaciente.

—Date prisa. No quiero estar en esta cabaña ni un minuto más de lo necesario. En cuanto acabemos, nos vamos.

Ella no responde. Solo asiente una vez y da un paso al frente.

Olga le rodea a Oriol el brazo con el compresor y lo ajusta, tirando hasta que la goma queda bien tensa por encima del codo. Después palpa con dos dedos el recorrido de las venas, presiona, suelta... Cuando localiza una vena aceptable, asiente en silencio para sí misma.

Walton no se mueve. Solo mira. Se oye el crujido leve de la madera de la cabaña, algún golpe de viento en el exterior.

Olga sostiene el brazo inerte de Oriol con una mano y le canaliza una vía periférica. Ahora puede inyectarle medicación intravenosa.

—Ya está —murmura para sí.

La doctora se endereza y coge otra jeringuilla, una que ya había preparado previamente. La introduce en la llave e inyecta todo su contenido.

Walton la observa, tenso.

—¿Eso es el tiopental?

—No, es flumazenilo —responde Olga. Su voz suena profesional, distante—. Es el antídoto de las benzodiacepinas que le he administrado antes. Si no lo despierto primero, el tiopental no servirá de nada.

Olga se aparta un poco, con la vista fija en el rostro inerte del inspector, a la espera del siguiente paso. Sabe que el flumazenilo actuará rápido.

A Oriol Duarte comienzan a temblarle los párpados. Primero, un movimiento breve, casi imperceptible; luego, un gemido ronco que le vibra en la garganta. Olga lo vigila sin apartar la vista de él.

Walton se incorpora de inmediato, tensando los hombros, preparado para reaccionar, aunque sabe que, atado como está, Oriol no podrá ir muy lejos.

El inspector inspira con fuerza, los ojos todavía cerrados. Otro gemido. Después, poco a poco, los párpados se separan. La mirada aparece turbia, perdida, pero viva. Parpadea varias veces, desorientado, alternando la vista entre Olga, Walton y la estancia entera, como si necesitara registrar cada rincón antes de hablar.

—Hola, Oriol —dice Olga con voz controlada—. ¿Sabes lo que ha pasado?

Oriol le clava la mirada, luego gira la cabeza hacia Walton.

Asiente despacio.

—Necesito hacerte algunas preguntas —continúa ella.

Él ladea el cuello, estirándolo a un lado y a otro, como si tratara de recolocar sus propios huesos, de volver a encajar la realidad.

—¿Hay alguien más al tanto de la investigación? —pregunta la doctora Krause.

Oriol sostiene la mirada sin titubear. En la comisura de sus labios empieza a dibujarse una sonrisa pequeña, contenida, casi burlona.

—De acuerdo… —susurra Olga—. No vas a contestar. En ese caso, no tengo más remedio que intentarlo de otro modo.

Él no muestra nerviosismo. La sonrisa no se mueve, no se apaga. Es una línea firme y segura. Walton, en cambio, tiembla. Tiene las manos en los bolsillos, pero los dedos se le agitan, incapaces de quedarse quietos. La atmósfera se vuelve densa, expectante, cargada de un tipo de silencio que parece observarlos desde las esquinas de la cabaña.

Olga se acerca con una jeringa nueva entre los dedos.

—Sujétalo —le pide a Walton sin apartar la vista de la vía.

—No hace falta —interrumpe Oriol, con un deje de risa contenida —. ¿Qué es eso? ¿Tiopental sódico?

Olga no responde. Levanta la jeringa en silencio, mostrándosela como si no hiciera falta decir nada más.

Oriol, todavía sonriendo, eleva las manos atadas para exponer la vía venosa que ella le ha canalizado hace un momento.

—Adelante. Buena suerte.

Ella mantiene el rostro inexpresivo e inyecta el contenido de la jeringa sin que Oriol preste ninguna resistencia. La pregunta no tarda en llegar.

—¿Hay alguien más al tanto de tu investigación, Oriol?

Él sonríe de nuevo, un brillo extraño asomando en sus ojos.

—Hay un cuervo fuera. Suele posarse en la rama de un abedul. Yo no le perdería de vista, creo que sabe más de lo que cuenta.

—Responde la pregunta, Oriol.

—No te va a funcionar, Aurela —contesta el inspector Duarte.

Olga se inclina un poco, sin perder la compostura.

—Necesitamos saberlo —contesta ella.

Oriol cierra los ojos y apoya la cabeza en el sillón, agotado o fingiendo estarlo; no hay manera de saberlo. Olga se aleja sin mirarlo más. Regresa a la mesa del salón, toma otra jeringuilla ya preparada y camina hacia el inspector con paso seguro. Él no se opone. Inserta más medicación en la vía venosa con un movimiento suave y firme.

Walton continúa tenso a su lado. Su pecho sube y baja con rapidez, como si cada respiración fuese un esfuerzo desmedido.

—Oriol, ¿quién más sabe que has estado investigándonos? —insiste.

Él abre los ojos lentamente. La sonrisa vuelve. Después, se relaja en el sillón con una calma impropia de la situación.

—Tengo que reconocer que me engañaste, Aurela. Al principio no sospeché de ti. De hecho, estuve bastante a gusto las veces que quedamos, aunque sea algo que no recordara hasta ahora. Así que, enhorabuena, porque no es fácil engañarme. Más siendo una auténtica psicópata como eres.

—Contéstame, Oriol. No me obligues a seguir con esto.

—Puedes hacer lo que consideres oportuno conmigo —responde él, sin un atisbo de miedo—. Has cometido crímenes por los que tendrás que pagar. No vas a salir impune, te lo garantizo.

Walton golpea la mesa con tal fuerza que hace vibrar la cabaña entera. Olga da un respingo, pero Oriol ni pestañea. Sigue observándolos como si no fuera él quien está atado a un sillón, con

una vía clavada en el brazo y varias dosis de barbitúricos recorriéndole la sangre.

Walton echa a andar hacia la cocina sin decir palabra. Abre cajones de manera brusca, los golpea al cerrarlos, revisa cada uno hasta que encuentra lo que buscaba. Saca un gran cuchillo de cocina, de hoja ancha y brillante, y regresa a la carrera.

Oriol lo mira con una calma que hiela.

—¡Responde lo que te ha preguntado! —grita Walton.

Olga se aparta instintivamente, dejando un espacio entre ellos.

Oriol centra su atención en Walton, sin pronunciar una sola palabra. No se inmuta cuando el brillante empresario blande el cuchillo como si se tratara de un arma ceremonial, sostenido en alto, listo para caer.

Entonces Walton actúa.

Clava el cuchillo en el muslo izquierdo de Oriol. No es una puñalada profunda, apenas un par de centímetros, pero suficiente para desgarrar piel y músculo. La hoja penetra con un sonido húmedo y preciso. La sangre brota de inmediato alrededor del metal.

La mueca de Oriol muestra que el dolor existe bajo su curtida fachada. Contrae la mandíbula, respira hondo, pero no grita. Solo aprieta los dientes y fuerza una sonrisa torcida.

—¿Vas a hablar? —exige Walton—. ¿O quieres que siga?

Oriol no responde. Su silencio pesa como una sentencia.

Walton levanta el cuchillo de nuevo, esta vez apuntando al otro muslo.

Pero no llega a hacerlo.

Unos golpes secos resuenan en la puerta de la cabaña. Tres toques firmes, dados con los nudillos.

La sangre todavía cae en un hilo lento por la pierna de Oriol cuando los tres se quedan inmóviles, conteniendo la respiración. Walton detiene el brazo en alto. Olga gira la cabeza hacia la puerta. Oriol abre bien los ojos, interesado.

Alguien está llamando.

PARTE 3

ORIOL

33

Oriol reacciona en cuanto escucha el ruido. No duda. Lleva demasiado rato esperando una oportunidad y, por fin, alguien se la ha puesto en bandeja.

Se impulsa hacia delante con un movimiento seco y embiste a Walton. El peso del inspector lo arrastra y el joven Zimmermann cae de espaldas con un golpe sordo. Oriol también pierde el equilibrio: lleva los pies atados y no puede frenar la caída. Aun así, aterriza de lado y enseguida rueda sobre el suelo, recuperando el control. Sus ojos, nublados por las drogas, se fijan en el destello metálico del cuchillo que acaba de deslizarse de la mano de Walton.

Se impulsa de nuevo y se lanza para agarrarlo con un movimiento rápido.

—¡Oriol! —ruge la voz de Markus desde fuera.

Pero Oriol no puede contestar. No ahora. Con las muñecas unidas, baja las manos hasta los tobillos como puede y empieza a serrar la cuerda. El filo no entra limpio. Resbala varias veces; con la urgencia, la hoja se desvía y se corta su propia piel. Siente el dolor recorrerle el pie hasta la punta de los dedos. Cada movimiento exige un ángulo distinto, un ajuste rápido, una nueva presión. El roce le quema la piel, pero sigue insistiendo hasta que, por fin, la cuerda cede y se deshace.

Está a punto de incorporarse cuando recibe un empujón por la espalda. Tropieza hacia delante, casi pierde el cuchillo. Olga Krause se queda quieta tras él, respirando con violencia. Le ha empujado con todas sus fuerzas. No consigue tirarlo, pero lo desplaza lo justo para dejarlo vendido.

Walton se lanza entonces como un animal.

Lo golpea con el hombro y ambos caen al suelo enredados. Oriol intenta girar, sacar ventaja, pero sus manos siguen atadas y la movilidad es mínima. Walton pesa más y, aunque Oriol sabe pelear, las drogas todavía enturbian sus reflejos. Se enzarzan en un forcejeo caótico, sin ritmo ni orden, rodando sobre el suelo. Walton intenta

inmovilizarle las manos atadas que aún sostienen el cuchillo; Oriol tensa los músculos y resiste. Una rodilla le presiona el pecho, otra se hunde en su costado.

De pronto, un impacto seco le atraviesa la sien.

Olga acaba de golpearlo con el pisapapeles que había sobre la mesa del salón.

El golpe le hace perder visión unos segundos. Walton aprovecha ese instante. Le arrebata el cuchillo con un tirón y retrocede apenas lo necesario para levantar el brazo. Olga vuelve a atacar; esta vez falla el golpe y solo le roza la frente. Él se cubre como puede.

Walton intenta apuñalarlo. Una, dos, tres veces. Oriol rueda, se arrastra, esquiva los movimientos por pura supervivencia. Los tajos pasan tan cerca que siente el aire cortado rozarle la mandíbula. La cuarta vez, el cuchillo le acaricia el costado; por suerte para él, el ángulo no es bueno y no llega a hundirse.

No tiene más margen.

Sin pensarlo, se lanza hacia la ventana.

Embiste el cristal con todo su peso. El impacto retumba en la cabaña. Los cristales estallan en mil fragmentos que brillan en el aire antes de llover sobre él y cortarle la piel de la cara. La estructura cede y Oriol atraviesa la abertura, dejando atrás un torbellino de golpes, sangre y caos.

Markus aparece por el lateral de la cabaña, alertado por el golpe, justo cuando Oriol se incorpora entre cristales rotos y astillas. Aún nota el zumbido en los oídos, pero se obliga a mantenerse en pie.

—¡Markus, llama y pide refuerzos! —le grita, intentando incorporarse.

El compañero asiente con una mezcla de urgencia y desconcierto. Oriol se fija en que ha cometido un error, aún no ha desenfundado su arma. Markus Graf mete la mano en el bolsillo, buscando su teléfono. Le tiemblan las manos. No llega a sacarlo.

La puerta de la cabaña se abre de golpe.

Walton Zimmermann sale como una exhalación. Cruza la distancia que lo separa de Markus en apenas dos zancadas. Tiene el cuchillo en una mano, el brazo tenso, la mirada fija en su objetivo.

Markus no tiene tiempo de reaccionar. Él no es Oriol, no está entrenado para una embestida así.

Walton lanza una cuchillada que le hiere en el costado, no parece letal. Después, levanta el puño libre y le golpea en la mandíbula con una precisión brutal. El impacto resuena en el aire. Markus cae de inmediato. Seco. Como si alguien hubiera apagado su interruptor. Se desploma sobre la tierra húmeda sin emitir un solo sonido.

Walton no se detiene. Corre hacia Oriol.

El inspector Duarte entiende al instante que, con las manos aún atadas y el cuerpo resentido, no tiene nada que hacer contra un hombre como él en campo abierto. La única opción es buscar ventaja en otro terreno.

Retrocede sin perder de vista a su agresor y sale corriendo hacia el bosque. Es rápido, a pesar de tener que hacerlo con las manos atadas. Los árboles lo envuelven mientras pasa junto al Mercedes de Andreas Winter, el coche que él mismo ocultó allí días atrás. No se detiene. Sigue adelante, internándose entre los árboles hasta que las sombras lo devoran.

Solo cuando está a cubierto se agazapa tras un tronco grueso. Su respiración se agita, se mezcla con el silencio del bosque. Apenas se atreve a moverse.

Escucha las pisadas de Walton.

Pesadas, rápidas, quebrando ramas. Se acercan, se alejan, cambian de dirección. Walton está buscándolo, recorriendo el terreno con furia, pero sin lanzarse a lo loco. Eso lo hace todavía más peligroso.

Oriol aguanta la respiración. Los segundos pasan y debe calcular bien sus movimientos.

Entonces, un graznido irrumpe en la quietud.

El sonido lo sobresalta. Levanta la vista. En una rama cercana, un cuervo negro lo observa, inmóvil, con las plumas erizadas bajo la luz tenue que se filtra entre los árboles. Juraría que es el mismo que lo saludó el día que despertó sin recuerdos.

Y entonces Oriol lo ve.

El tronco; la marca en la corteza.

La misma señal en la que se fijó cuando enterró las balas de la pistola de Andreas Winter para dejarla inservible. Aquella que encontró en su coche.

Un impulso lo domina. Se desliza hacia el árbol, reptando para no romper hojas ni ramas. Sus manos atadas complican la maniobra, pero el instinto lo guía. Llega al punto exacto. Aparta la tierra con movimientos rápidos, ansiosos.

Y allí están. El destello amarillo de las balas le ofrece un hálito de esperanza. Toma las que puede cargar en sus puños.

Las pisadas de Walton empiezan a acercarse de nuevo.

Entonces se incorpora sin perder un segundo. Si quiere sobrevivir, tiene que llegar al Mercedes. La pistola está allí.

Corre entre los árboles, esquivando ramas, sintiendo cómo el bosque entero parece empujarlo hacia delante. El coche aparece a unos metros, oscuro y silencioso. Cuando llega, golpea la ventanilla con el codo. El cristal estalla en una lluvia de fragmentos.

El sonido atraviesa el bosque como un disparo.

Walton se detiene de golpe.

Oriol lo sabe porque escucha el cambio brusco en las pisadas. Luego, el silencio. Después, la carrera frenética hacia él.

No hay tiempo.

Mete medio cuerpo por la ventanilla rota y abre el brazo central, pulsa el interruptor que levanta el hueco secreto bajo la tablet. Allí está la pistola. Justo donde la dejó. La saca con rapidez y, con un movimiento aprendido a base de años de entrenamiento, libera el cargador, coloca una bala y encaja el cargador de nuevo. Todo en apenas unos segundos.

Walton emerge entre los árboles. Su respiración es ronca, brutal. Avanza con el cuchillo en alto, decidido a terminar lo que empezó.

Oriol levanta la mirada. Walton ya está a menos de un metro.

El filo brilla y solo tiene una bala.

La sombra de su cuerpo lo cubre.

Oriol alza el arma.

Aprieta el gatillo.

El disparo retumba y la bala impacta con precisión en la rodilla derecha de Walton. El grito que suelta es desgarrador. Su pierna

cede al instante y cae al suelo sin poder controlar la caída.

Oriol avanza hacia él, aún con las manos atadas. Walton intenta agarrar el cuchillo, pero Oriol lo aparta con una patada firme.

Vencido, Walton se retuerce, gime y aprieta los dientes mientras la sangre oscurece la tela de su pantalón.

Entonces Oriol levanta la vista hacia la cabaña.

Olga Krause está en la puerta, inmóvil, observándolo desde la ventana rota en mil pedazos. No intenta huir. No grita. No corre hacia Walton.

Solo lo mira.

Y en esos ojos —a diferencia de hace apenas unos instantes— no hay cálculo ni furia ni estrategia.

Hay rendición.

34

El caso de Lukas Zimmermann fue mucho más complicado de lo que aparentaba ser en un primer momento.

Esta vez, Oriol no apareció en ningún titular ni en ningún rincón de la prensa local. No le reclamaron para ninguna rueda de prensa ni le forzaron a realizar ninguna entrevista. Lefebvre movió los hilos en silencio, decidido a proteger a su agente más valioso.

A nadie le beneficiaba conocer ciertos detalles. No después de todo lo que había ocurrido; no después de todo lo que él ha tenido que cargar a solas.

Poco después de que Oriol abatiera a Walton Zimmermann, Markus Graf consiguió levantarse y pedir refuerzos. La herida de arma blanca que sufrió en el costado no hirió ningún órgano vital y pudo levantarse a pesar de la conmoción.

La primera en llegar fue Elsa Wolf, quien irrumpió en la cabaña junto a Alexander Schulz. Detrás de ellos aparecieron tres coches patrulla, con las sirenas resonando en cada rincón del lago Horst.

Oriol esperaba una reacción dura, quizá incluso una reprimenda inmediata. Era obvio que sus actos pasarían factura, más aún si debían ser juzgados por unos agentes de policía con los que existían tiranteces previas.

Le sorprendió que no fuera así. Elsa no le gritó, no lo juzgó. Lo miró apenas un segundo cuando él le detalló punto por punto los hechos del caso. Lo evaluó en silencio antes de solicitar una ambulancia para que atendiera a los heridos.

No había hostilidad en su mirada. Incluso parecía que existía cierta admiración.

La declaración quedó resuelta en cuestión de horas. Markus corroboró punto por punto lo ocurrido desde su llegada a Stade, sin omitir ninguna de las sombras que ambos habían tenido que atravesar.

El hecho de poder demostrar con facilidad que Walton y Olga habían drogado y secuestrado a Oriol cerró cualquier atisbo de duda,

cualquier necesidad de prueba adicional. La policía blindó la zona para mantener alejados a curiosos y periodistas. Nadie tenía por qué saber que Oriol había despertado con un cadáver a los pies de su cama ni que lo había ocultado durante días mientras intentaba averiguar la verdad por sí solo.

Lo que más parecía afectar a Elsa Wolf fue que Oriol no hubiera confiado en ella desde el principio. Sin embargo, cuando entendió que Oriol no recordaba siquiera haberla conocido, debió ponerse en su lugar y empatizó con él. Quizá ella hubiese actuado de igual forma.

Con Oriol Duarte protegido por la Interpol y la comisaría de Stade, la ronda de detenciones no se hizo esperar.

Walton Zimmermann fue el primero. Lo trasladaron en camilla, con la rodilla envuelta en un vendaje grueso. El disparo había sido limpio, lo suficiente para incapacitarlo sin destrozarle la pierna. Los médicos aseguraron que recuperaría la movilidad, aunque eso era su menor problema: con los cargos que se iban a presentar contra él, pasaría una larga temporada en prisión.

Olga Krause fue la siguiente. La autopsia meticulosa de Andreas Winter reveló lo que Oriol ya temía: envenenamiento por veneno de Taipán. Algo tan difícil de encontrar facilitó su detención. No fue complicado demostrar que ella tenía acceso al veneno en su consulta y que, aquel fatídico día, Andreas Winter había visitado la clínica. La geolocalización del móvil de Andreas confirmó la visita a la doctora Krause. Aquello arrojó aún más luz después de que se encontrara una grabación en el teléfono de Andreas Winter en la que se escuchaban su voz, junto a la de Walton Zimmermann, acordando la forma en que se realizaría una prueba de ADN para demostrar que era hijo de Lukas Zimmermann.

Olga Krause actuó impulsada por una devoción ciega e irracional hacia Walton Zimmermann. Durante todo el proceso, mantuvo un semblante inexpresivo y vacío, como si su mundo hubiera dejado de tener bordes reconocibles. A Olga —o Aurela, como Oriol prefiere llamarla— no se le pudo acusar de la muerte de Mara Schneider al no poder demostrarse su implicación. Tampoco el inspector Duarte tuvo intención de remover esa parte del pasado que, a estas alturas,

abriría más heridas de las que ayudaría a sanar. Con la doctora entre rejas, el resultado era el mismo, fuera cual fuera el motivo.

Katharina Bergmann también fue detenida como cómplice del asesinato de Ben Otto. Su rostro, siempre amable, se quebró al escuchar los cargos. Y mientras se trabajaba en su caso, se autorizó la apertura de una investigación sobre Hannelore Kaya: era necesario determinar hasta qué punto había conocido —o callado— las atrocidades que su marido había cometido. El silencio de Hannelore, su temblor apenas perceptible, decía más que cualquier declaración.

Finalmente, Oriol pudo confirmar que Hedwig Winter heredaría la legítima estricta que correspondía a Andreas Winter por su filiación con Lukas Zimmermann, tras verificarse que, efectivamente, eran padre e hijo. Eso le arrancó una sonrisa al inspector.

Ya en el aeropuerto, dispuesto a coger un avión que lo lleve de vuelta a casa, Oriol piensa en ese desfile de culpas y consecuencias, con el recuerdo aún presente del día que despertó sin memoria.

Llegó a pensar que nunca volvería a ser él mismo. Se había imaginado a sí mismo siendo el responsable de aquel asesinato, y el mero pensamiento le generaba angustia. Lo despersonalizaba y lo llevaba a sentir su propio rechazo.

Siente el cansancio acumulado en cada músculo, el peso de lo vivido presionándole el esternón. Sus heridas sanarán; la contienda se saldó con unos puntos de sutura en el muslo, allí donde Walton Zimmermann le clavó el cuchillo, y apósitos allá donde los cristales de la ventana cortaron la piel.

De algún modo, siente que necesita otro caso para seguir adelante. Que no quiere estar varias semanas sin enfocarse en un nuevo misterio, dedicado a la docencia por las mañanas y leyendo informes de casos sin resolver por la tarde.

Markus le ha acompañado al aeropuerto. Oriol observa el vendaje que asoma por debajo de su flequillo y no puede evitar una sonrisa discreta. El antiguo forense sonríe con una energía renovada, como si la brecha en la ceja fuese una medalla de guerra. Markus insiste en que valió la pena: una conmoción cerebral y una herida de arma blanca a cambio de aprender del gran Oriol Duarte.

Según le dijo Lefebvre por teléfono hace un par de días, Markus ha pedido con insistencia volver a trabajar con él. Asegura que ha aprendido más en estos días que en toda su carrera como inspector. Y, aunque Oriol no suele tomarse estas cosas demasiado en serio, hay algo en aquella confesión —quizá la sinceridad, quizá el brillo orgulloso en los ojos de Markus— que le provoca un leve y silencioso sentimiento de agradecimiento.

Ayer, antes de marcharse, acudió a ver a Elsa Wolf en la comisaría. La reunión fue breve y directa. Hablaron sin rodeos, reconociendo haber cometido errores por ambas partes, pero limaron asperezas y su relación concluyó de manera profesional y cordial.

No llegarán a ser amigos, pero el respeto ha encontrado un hueco entre ambos.

El frío que se cuela en sus huesos le recuerda lo mucho que ha echado de menos su cabaña en Denia, el calor suave que se cuela por la ventana durante el mediodía, el silencio confortable que tanto necesita ahora.

Se despide de Markus con un fuerte apretón de manos y se adentra en la terminal.

Alemania queda atrás. El próximo destino es aún un misterio, a la espera de que un nuevo caso reclame su atención.

Algo le dice que será más pronto de lo que imagina.

—FIN—

Si has disfrutado este nuevo caso del inspector Oriol Duarte, te animo a que reserves **a un precio reducido** la novela que contará su siguiente historia: Los crímenes del Tíber.

Puedes encontrarla aquí:
https://amzn.eu/d/8PzDom5

Y si eres lector de **Kindle Unlimited** o te apetece sumergirte en una serie de thriller y suspense llena de giros inesperados, puedes empezar —si aún no lo has hecho— con La noche de San Juan, la primera novela de la serie del inspector Gabriel Somoza.

Puedes encontrarla aquí:
https://amzn.to/3YMXaC9

AGRADECIMIENTOS

Lo primero que debo hacer es dar las gracias por este maravilloso año 2025. Ha sido un año extraordinario en todos los sentidos, no solo a nivel profesional, sino también en lo personal.

Centrados en la literatura, jamás habría imaginado en enero, cuando publiqué *La noche de San Juan*, que el resultado sería tan increíble como el que finalmente ha sido. Gracias a lectores como vosotros, a los que he ido sumando durante estos meses, la serie del inspector Somoza ha recibido un reconocimiento por el que estaré eternamente agradecido. Además, este camino me ha permitido iniciar una nueva etapa con la serie del inspector Oriol Duarte y cerrar el año con esta, su segunda novela, de la que me siento profundamente orgulloso.

No tengo palabras para expresar lo bien que me hace sentir avanzar en mi carrera literaria. Alcanzar la final del Premio Kindle Storyteller, donde además tuve la suerte de conocer a grandes compañeros, fue una experiencia inolvidable que guardaré siempre conmigo.

Todo lo bueno que me sucede es consecuencia directa de muchas personas a las que quiero agradecer que me hayan acompañado desde el principio.

En primer lugar, mis lectores. Gracias a cada uno de vosotros por confiar en mis historias. Prometo seguir trabajando duro cada día para no defraudaros. Vuestro apoyo es esencial y no lo doy jamás por sentado.

También mis lectores cero, entre los que destaco a mi archimencionado amigo Carlos Muñoz. Espero que nunca llegue una novela en la que no te mencione en los agradecimientos; estoy convencido de que, sin tu nombre aquí, el resultado nunca sería el mismo. Gracias también a mis padres, María José y Adolfo, que siguen leyendo cada uno de mis libros como si fuera el primero.

Quiero agradecer igualmente a todas esas personas cercanas que me han apoyado y han compartido mis alegrías durante este año tan

especial:

A mi equipazo del Hospital Doctor Balmis de Alicante, en el servicio de Quemados y Cirugía Plástica. Seguiremos juntos brindando por nuevas alegrías.

A mis compañeros de facultad.

Al increíble grupo de Telegram «El último libro que has leído», donde, además de lectores, he encontrado amigos.

Y a mis seguidores en redes sociales, que comparten sus opiniones conmigo y me ayudan a mejorar día a día.

A todos ellos, y a los que sin duda me dejo en el camino: gracias, de corazón.

Y, por último, pero no menos importante, a mis tres chicas: Aída, Lucía y Lara. Por ser mi motor, mi motivación y mi mayor tesoro.

Recuperando viejas y buenas costumbres, como diría la gran Shari Lapena: cualquier error que pueda encontrarse en este manuscrito es responsabilidad exclusivamente mía.

Gracias por estar ahí.

Adolfo Rodríguez.

NOTA DEL AUTOR

Hoy me gustaría pedirte, si te ha gustado mi manera de contar historias, que me sigas en mi perfil de Amazon. Es una buena opción para estar al día de mis últimas novedades, ofertas y lanzamientos. Puedes hacerlo aquí, pulsando el botón de seguir bajo mi imagen:

https://amzn.to/49g821x

Si deseáis seguir descubriendo más sobre mis obras, os invito a visitar mi página web, donde podréis acceder a un formulario de suscripción a mi lista de correo electrónico **Y RECIBIR UN LIBRO COMPLETAMENTE GRATIS**. A través de esa lista comparto los próximos lanzamientos. Solo envío correos cuando publico un nuevo libro o aparece una nueva oferta.

https://www.adolforodriguezgomez.com/

Gracias por estar ahí.

Por último, a los escritores nos encanta conocer las opiniones de los lectores, ya que nos ayudan a mejorar y su valor es incalculable. Te agradecería enormemente si pudieras compartir tu opinión, sea positiva o no. Puedes dejar una reseña en Amazon o comentarlo directamente conmigo a través de mis redes sociales.

Instagram:
https://www.instagram.com/adolforodriguezgo/

Facebook:
https://www.facebook.com/adolforodriguezgo/?locale=es_LA

OTROS LIBROS DE ADOLFO RODRÍGUEZ

Serie inspector Oriol Duarte:

Némesis: https://amzn.to/4pLfyYa

Serie inspector Gabriel Somoza:

La Noche de San Juan: https://amzn.eu/d/5kEog6e

La Noche de los Secretos: https://amzn.eu/d/4LRfuBs

La Noche de la Tormenta: https://amzn.eu/d/dRaa8kV

Serie Sombras del Mediterráneo:

Los Ecos de la Tempestad: https://amzn.eu/d/2ZxilHY

Novelas independientes:

El Viaje de Hugo: https://amzn.eu/d/5i9aOKQ

La Gran Implosión: https://amzn.eu/d/gEcAl01

Engañando a La Muerte: https://amzn.eu/d/hVOrIBg